

A. J. FUENTES



MAPLE HILL

UN PUEBLO IDÍLICO... CON UN OSCURO
SECRETO

Maple
Hill

A.J.FUENTES

Título: Maple Hill

Autor: Antonio Jesús Fuentes García

Diseño de Portada: Cristina Gutiérrez (grupo Criser)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi familia... siempre.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

LOS NUEVOS VECINOS

1

1

2

3

4

5

6

7

8

2

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

3

1

2

3

4

5

6

4

1

2

3

4

SEGUNDA PARTE

VERBUM MALUM

1

1

2

3

4

5

6

7

8

2

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
3
1
2
3
4
5
6
7
8
9
4
1
2
3
4

5

6

7

8

9

10

11

5

1

2

3

4

5

6

7

8

9

TERCERA PARTE

VENTISCA OSCURA

1

1

2

3

4

5

2

1

2

3

4

5

6

3

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Epílogo

PRIMERA PARTE

LOS NUEVOS VECINOS

Harry ahuecó las manos en torno a los ojos, intentando que los reflejos del sol no interfiriesen en su empeño por observar el interior de la habitación. Quería saber de qué se trataba el enigmático cartel del que hablaban sus padres; ellos creían que por ser pequeño no se enteraba de las cosas, pero sí que se enteraba.

Se retiró un poco del cristal, pestañeó con fuerza y, volvió a intentarlo. Nada. Dentro estaba tan oscuro como el futuro de su padre —frase que había aprendido de su madre, aunque no sabía muy bien qué significaba— y, por mucho que se esforzó, no consiguió descifrar el sentido del misterioso letrero. Dio dos pasos hacia atrás, trastabillando a causa del hielo que había empezado a acumularse en las baldosas de la acera, y volvió a leer aquellas palabras que estaban en boca de todo el pueblo desde que alguien (nadie sabía a ciencia cierta quién) las había pegado en la vidriera de la vieja casa del señor Saskellian.

*“¡¡PRÓXIMA APERTURA!!
LIBROS EXTRAORDINARIOS*

Harry escuchó decir a su padre que en aquel establecimiento, lo que en realidad venderían sería basura; *“mierda pinchada en un palo”* fueron sus palabras exactas, pero entonces su madre le pellizcó en el codo y ambos se rieron tanto que se les saltaron las lágrimas. Harry no era tonto (a pesar de que siempre le decían que poseía la agudeza de una piedra de río), solo que para los niños de ocho años existen ciertas cosas de “mayores”, por las que no están dispuestos a esforzarse lo más mínimo en comprender.

El pequeño observó cómo sus padres seguían pellizcándose y susurrando entre risas y, concluyó, que aquella era una de las cosas que no le apetecía conocer. En cambio, el cartel se había convertido en una de esas incógnitas que la curiosidad infantil transforma en obsesión, aún a riesgo de ganarse un castigo por ello. Esquivó un montículo de nieve del tamaño de un huevo de avestruz —aunque solo se encontraban a finales de octubre, ya era común que apareciesen las primeras nevadas—, y se alejó unos metros de la empañada superficie de la cristalera, haciendo visera con sus diminutas manos sobre los ojos para aplacar la cegadora luz solar. Sus padres continuaban haciendo el tonto, así que decidió resolver el enigma del cartel él solo. Con un pequeño saltito eludió el bordillo resbaladizo, acercándose a la puerta todo lo que pudo; fue entonces cuando lo vio. Aquellos ojos muertos, sin vida, que lo observaban directamente desde el otro lado del ventanal. El pequeño dio un respingo y sintió que el aire helado se le metía hasta lo más profundo de sus pulmones, haciendo que le doliese el pecho. Trató de llamar a sus padres, pero el aire se le había congelado allí dentro formando gruesos témpanos por toda su tráquea que le impedían formar ni una sola sílaba.

Tom y Sarah Halley no vieron el brillo del eléctrico sol destellando sobre el paragolpes cromado y abollado del Oldsmobile. El señor Kowalski tampoco vio el llamativo chaleco de color rojo intenso que se hallaba en la acera, demasiado cerca de la calzada, ocupado como estaba en colocar correctamente la pantalla protectora de su vehículo para evitar deslumbrarse con aquellos malditos fulgores otoñales. Harry no fue consciente de la mano que había aparecido por el resquicio abierto de la puerta de la tienda, hasta que sintió el poderoso empujón que lo envió trastabillando hacia atrás un par de metros. Fue consciente de que se encontraba en medio de la calzada cuando los neumáticos chirriaron; curiosamente, lo último que advirtió antes de ser atropellado fue el interior del enigmático negocio, ese que tanto se había esforzado por descubrir. Segundos antes de que el viejo coche del profesor de álgebra le rompiera el cuello, advirtió unas manos ahuecadas al otro lado del cristal, enmarcando unos ojos enormes y vacíos que le observaban de la misma manera curiosa que él mismo había manifestado un instante antes.

“Siempre que la gente habla sobre lugares encantados, se refieren principalmente a construcciones en las que algo horrible sucedió; casas embrujadas, cementerios excomulgados, o viejos hospitales mentales en los que muchas personas murieron sufriendo. Cada vez que surge una leyenda de terror, aparece involucrada la mansión maldita de la familia, o el fantasma atormentado que ronda el sanatorio donde fue asesinado; pero nadie, jamás, habla de la tierra. En Maple Hill, lo que está maldito es el terreno donde se ubica la ciudad; un territorio que abarca desde la presa del río Pensacola, hasta la base de las colinas Underhill. Las personas que ponen un pie en este suelo ponzoñoso, se contagian al instante de un nocivo sentimiento de mezquindad. La avaricia, el egoísmo, la codicia y un perverso instinto de infligir dolor, se extiende como una enfermedad contagiosa, igual que un cáncer que ha hecho metástasis y ya no se puede erradicar. Sin embargo, la maldad no es invencible, y por ello busca a las personas adecuadas con las que llevar a buen puerto sus detestables actos. Es en la planicie donde confluyen la vertiente del arroyo y la depresión creada por las montañas, donde se asienta el viejo refugio para cazadores; ese es, sin lugar a dudas, el vértice más espeluznante de la comarca condenada de Hill Valley. El refugio donde un cazador mató a cinco de sus compañeros a tiros antes de volarse la cabeza. El campista que sembró el pánico el fin de semana del cuatro de julio, dejando una estela de ocho mujeres asesinadas antes de que la policía acabase con él a balazos en mitad del área de descanso del parque. O el monitor del campamento, que ahogó en el río a seis de sus muchachos, y del que se dice que sigue rondando por estos bosques en busca de nuevos aprendices...”

—¡Oh, venga Pete, deja en paz a los chicos de una vez!—retumbó una voz desde atrás.

Los gritos de los jóvenes formaron un coro ensordecedor que se elevó hacia lo alto de las copas de los arces, y desapareció aleteando en dirección a las colinas cercanas.

—No les cuentes más historias de viejas o serás tú el que se levante de madrugada a cambiarles las sabanas—se quejó el muchacho acercándose al fuego—. En serio chicos, no creáis nada de lo que os cuente este viejo.

Los chavales —que continuaban con el terror pintado en sus ojos—, comenzaron a relajarse y a emitir risitas avergonzadas por haber sucumbido a una treta tan tradicional como eficaz.

—Pero entonces, ¿no es verdad eso de los cazadores o el asesino de mujeres?— cuestionó interesado Charlie, el más pequeño del grupo.

—No, colega. Son historias que Pete se inventa para que las noches de acampada sean un poco más divertidas—tranquilizó Blake, cogiendo al niño de la mano y sentándose en el tronco junto a él—. Pero a veces, este viejo tonto no se da cuenta de que, como es tan feo, sus cuentos infunden mucho más temor del que deberían.

El grupo estalló en carcajadas infantiles, que fueron subiendo de nivel a medida que Pete se ponía en pie, y se marcaba un bailecito ridículo alrededor de la hoguera. La crisis había pasado, y Blake sabía que a partir de aquel momento, el bueno del viejo Pete se dedicaría únicamente a impartir sus muchas habilidades de supervivencia. No en vano, era el miembro de los Boy Scouts más veterano y mejor valorado por todos los niños. Pero mientras Pete correteaba bailoteando y repartiendo nubes ensartadas en ramas a los chicos, Blake no pudo evitar acordarse de lo que había mencionado el experto monitor. Algo sucedía realmente en Maple Hill; algo realmente infame y maligno. Cuanto más tiempo pasabas en el condado, más consciente eras de ello. A sus diecinueve años, Blake ya lo sentía, y no podía ni siquiera imaginar lo que eso significaba para gente como el viejo que brincaba alrededor del fuego, el cual llevaba toda su vida coexistiendo con aquel lugar enfermo.

Observó la superficie helada de la botella, y chasqueó la lengua de nuevo. En realidad no le gustaba demasiado aquella mierda importada, pero era lo único que les quedaba en la tienda de ultramarinos de la esquina; esa chorrada verde parecía estar por todas partes. Levantó la Heineken y la apuró de un solo trago.

Para Tom Halley, el mundo había decidido girar sin contar con su opinión, y él lo resolvió refugiándose en una reconfortante nebulosa ética de manera casi permanente. Desde el momento en que aquel viejo estúpido de Kowalski le rompió el cuello a su pequeño con esa aberración de vehículo que conducía con tanto orgullo, para Tom habían dejado de ser importantes muchas de las cosas que se suponían esenciales. Contemplando a Harry tendido sobre el asfalto, con su abrigo rojo de *Rayo McQueen* y el cuello torcido en un ángulo imposible, las preocupaciones por el ascenso en su trabajo se esfumaron; de repente, ya no le importaba en absoluto la mala racha que había llevado hasta el límite su matrimonio con Sarah, ni tampoco su recién adquirido puesto de entrenador del equipo de fútbol local —que le ganó por la mano a ese engreído de Bruce Collins— y, mucho menos, su recibo impagado de la hipoteca del mes anterior. Lo único que Tom deseaba desde que el Oldsmobile le arrebató a su hijo, era dejar de revivir la imagen de su querido Harry tendido en el suelo, bajo un charco de sangre que le empapaba su precioso pelo de color avena. De momento, la bebida ayudaba a provocarle lagunas en los que no recordaba ni quién era, así que no pensaba renunciar a ella.

El timbre sonó de nuevo, pero Tom ya estaba en otro “universo”; un mundo en el que Harry seguía con la cabeza intacta, él ganaba el campeonato estatal con los chicos de los Lions y, tal vez, si ese universo era benevolente, jamás llegaría a enterarse de la infidelidad de su mujer con el pediatra de su hijo. Escuchó la molesta campana una y otra vez, insistiendo en despojarle de su dulce fantasía, pero la caja de cervezas que casi había despachado —aunque fuese aquella basura importada—, continuaba cumpliendo su función

de alejarle de una realidad que no necesitaba. Abrió la última botella, y el sonido de la chapa al caer al suelo le produjo el mismo efecto que un martillo golpeando en una fragua. Tambaleante, recorrió el estrecho pasillo, apoyándose contra las paredes cuando la línea vertical decidía convertirse en horizontal. Pensaba cantarle las cuarenta al maldito imbécil que continuaba pulsando el timbre una y otra vez, ¡como si Tom no tuviese otra cosa que hacer que atender a vendedores o predicadores inoportunos!, pero cuando abrió, en el porche de madera no había nadie. Aturdido por la hiriente luz del sol, parpadeó varias veces para aclarar la vista, hasta que se fijó en el pequeño sobre de color rojo que alguien había dejado a la entrada. Cogerlo le costó un mundo y, a punto estuvo de vomitarse sobre los zapatos, pero de repente todo adquirió una nueva perspectiva. La cabeza dejó de zumbarle, el alcohol dejó de ejercer poder sobre su mente, y el pulso se le aceleró de tal forma que creyó que moriría allí mismo de un infarto. La superficie rugosa del papel se le antojó repulsiva, como la piel de un lagarto que se hubiera secado al sol; cuando le dio la vuelta para ver el remitente, los ojos se le llenaron de lágrimas, y un temblor incontrolable le sacudió como una descarga. La única rúbrica que portaba la postal era una carita sonriente que guiñaba un ojo y sacaba una lengua rosada muy larga. El trazo era irregular, y se notaba que estaba hecho por un niño. Tom Halley comenzó a sollozar y dejó caer la botella de Heineken al suelo —que sorprendentemente no se rompió—, para llevarse las manos a la cara con desesperación, tratando de contener la angustia. Reparó en la raya fina que simulaba un bigote sobre la lengua, y los sollozos se convirtieron en un llanto desconsolado. Esa era la caricatura que Harry solía dibujarle a modo de emblema cuando le dejaba notas secretas. Era un juego que se había vuelto muy habitual entre ellos para recordarse cosas o, en el caso del chico, para pedirle la paga a su padre por una buena nota en un examen. Un código que solo conocían dos personas en el mundo, el propio Tom y su pequeño Harry.

Para cuando el sol apareció por encima de las montañas, Blake Anderson ya había acabado su trabajo de aquella mañana. Se arremangó la camiseta —a pesar de que su madre le había indicado mil veces que no lo hiciese o pillaría una pulmonía—, y se enjugó el sudor de la frente con el dobladillo. Contempló el gigantesco montón de ramas y malas hierbas que había apilado en el lateral de los contenedores, y se sintió satisfecho con su trabajo. El señor Sandsman le había pagado por un trabajo de día completo, por lo que disponía de toda la tarde para “fundir” el dinero que había ganado; eso incluía a Linda y unas *birras* en el bar de Jack Dalton, el local de moda de la interestatal. Impaciente, echó de nuevo una ojeada al reloj de su muñeca y suspiró apesadumbrado. A pesar de que ya era viernes, Linda no volvería del instituto de Trenton hasta pasadas las tres de la tarde, lo que le dejaba más de dos horas de tediosa espera, y un dinero que le quemaba como una tea en el bolsillo de sus tejanos. Después de colocar todas las herramientas en el garaje del señor Sandsman, se dirigió por la avenida de los Tilos hacia su casa, con ambas manos en los bolsillos y con la mirada clavada en sus zapatillas viejas. Era frustrante que todos sus amigos siguieran perdiendo el tiempo estudiando, con la de cosas maravillosas que ofrecía la vida si eras un chico de dieciocho años; Blake no concebía la idea de estar encerrado en un horrible edificio, plagado de pupitres que no se renovaban desde la segunda guerra mundial, cuando el universo te regalaba un día tan esplendido como aquel. Él por su parte, no pensaba desperdiciarlo.

Cambió de dirección y dejó atrás el barrio residencial donde adquiría la mayor parte de sus ganancias cortando el césped, amontonando ramas, o incluso, si se lo pagaban bien, pintando y arreglando cercados. Los nuevos ricos de la zona no pensaban mancharse las manos con esas “banalidades”, así que buscaban unos brazos jóvenes y dispuestos para que lo hiciese por ellos; además, tener a un chico blanco con pinta de atleta cuidándoles el jardín parecía hacerles mucha ilusión, así que Blake se aprovechaba de ello.

El Walmart de la calle Louisville parecía tan buen lugar como cualquier otro para amenizar la espera. Se vio a sí mismo comprando un paquete de seis Bud Ice — esa nueva cerveza helada que Budweiser llevaba meses

promocionando como la bebida del futuro— y, después de tomarse dos latas, jugaría un rato en los recreativos a la condenada *Million Space*, esa maquinita nueva que le traía de cabeza; esperaría a que Linda volviese de Trenton “ventilándose” las otras cuatro latas en el aparcamiento. La vida para un chico de diecinueve años con pasta podía ser maravillosa.

Perdido en los planes que su mente estaba elaborando con respecto a lo que iba a hacer con Linda ese fin de semana, no se fijó en que estaba cruzando la calle sin mirar. Por norma general, en Maple Hill no hay demasiado tráfico. Debido a que es un pueblo pequeño y sin apenas sitios donde aparcar por el centro, la gente prefiere caminar o coger la bicicleta —todo el mundo tiene una bicicleta en Maple Hill— y, por ese motivo, Blake no estaba pendiente de la ancha avenida principal que dividía el municipio en dos mitades idénticas. El bocinazo restalló como un látigo en los oídos del chico, que realizó una grácil pirueta con salto incluido. La gigantesca camioneta F-150 de Doug McDougal pasó rozándole el muslo, y Blake escuchó la retahíla de insultos que el granjero le propinó hasta que se perdió por la esquina de Hill Avenue. Con el corazón bombeándole con fuerza dentro del pecho, el joven levantó la vista en busca de posibles testigos de la escena, pero el aire se le congeló en sus pulmones al instante. Los latidos de su, hasta entonces desbocado corazón, se detuvieron de golpe, y Blake pensó que jamás volverían a ponerse en marcha de nuevo. Al otro lado de la calle se encontraba *el* letrero, ese cartel con el que llevaba varios días visitándole en sueños:

*“¡¡EXTRAORDINARIA OPORTUNIDAD!!
HAZTE CON VERDADERAS OFERTAS EN
NUESTRA INAUGURACIÓN DEL DÍA DE LOS VETERANOS.
ACUDE A CONOCERNOS.AHORA ES POSIBLE REALIZAR
TUS SUEÑOS. NO FALTES; RECUERDA, EL 11 DE NOVIEMBRE
TIENES UNA CITA CON NOSOTROS”*

Con un horror que le obstruía la garganta y le oprimía el pecho con un peso

mortal, se dio cuenta de que estaba paralizado, que no era capaz de mover un solo músculo de su cuerpo, por mucho que su mente le gritase que saliera corriendo de allí. Observó como el letrero se movía, y la tela que cubría la cristalera se retiraba lentamente, dejando un resquicio por donde se coló el sol. Blake intentó girar la cabeza, volver los ojos al cielo, cerrar los parpados, ¡cualquier cosa que consiguiera que dejase de mirar aquel maldito ventanal!, pero al igual que el resto de su ser, sus ojos tampoco querían responder. La abertura de la tela se abrió un poco más y, en aquel instante, justo en el momento que una mano nudosa apareció de entre las profundidades de la terrorífica vivienda para retirar el rótulo, supo con toda la certeza que se puede tener en este mundo, que estaba de pie en el mismo lugar exacto donde ese chico, Harry, fue atropellado dos semanas antes. Quiso mirar. Quería con toda su alma bajar la mirada y cerciorarse de que todo eso no eran más que chorradas, pero su cuerpo seguía sin obedecerle, sin ser del todo suyo. La mano había desaparecido tras la tela que protegía el interior de la casa, al igual que aquel detestable letrero, pero en ese preciso instante, la franja se volvió a abrir, y un nuevo cartel apareció en el lugar que había ocupado el anterior. Por entre la estrecha rendija aparecieron dos ojos —era imposible que desde esa distancia el joven pudiese afirmarlo, pero se hubiera cortado una mano apostando por ello—, que lo miraban intensa y directamente. Blake sintió el fuego extenderse desde su pecho hasta la entrepierna, y necesitó de toda su fuerza de voluntad para no orinarse en los pantalones. La parálisis se rompió de repente, como si las manos que lo habían estado sujetando se hubiesen cansado por fin, y se esfumó a toda velocidad calle abajo. Cuanto más corría, más consciente era de que su vejiga no aguantaría mucho más, y que cualquiera que lo viese pensaría que había perdido la cabeza, pero en ese momento era lo que menos le importaba. Solo quería escapar de allí, huir lo más lejos posible de aquellos malditos ojos y del nuevo cartel que aquella garra de nudillos rugosos había colocado en lugar del otro:

*“¡¡PRÓXIMA APERTURA!!
SALDOS A PRECIO DE GANGA.
ACÉRCATE CHICO; VAMOS BLAKE,
TAMBIÉN TENGO UNA OFERTA
PARA TI”*

Por más que lo intentó, se le habían acabado las excusas para seguir vagando por el centro comercial. Había comprado comida, ropa que no necesitaba, e incluso se había tragado dos pases seguidos del especial de clásicos de la semana de cine de los ochenta. Cruise había conseguido con *Top Gun* que, durante algo menos de dos horas, su mente se evadiera de la realidad, pero *Los Goonies* la devolvieron al mundo real con todo el peso del dolor, y la dejaron hecha un guiñapo en su butaca. A pesar de su corta edad, aquella era una de las películas preferidas de su pequeño, que debía de haberla visto al menos diez veces. Sarah no quería volver a casa, pero no podía quedarse allí viendo como *Gordi* le ofrecía chocolate al bueno de *Sloth*; Harry siempre se partía de risa con aquella escena.

Tropezó con las bolsas al ponerse de pie, y casi acaba tendida de bruces en medio del pasillo del cine. Por suerte, la sala estaba vacía, y no tuvo que sumar al dolor de los recuerdos la vergüenza de caer despatarrada encima de alguna pareja que disfrutaba de la película. Se recompuso, tratando de guiarse hacia la salida entre las luces difusas de las filas de butacas cuando lo oyó. La carcajada le llegó apagada, como si estuviese amortiguada o procediera de muy lejos. Se volvió, pero en la sala no había absolutamente nadie. Se le ocurrió que quizá estuvieran proyectando otra película en el centro y que, por algún extraño efecto acústico, las risotadas habían llegado hasta allí, pero luego recordó que el Rex era un cine de una sola estancia. La gente de Maple Hill acudía al Theatre si necesitaban un multicine. La risa infantil subió de intensidad cuando Sloth asustó al pobre Gordi, acompañada de una palmada de entusiasmo. Sarah dejó caer las bolsas y avanzó a tientas por el pasillo en penumbra del cine, buscando con agitación entre las filas de asientos el origen de aquella carcajada. A medida que descendía por la escalera hacia las primeras filas, el sonido de los altavoces de sonido ahogaba aún más el murmullo jubiloso del niño.

—¿Hola?—preguntó con la voz quebrada—. ¿Te has perdido?

En la pantalla gigante, Sloth rompía las cadenas que lo mantenían

prisionero desde que era un niño, y los aplausos se multiplicaron con efusividad. Sarah alcanzó la primera fila de asientos, pero al igual que las demás, se encontraba vacía. Cada vez más angustiada, revisó de nuevo las butacas —ésta vez en sentido contrario—, cuando escuchó: “¡hurra, Sloth!”. Se le detuvo el corazón al girarse y ver la coronilla de un niño asomando entre la quinta y la sexta fila de butacas. A pesar de que Sarah no conseguía ver más allá de un par de metros, reconoció con toda claridad el color dorado del pelo del chico.

—¿Harry?—balbuceó sin aliento—. ¿Eres tú, cariño?

El gigante deforme de la película avanzaba por un corredor oscuro en busca de la libertad; “*hurra, hurra, hurra*” escuchó Sarah. El aliento se le transformó en lágrimas que le impedían exhalar el aire.

—Harry, mi vida, mamá ya está aquí.

Tropezó una vez más, con los ojos empañados y el corazón golpeándole contra la garganta.

“*Hurra, hurra, hurra*”.

El ambiente en torno a ella comenzó a espesarse, como si el viento que expulsaban los aparatos de refrigeración estuviera compuesto por un gas pesado. Intentó gritar a medida que se acercaba hasta la butaca que ocupaba el niño, pero el sonido había sido suprimido en aquella realidad alterada. Podía ver las manos del chico aplaudir con entusiasmo, pero no podía escuchar el ruido que producían las palmadas. Como ocurre con los peores sueños, intentó con todas sus fuerzas llegar hasta el lugar donde el chico aplaudía con alegría, pero no conseguía avanzar; tropezaba, caía sobre las butacas, le pesaban las piernas o el cine se alargaba hasta hacerse eterno, pero la coronilla cubierta de pelo color del trigo nunca parecía estar más cercana. Desesperada, se arrastró por la moqueta salpicada de palomitas a través de las butacas, reptando y luchando contra una superficie que debería ser firme, pero que poseía la consistencia de unas arenas movedizas que la obligaban a sujetarse constantemente para no hundirse. Cuando al fin llegó a la quinta fila, pudo distinguir con nitidez las piernas de un niño que se balanceaban gozosas sin tocar el suelo. Sarah reconoció de inmediato las botas de “Los vengadores” que su hijo no se quitaba desde que se las regalaron por su cumpleaños.

—Harry, cariño—sollozó arrastrándose en su dirección—. Te quiero, mamá te quiere mucho mi vida. No te muevas de ahí, mami va a por ti.

“Hurra Sloth, hurraaaaa”.

Sarah agarró la bota derecha con tanta fuerza que se le rompió una uña. El palmeo eufórico se detuvo de golpe.

—¿Mami?

—Sí cariño, mami ya está contigo.

Aferrándose a los bordes de las butacas con toda la fuerza de su alma se incorporó a medias, lo suficiente para poder ver a su hijo. El rostro vacuo e inexpresivo de Harry la miró sin comprender, con una expresión de estúpida simpleza. Sus ojos habían perdido el color y estaban hundidos en las cuencas, enmarcados por unos terribles cercos de color morado. La piel, tirante y agrietada en algunos puntos, tenía un tono blanquecino y enfermo semejante a la barriga de un pez muerto.

—Mami—carraspeó el niño con una voz que no procedía de su garganta, sino que parecía llegar desde mucho más lejos—. Quiero chocolate, como Sloth.

Una sonrisa bobalicona asomó a sus labios resquebrajados y violetas, y Sarah no pudo aguantarlo más. Quería abrazar a su hijo, besarlo, decirle que jamás volvería a perderlo de vista, pero en cambio, gritó. Gritó tan fuerte que le dolieron las costillas y la garganta. Gritó tanto que unos puntitos danzantes asomaron a sus ojos y, de repente, perdió el contacto con la realidad, sumiéndose en una reconfortante oscuridad.

—Señora, ¿se encuentra bien?

La luz le hirió dolorosamente en las retinas, pero no consiguió mover los labios para pedir que la apagasen.

—¿Qué..., qué demonios?

—Se ha desmayado. No paraba de gritar, y cuando he entrado...

Se apoyó sobre los codos y vio que estaba tendida en mitad del pasillo del cine. Junto a ella se encontraba un acomodador, que apenas tendría edad para beber, con una diminuta linterna que no dejaba de apuntar hacia sus ojos.

—¿Podría apartarme esa luz, por favor?—pidió aturdida.

—Eh..., sí, lo siento.

Sarah desvió la mirada con rapidez hacia la butaca en la que había estado sentado Harry —o lo que sea que se pareciera a Harry—, pero la sala estaba vacía otra vez.

—¿Dónde está el niño?

—¿Niño?—respondió confuso—. En este pase solo ha entrado usted. ¿Se encuentra bien?

—Allí estaba sentado Har..., un chico.

Había estado a punto de soltar que su hijo difunto estaba en el cine con ella, y de golpe se dio cuenta de la terrible locura que aquello suponía. Estaba pasando por un mal momento, pero si se dedicaba a contar que veía muertos sentados en cines aplaudiendo a Los Goonies, le colocarían una bonita camisa de fuerza y la meterían de cabeza en el manicomio Sweet Life con todos los gastos pagados.

—Perdone—se excusó—, debe ser la falta de azúcar.

Se puso en pie con la ayuda del acomodador, y se recompuso la ropa de forma recatada.

—Iré a comer algo.

Cuando se dio la vuelta para abandonar la sala, vio una pequeña bota con el logotipo de Los Vengadores debajo de una de las butacas. Se marchó acompañada de la carcajada de Sloth (o eso esperaba ella) procedente de la pantalla, y con la seguridad de que había terminado volviéndose loca definitivamente.

Amanda Bakersfield no había faltado a un jueves parroquial en casi veinte años, pero esa tarde se encontraba bastante indispuesta como para salir incluso de la cama. A pesar de ello, Amanda era un hueso duro de roer —por algo le había ganado la batalla a tres maridos aficionados a sacar la mano a pasear con excesiva facilidad, además de a un cáncer especialmente insistente—, y no pensaba quedarse acostada toda la tarde como una vieja enclenque; “*Las plantas no van a regarse solas*”, se dijo mientras se levantaba y comenzaba a vestirse.

En Maple Hill existían dos modos de mantenerse informado: uno era el Hill Magazine, y el otro la señora Bakersfield; con la salvedad de que uno de ellos solo publicaba una vez por semana. Por ese motivo, cuando Amanda levantó el cuello surcado de pliegues por encima de la cerca pintada de color melocotón, no pudo resistirse a saber más. Los nuevos inquilinos de la vieja casa de la colina habían supuesto un verdadero reto para ella, pues a pesar de que lo había intentado con ahínco, continuaban siendo un misterio que no era capaz de resolver. El letrero que llevaba colgado toda la semana —y que habían cambiado dos veces desde que murió el chico de los Halley—, había desaparecido. En su lugar, unas letras ridículas de todos los colores inimaginables surcaban la cristalera de lo que una vez fue la pequeña tienda de Jim Sasketchian. Amanda se dio cuenta de que eran de esas adhesivas que los niños utilizaban en el colegio para poner nombres a sus libros o taquillas, y se preguntó qué clase de personas utilizaban pegatinas infantiles para anunciar un rastro de trastos viejos. “*Probablemente alguien que no está muy bien de la cabeza*” sugirió su analítica mente, pero para Amanda, aquella no era una explicación aceptable. Cuando el negocio era propiedad del viejo Sasketchian, no existía misterio alguno; Jim provenía de una familia de carniceros, y su tienda llevaba vendiendo carne desde los años cuarenta. Los carteles que aparecían en el escaparate eran del tipo: “*¡Aprovecha!, oferta en costillar de primera*” o “*2x1 en pollos de corral*”; nada de “LIBROS EXTRAORDINARIOS. AHORA ES POSIBLE REALIZAR TUS SUEÑOS”.

De repente, algo en todo ese batiburrillo de letras vivaces y llenas de color le llamó la atención. Debía de tratarse de la fiebre, pero le había parecido que las letras saltaban y se entrelazaban, creando una danza maravillosa que formaba palabras fugaces, desapareciendo un instante después para comenzar de nuevo su incesante baile mágico. Amanda dejó caer la regadera sin percatarse que los zapatos se le estaban empapando, y avanzó con la boca abierta hasta el extremo sur del jardín. El mediodía ya había comenzado su declive, pero aún se podían sentir los reconfortantes rayos solares del atardecer sobre la piel. Los caracteres cambiantes se detuvieron un instante —lo suficiente para que Amanda pudiera leer la frase sin prisa— y, de nuevo, volvieron a desordenarse a lo ancho de la superficie diáfana del escaparate. La señora Bakersfield (insobornable heraldo de la verdad de Maple Hill) no podía dejar pasar aquella oportunidad de averiguar y, posteriormente “instruir”, a sus honrados vecinos. Era su devoto deber para con la comunidad informar de lo que sucedía en su pueblo.

No tuvo percepción alguna de haber abierto la verja que rodeaba su jardín, cruzar Hill Avenue, y llamar al timbre de la vivienda. Sentía como si estuviera vadeando un río helado sujetándose únicamente a un fino cordón de lana, absorta en llegar hasta el final sin percatarse de los elementos externos. Por ese motivo, quizá, no se fijó en el chico que huía despavorido unos metros calle abajo. Tampoco se dio cuenta de que la enorme monstruosidad de cuatro ruedas de ese borracho de Doug McDougal, casi la envía sin billete de vuelta al reino celestial. En su mente solo quedaba lugar para esas letras, esas maravillosas y danzarinas formas infantiles que se movían al son de una música que ella no podía oír. No fue consciente de pulsar el timbre varias veces más, (o de que alguien le abriese, ya puestos) solo de encontrarse en el umbral de aquel majestuoso salón, en el que todo brillaba y refulgía con luz propia. Avanzó lentamente, paso a paso, cruzando la pequeña puerta que en otra época había sido la entrada de la tienda del viejo Jim, admirando los bellos objetos expuestos en las pulcras estanterías sin hacer el menor caso de la persona que caminaba junto a ella, guiándola a través del estrecho pasillo. No le importaba el hilo de lana, solo alcanzar el margen redentor de la orilla. Allí, oculto entre unos voluminosos candelabros de plata y un juego de tazas de latón, estaba el letrero que estaba buscando. Brillaba más que cualquier otra cosa en toda la habitación, y Amanda Bakersfield sintió como su pecho crecía y se inflamaba, alimentado por una combustión a base de excitación y gratitud. Advirtió lágrimas calientes rodando por sus mejillas cuando las

juguetonas letras infantiles aparecieron sobre la tapa de una vetusta caja de madera, llamándola, incitándola a formar parte de aquella danza seductora. Alargó la mano para tocarlas, pero en algún lugar de su mente, algo seguía resistiéndose a ser feliz.

—Bonita, ¿verdad?

La voz que susurró en su oído le cogió desprevenida, pero no le molestó en absoluto; estaba de acuerdo, era lo más bonito que había visto jamás.

—Se trata de una pieza única—recalcó la voz, que exhalaba un aliento cálido en el cuello de Amanda que excitó a la mujer—. Ya no quedan muchos de estos. ¿Lo conoce, por casualidad?

Amanda lo conocía. Aquella caja de madera con letras pintadas sobre la tapa se trataba de un juego infantil llamado *Arquix*. En la cubierta, varios niños miraban con entusiasmo una estructura que estaba situada en el centro de una mesa; la mujer esbozó una ligera sonrisa cuando recordó la inmensa cantidad de tardes que había pasado con su hermana pequeña en el jardín de casa con aquel dichoso juego.

—¿Quiere verlo más de cerca?—susurró de nuevo la voz.

Antes de que pudiera articular una sola palabra, la caja de madera ya se encontraba entre sus manos, que temblaban ostensiblemente. Aquel simple hecho consiguió que Amanda volviese a ser la mujer cabal que siempre había sido; a ella jamás le temblaban las manos, ni siquiera cuando le comunicaron que padecía cáncer.

—Oiga, ¿Qué está ocurriendo aquí?

Antes de poder darse la vuelta para encararse con el dueño de aquella sensual voz, sintió una humedad en los pies que le arrancó un salvaje escalofrío. Desvió la vista hacia abajo, pero en aquel instante, un sonido metálico la devolvió a la realidad. Se encontraba en su jardín, junto a la cerca de color melocotón; la regadera se estaba en el suelo, sobre el entarimado de hojalata que protegía los parterres. De repente, el ruidoso vehículo de McDougal cruzó la avenida a toda prisa, y por poco atropella a un muchacho. Amanda centró su atención en la casa de enfrente, pero allí no había nada; ni cartel, ni letras danzarinas, ni, por supuesto, el juego al que su hermana y ella jugaban sesenta años atrás, sentadas en la hierba del huerto de sus padres. Se fijó en los ojos que la observaban desde el otro extremo de la calle, ocultos

detrás de la tela que cubría la vidriera y, ella, la temible Amanda Bakersfield, la que había sobrevivido a tres maridos maltratadores y un cáncer sin derramar una sola lágrima, huyó despavorida hacia su casa temblando de puro terror.

Maple Hill recibía al año una buena cantidad de turistas que buscaban suministros y descanso en su afán por coronar las *Cinco Cumbres*. Los pueblos pequeños, como Newark, Lyndon o Waterford, se preparaban para el desembarco de los senderistas y escaladores en su camino por el Long Trail, que se fusionaba con el mítico sendero de los Apalaches para hacer las delicias de miles de excursionistas. La época de más ajetreo comenzaba con el otoño, y se denominaba *pico*; ese era el momento en que el mundo explosionaba y se fundía en una gama de colores rojos, magentas, amarillos, naranjas, ocres, verdes, e incluso violetas. El condado de Caledonia se mantenía prácticamente en base a ese momento del año —y prácticamente los otros 13 condados, aunque el sirope de arce también cumplía con su función — y, por ello, los negocios de todos los pueblos locales por donde afloraba la fiebre por la naturaleza (que comenzaba en las Adirondack y transcurría hasta las Green Mountains, para los más osados y experimentados hasta el final de los Apalaches), se engalanaban con banderas y reclamos para el turismo. Maple Hill —bastante más pequeño que St. Johnsbury, pero superior a Newark, Peacham y la diminuta Stannard—, aguantaba buena parte del abastecimiento de la zona.

Jay Jones, el dueño de la tienda más grande del pueblo —sin contar el Walmart de la calle Louisville—, sudaba copiosamente mientras apilaba los sacos de carbón vegetal en la jaula de la entrada. Aunque disponía de seis empleados a jornada completa para la estación de otoño, el viejo Jay no hubiera confiado ninguno de los trabajos importantes a uno solo de aquellos aspirantes a hombres a los que ni siquiera había empezado a brotarles la barba. La única en la que depositaba cierta parte de responsabilidad era Gina, la chica de los Burton; “*una cabrona con un par bien puesto*”, respondía siempre que le preguntaban por el motivo de mantener empleada a una *espagueti* de metro y medio. Gina era menuda, y sus raíces italianas se hacían evidentes a primera vista. De su madre (napolitana, para más señas), había heredado esos ojos profundos y oscuros, además del brío latino. De su padre (natural de Lewiston, Maine), la indolencia por el futuro. A Gina no le importaba qué podía depararle el destino, ni trataba de labrarse un *porvenir*

como siempre le reprochaba su madre; para Gina, la vida consistía en cobrar el sueldo semanal y fundirlo entero antes de que acabase el domingo.

—¡Eh, *gabacha!*—llamó Jay a gritos—. ¡Necesito las cañas de pescar colocadas en sus estantes para cuando lleguen los *caminantes!*

La muchacha esbozó una sonrisa debido al chiste relacionado con *The Walking Dead*. Jay podía no saber qué demonios era un *Millennial*, *la Generación Z* o, simplemente *Twitter*, pero en relación a las series de televisión estaba siempre a la última.

—Ya te he dicho mil veces que no soy francesa—bajó la voz—. Carcamal.

—Te he oído. Me falla la herramienta, y a veces me meo en los zapatos, pero tengo un tímpano que es un primor.

Jay se dio la vuelta y se dedicó a los sacos de sal, que debido a las inminentes nevadas se acabarían a las pocas horas de abrir; aunque para ese inconveniente tenía reservas de sobra en el almacén.

—Oye, *italianini*, ¿sabes algo de los nuevos vecinos?

—Ni puta idea.

—¡Habla bien, joder, que no cuesta ningún trabajo!—apiló el último costal con la letra S, y se enjugó el sudor—. Me tiene *mosca* tanto misterio.

—Creo que son de Maine, y han organizado una inauguración para su presentación oficial; es algo parecido a una fiesta de bienvenida. Al menos eso es lo que dice la señora Walt, y ya sabes, si lo dice la jefa de radio macuto.

—Sí, al *club de las Damas* no se les escapa una—se acercó, y puso una mano endurecida sobre el hombro de su empleada—. De todas formas, si te enteras de algo, ¿me lo harás saber?

Bajo ese aspecto de hombre duro y sin corazón, Jay Jones seguía siendo un viejo temeroso de cualquier cosa que amenazase su estilo de vida, y ese negocio nuevo en el mes de mayor apogeo de turistas del año podía conseguirlo.

—Claro, ya lo sabes.

Gina se alejó, escoba en mano, con la firme intención de quitarle esa duda a su jefe. En cuanto acabase su turno llamaría a Blake, y desvelaría el secreto

de los vecinos nuevos de una vez por todas.

Le volvieron a entrar ganas de mear, pero no se molestó en caminar hasta el establecimiento para hacerlo; el aparcamiento estaba prácticamente vacío, así que orinó en la pared trasera de la tienda, intentando acertar con el chorro sobre una colilla de *Chester*. Se fijó en el paquete de seis cervezas —del que solo quedaba la mitad— mientras se la sacudía, y se dio cuenta que no le apetecía acabárselo solo. Deseaba que alguno de sus amigos hubiera faltado aquel día a clase o, ya puestos, que decidieran dejar el instituto y empezasen a ver la vida del mismo modo que lo hacía él. Pateó con violencia un vaso de plástico a la vez que se subía la bragueta, y fue entonces cuando prestó atención al coche estacionado bajo el pequeño techado de aluminio del área de servicio. Blake no había reparado antes en el vehículo porque se hallaba fuera del perímetro asfaltado del aparcamiento del Walmart, pero una preciosidad así no pasaba desapercibida dos veces. Se trataba de uno de esos deportivos antiguos —un Corvette o un Pontiac, se atrevería a jurar—, aunque desde esa distancia y con la inmensa cantidad de polvo que cubría la carrocería, apostar sería una opción arriesgada. Se acercó despacio, como si se tratara de ese coche maléfico de la novela de terror. El implacable sol invernal arrancó destellos a la pintura metalizada de color plata de la carrocería en aquellos lugares donde aún la conservaba. Blake distinguió el símbolo de Pontiac entre sus faros traseros de rejilla, y sintió una curiosidad feroz por saber quién sería el dueño de semejante reliquia. Sin duda no era de Maple Hill. Rodeó el alargado morro del coche, y se asomó por la ventanilla del conductor. La sombra incidía en aquel lado del vehículo, y añadiendo el polvo a la ecuación, imposibilitó al chico para ver cualquier cosa en el interior que no fuesen sombras. De repente, una de aquellas sombras pareció moverse y gruñir, y Blake se preparó para salir corriendo. Un hombre apoyó la mejilla en el cristal de la ventanilla, y se quedó mirando al joven con unos ojos enrojecidos que delataban una mala noche; sin mediar palabra, abrió la ventanilla a toda velocidad y vomitó en el recalentado suelo arenoso.

Sin pensárselo dos veces, le cedió la última de las latas de Budweiser Ice. A Blake no le apetecía beber más, pero aunque así hubiera sido, se dio cuenta de que a aquel tipo le hacía mucha más falta que a él.

—¿Pero qué demonios te ha pasado?—interrogó el joven—. Parece que te ha masticado y luego cagado un gigante borracho.

—Así me siento—declaró con voz pastosa—. Masticado, cagado... y borracho; podría ser un buen título para una canción.

—Pues ya te he dado mi cerveza, no pienso darte también los derechos de mis ideas.

El hombre intentó sonreír, pero apenas le brotó una mueca torcida de sus labios resecos. Apuró la Bud en dos tragos, y dejó la lata junto a las otras vacías.

—Muchas gracias por las cervezas, chaval, pero ahora tengo que largarme de aquí.

Dio un paso y se tambaleó, enredándose con sus propios pies hasta que cayó de bruces sobre el asfalto. Blake se apresuró a recogerlo.

—Tío, me parece que no vas a llegar muy lejos tu solo.

—Llévame al coche y méteme dentro—tragó una saliva que no tenía, y tartamudeó varias veces—. Déjame dormir la mona en el asiento trasero.

A Blake le costó un mundo arrastrarlo hasta el Pontiac, y cuando abrió la puerta se le bajó el mundo a los pies. El exclusivo deportivo parecía una tienda de comestibles arrasada por un tornado. Envoltorios de pasteles, botellas de todas las clases inimaginables y recipientes de comida rápida cubrían la tapicería de cuero rojo por completo. El exiguo asiento trasero era prácticamente inexistente, oculto por todo tipo de desechos y un par de bolsas de viaje enormes con el logotipo de los Sacramento Kings en un lateral.

—Joder, ¿has robado un banco?

El hombre murmuró algo indescifrable y se desmayó, y a Blake se le

iluminaron los ojos al ver el reluciente llavero colgando de su pantalón.

Gina dio una fuerte calada, y lanzó la colilla con maestría por encima de la barandilla de madera.

—Pues a mí me parece un borracho normal—opinó con desinterés—. Será uno de esos tipos ricos que planean un viaje de “meditación”, y acaban bebiéndose el agua de los floreros en un bar de carretera y tirándose a una pueblerina con mas tetas que cerebro, en busca de un billete de ida para la gran ciudad.

—Gina, ¿se puede saber qué te ocurrió para odiar tanto al mundo?— bromeó Blake.

Ella le dio un golpe en el brazo y encendió otro cigarrillo.

—No sé, solo digo que si tus padres se enteran de que has metido a un desconocido borracho como una cuba en casa, te vas a ganar una buena bronca.

El chico se encogió de hombros con aquel gesto suyo tan típico de *que se le va a hacer*, que a ella tanto le molestaba, y se sintió tentada de golpearlo de nuevo.

—¿Y a ti qué te pasa?— interrogó ella—. Tienes una pinta horrible.

—No duermo mucho.

—¿Otra vez esas pesadillas?

Blake le arrebató el cigarro sin contestar a su pregunta. Dentro escucharon un gemido, seguido de varias palabras malsonantes. Los dos jóvenes entraron a toda prisa y se encontraron al desconocido intentando levantarse —sin mucho éxito—, del sofá donde lo habían dejado acostado.

—Que..., ¿Dónde cojones...?

—Te he traído a mi casa—se apresuró a explicar Blake—. Llevabas una cogorza de aúpa, y he pensado...

—¿Y mi coche?

—En la puerta. Sabes que...

—¿Has cogido mi coche?

Blake dudó un instante, pensando por primera vez que su acción *altruista* quizá no fuese entendida por aquel tipo de la misma manera que él la había interpretado.

—Sí.

El hombre hizo otro intento de levantarse, pero se quedó a medio camino —Gina se dijo que parecía la versión humana de una tortuga a la que le han dado la vuelta—, y ambos se apresuraron a sujetarlo por los brazos para ayudarlo.

—Chico, te agradezco que me tomes por una ancianita desvalida y hayas decidido ganarte tu medallita de los boy scouts conmigo, pero no deberías haber tocado mi coche—se llevó la mano a la frente, y se masajeó el puente de la nariz con los dedos—. Tengo que irme.

—¿Quieres un café?—ofreció Gina. La joven había tratado a personas con resaca en multitud de ocasiones.

El hombre volvió a frotarse la frente y asintió.

—Me vendría bien, gracias.

Mientras Gina trasteaba en la cocina, Blake y el desconocido se observaron mutuamente, hasta que la curiosidad adolescente pudo más que la discreción.

—¿Qué hacías tirado como una cuba en el aparcamiento del Walmart?, ¿Y qué coche es ese?; tío, tiene una aceleración que te cagas, pero tendrías...

—Deberías cerrar el pico, chaval—advirtió.

Gina irrumpió como una locomotora en el salón, y dejó una bandeja que portaba una taza, un recipiente con terrones de azúcar, y una botella de sirope de arce frente al desconocido. El hombre observó con detenimiento la fuente, y alcanzó la botella de sirope.

—¿Podrías cambiarme esto por whisky?—ante la mirada atónita de la chica, dejó la botellita de nuevo encima de la mesa—. O bourbon, coñac o cualquier cosa que contenga alcohol, me da igual.

Gina permaneció sentada frente a él, con las manos cruzadas sobre las

rodillas con un gesto muy enraizado de sus raíces latinas y los domingos de su infancia en la iglesia.

—Supongo que debería presentarme—adujo el hombre, encogiéndose de hombros y cogiendo por fin el frasco de sirope—. Me llamo Michael Halley.

Tanto Blake como Gina permanecieron impasibles.

—Halley, Mike Halley—repitió, enfáticamente—. El Halley de “*Los sueños de Nuestro Dios*”.

Los chicos continuaron sin reaccionar. El hombre resopló, y vació un generoso chorro de sirope en el café, junto con dos terrones de azúcar.

—¿En serio?—puso los ojos en blanco, y pronunció despacio, como si le costase un mundo dejar escapar las siguientes palabras—. “*El peso de la maldad*”

—¡No jodas!—exclamaron ambos al unísono.

—¿Eres ese Mike?—Blake se había puesto en pie de puro entusiasmo—. ¿El Mike Halley de *El peso de la maldad*?

—Eso he dicho—corroboró el hombre, apurando el café de un sorbo.

—¿Y qué demonios hace en este pueblo un escritor famoso?

El joven se abstuvo de añadir el detalle de que estuviera borracho y tumbado en la parte trasera del aparcamiento de un Walmart.

—He venido por motivos personales.

Todo en el hombre cambió, desde su tono de voz hasta su rostro, que hasta ese momento se había mostrado amigable. Un aura sombría pareció envolverlo, como si un manto de invisible pesadumbre se ciñese en torno a su cuerpo. Se puso en pie, y se ajustó la *chupa* de cuero. Gina —gran seguidora del cine antiguo—, se fijó en que era del estilo “Perfecto”, que tan popular habían hecho tipos como Marlon Brando y James Dean, y sintió un renovado interés por aquel extraño.

—Chico, las llaves— masculló extendiendo la mano. Blake le lanzó el pesado llavero, que Mike atrapó al vuelo—. Gracias por el café y el “misericordioso” secuestro, pero ahora debo marcharme.

Sin añadir nada más, salió de la casa y dejó a los dos jóvenes

boquiabiertos. A los pocos segundos, escucharon el característico rugido del motor deportivo alejarse en dirección al corazón de Maple Hill.

Para cuando Sarah llegó a casa, Tom ya estaba completamente ebrio. Los restos de comida precocinada y las botellas de cerveza se amontonaban en torno al sofá donde dormitaba su marido, como si se tratase de una indecorosa muralla delatora. Lo odió con todo su corazón. Ella sabía que su matrimonio caminaba desde hacía tiempo sobre una precaria cornisa, erigida en el borde de un escabroso desfiladero, pero había albergado optimismo con respecto a esa situación. El ascenso en el trabajo de Tom, su recién adquirida pasión por entrenar a los chicos, y la actitud cálida y amorosa que mostraba con ella, habían cimentado las fijaciones que le faltaban a esa pasarela sobre el abismo de su matrimonio. La muerte de Harry arrasó con todo aquello de un plumazo, igual que un Tsunami devasta una aldea de pescadores sin remordimiento alguno.

Pasó junto al hombre con el que llevaba casada casi treinta años — cuidándose de no hacer ruido con las bolsas de la compra—, hasta que llegó a la cocina y cambió de parecer. El mecanismo envenenado del rencor hizo girar el engranaje encasquillado en lo más profundo de Sarah y, de repente, ya no le apeteció *interpretar* el dolor de su marido. Tom había intentado justificar su incipiente alcoholismo ante ella apelando al sufrimiento que sentía; “*eh, cada uno cicatriza a su manera. Además, solo son un par de cervezas*”, solía argumentar a modo de excusa cuando Sarah lo encontraba borracho. Dejó la compra sobre la encimera con brusquedad, y fue a buscar una escoba y el cubo de basura. Trató de hacer el mayor escándalo posible al recoger la porquería con la que su maridito había pillado su última cogorza, y se dio cuenta —con horror y, por qué no decirlo, con algo de excitación—, de que había estado tentada de estrellarle todas y cada una de las botellas que retiraba sobre aquella cara estúpidamente plácida de achispado. Precisamente en ese momento, Tom abrió los ojos y los clavó en los de su mujer. Sarah siempre lo había considerado un tipo pacífico, incapaz de hacerle daño a nadie, pero para ser justos, tampoco había intentado nunca antes matarse bebiendo.

Él la observó largo rato, como si no comprendiese del todo qué hacía allí. Sarah observó que tenía los ojos hinchados, y la esclerótica que recubría el

globo ocular era prácticamente del color del vino rosado. Parpadeó varias veces, y se puso en pie con alguna que otra dificultad. Sarah esperó los rugidos que acompañaban a las resacas, pero su marido le arrebató el cubo y la escoba con una delicadeza impropia de él en los tiempos que corrían, y los depositó con suavidad sobre el sofá; Sarah tuvo que reprimir una carcajada al imaginarse a un topo artificiero con el culo enorme, que salía en unos dibujos animados que veía con Harry cuando era pequeño. Estaba claro que ambos habían perdido la cabeza, y ese era el momento que siempre salía en los noticiarios, en el que ella le arañaba los ojos y él la mataba de un golpe en la cabeza. Para su sorpresa, Tom la atrajo con ternura y la estrechó entre sus brazos. Sarah sintió el cuerpo de su marido estremecerse, y la humedad caliente de sus lágrimas recorrerle la nuca para, instantes después, derramarse sobre el cuello de su blusa.

—Lo siento, cariño—se lamentó—. Sé que he sido un estúpido, pero eso se acabó.

Ella se obligó a levantar los brazos, y le correspondió abrazándolo tímidamente.

—He comprendido que Harry no querría esto, que no desearía que nos peleásemos ni que nos pusiéramos tristes—su voz, entrecortada por la angustia, se apreciaba nasal y confusa—. Desde este momento estaré aquí siempre, cogiéndote la mano cuando lo necesites y no dejándote caer.

—Pero... —Sarah sentía un dolor en el pecho que apenas le dejaba pronunciar las palabras que circulaban por su mente—. ¿Y la bebida?

—He terminado con eso— afirmó de forma contundente—. No quiero ser nunca más *ese* Tom; y tampoco quiero perderte.

—Mi amor.

Lo besó. Lo besó como hacía tiempo que no lo besaba; en ese instante las palabras sobraban, y lo único realmente necesario eran las emociones.

Fue en ese momento, al escuchar el rugido de un potente motor de seis cilindros que aparcaba en el camino de entrada de la vivienda, cuando el tsunami volvió a devastar la vida de los Halley.

Jerome Zachary Wallace tamborileaba alegremente con los dedos sobre el volante de madera de su Chevrolet Tahoe, mientras ascendía la suave pendiente de la avenida Green Mountains. En ese momento se sentía el hombre más envidiado de todo Maple Hill, y eso le encantaba.

Jerome había pasado con más pena que gloria por primaria, para acabar en lo más hondo de un oscuro pozo de humillación en el instituto. Cuando se graduó, se le quemaron las ruedas de su viejo *Chevy* por la velocidad con la que se marchó del pueblo. Para Jerome (alias *picha quemada*, merced a una broma de muy mal gusto que le gastaron en su primer año de instituto), lo más importante en su vida era largarse de Maple Hill; no le importaba dónde, ni qué hacer a continuación. Se matriculó en la UConn (universidad de Connecticut), en la especialidad de empresariales y, años después, allí estaba, dueño de más de la mitad del asqueroso pueblo al que se juró no volver jamás.

Hizo aullar el motor V8 de su coche al enfilarse el camino de acceso a la vivienda, y aparcó junto a la puerta del garaje. Era consciente de que el barrio entero estaba pendiente de él, agazapados tras las cortinas, o escondidos en algún seto mal podado; aceleró una última vez, con fuerza, con la intención de que los que aún no supieran que estaba allí —algo improbable, pues en aquel pueblo de paletos funcionaban mejor los cotilleos que la fibra óptica—, tuvieran tiempo de asomarse. Prescindió de su carísimo maletín de piel genuina, que dejó en el asiento trasero, pero no así de la americana del traje; tenía intención de seguir disfrutando de su momento. Se ajustó la corbata y, con la fuerza de cien pares de ojos en su espalda, se dirigió a la entrada de la vieja vivienda de Jim Sasketchian.

Aunque poseía una enorme variedad de viviendas, locales, bajos comerciales y edificios en Maple Hill, Jerome no vivía en el pueblo; por nada del mundo se le hubiera ocurrido. Su residencia fija se encontraba en Montpelier, en un bonito ático con vistas al río Winooski. Dos semanas antes había recibido una llamada ofreciéndole una succulenta oferta por la propiedad de la colina, la que había sido la vivienda de la familia Sasketchian. La

verdad es que le extrañó un poco, pues no había puesto anuncio alguno a nivel estatal, pero como buen agente inmobiliario que era, no se lo pensó dos veces. La única condición que habían puesto sus clientes había sido la de “acondicionar” la residencia de una manera concreta, para cuando decidieran mudarse a vivir en ella. Para este tipo de trabajos Jerome tenía contratada a Berta, una valquiria de Oklahoma capaz de levantar un sofá con una mano para limpiar debajo con la otra, pero la mujer había pillado una gripe (la primera de su vida, había jurado ella), y el propio Jerome se había hecho cargo del trabajo. No le importaba; a decir verdad, le gustaba. Además, se había encontrado con el valor añadido de que todos en Maple Hill estaban pendientes de los nuevos vecinos y, por extensión, de él mismo.

Se demoró más de la cuenta con las llaves en la entrada, saboreando la ansiedad que a buen seguro estaba produciendo en los cotillas del barrio, que acudirían corriendo a preguntarle por los detalles cuando se lo encontraran tomando una copa en el Blue Fox.

Ya había estado otras veces en la vivienda, pero en aquella ocasión se le antojó distinta; quizá fuese por la ausencia de electricidad —habían tenido que desconectarla para realizar unas mejoras en el cableado—, o por el hecho de encontrarse desprovista de cualquier rasgo de humanidad. Jerome había vendido muchas casas a lo largo de su carrera, y algunas de ellas carecían del llamado “calor humano”, pero en el caso de la antigua morada del señor Sasketchian la impresión era totalmente distinta. A pesar de estar deshabitada, Jerome percibió una *proyección* gélida que nada tenía que ver con los radiadores apagados.

Se apresuró a cruzar el vestíbulo, dirigiéndose a grandes zancadas por el pasillo que conducía a la cocina. Desde allí se accedía a la puerta que bajaba hasta el sótano —en el caso de Jim Sasketchian, a su viejo local comercial—, donde estaban los carteles que necesitaba colocar. A medida que recorría el extenso corredor, Jerome sentía cada vez más el frío penetrando en sus huesos, y se dijo que debería haber llevado su abrigo Burberry y no la chaqueta del traje. Berta había hecho un buen trabajo con la limpieza preliminar, pues el viejo Jim parecía considerar la higiene de su vivienda como algo “secundario” entre las prioridades de su vida, ya finalizada. El manto de polvo había desaparecido —al menos de las partes visibles— y, en los aparadores, los objetos decorativos se encontraban ordenados con pulcritud y precisión militar. Jerome tenía pensado poner aquella casa a punto

él mismo, pero de repente se le quitaron las ganas. No era un tipo aprensivo, nada de eso, y tampoco se le caían los anillos por colocarse unos guantes y ropa vieja y dejar una vivienda hecha una *patena*; “*como si fuera para una revista*”, solían decir en el argot inmobiliario a modo de broma sus compañeros frente a una copa en el club de socios. Jerome era especialista en dejar una propiedad lista para mostrar; poseía un toque personal y un estilo inconfundible, que era el responsable de que hubiera llegado a poder sentarse en esa mesa del club de socios.

Sacó el pesado llavero del bolsillo de la americana donde se lo había guardado al entrar, y rebuscó con urgencia entre la multitud de llaves que poseía el inmueble. La del sótano era inconfundible —la única que seguía siendo de hierro forjado, bastante antigua—, pero no la encontró. Las manos comenzaron a temblarle ligeramente y, por algún motivo que no supo explicar, se le aceleró el pulso. “*Vamos, cálmate Jerome; no es la primera residencia siniestra a la que te enfrentas*”, solo que *esa* casa en particular nunca había sido siniestra. Jerome recordaba como de niño, al salir de clase, su madre lo enviaba a comprar unos cuartos traseros de pollo para la cena a la tienda que el señor Sasketchian tenía en ese mismo sótano (solo que entonces se entraba por la puerta del garaje, no por el pasillo de la mansión encantada de Hill House), y lo contento que se marchaba de allí con el caramelo con que el viejo tendero le obsequiaba siempre. No, para Jerome esa casa era de todo menos siniestra; y sin embargo, allí estaba él, muerto de miedo.

Mientras trasteaba con el manajo de llaves, un reflejo dorado apareció fugazmente por un extremo de su visión periférica. Apenas fue un foganazo —que podía resultar fruto de la tensión del momento—, pero decidió olvidar el tema de las llaves por el momento, y centrarse en las demás tareas que había trazado en su mente. Se guardó el pesado llavero y avanzó a tientas por la superficie en tinieblas del extenso corredor. La mansión estaba muy bien orientada, y poseía un número importante de formidables ventanas que proporcionaban una luz natural deliciosa a casi todas las estancias de la vivienda, pero el pasillo no formaba parte de esos ambientes iluminados. Apenas había llegado al final del corredor cuando una cortina de rayos solares —que al agente inmobiliario le pareció lluvia divina—, se cernieron sobre la espaciosa cocina, inundándolo todo de un fulgor tostado esplendoroso. Allí tampoco se observaba ni una mota de polvo, y las superficies pulidas de los electrodomésticos resplandecían, lanzando destellos

ambarinos sobre los muebles de color caoba. Durante un breve instante, Jerome no recordó el motivo por el cual estaba allí; solo podía pensar en la extraordinaria combinación de luces y reflejos, en las motas de polvo en suspensión que flotaban entre los prodigiosos tentáculos del sol, y en que ese lugar, esa cocina, no parecía ser de este mundo. Fue en aquel momento de éxtasis cuando lo vio. Sobre una de las encimeras de color borgoña —como si lo hubiesen dejado allí especialmente para él—, se encontraba un estuche algo manoseado y desgastado por las esquinas de color naranja y amarillo. El hombre se acercó —ajeno ya al juego de luces y motas de polvo— y atrapó el paquete utilizando únicamente las yemas de los dedos, como si temiese quemarse las manos si lo sujetaba muy fuerte. Pensó que pertenecería al viejo Jim, y que Berta lo habría encontrado bajo algún mueble al limpiar, olvidado y lleno de polvo. Aunque probablemente también podía ser propiedad de los nuevos dueños, pero que Jerome supiera, todavía no habían puesto un pie en la casa.

Volvió a mirar el envoltorio, y los ojos le brillaron con un evidente anhelo que cualquiera habría asociado a la más pura avidez. Allí estaba, en sus manos, el ejemplar en formato de coleccionista de “Resuelve el misterio” de M. Masters que se había pasado una navidad entera suplicando a sus padres, y que ellos jamás pudieron permitirse. “*Jerry, cariño, sabes que Papá Noel no puede traer todo lo que pedimos*” había dicho su madre. “*Jer, deja ya de lloriquear como una nena, el cuaderno de dibujo es mucho más práctico*”, había manifestado su padre, acicalado con su inmortal camiseta interior de tirantes repleta de manchas de mostaza sobre la pechera.

Jerome miró sorprendido la cubierta, en la que Lince Collins y Amy Adams parecían estar haciéndole señas para que acudiese a descifrar un nuevo enigma con ellos. En una de las esquinas, enmarcado por un globo de color dorado, anunciaba que contenía un mapa inédito de Lakewood Hills, además de un espectacular dibujo necesario para solucionar el caso. La peculiaridad de aquella conocida saga de libro-juegos consistía en que cada lector podía escoger su propio camino para descifrar los casos siguiendo el mapa o los dibujos, encontrándose la solución en la página final del libro, escrita al revés y solo visible al trasluz. Jerome había jugado con aquellos libros muchas veces de niño, pero siempre con ejemplares prestados por sus amigos; nunca había tenido uno propio, a pesar de haberlo deseado con toda su alma.

Sin pensárselo dos veces apretó el estuche contra su pecho, como si temiese que alguien pudiera aparecer en cualquier momento y arrebátárselo (tal vez su padre), y volvió a toda velocidad por el pasillo envuelto en sombras. Dos minutos después se encontraba sentado en su lujoso Tahoe, que ascendía a toda velocidad por la rampa de salida hacia la interestatal. Junto a él, en el asiento del acompañante, el grandioso mapa de la ciudad ficticia de Lakewood Hills se encontraba desplegado, ocupando una gran parte del salpicadero. Jerome no veía el momento de llegar a su ático y ponerse a descifrarlo. Para el agente inmobiliario habían dejado de tener importancia los carteles y demás tareas que se había propuesto realizar aquella mañana.

Tom contemplaba la aparición que continuaba de pie en el umbral de la puerta, como si de un momento a otro fuese a desvanecerse; en realidad, deseaba que eso fuera lo que ocurriera.

—Pu..., ¿puedo pasar?

A Sarah se le escapó un gritito, que sofocó de inmediato con la palma de la mano. Parecía una damisela en apuros en una de esas películas viejas del oeste.

—Quería... —las palabras se le atragantaban en la garganta, y se apreciaba el titánico esfuerzo que realizaba para arrojarlas por los tendones del cuello, tensos como el cordaje de una raqueta de tenis—. Quería venir... al entierro.

Sarah soltó otro gritito (que escapó de la prisión de su mano), y huyó escaleras arriba sin poder soportar ni un segundo más la angustia. Tom, sin embargo, no se movió ni un solo milímetro. Observó al hombre que tenía delante, y reconoció los vestigios de la bebida y la posterior resaca. Eran señales que un borracho reconocía en otro borracho con toda claridad.

—¿Qué quieres?

—Papá...

—Mi hijo está muerto—declaró con frialdad.

Mike torció el gesto en una mueca de tristeza que no pudo disimular. Aquellas palabras requerirían de muchos litros de alcohol para poder desterrarlas al lugar más oscuro de su mente.

—Papá, yo..., lo..., lo siento.

Tom Halley hizo el amago de cerrar la puerta al hijo del que llevaba más de doce años sin saber nada; de hecho, al único hijo que le quedaba. El hombre sintió que algo cedía en su interior, algo que acababa de romperse dentro de su pecho y que, probablemente, fuese incapaz de arreglar. El aspecto desaliñado de su hijo —que parecía una estrella de rock de los ochenta venida a menos—, no hizo más que acrecentar su desazón.

—Por favor—ya no quedaba ni rastro de dureza en su voz, solo aflicción y el dolor más auténtico que podía reflejarse en un rostro humano—, márchate y deja que tu madre y yo aspiremos a tener una segunda oportunidad. Te lo ruego.

Mike abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor y se dio media vuelta para marcharse. Cuando estaba ya en el primer escalón del porche, se giró, y vio que su padre seguía allí, sin moverse.

—No lo entiendes—apuntó. En su tono no existía el más mínimo tono de reproche, aunque sí de congoja—. No lo entendiste hace doce años, y sigues sin entenderlo ahora.

Sin esperar respuesta, abandonó la propiedad en la que había crecido, y se marchó en su flamante Pontiac del 64. Tom Halley lo vio desaparecer por la esquina, cerró la puerta, y lloró hasta que no le quedaron más lágrimas que derramar.

El sábado 10 de noviembre (la víspera del día de los veteranos), Maple Hill bullía de afluencia. Un enjambre de senderistas habían conseguido que Lorena Hopkins colgase el cartel de “*No quedan habitaciones disponibles*” en el Green Lake, el único hotel del pueblo. El albergue que administraba Tim McNeal también mostraba un letrero idéntico, aunque Tim era perro viejo, y se había guardado un par de habitaciones con literas para esos turistas de última hora que, dispuestos a no perder el viaje, están dispuestos a pagar una suma estratosférica por la última habitación de la comarca.

El Blue Fox, el local de Jack Dalton —que por norma general no abría los sábados hasta pasado el mediodía—, estaba a rebosar de gente equipada con ropa de nieve desde primera hora de la mañana. Las tres camareras eventuales que Dalton había contratado para los turnos de la mañana no daban abasto en reponer las jarras de cerveza, retirar desayunos a base de gofres y, (por supuesto) sirope de arce, mientras intentaban evitar que algún que otro *pasado de rosca* les pellizcase el trasero.

Justo en el instante en que Gina Burton le gritaba a un compañero de trabajo con el rostro repleto de acné, que era un “perfecto gilipollas” por colocar los sacos de carbón directamente sobre la acera mojada, en la vieja casa de Jim Sasketchian aparecía el cartel más grande de los que habían colocado hasta ese momento. Éste, a diferencia de los anteriores, lo habían fijado en el jardín delantero, justamente en la divisoria donde los rosales dejaban paso a un césped que ya empezaba a amarillear. Estaba remachado sobre un tablero de madera, pintado de blanco y del tamaño de un coche mediano. Los turistas que pasaron por delante solo le dedicaron una breve ojeada de curiosidad, que ni mucho menos llegó a convertirse en interés. Por el contrario, para los habitantes de Maple Hill, significó el tema de mayor expectación del día; el argumento de una trama que pasó de boca en boca, y se extendió como una mala enfermedad.

Michael cerró la puerta de su habitación en el Green Lake mientras se repetía, a modo de nota mental, que no debía tomar más decisiones bajo los efectos del alcohol o la marihuana. Al principio le había parecido una buena idea quedarse unos días por el pueblo, pero en aquel momento, Maple Hill era un hervidero de turistas ruidosos, y el Green Lake el corazón de esa maquinaria estridente.

Arrugó el folleto publicitario que habían pegado con celo sobre la puerta —y que enfatizaba, entre otras virtudes, la de “*Un entorno mágico y apacible*”—, y bajó hasta el aparcamiento con la idea de buscar un lugar tranquilo donde aparcar su coche. El plan consistía en beberse la botella de Jack Daniel's que había comprado esa tarde, y quedar inconsciente hasta que fuese la hora de la cena. De repente, esa idea le proporcionó una paz infinita, parecida a la sensación fría y endulzada que sientes al meterte un *chute*.

Antes incluso de tener una imagen clara de hacia dónde debía ir, ya enfilaba con su deportivo en dirección al puente Barrow, en el límite norte de Maple Hill. Mike conservaba muy buenos recuerdos de ese lugar de cuando era un niño, y aunque la mayoría de ellos se hallaban emborronados y ocultos tras una espesa neblina de opioides, la zona boscosa cercana al riachuelo siempre había sido su lugar favorito en el mundo. Continuamente le proporcionaba la ansiada sensación de calma que a veces tanto necesitaba; aunque si eso no funcionaba, recurría al OxiContin.

Se encontraba sumergido en rescatar los enfangados recuerdos de su infancia, cuando escuchó el insistente claxon, seguido de una retahíla de insultos tan larga que no llegó a escuchar el final. Un reluciente Prius le adelantó a toda velocidad, y pudo ver como un grupo de adolescentes le dedicaba un gesto con el dedo bastante elocuente. Pestañeó varias veces para despejarse, y se dio cuenta de que se había detenido en el único semáforo que quedaba al oeste del pueblo, en la intersección de la avenida Dam. Como si se moviese en sueños, y la mano que accionaba la palanca de cambios no fuese suya, se vio avanzando lentamente, para girar después por la prolongación de Hill Avenue, la calle que cruzaba el pueblo y por la que se

llegaba hasta la presa y, más allá, el puente Barrow. No tenía previsto pasar por allí —por nada del mundo habría deseado volver a cruzar por aquella calle en particular—, pero en los últimos meses parecía estar viviendo dentro de una película en la que había sido elegido protagonista, pero con un guión del que no poseía copia ni decisión alguna. Por más que intentó no hacerlo, la mirada se le fue hacia lo alto de la colina y, como si la maldita película hubiese dado un giro en el argumento del que no le había avisado nadie, detuvo el coche. Se prometió no bajar. Se juró a sí mismo estrellar la botella de whisky contra la calzada y salir de aquel pueblo maldito si era capaz de permanecer en su Pontiac. Incluso prometió, a quien quiera que lo pudiera escuchar, acudir a misa todos los domingos si le ayudaba a meter de nuevo la llave en el contacto. Sin embargo, se vio a sí mismo de pie en el sendero de piedra que conducía a la vivienda. Le dolía la cabeza (joder, como le dolía), y suplicó en silencio que se tratase de un aneurisma. A medida que su cuerpo seguía caminando —pues se había convertido en un organismo totalmente autónomo—, el martilleo dentro de su cabeza aumentaba, hasta el punto de que un redoble de percusión infernal le taponó los tímpanos; *¿por qué cojones había ido hasta allí?, ¿acaso no llevaba evitando aquel lugar más de doce años?*

La puerta no estaba cerrada —como iba a estarlo; en las películas nunca se cierra cuando tiene que entrar la víctima—, y atravesó el vestíbulo con pasos cortos, sabiendo con una exactitud aterradora hacia dónde se estaba dirigiendo. Trató de recuperar su cuerpo, de ser dueño de sus propias elecciones, pero parecía que esa batalla estaba perdida; de hecho, estaba seguro de que aquella batalla la había perdido en esa misma casa, doce años atrás.

Se dio cuenta de que nada había cambiado, que todo seguía exactamente igual que la última vez que había estado allí con el viejo señor Sasketchian. Solo que ahora Jim estaba muerto, y no se podía decir que él estuviera muy vivo, que digamos.

Recordó con claridad el pasillo que conectaba con la cocina y, a mitad de este, la puerta que daba acceso al sótano; solo que no se trataba de un sótano, en el sentido estricto de la palabra. La familia Sasketchian había establecido en esa parte de la vivienda su negocio, abriendo un acceso al patio exterior por medio de un portón de garaje, sin necesidad de tener que atravesar el vestíbulo de la casa familiar. Horrorizado, se fijó en que tenía sujeto el

picaporte con forma de lágrima (*¿acaso Jim no había colocado allí un grueso candado?, sí, uno de la marca Albus*), y que lo estaba haciendo girar con la lentitud propia de una película de terror. Como si su mundo estuviera compuesto por varios rollos de negativo incompletos que alguien hubiera unido con escasa habilidad, se encontró bajando por la escalera de madera en penumbra. No recordaba haber abierto la puerta, pero eso en aquel momento carecía de importancia. Se repitió una vez más que era dueño de su propio cuerpo, que podría salir corriendo de esa casa y huir muy lejos; quizá incluso podía llegar hasta Virginia sin necesidad de repostar. Su Pontiac era pequeño, pero con un depósito descomunal.

¿A quién quieres engañar?, sabes de sobra que has vuelto después de doce años por que no puedes evitarlo. Llevas sin poder eludir esta situación desde el mismo momento en que decidiste ayudar a ese viejo idiota.

Sabía que en la pequeña trastienda no habría luz —y a pesar de eso, lo intentó varias veces con un interruptor cercano al pie de la escalera—, pero la difusa luz que se filtraba a través de un minúsculo tragaluz, permitía que, una vez dilatada la pupila, se pudiese distinguir con relativa claridad el contorno de los muebles y los objetos apilados contra la pared más alejada. Avanzó a tientas, con la mano extendida para evitar un posible golpe. A escasos cinco metros se encontraba la puerta corredera de dos hojas que daba paso a la tienda y, desde allí, otros diez o quince metros hasta la salida del jardín; también hasta su Pontiac y la botella de whisky que le esperaba dentro.

Como si el anhelo por el alcohol hubiese cortado unos hilos invisibles que llevaban guiándolo desde que abandonara su coche, por primera vez fue capaz de moverse con total libertad. Sintió como su llevase transportando una mochila cargada de piedras desde que había pisado esa casa y, alguien, (no quería imaginar quién), se la hubiese quitado por fin de encima. Se impulsó con los talones, y cruzó el trastero con dos grandes zancadas. Se le aceleró el pulso cuando las dos hojas de la puerta corredera se negaron a deslizarse sobre sus rieles. Sintió una corriente de aire en su espalda, y el forcejeó con el dichoso cerrojo se transformó en una sacudida frenética. Dio un paso atrás con la firme intención de tirar la maldita puerta a patadas, pero su trasero chocó con algo que segundos antes no estaba allí. Soltó un grito histérico —y algo afeminado—, y arremetió con la violencia del pánico contra las endeble planchas de aglomerado. Una lluvia de astillas salpicó la oscuridad, y Michael se encontró en mitad de lo que en otra vida fue la carnicería de Jim

Sasketchian. Los ganchos aún colgaban de la barra metálica donde se exponían las piezas más jugosas a los clientes, herrumbrosos y oxidados, como si llevaran varias décadas allí colgados. En contrapunto con los garfios, las vitrinas expositoras brillaban con una intensidad acerada que parecía imposible bajo la penumbra reinante. Aunque aturdido por el golpe y el pánico, Michael se preguntó si el deterioro de aquellos arpones de carnicero se debería a la sangre que los había embadurnado durante su vida útil; inexplicablemente, aquel pensamiento le colmó el alma de un espanto desmedido. Cuando se preparaba para huir de aquella maldita casa a la máxima velocidad que le permitieran sus piernas, el reflejo fugaz de un objeto atrajo su atención. Aunque todo su ser le gritaba que se marchase a toda prisa, aquellos cables que antes habían dirigido sus pasos volvían a controlarlo y, sin poder evitarlo, recorrió lentamente los escasos tres metros que le separaban de la pared opuesta. De nuevo sintió la brisa en su espalda, una corriente helada que parecía acariciarle la nuca. Involuntariamente se llevó la mano a la parte posterior de la cabeza y palpó una sustancia húmeda y pegajosa. Se dijo que debía tratarse de sudor —a pesar de las ráfagas de viento helado, en aquel sótano cerrado hacía un calor de mil demonios—, pero en su fuero interno *sabía* que no se trataba de eso. Vaciló ligeramente cuando su rodilla golpeó con algo rígido, posiblemente algún mueble volcado que se encontraba oculto en la oscuridad —más turbia y sombría en aquella parte de la habitación; y también más fría, según le pareció a Michael—, pero no se detuvo hasta llegar al obrador de aluminio. Sobre la superficie pulimentada reposaba uno de aquellos ganchos de metal, y del extremo sobresalía atravesado un rectángulo del tamaño de una caja mediana. Un plástico fino —parecido al que se usaba para forrar los libros de texto en el colegio—, envolvía totalmente la superficie rectangular, y crujía mecido por una corriente inexistente. Por algún motivo, aquello le recordó a la famosa bandera ondeando en la Luna. Al aproximarse un poco más, un rayo de sol caprichoso que se filtraba a través de una rendija en la pared incidió sobre el objeto, y a Michael se le detuvo el corazón. Se trataba de un ejemplar de su primer libro: *El peso de la maldad*. No, no solamente se trataba de uno de sus libros, era *EL* libro.

Aunque por nada del mundo iba a tocar esa..., *cosa*, le bastaba con una sola mirada bajo la velada luz para saber que se correspondía al primer tomo de su novela más exitosa. Su editor, Travis Kingley, le había llevado el primero que salió de la imprenta, y se lo firmó especialmente para él. Michael

estaba seguro de que si abría la tapa —cosa que no pasaría aunque su vida dependiera de ello—, podría leer la dedicatoria y la rúbrica con aquella caligrafía torcida tan característica de Travis.

“Pero eso no podía ser, aquel libro ya no existía y, bajo ningún concepto, tendría que encontrarse ensartado en un gancho de carnicero en el sótano de una jodida casa del infierno”

Reculó, trastabillándose con sus propios pies y, en esta ocasión, lo que sintió en la nuca y en el cuello no fue una corriente de aire procedente de unos cimientos viejos. Las yemas de unos dedos —demasiado largos para ser reales—, le recorrieron la garganta hasta posarse en su nuez, donde una afilada y punzante uña le presionó con violencia. Esta vez no hubo grito, y tampoco una carrera alocada en busca de la salida; simplemente perdió la consciencia.

Cuando despertó, se encontraba recostado sobre el asiento deportivo de su Pontiac. Tenía aferrada la botella de Jack Daniel's contra su rodilla —donde había derramado una generosa cantidad sobre sus pantalones—, con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos por el esfuerzo. Se irguió a tanta velocidad que el estómago le dio un vuelco, y salió del coche a toda prisa con una apremiante necesidad de vomitar. De rodillas sobre un césped amarillento por las recientes heladas, arrojó el desayuno acompañado de una abundante cantidad de jugos gástricos. Cuando creyó que podría ponerse de pie sin volver a sentir náuseas, se levantó limpiándose las lágrimas que le habían brotado a los ojos por el esfuerzo, y sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Ante él, enorme y desafiante, se alzaba el letrero del que todos los habitantes de Maple Hill llevaban hablando toda la mañana.

*“MAÑANA, DÍA DE LOS VETERANOS,
GRAN INAUGURACIÓN DE
EL BAZAR DE LOS LIBROS EXTRAORDINARIOS”.
NO OLVIDES ACUDIR... ¡HABRÁ BARBACOA!*

Michael se llevó la mano a la garganta, y la retiró de inmediato. Un dolor lacerante le recorrió desde la nuez hasta la base de la nuca, y las náuseas

volvieron con fuerza renovada. En la yema de los dedos, una gota de brillante tono carmesí brilló bajo el eléctrico sol de otoño.

A pesar de que se encontraba rodeado de una oscuridad absoluta, sus ojos era capaces de distinguir hasta el más mínimo detalle. Avanzó entre la maraña de muebles destrozados y moquetas raídas, y sintió astillas en la planta de los pies. Sabía dónde estaba, lo que no tenía ni idea era de cómo había llegado hasta allí; y ya puestos, qué motivo podía haberle impulsado a ir a un lugar como aquel.

Dejó atrás la recargada salita y se adentró un poco más en la dominante penumbra, que parecía dotar a los objetos de una apariencia inconsistente, casi líquida. Se detuvo en mitad del pasillo, esperando escuchar algo que le indicase el porqué de su presencia, pero el único sonido perceptible seguía siendo el de su respiración; y esa pulsación. La misma que parecía exudar por todas y cada una de las paredes de aquella vivienda. Se obligó a dar un paso, y luego otro más, y de nuevo el siguiente, pero ese... roce. A cada metro que avanzaba, el sonido se intensificaba, como si él fuese un diminuto glóbulo rojo que estuviera a punto de traspasar la válvula mitral en su camino al ventrículo. Los bordes de las paredes, los muebles —incluso los del suelo—, se desdibujaron para crear un único espacio, negro como la brea y con la misma densidad viscosa y densa. El final de aquel corredor demencial estaba rematado por una puerta con un pomo de cristal rojo, totalmente fuera de lugar en la claustrofóbica negrura reinante. El sonido ya era insoportable en aquel punto; una fricción desgarrada que amenazaba con hacerle perder la razón si no le ponía fin. Se armó de valor y agarró el pomo —que se encontraba terriblemente frío—, y abrió la puerta. Al otro lado solo había una habitación enteramente pintada de color negro con una mesa roja en medio. Encima de la mesa estaba él, bueno, su cuerpo, y tenía una brecha desde el esternón hasta la pelvis. La sangre manaba a borbotones y chorreaba por los laterales de la mesa, creando pequeños lagos sangrientos en el suelo opaco. Una figura emergió desde la hendidura en la que se había convertido su pecho, y le ofreció algo gelatinoso y húmedo con las dos manos extendidas. La repulsión de aquella atrocidad dio paso al más exacerbado terror cuando la víctima (o sea, él mismo) volvió el rostro y, con los ojos turbios de la muerte,

le dedicó una amplia sonrisa desdentada. “*No seas tímido, acércate y Pruébalo*” pronunció con la voz encharcada; “*Además, no te preocupes, no te dolerá, ya estás muerto*”

Blake despertó empapado en sudor, pero no gritó. Aquellas pesadillas llevaban siendo algo recurrente en las últimas semanas y, siempre acababan con él muerto y horriblemente mutilado. Lo único que había cambiado era la figura que parecía matarlo en todas ellas. En las anteriores solo se adivinaba una silueta imprecisa, “*una representación del miedo*” había comentado Gina; pero ahora esa *representación* tenía cara, y Blake la conocía. Se dejó caer sobre la almohada húmeda, y los números digitales color verde de su despertador se reflejaron sobre la pared. Las 03.35 de la madrugada; ya era oficialmente el Día de los Veteranos.

Como si se tratase de una función de circo montada por auténticos magos del espectáculo, en el jardín de la vieja mansión de Jim Sasketchian surgieron tenderetes con vistosas lonas de colores, tableros cubiertos con impecables manteles de color marfil, y un cenador encaramado en lo alto de un pintoresco templete instalado en la terraza. Cientos de banderillas de colores surcaban de lado a lado toda la extensión de la parcela, dotando a la escena de una extravagante identidad festiva, semejante a la de una feria ambulante. Lo que más llamó la atención de los asistentes no fue la descomunal parrilla eléctrica montada sobre ruedas en el bonito mirador; ni siquiera la gran diversidad de libros expuestos en acicaladas mesas de forma minuciosa. Lo que más sorprendió a los habitantes de Maple Hill fue la discreción en el montaje de aquella parafernalia. Nadie recordaba haber visto a ninguna cuadrilla de operarios o jornaleros cargando y trajinando para organizar semejante tinglado; *“como si fuesen niscalos después de la época de lluvias”* había respondido entre carcajadas Vince Catrall cuando alguien mencionó: *“parece que ha surgido todo de la tierra”*.

Una preciosa empleada de la agencia inmobiliaria Green Mountains Insurance —al parecer, Jerry Wallace, el dueño y mandamás, estaba indispuerto—, dirigió todo el cotarro con aquella sonrisa radiante de las que saben que se les perdona no tener demasiado cerebro, si lo sustituyen con un buen escote.

Al evento acudieron —divididos en aplicados grupos—, prácticamente todo Maple Hill al completo. El grupo de los jueves de Amanda Bakersfield recorrió el trecho desde la iglesia de St Andrew hasta el jardín de los nuevos vecinos, agrupadas en una perfecta coreografía militar, que recordaba a los escuadrones de la muerte de las Einsatzgruppen de las SS. A falta de Amanda, encabezaba la marcha la temible Brianne Walt.

A pesar de la expectación que generó la venta de las antigüedades de Jim Sasketchian, el punto culminante del evento tuvo lugar a eso de las doce del mediodía, cuando Regina, la empleada de Jerome Wallace anunció la presentación de Harold y Jenna Corben. Los anfitriones aparecieron en lo alto

de la escalinata que conducía desde la vivienda hasta el jardín. Las risas cesaron de golpe, puestos los cinco sentidos en la ardua tarea de examinar y catalogar a los nuevos foráneos. Harold se adelantó, y agarró un pequeño micrófono que le tendió Regina, todo dientes perfectos ella. El hombre parecía un niño al que han vestido de adulto para una fiesta de disfraces. Los estrechos hombros caídos, el cabello ralo, y un bigotillo que había pasado de moda el siglo pasado, no hicieron más que acrecentar la imagen de un chaval asustadizo.

—Señores y señoras, ante todo, muchas gracias por haber venido hoy —se detuvo, y golpeó con el índice el micrófono, dos veces, de forma suave—. Estamos aquí por dos motivos. El primero, para contribuir con una noble causa, y es que el dinero recaudado por cualquiera de los libros que hoy se encuentran a la venta, será donado a la organización Luchec, que combate contra el cáncer infantil.

Se oyeron aplausos —tímidos al principio—, hasta que todos los congregados rompieron en vítores y exclamaciones de júbilo. Corben pareció encogerse sobre sí mismo en lo alto de la escalera; era el reflejo vivo de la timidez.

—El segundo motivo, me temo que es de una índole más..., egoísta— emitió una risita infantil, que el altavoz amplificó hasta hacerla parecer una de esas enlatadas que ponen en las series de televisión. La multitud finalizó con los aplausos y se quedó expectante—. Como bien saben, acabamos de llegar a su maravillosa comunidad y, tanto mi esposa como yo —se apartó a un lado, y una mujer en silla de ruedas inclinó la cabeza de forma lánguida—, queríamos empezar con buen pie. Pensamos que a la vez que organizábamos este acto para reunir fondos para la asociación, debíamos darnos a conocer nosotros también. Yo soy Harold Corben, y esta encantadora mujer es mi esposa Jenna; en Maine dirigíamos una librería, con la que continuaremos aquí, y que se va a llamar “Libros Extraordinarios”. Queremos que sepan que estamos disponibles para cualquier cosa que necesiten —esbozó una mueca peculiar, que semejava a la de un niño al que acaban de pillar haciendo una trastada— y, ahora, voy a pasarle el micrófono a la señorita Regina, a la que se le dan infinitamente mejor estas cosas que a mí.

Sin saber cuándo ni cómo habían aparecido, un regimiento de camareros emergió con bandejas repletas de canapés. La algarabía se multiplicó cuando

las brasas comenzaron a sisear y la carne a emitir su aroma exquisito. Cuando algunos de los asistentes se volvieron para saludar a los anfitriones, los señores Corben ya habían desaparecido.

A una distancia prudencial, Michael Halley continuaba agazapado entre unos setos ya mortecinos y amarillentos. Con la cantidad de gente que había acudido a la cita de los Corben, aunque hubiera estado de pie al borde del jardín, nadie se habría percatado de que se encontraba allí. Tenía el estómago revuelto, pero no sabía con seguridad si era a causa del alcohol, o por el espectáculo que acababa de presenciar. Estaba casi seguro de que era por toda aquella pantomima que se llevaba a cabo tan solo veinte metros más allá de donde se encontraba, pues botellas de Jack Daniel's ya se había *soplado* unas cuantas y no poseían ese efecto sobre él. Había ido hasta allí con la intención de ver la cara del “nuevo vecino”, pero su posición —pensó, a toro pasado, que debía de haberse camuflado entre el gentío—, no le permitió hacerse una idea clara. A pesar de ello, una sensación desagradable se había instalado en todo su ser, y solo podía tratarse de una cosa. Lo que ocurrió doce años atrás estaba volviendo a suceder, y aunque llevaba mucho tiempo esperando para... ¿redimirse?, casi podía ver la úlcera que se le estaba abriendo en el centro de su esófago. No podía permitirlo, así que se marchó dispuesto a terminar con aquello que debía haber acabado una década atrás. Pero antes, necesitaba un trago.

La mañana siguiente al Día de los Veteranos, la resaca del festivo se dejó notar en el ambiente. Las calles de Maple Hill parecían uno de esos decorados de una superproducción apocalíptica de Hollywood, donde los comercios tienen las ventanas tapiadas y los borrachos duermen la mona en los portales. La única que conservaba su enérgica vitalidad era Gina Burton, que se había encargado de abrir la tienda —Jay había llamado para decir que la dichosa ciática le estaba matando, aunque ella sabía de sobra que la verdadera “ciática” se llamaba Sally; aunque en una cosa tenía razón, Sally no tardaría mucho en cargárselo—, y se encontraba pasando la fregona por delante de las vitrinas de los congelados. En realidad, a Gina le gustaba trabajar ese día en particular. Por lo general, no aparecía nadie hasta media mañana, y eso le daba tiempo para organizar aquel cuchitril de la forma que a ella le apetecía. Jay (tal vez por el sentimiento de culpa, o precisamente por la ausencia de ella), nunca le reprendía por cualquier cambio que realizase y, acababa siempre asumiendo que ese era el precio que tenía que pagar por los excesos de la noche anterior.

Gina se encontraba afanada en colocar una pila de naranjas especialmente rebeldes al fondo del pasillo, cuando escuchó la campanilla de la puerta. Durante unos segundos no relacionó el clásico tintineo con la llegada de un cliente —tan ocupada como estaba con la maldita construcción —, hasta que escuchó una voz tenue llamándola desde el mostrador de la caja. Se puso en pie de un salto, y la torre —la que había conseguido hasta ese momento—, se vino al suelo entre un festival de golpes amortiguados. Suspiró, y se marchó en dirección a la zona de cajas con la firme intención de volver y colocar la jodida fruta apilada de cualquier manera. Al otro lado del mostrador se encontraba un tipo de constitución endeble que observaba el expositor de las chucherías con verdadero deleite.

—Estas cosas me volvían loco de niño, ¿sabe usted? Pensaba que cuando creciese y tuviera dinero, me alimentaría básicamente de golosinas —adujo el desconocido, que sacó unas diminutas gafas de montura al aire y se las colocó, después de limpiarlas cuidadosamente con una esquina de su chaleco—. Y, curiosamente, no he vuelto a comprar una de estas desde que cumplí

los dieciocho años.

La muchacha le dedicó una mirada cordial, de esas prefabricadas para los clientes habladores, y se sorprendió estudiando el aspecto de aquel desconocido. A pesar de su aspecto enclenque, poseía una voz profunda, con cierto acento sureño. Se dijo que probablemente sería un turista procedente de algún lugar como Maryland o Virginia; aunque ella apostaría por algo más exótico, como por ejemplo Galveston o Luisiana.

—Supongo que a veces perdemos de vista nuestras viejas prioridades — repuso ella.

El hombre se le quedó mirando con una renovada curiosidad que incomodó a Gina.

—Oh, perdón, ¡que desconsiderado! —extendió una mano pequeña y delicada, que la chica no estrechó. Por regla general, siempre se consideraba jovial y bromista con los clientes, pero había algo en aquel tipo que le creaba una desazón irracional—. Me llamo Harold Corben, soy el nuevo propietario de la casa de la colina de Hill Avenue.

—La del viejo Jim — replicó. Le costaba articular las palabras, como si estuviera hablando en un sueño.

—¡Esa misma! —Apartó la mano, sin mostrar rencor alguno por el desplante de la empleada—. El caso es que mi esposa y yo estamos pensando en colocar algunos carteles para anunciar la apertura de nuestra nueva librería, pero nos hemos quedado sin rotuladores —profirió una risita infantil, y se tapó los labios con la mano de forma comedida—. Vaya publicidad para comenzar un negocio eh, ¡una librería que se queda sin rotuladores!

Se rió de su propio chiste, como si hubiese tenido la ocurrencia más graciosa del mundo. Gina no le correspondió.

—Verá, tenemos cajas y cajas repletas de rotuladores en el sótano, pero son todos de la marca Sharpie, ya sabe, de esos que tienen la punta tan fina que se usan mucho para la decoración de camisetas y tazas—Gina asintió. Los rotuladores Sharpie eran tan americanos como la tarta de manzana; en cada hogar había por lo menos dos de ellos—. Pero yo deseaba algo más..., clásico, como unos Stabilo, ya sabe, de esos con la punta gruesa.

Gina se dio la vuelta para coger una de las cajas de rotuladores de los

estantes superiores; estaba ansiosa por apartar la mirada de aquel hombre. Por un lado sentía curiosidad por el nuevo vecino, el “Hombre” del momento en Maple Hill, pero por otra parte, aquellos ojos...

—¿Señorita...?

Ella se giró, y le faltó poco para soltar un grito. Corben había traspasado la línea pintada en el suelo que dividía la zona en la que debían estar los clientes, y la zona reservada para empleados de la tienda.

Por Dios Gina, contrólate. Este tío debe de pesar incluso menos que tú, sin contar que tiene más pinta de bibliotecario que de psicópata; pero esos ojos...

—¿Perdón?

—Es usted la señorita...

—Burton, Gina Burton —se reprendió por decirle su nombre, como si aquello fuese una película de espías y acabara de descubrir su tapadera. De repente se sintió tremendamente tonta.

—De acuerdo, señorita Burton —al darse cuenta de la expresión que se dibujaba en el rostro de la muchacha, desvió la vista hacia abajo y reparó en que estaba tras el mostrador. Saltó hacia atrás, como si intentara evitar la picadura de una serpiente venenosa—. ¡Oh, por Dios, cuanto lo siento!

—No, no se preocupe...

—Dios mío—el gesto de absoluta turbación de Corben pulverizó el recelo que Gina había albergado sobre aquel hombre de un plumazo—. Es por la costumbre de estar siempre al otro lado del expositor, por favor, discúlpeme.

—No hay nada que disculpar. Tampoco es que haya intentado violarme ni nada de eso.

Si en aquel mismo instante, Gina hubiera dispuesto de una lámpara mágica que le concediese un deseo, lo hubiera malgastado con gusto para volver hacia atrás en el tiempo y evitar que esas palabras hubieran salido de su boca. La cara de Harold Corben experimentó una serie de cambios tan drástica y vertiginosa, que la chica no habría sabido decir a qué emoción correspondía cada una.

—Lo que intentaba indicarle es que quiero una caja de esos que tiene allí—

Corben señalaba con el índice unos rotuladores Edding Jumbo tan gruesos como un puro cubano. A pesar de su desconcierto, Gina necesitó de toda su fuerza de voluntad para no explotar en una carcajada nerviosa cuando pensó que el señor Corben parecía el Cristóbal Colón más extraño del mundo—. De de los permanentes, de esos con la punta de 4 milímetros.

Ella se giró con tanta rapidez que a punto estuvo de chocar contra la estantería. Agarró una de las cajas y la dejó con suavidad sobre la superficie de cristal del mostrador. Corben juntó el dinero sin levantar la mirada, como un ratón asustadizo ante el gato que lo vigila a la espera de que salga de su escondrijo. Cuando se marchaba con la caja debajo del brazo, se volvió y esbozó una sonrisa que a Gina le pareció forzada.

—Ha sido todo un placer, señorita Burton—agarró el pomo y abrió la puerta a medias, dejando que se colase dentro una brisa matinal helada—. Espero verla pronto por mi librería; ah, y si viene con algún amigo, le prometo un libro de regalo.

—Muchas gracias. No le quepa la menor duda de que iré.

—Es usted un encanto.

Sin decir nada más, salió y dejó a Gina a solas, con la condenada tarea de colocar las malditas naranjas de nuevo.

“Libros Extraordinarios” abrió de forma oficial a las ocho de la mañana del lunes 12 de noviembre, con un Harold Corben exquisitamente acicalado detrás del mostrador. La afluencia fue nula durante esas primeras horas en las que el pueblo reposaba la fiesta del domingo, pero se animó considerablemente cerca del medio día. Los clientes entraban, mostraban su admiración al propietario por lo bien que había quedado el local con respecto al anterior que regentaba el viejo Jim, y se paseaban por las distintas secciones en busca del libro adecuado. Corben era todo amabilidad, encargándose de la caja y aconsejando a los indecisos. El incesante flujo de clientes se redujo en torno a las dos de la tarde, para finalizar completamente sobre las tres, cuando el implacable atardecer del otoño de Vermont comenzaba a convertir las suaves rachas de brisa en golpes de viento helado. Corben estaba a punto de colgar el letrero de cerrado cuando el sonido de la campanilla de la entrada reverberó por los pasillos de la silenciosa librería.

—Disculpe, no sabía que estaba cerrado—se excusó Marsha Freis.

—Oh, no, de ningún modo—Corben surgió de la confluencia en penumbra situada entre dos corredores de altas estanterías—. Este negocio no cierra nunca; dígame, señora Freis, ¿en qué puedo ayudarle?

La anciana dio un respingo cuando el propietario llegó hasta ella como si se deslizase por el suelo, y la sujetó con delicadeza por el codo huesudo.

—Si no tiene usted claro que es lo que busca, puedo recomendarle algo—la condujo con suavidad a través de uno de los pasillos poco iluminados—. Los Clásicos son una apuesta segura, pero a mi parecer, no tan divertidos como una buena novela romántica.

Marsha Freis suspiró, entusiasmada.

—Ese siempre ha sido mi género favorito, pero hace mucho que no leo ningún libro de esa clase.

El librero le hizo doblar un recodo de robustos estantes y, como por arte de magia, se encontraron en una zona del local donde las altas librerías repletas

de libros habían sido sustituidas por armarios menudos con cristaleras. Los anaqueles estaban iluminados por una serie de lucecitas encastradas en el zócalo, dotando al lugar de un prodigioso repertorio de luces y sombras.

—Todo en esta vida tiene su momento—Corben hablaba con una cadencia melosa, que tranquilizó a la inquieta anciana—. Y, le aseguro que lo que va a encontrar en este lugar le merecerá la pena.

—Pero es que mi Jack... —bajó la mirada, avergonzada—. A él no le gusta que lea este tipo de novelas.

—Estoy seguro de que al señor Freis le gustaría que la única “literatura” de su casa siguieran siendo las revistas de cocina, pero eso es tan injusto—ella levantó la mirada y se fijó en los ojos de Corben, de un precioso color turquesa incluso con la escasa luz que había allí—. ¡Y a usted le gusta tanto!

—Me... gusta tanto—repitió.

—¡Imagínese si Mildred pudiera verla!—la anciana dio un respingo, pero no apartó la mirada del intenso azul de los ojos de Corben—. ¡Qué envidia sentiría!

—Se moriría de la envidia—exclamó en voz demasiado alta. Cuando se dio cuenta, volvió a bajarla, como si en aquel lugar solitario alguien pudiera escucharla—. Si estuviera viva, claro.

—Marsha, usted se merece leer lo que desee.

Con la elegancia de un prestidigitador, abrió el armario más cercano y cogió un volumen de su vitrina. En la tapa aparecía un tipo guapo y de mirada seductora, sonriente mientras exhalaba el humo de un cigarrillo a través de su bigote fino como la raya de un lápiz de ojos. Lo volvió a dejar en el aparador, y extrajo otro en el que aparecía una rosa sobre el cuello de una mujer en la portada. Con la mano que le quedaba libre, fue describiendo un arco a lo largo de varias novelas iluminadas tenuemente.

—Y lo que desea es tener junto a su cama: Corazón Indómito, Cumbres Borrascosas, La Llama y la Flor... —enumeró Corben, a la vez que señalaba el título de cada libro para, volver a dejarlo un segundo después sobre la repisa correspondiente.

—Pero Jack me mataría si supiese...

Corben compuso un gesto de absoluta decepción, que no paso

desapercibido por la mujer. El propietario de Libros Extraordinarios se giró y apretó un pequeño interruptor que estaba oculto en un lateral del aparador; de inmediato se apagó la luz, sumiéndoles en una opacidad enfermiza.

—Aunque supongo que no se trata usted de ninguna Courtney Harte, o Catherine Earnshaw—apuntó, desencantado—. Y por supuesto, en su vida solo existe un Jack Freis, que no le permite leer otra cosa que no sean recetas de cocina; sospecho que no merece usted, señora Freis, que en su vida aparezcan hombres como Chandos o el capitán de ese barco...

—¡Sí que lo merezco!—aulló con la cara enrojecida—. A pesar de lo que dijese Mildred, o lo que piense Jack, ¡lo merezco!

Corben esbozó una sonrisa, y se dio la vuelta con la gracia de un patinador. Las luces del aparador volvieron a fragmentar la oscuridad, y en el aparador apareció un solo libro.

—Lo sé, querida Marsha—le colocó el pequeño volumen sobre las manos pequeñas y temblorosas de ella—. Y por eso quiero que tengas este libro tan especial.

A la mujer le brillaron los ojos de pura avidez.

—¿Lo recuerdas, verdad?

—S... sí.

—Es “La mujer del teniente francés”—corroboró—. Cuando te lo compraste, Mildred lo arrojó al río antes de que pudieras leerlo. Años después, cuando rodaron la película con Meryl Streep de protagonista, propusiste a Jack ir al cine Avenida 64 para verla, y te ganaste un buen ojo morado.

La mujer gimió; el pecho le temblaba de pura agitación.

—Pero este ejemplar es distinto—gruesas lágrimas corrían por las mejillas de la mujer, y Corben se las enjugó con delicadeza—. Este es solo para ti; nadie más podrá leerlo. Jack no sabrá que lo tienes, y por fin podrás saber qué le sucede a la valiente de Sarah Woosroff.

—Solo... ¿solo para mí?

Harold Corben la llevó de nuevo hasta el mostrador de la recepción y, una vez allí, garabateó una frase en la primera página en blanco de la novela.

—Cada vez que quieras leer este libro—explicó Corben—. Escribe estas mismas palabras junto a las mías; en una antigua oración de buena suerte. Esta vez nadie te impedirá leerlo.

Marsha Freis pagó su nueva adquisición y se marchó tan radiante de Libros Extraordinarios, que ni siquiera se dio cuenta del frío que comenzaba a soplar desde lo alto de las montañas.

El crepúsculo había reemplazado al horizonte anaranjado por una estrecha franja de colores violáceos y purpúreos. Las altas vidrieras apenas filtraban unos tenues hilos plateados procedentes de la creciente luna, y los apliques de la planta baja se encontraban todos apagados. A pesar de la oscuridad y de las caprichosas sombras que danzaban a la espera de su reinado nocturno, los pasos se mostraban decididos y resueltos, como si no importase en absoluto la ausencia de luz. Las suelas de madera de los mocasines repicaron y crearon ecos, que se alejaron conforme ascendía por la escalera enmoquetada. En el pasillo de la planta superior la oscuridad era tan pesada y compacta, que daba la impresión de poder cortarse a machetazos; sin embargo, no se molestó en encender ninguna de las lamparitas que salpicaban todo el corredor cada pocos metros.

—Hoy ha sido un día productivo, cariño—informó Corben, murmurando al oído de su esposa—. Creo firmemente que este negocio va a reportarnos importantes beneficios.

La mujer, postrada en la cama y cubierta por una gruesa manta, ni siquiera se movió. Corben se apartó y comprobó los aparatos que silbaban y zumbaban a su lado, vertiendo una luz verdosa sobre el rostro ceniciento de Jenna Corben.

—Te quiero, Jenna—dijo Harold, mientras plantaba un beso sobre la frente de su esposa—. Pero tengo que volver al trabajo; ya sabes que los nuevos clientes precisan mucha dedicación.

Cuando abandonó la habitación, por la mejilla de Jenna Corben rodaba una solitaria lágrima, que murió junto al oído en el que su marido la había besado.

El río Winooski mostraba un aspecto turbio y deslustrado, y la superficie lanzaba destellos grasientos y aceitosos a su paso por el pequeño dique del muelle marítimo. Jerome Wallace se apoyó en el marco de la ventana de su ático y, contempló la espesa masa de nubes que se arremolinaba por el sudeste, donde se apiñaban un puñado de lujosas viviendas reservadas solo para los peces gordos de Montpelier. Sin desearlo —había orinado en el tiesto de una planta por cobardía a enfrentarse con el espejo gigante del baño—, vio su rostro reflejado en el vidrio *climalit* del ventanal. La doble hoja de cristal le devolvió la imagen de alguien a quien no conocía, y retrocedió espantado. Su robusta melena se encontraba apelmazada y adherida al cráneo en sucias greñas enredadas. Las profundas ojeras le conferían el aspecto de un mapache asustado y, su otrora admirable cutis, lucía marchito y consumido. Rompió a llorar, con la frente apoyada contra el frío marco de aluminio. *¿Cómo era posible que tuviese ese aspecto con solo 72 horas de vigilia? No, no era posible, él lo sabía; y también sabía la causa de su mal estado.*

Volvió de nuevo al cuarto donde había pasado prácticamente los últimos tres días, y lloró con un dolor renovado, uno que no sabía que los seres humanos pudieran sentir. Ya no era Jerome Zachary Wallace, el importante hombre de negocios que conducía un Tahoe último modelo, vivía en un ático en la parte “buena” de Montpelier y, a pesar de la edad, conservaba la totalidad del pelo de cuando era un chaval. No, ya no era ese tipo y, a menos que le pusiera remedio, ese hombre al que tanto admiraba ya no volvería jamás. Revertiría todo aquello que tanto le había costado crear, y reanudaría su vida volviendo a ser Jerry “*picha quemada*” Wallace; un pringado del que todo el mundo se reía.

Observó una vez más la mullida alfombra persa extendida en el suelo de su estudio, y sintió que el vértigo le arrebatava el aire y le provocaba náuseas. El maldito mapa desplegable había desaparecido, y en su lugar solo quedaba uno de los seis dibujos que contenían las pistas para solucionar el caso. A Jerome, aquella mierda de juego de niños había dejado de interesarle cinco minutos después de haberlo llevado a casa, y haberlo desplegado sobre su lujosa (y cara) alfombra. Para él había significado una victoria sobre su

pasado, sobre esas raíces de las que no estaba orgulloso, pero luego descubrió que si resolvía una pista..., ¡tachan, aparecía otra nueva! Poco después averiguó que los dibujos podían encajarse para formar mapas diferentes y, cuando se dio cuenta, ¡llevaba jugando más de ocho horas! Cuando fue a la cocina para prepararse un sándwich se sintió revitalizado, feliz. A medida que resolvía los entresijos de los nuevos misterios, Lince Collins y Amy Adams aparecían con otro nuevo, y él se entregaba en cuerpo y alma a resolverlo. Cada vez que aquello sucedía, recuperaba retazos de su vida que no recordaba haber vivido, situaciones y momentos en los que se le veía radiante y contento. En uno de ellos —cuando descubrió el cofre de las joyas de la señora Waldorf enterrado bajo una secuoya—, aparecía caminando junto a su padre por el paseo marítimo de Long Wharf, en New Haven. Habían decidido pasar el fin de semana pescando truchas en el Parque estatal de Naugatuck, Connecticut, pero no hubo suerte en ninguno de los tres lagos de la reserva Seymour en los que lanzaron las cañas. Jerome Wallace padre se volvió hacia su hijo, y la barca se bamboleó de forma precaria.

—No sé qué decirte, muchacho —manifestó con los brazos en jarras—. Yo creo que estas bribonzuelas nos han cogido la matrícula y no quieren picar.

Jerome hijo ponía morritos tristes, y Jerome padre balanceaba la barca de manera jocosa, al tiempo que revolvía el pelo de su hijo.

—Jer, ¿Qué te parece si nos olvidamos de las cañas un poco y vamos a comer algo? Conozco un sitio que prepara unas almejas fritas para chuparse los dedos; después podríamos tomar un helado, ¿Qué me dices?

El sitio en cuestión estaba a casi sesenta kilómetros, pero Jerome (hijo) disfrutó de cada minuto que pasó en la vieja camioneta Dodge, riendo y bromeando con su padre. El Shell & Bones Oyster Grill resultó ser un viejo barco de vapor adosado al muelle, al que habían reconvertido en local de comidas. Jerome padre pidió sus codiciadas almejas fritas, mientras que su hijo insistió en probar el pastel de cangrejo. Luego, caminaron a lo largo del muelle hasta el parque donde estaba el memorial a los veteranos de Vietnam, y comieron unos deliciosos helados contemplando la gigantesca V rodeada de ramos de flores.

Jerome no tenía claro si aquel recuerdo era real o un producto de su imaginación, pero lo que sí sabía era que, cuanto más jugaba, cuantas más cruces marcaba sobre el mapa del pueblo ficticio de Lakewood, sus recuerdos

también cambiaban. Jerome Wallace padre ya no llevaba una camiseta manchada de grasa y mostaza, sino que vestía con elegantes camisas y chaquetas de pana. Ya no bebía y se pasaba el día viendo deportes en la televisión; ni jugaba. Jerome hijo ya no era Jerry “*picha quemada*” Wallace y, lo más importante, en aquella realidad nueva, Jerome padre no había matado a golpes a su mujer y casi reventado el cráneo a Jerome hijo.

Para cuando las nubes plumizas e hinchadas descargaron su furia sobre la parte más oriental de Montpelier, Jerome Zachary Wallace cruzaba el estado en dirección a Maple Hill. Sobre la guantera de piel del Tahoe, se mecía con cada sacudida un pequeño dibujo que llevaba marcado una cruz roja. Jerome lo miró, y se juró que nunca volvería a ser *picha quemada* Wallace; antes se metería su Glock en la boca, y acabaría el trabajo que su padre dejó a medias.

Amanda se encontraba realmente mal; de hecho, jamás se había sentido de aquella manera en los setenta y dos años que llevaba en este mundo. La fiebre —que al principio solo era un leve ardor en las mejillas—, se había convertido en todo un incendio que abrasaba su enjuto cuerpo. No se había movido del sillón de su salón en dos días y, a decir verdad, le parecía incapaz de volver a hacerlo. Había dispuesto en la mesa junto a ella, todo un arsenal de provisiones enlatadas —cuando aún se encontraba con fuerzas de poder hacerlo—, un orinal, una caja con la totalidad de las medicinas que tenía en la casa, el mando de la televisión y, un descomunal montón de revistas, entre las que destacaban las de cocina y el hogar como: *Cook Healthy, Naturally, House Beautiful* y *Refresh*, pero entre las que, sorprendentemente también se hallaban títulos como *Majesty* (dedicada a la monarquía británica), o *Star*, que afirmaba con un escandaloso titular amarillo, que un conocido presentador de un programa televisivo de máxima audiencia, se había realizado un cambio de sexo en secreto. Para Amanda Bakersfield, la información lo era todo.

Se dio cuenta —con evidente fastidio y, una pizca de repugnancia—, que el orinal estaba casi lleno; además, la salsa ranchera se había acabado, y la señora Bakersfield no probaba bocado si no estaba bañado de forma generosa en salsa Hidden Valley. Con un titánico esfuerzo consiguió levantarse del sillón, pero necesitó varios minutos solo para poder agarrar el orinal, que reposaba bajo la mesa como un testigo mudo de la debilidad de la mujer. Con pasitos cortos, aferrándose a los muebles que encontraba a su paso, llegó hasta el baño y vació la bacinilla sin mirar el contenido. Le disgustaban muchas cosas en la vida, pero, posiblemente, ser una vieja decrepita que mea en recipientes de aluminio era una de las que estaban muy arriba en esa lista. Otra era dejar su “puesto de patrulla” desatendido. Desde el sillón de su casa poseía una vista maravillosa de todo cuanto necesitaba ver (vigilar), y, aunque conservaba una memoria prodigiosa, también de todo lo que requería apuntar en su cuaderno; y, ciertamente, había apuntado muchas cosas en su libreta en los últimos dos días.

Con un malestar creciente, se aprovisionó de dos frascos nuevos de salsa

ranchera y volvió al salón. El corazón le latía con fuerza en ambas sienes, y el pecho le atormentaba a cada movimiento. *Si consigo llegar hasta el sofá, quizá no me mueva de allí hasta que no se cure esta condenada gripe, aunque el maldito orinal se desborde y moje la moqueta*, pensó. Llegó, y además lo hizo a tiempo para ver como un descomunal todoterreno negro llegaba a toda velocidad y, se detenía con un chirrido de neumáticos delante de la dichosa casa de la colina. Lo anotó en su cuaderno, como todo lo que había sucedido en los últimos dos días.

A pesar de que la noche ya ocultaba los detalles, las huellas de la inauguración del día anterior todavía eran visibles. Las mesas que habían servido como improvisadas estanterías para los libros a la venta, se encontraban apiladas en una esquina con las patas apuntando al cielo. Aquello, por alguna extraña asociación de su mente, le recordó que siendo un niño fue a la granja de su tío Charlie y vio una montaña de cadáveres de animales infectados esperando para ser incinerados; *al parecer, se comen los cultivos chico, y había que hacer algo*, le dijo su tío sin quitarse el palillo de la comisura de la boca. A Jerome se le erizó el vello de los brazos al imaginarse cientos de conejos muertos, unos encima de otros, con los ojos vidriosos e hinchados por efecto del veneno. Definitivamente, debía dormir o acabaría perdiendo la cabeza.

Avanzó con elásticas zancadas por el camino empedrado que atravesaba el patio, iluminado con unas potentes farolas, y se plantó delante de la puerta de los señores Corben. Levantó el puño derecho para llamar —sin tocar la aldaba de hierro, pues representaba la cabeza de un conejo que no pensaba tocar ni por todo el oro del mundo— y lo dejó allí arriba, suspendido en el aire. En realidad no sabía por qué estaba allí. “*Sí, sí que lo sabes; has venido hasta aquí para recuperar el condenado libro de juegos que te han quitado*”. Aunque se daba cuenta de la rotunda estupidez que eso significaba, en realidad le dio igual. No le importaba estar dispuesto a montar un cirio por un juguete que, además, había robado de esa misma casa; lo único que le importaba en aquel instante de su vida era recuperar el instrumento que para él ejercía una especie de válvula de comunicación mágica, y que facilitaba el tránsito a las reminiscencias de su niñez; especialmente a esos recuerdos felices de los que no se acordaba. Fortalecido por aquella idea volvió a levantar el puño, esta vez con mucha más determinación, y se dio cuenta de que se estaba mordiendo el labio inferior cuando notó el sabor cobrizo de la sangre; eso lo enardeció aún más. Justo en el instante en que sus nudillos estaban a punto de golpear la superficie de madera se abrió la puerta. Ante él apareció Harold Corben, con esa sonrisa ancha en exceso que le confería cierto parecido con el gato de Cheshire.

—¡Jerome!—le sujetó el puño levantado con sus dos manos, pequeñas y pulcramente cuidadas—. ¡Vaya alegría verte!

—Señor..., Corben—de repente, se había esfumado cualquier señal de firmeza que Wallace pudiera haber albergado con anterioridad.

—Pasa, pasa—exigió Corben arrastrándolo dentro—. Casualmente estaba a punto de preparar un nuevo café que acabo de recibir de unos amigos de Colombia, ¿quieres una taza?

Jerome no tuvo ocasión de contestar; ni siquiera le dio la oportunidad de cerrar la boca, que permanecía abierta en un claro gesto de desconcierto.

—Claro que quieres, ¡a todo el mundo le gusta el café colombiano! Además, me viene de perlas que hayas venido. Pasa, pasa, que tengo ciertas cosas que comentarte, y creo que tengo por aquí cierto..., libro que es tuyo.

Jerome Zachary Wallace esbozó una sonrisa bobalicona, y se dejó arrastrar al interior de la vivienda sin oponer la más mínima resistencia.

A cierta distancia, la señora Bakersfield lo anotó en su cuaderno.

Sarah Halley se detuvo delante del letrero sin saber cómo había llegado hasta allí. De repente se encontraba frente al escaparate, leyendo aquellas palabras que le despertaron cierta curiosidad.

“LIBROS EXTRAORDINARIOS
Y ARTÍCULOS DE REGALO”
ENCUENTRA LA EXCUSA PERFECTA
PARA COMPLACER A TUS SERES QUERIDOS.

Sarah se preguntó con amargura quién eran ahora sus “seres queridos”. Tom realmente lo estaba intentando, pero debían ser realistas y aceptar que las cosas nunca volverían a ser como antes. Por otro lado, su pequeño Harry ya no estaba, pero Michael había vuelto a su vida, y solo Dios sabía las ganas que tenía de dejarlo entrar; necesitaba querer a alguien, y Michael bien podía cumplir ese papel. Antes de razonar con más profundidad ese concepto, se vio a sí misma dejando las bolsas de la compra —que ni siquiera recordaba que llevaba—, y buscando entre las distintas estanterías algo con lo que hacer las paces, cualquier cosa que redimiera la relación corrompida que mantenía con su hijo.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora?

Corben había aparecido junto a ella sin hacer el más mínimo ruido, como si se hubiera materializado de la nada.

—Estoy buscando algo para mi hijo—confesó ella—. Pero la verdad es que no sé muy bien qué.

—Para eso estoy yo aquí—expresó con una risita femenina carente de humor—. Venga conmigo, algo encontraremos.

El dependiente se presentó como Harold Corben, y le contó que era el nuevo dueño del negocio mientras la conducía por un laberinto de recias

estanterías. Sarah se sintió cómoda con aquel hombre desde el principio. Su voz melosa y suave, su comportamiento encantador y su conversación educada y agradable, la hicieron olvidar que se encontraba en aquella tienda para intentar comprar un poco de esperanza para recomponer su vida. Cuando llegaron a una pequeña sala desprovista de mobiliario, salvo por un aparador de nogal que aparentaba tener mucha más edad que cualquier objeto de aquel comercio, Corben se detuvo y la miró a los ojos con tanta intensidad que la mujer creyó por un momento que el anciano se estaba planteando besarla.

—¿Qué le gusta a su hijo, señora Halley?—el tono de afectación del comerciante la asustó un poco.

—Pues..., la verdad es que hace mucho tiempo que no le regalo nada, así que no tengo muy claro cuáles son sus gustos actuales.

—Ah, hijos—recitó el hombre—. A pesar de haberlos criado, pueden llegar a convertirse en los mayores extraños de nuestras vidas.

—Me temo que la culpa no es únicamente suya—admitió—. Yo también tengo mi parte de responsabilidad.

—Siempre hay baches en el camino, lo importante es solucionarlos.

Se dirigió hasta el reducido mueble que estaba situado en mitad de la habitación, y Sarah se dio cuenta por primera vez que gozaba de unas vidrieras ricamente decoradas con filigranas doradas, que brillaban de forma esplendorosa gracias a unas diminutas luces disimuladas en la peana. “¿estaban esas luces encendidas cuando hemos llegado?”, se preguntó. Corben abrió una de las hojas de cristal, y sacó de su interior un objeto del tamaño de un transistor plateado. Con una sonrisa maliciosa, como si se tratase de un niño que exhibe la revista guarra que tiene escondida ante un amigo, le mostró el estuche con una estrella de seis puntas grabada en la tapa.

—Una Montblanc Meisterstück. Dicen que esta perteneció al mismísimo Dostoevsky, aunque yo me inclino a pensar que no son más que habladurías —abrió la caja, y en su interior destelló una estilográfica envuelta en terciopelo—. Pero aun así, es preciosa, ¿verdad?

Sarah asintió, sin pronunciar ni una palabra; sencillamente se había quedado sin habla.

—Está fabricada con resina negra y decorada con motivos de color

champán, pero a mi parecer, lo que la hace tan extraordinaria es la calidad del plumín de rodio, y el grabado con láser en la corona—se lo mostró, reverencial—. Se trata de un proverbio en latín que augura buena suerte a quien la posee.

Sarah gimió, observando con deleite las extrañas palabras esculpidas en la pluma.

—¿Su hijo es escritor, no es cierto?

Ella asintió. No recordaba habérselo contado, pero últimamente se olvidaba de tantas cosas, que era probable que aquella fuera una más.

—Pues entonces, esta estilográfica es una apuesta segura—esbozó una vez más aquella sonrisa traviesa, de chico rebelde.

—Es preciosa, pero no puedo permitírmela—contestó, apenada.

—¡Tonterías!—agitó la mano—. Como le he dicho, no es la auténtica pluma de Dostoevsky, ni tampoco de Antoine de Saint-Exupéry, ni de Tolstói, y teniendo en cuenta lo deteriorada que está la relación con su hijo, yo creo que un poco de esfuerzo por su parte no es un mal comienzo.

Sarah Halley repasó una vez más con la mirada aquellas palabras grabadas en la corona dorada de la pluma, para después perderse en el infinito azul de los ojos de Harold Corben; sintió, por primera vez desde que su pequeño Harry muriese, una paz que le colmó el alma.

—Me la llevo.

—¡Así me gusta!—vitreó el dependiente—. Si me acompaña a mi despacho, podemos formalizar la garantía de venta.

Sarah percibió, literalmente, una energía que se apoderaba de todo su ser cuando Corben le puso el estuche plateado sobre la mano.

Dolores Hernández y Henrietta Farris estallaron en una carcajada que hizo girar las cabezas próximas a su mesa.

—¡Por Dios, Hetta!—susurró la anciana, golpeando el brazo de su amiga

—. ¡Eres tremenda!

—Solo digo la verdad—separó las manos ante el rostro de su amiga—. La tenía de este tamaño.

—¡Vaya con el bueno de Ray!

Ambas volvieron a reír sonoramente.

—¿Crees que debería comprarle algo por su cumpleaños?

Dolores bebió un poco de leche para aclararse la voz, y se acercó a su amiga para hablarle en tono confidencial.

—Hetta, querida—susurró—. Con semejante herramienta, yo le compraba el estadio de los Yankees, si él me lo pidiese.

Esta vez fue Henrietta la que golpeó a su amiga en el brazo mientras ahogaba un gritito. Ambas miraron por la ventana de la cafetería, y se fijaron en el letrero: “ARTÍCULOS DE REGALO. ¡ACIERTO ASEGURADO!, de la acera de enfrente.

—Oye, ¿Qué te parece si nos acercamos a esa tienda nueva?—sugirió Dolores—. Igual encuentras algo allí para regalarle a tu semental.

—Querida amiga, parece que me lees el pensamiento.

Corben vio acercarse a las dos amigas cogidas del brazo desde su posición detrás del mostrador, y esbozó una sonrisa.

—Te lo dije, Jenna—murmuró—. Importantes beneficios.

Chris Sparkles vaciló al coger la botella del armario, pero sus buenas intenciones se esfumaron aproximadamente un segundo después. Se dejó caer pesadamente en el sofá, y se sirvió otro vaso hasta el borde de Jim Beam. Era probable que Linda regresara del trabajo pronto, y Chris tenía claro que si lo veía tirado en el sofá y borracho como una cuba, volverían a tener otra fuerte discusión. En realidad no le importaba una mierda lo que pensara esa maldita zorra, pero no estaba dispuesto a desperdiciar otras dos horas de su vida discutiendo a gritos con ella, por lo que decidió que el vaso que se había servido sería el último.

Volvió a levantarse para llevar la botella a su lugar —escondida detrás de las latas de conserva—, y vio de nuevo el condenado guión de cine. El domingo pasado —como casi todos en Maple Hill—, acudió a la inauguración de la tienda nueva. Era un día festivo, y no tenía nada mejor que hacer, así que se dejó convencer por Linda para pasarse por allí un rato. Su novia conocía la profesión frustrada de Chris, que no era otra que la de escritor de libretos para el cine, y cuando encontró “El manual del perfecto guionista” no se lo pensó dos veces. Chris había cuestionado la utilidad de un libro como aquel, pero Linda, con esa preciosa sonrisa de niña estúpida y siempre optimista de la vida, argumentó que igual era justo lo que le hacía falta para “despegar”. La quiso por eso, pero también la odió por darle un motivo para enfrentarse cara a cara con su fracaso. Cuando llegaron a casa, Linda le propuso un trato; él podía quedarse en el salón con una cerveza fría, echándole un ojo al manual mientras ella preparaba una cena romántica, si él se encargaba del postre. Chris accedió, pero solamente por la cerveza. Aquella noche fue la primera que pasó en vela, siguiendo las pautas y los consejos del libro para escribir su propio guión. A Linda le encantó el entusiasmo que mostró su novio, y le preparó café antes de acostarse. Tres días después, había conseguido escribir las primeras ciento cincuenta páginas

del mejor guión que había leído jamás, y solo le había costado su trabajo, un incipiente alcoholismo y, más que probablemente, la ruptura de su relación con Linda; además de llevar sin pegar ojo más de sesenta y cuatro horas.

—Y encima ese maldito marica de Corben me aseguró que esas palabras me traerían buena suerte—murmuró a la sala vacía—. Debería haberle metido ese libro por el culo.

“La culpa no es de Corben, y lo sabes”

Chris no se sobresaltó al escuchar aquellas palabras. Sabía que era a causa del whisky —o del sueño—, pero llevaba un par de días escuchando la voz de su ex novia.

—Oh, Lucy, cállate por Dios.

“¿Por qué crees que te regaló ese libro, eh?, ¿acaso piensas que lo hizo para ayudarte?”.

Chris volvió a coger la botella, y rellenó el vaso medio vacío sin contestar; no pensaba tener una discusión con alguien que no estaba allí, y menos con su ex novia.

“Sabes muy bien que si hubiéramos seguido juntos, yo nunca te habría dejado que malgastases tu vida en esa porquería de trabajo”.

—Tenía que pagar las facturas.

“No te habría permitido poner excusas”.

Chris enrojeció de ira, y lanzó el vaso contra la pared.

—¡Pero tú estás muerta!

Se llevó las manos a los ojos y apoyó los codos en las rodillas para soportar el temblor que se había apoderado de ellas. Lloró, presa de la impotencia de todas las cosas que le habían salido mal en la vida. El accidente, el curro en la fábrica, su malograda carrera y, para colmo, su recaída con la bebida.

—Yo... yo te maté—dijo sollozando.

“Fue un accidente”.

Levantó la mirada, pues aquella vez las palabras habían llegado claras y corpóreas, como si ya no procedieran de su cabeza. Entre la bruma de sus

ojos empañados por las lágrimas vio una silueta recoger el vaso volcado sobre la moqueta —que increíblemente no se había roto—, y acercarse hasta la mesa donde esperaba la botella de whisky. Chris se puso en pie y se dio la vuelta, rogando a su cuerpo que volviese a permitirle tragar aire. Escuchó el líquido salir de la botella y caer en el vaso, mientras él se concentraba en mirar la carretera a través de la ventana. Unos brazos que conocía perfectamente le rodearon el pecho desde atrás, como solía hacer Lucy al servirle una copa después de hacer el amor. El vaso apareció delante de él, rebosante y tentador.

“Fue un accidente, pero ahora puedes hacer algo para remediarlo. Podemos volver a estar juntos”.

Chris sabía que era imposible, que debía de haberse quedado dormido y aquello era el sueño más vívido que había tenido en su vida, pero notó el calor del cuerpo desnudo que le abrazaba, que le estrechaba con fuerza. Sintió los turgentes pechos de su ex novia muerta oprimiéndole la espalda, y también notó la erección que comenzaba a florecer por allí abajo.

“Te quiero, Chris”.

El hombre se llevó el vaso a los labios, y bebió un generoso trago mientras clavaba la mirada en la fábrica en la que llevaba trabajando cinco años.

—Yo también te quiero, Lucy.

Tom dudó una vez más antes de llamar a la puerta. Tenía un nudo en el estómago, y estaba verdaderamente nervioso, pero había ido hasta allí con la firme intención de obtener una explicación, y no se iba a marchar sin ella. Golpeó con los nudillos con fuerza, pero no abrió nadie. Volvió a llamar, esta vez al timbre.

—Papá, ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Lorena Hopkins me ha dicho en qué habitación estabas; además, este es el único hotel de la ciudad.

Michael se apartó, y su padre entró sin pedir permiso. A pesar de que llevaba en el hotel tan solo un día, el cuarto parecía una zona de guerra, con envases de comida y ropa desperdigados por todas partes. Tom barrió con el brazo una bolsa de viaje y la dejó caer al suelo para sentarse en el lugar que ocupaba. Su hijo observó la escena con un creciente sentimiento de vergüenza.

—He venido porque necesito respuestas—el semblante de Tom permanecía inexpresivo, pero el temblor en su voz delató la intensa agitación que le provocaba aquella conversación—. Necesito saber por qué.

Michael se acercó arrastrando los pies, e intentó abrazar a su padre, que rechazó el gesto con la palma de la mano extendida.

—No he venido a estrechar el lazo paterno filial—confesó—. Solo para entender qué hicimos tu madre o yo para que sintieras la necesidad de destrozarnos la vida.

—Papá, yo no...

—Por favor, deja de mentirme—Tom se desmoronó. La fachada de hombre inquebrantable se vino abajo como un castillo de arena delante de su hijo cuando rompió a llorar—. No..., no te atrevas..., a mentirme otra vez.

—Está bien, papá—asintió. Acercó una silla para estar frente a su padre, y respiró hondo—. He venido porque sentí la muerte de Harry; tuve el presentimiento de que iba a ocurrir algo horrible y dejé todo para venir, pero

ya era tarde.

—¿Sentiste su muerte?

—Más bien..., la vi—tragó saliva. Sabía que lo que iba a contarle a su padre acabaría para siempre con las escasas oportunidades que le quedaban de arreglar su relación, pero se merecía la verdad, la creyese o no—. Desde que ocurrió lo de Jim y me marché de Maple Hill, he estado viendo..., cosas. No son cosas agradables, pero hasta que nació Harry nunca me habían influido directamente a mí. Eran cosas que les pasaban a otras personas, a familias que no conocía, pero con Harry era diferente.

—No sé de qué estás hablando.

—Papá, nunca hablamos de por qué me tuve que ir de la ciudad.

—¡Te fuiste porque eres un borracho!—estalló—. ¡Mataste a un niño, por el amor de Dios!

Michael encajó las palabras como si se tratasen de un golpe físico.

—¿Puedes imaginar siquiera lo que supuso eso para tu madre y para mí?— continuó Tom con el rostro congestionado—. Pasaron tres años hasta que nació Harry, y en todo ese tiempo tuvimos que aguantar las miradas, las habladurías, el rechazo de los que hasta ese momento habían sido nuestros amigos.

—Papá...

—Yo perdí mi trabajo, y desde entonces me deslomo cada día en una puñetera fábrica sin atreverme a mirar a los ojos a nadie durante mucho tiempo—se puso en pie—. He venido hasta aquí porque creía que necesitaba respuestas, pero en realidad supongo que ansiaba que ya no fueras *ese* Michael Halley, el borracho que destrozó a dos familias por conducir ebrio y sin carnet.

Tom paseó la mirada por la habitación de hotel con una mezcla de repugnancia y desprecio. Se encaminó hacia la puerta, pero Michael se interpuso en su camino, bloqueándole el paso.

—Dices que has venido a verme para saber la verdad de lo que ocurrió hace doce años—se encaró con su padre, colocándole una mano sobre el pecho—. Pero ni siquiera quieres escucharme. Has venido hasta aquí para condenarme y descargar tu culpa.

Tom apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas.

—Si quieres la verdad, vuelve a sentarte—Michael se apartó—. Si únicamente necesitas soltar un lastre y culpar a alguien de todo lo malo que hay en tu vida, adiós papá.

El hombre dio un paso más en dirección a la puerta, vaciló, y volvió a sentarse en el mismo sitio de antes.

—La verdad, papá—empezó Michael, mirando a los ojos a su padre—, es que sí que maté a ese niño. De la misma manera que he matado a mí hermano.

Marsha Freis terminó de leer el libro por tercera vez consecutiva. Estaba prendada del mundo que John Fowles había creado para inmortalizar a la valiente Sarah Woosroff, y soñaba en secreto con un Charles Smithson en su vida. Ya era mayor, y Jack no se trataba precisamente de un caballero de la época victoriana, pero soñar era algo que nadie —ni siquiera Jack—, podía robarle. Guardó el libro bajo el colchón, enredado entre las sábanas; Jack no había hecho una cama en su vida, así que supuso que era el lugar más adecuado para esconderlo. Se tendió de costado, intentando conciliar el sueño con la cabeza inundada de fantasías, pero fue inútil; no había dormido ni un solo minuto desde que abandonara la tienda del señor Corben con el libro debajo del brazo. No le preocupaba en exceso, pues había pasado muchas etapas de su vida con episodios severos de insomnio y depresión; lo que le sorprendía era que en esta ocasión se encontraba realmente bien, sin jaquecas ni dolores. Al cabo de cinco minutos desistió de pretender dormir, y decidió prepararse un tentempié para aguantar hasta la hora de la comida. En la cocina se dio cuenta de la calma que se respiraba cuando la casa estaba vacía; podría decirse que durante las horas de la jornada laboral, ese lugar era su oasis de paz.

“Aunque la cosa cambia cuando llega tu hombre, ¿verdad?”

Marsha dio un respingo y dejó caer la taza de café que sostenía entre las manos. No era la primera vez que escuchaba la voz de Mildred, pero en aquella ocasión no se trataba de un recuerdo como otras veces.

“Sabes que cuando lleguen las tres de la tarde y acabe el turno de trabajo, ese animal volverá para romper esta calma; ¿lo sabes, verdad?”

—¿Quién eres?—murmuró a la sala vacía.

“¡Oh, vamos hermanita!”

En el umbral de la puerta, al amparo de la penumbra del salón, una silueta imprecisa se dejó ver un instante para desaparecer por el lado contrario del marco. Al carecer de un contorno definido, a Marsha le recordó la bocanada

de humo de un fumador de puros.

“Duele que tu propia hermana no te reconozca”—llegó desde otro lado de la cocina—. “Con todo lo que hemos pasado juntas”.

—No estás aquí— musitó atropelladamente mientras recogía los restos de porcelana de la taza rota—. Todo esto es por la falta de sueño, pero no estás aquí.

Una ráfaga de aire le movió el flequillo, como si alguien hubiese abierto una ventana de repente. Un efluvio peculiar le inundó las fosas nasales, y sintió que el aliento se le espesaba en la garganta. Los dedos de una mano helada la sujetaron con delicadeza por la barbilla, y le hicieron levantar la mirada del suelo y de los trozos de loza hechos añicos que se afanaba en retirar. El rostro de su hermana muerta la observaba a pocos centímetros, solo que ya no estaba muerta. La palidez en la cara de Mildred que Marsha había visto en su entierro ya no estaba allí; los rasgos de aquella cosa que la miraba con ternura eran los de una Mildred repleta de espíritu y energía; *esa* Mildred poseía “esencia”.

“Querida, estoy contigo más de lo que he estado en toda mi vida, créeme”, le dijo la sombra con la forma de su hermana.

—Pero eso es imposible; tú estás..., estás muerta.

El velo de niebla se disipó, y la figura de Mildred adquirió un perfil más corpóreo. Levantó a Marsha del suelo y la abrazó; la rodeó y la atrajo de forma delicada para besarla en la mejilla. Marsha sintió la humedad de sus labios, y se abandonó a la locura que suponía ese detalle.

—¿Cómo...?

“Eso no importa. Lo único que importa es que por fin estamos juntas; podemos leer ese libro, o ver la película con una buena copa de vino”.

—Pero Jack...

“Y no solo eso, podríamos hacer un viaje; ¡te imaginas!, las dos solas por Grecia, o en un viñedo de Francia”.

—Eso sería fabuloso—confesó, con un brillo esperanzado en los ojos.

“Ahora tenemos que ponernos al día; trae dos copas al salón, y esa magnífica botella de vino Rioja que guardas desde hace años”.

—Pero esa botella es de Jack.

“No lo has comprendido todavía; ya no hay un Jack que nos detenga. Ahora solo somos nosotras dos y, un mundo de sensaciones por delante”.

A Marsha le gustó aquella frase; parecía sacada de una de las novelas de John Fowles que tanto le gustaban.

“Y leerás muchas más de él sin tener que esconderte—aventuró Mildred, como si estuviera dentro de su mente—. Y beberemos, y bailaremos, y conoceremos verdaderos caballeros que sepan tratar a las mujeres”.

Marsha descorchó la botella de vino que su marido había traído de un viaje por España, y fue al salón en busca de su hermana; o de la cosa que se parecía a su hermana, porque aunque notaba que lo que estaba sentado en el salón era una copia barata de Mildred, no le importaba. Quería creerla, “necesitaba” creerla.

“¡Estupendo! Ahora ven a sentarte a mi lado; quiero explicarte qué tenemos que hacer para que podamos ser libres por fin”.

Marsha se sentó, porque estaba acostumbrada a obedecer.

Jack llegó antes de lo previsto. En la fábrica llevaban tres días con un jodido curso de prevención de riesgos laborales, y al terminarlo le habían dispensado de la última hora de trabajo como compensación. Jack sabía que de una u otra forma le harían recuperar esa hora con creces, pero había que vivir el presente, y el presente pasaba por una cerveza helada y llegar a tiempo para ver el partido de los Yankees.

Al entrar a casa se le esfumó la sonrisa de la cara, y sintió como la sangre se le acumulaba en el rostro y las orejas se le ponían calientes; aquel era su indicador de que la rabia se estaba apoderando de su cuerpo. El salón estaba hecho un desastre, y sobre su mesita para los aperitivos descansaban dos copas de vino tinto —una vacía y la otra llena hasta el borde—, junto a la preciada botella de Rioja que guardaba de su viaje a España. Soltó la bolsa de trabajo y buscó a su mujer con la mirada; ni rastro. Una sensación de vértigo anidó en su estómago al imaginarse qué estaba sucediendo, y bufó como un

toro. Dos copas de vino en el salón, la ausencia de su mujer y, esa música romántica que llegaba entre empalagosas reminiscencias desde el piso superior. Jack boqueó, buscando el aire que se le había escapado de los pulmones, y fue a buscar su escopeta con la mente inundada de imágenes horribles de su esposa, y la voluntad nublada por la ira más ciega. Cargó el rifle y subió sigilosamente a la planta de arriba, donde las alborozadas estrofas de la detestable *“Don’t Go Breaking My Heart”* de ese marica de Elton John subían de tono; sintió que la sangre le hervía en las venas. Se plantó delante de la puerta de su dormitorio —que estaba cerrada, como no—, y se aseguró de que la escopeta estuviese cargada. Irrumpió apuntando a la cama, esperando ver allí a Marsha revolcándose con su amante, pero se quedó paralizado al ver que no había nada excepto un libro abierto y el aparato de música sonando a todo volumen. Bajó el arma y parpadeó varias veces, intentando comprender qué estaba sucediendo, cuando escuchó un aullido inhumano detrás de él. Intentó girarse, pero le dio tiempo solo de ver a su querida Marsha con un enorme cuchillo en alto. El hombre ya estaba muerto antes de concebir siquiera que aquella aparición de cabellos apelmazados y tez blanca y cerosa como la de un cadáver era su amada esposa, y que su dulce y adorable Marsha acababa de seccionarle la carótida de un solo tajo, mientras que Elton John continuaba interpretando su canción junto a Kiki Dee.

Tom Halley escuchó los gritos, advirtió el disparo y, extrañamente, reconoció el tema que salía a todo volumen de la casa de los Freis, pero nada de todo eso le importó. Caminaba por pura inercia, como si llevase insertado un sistema GPS en la cabeza y decidiera el destino por su propia iniciativa. No podía apartar de su mente la historia que acababa de contarle su hijo, y su cerebro funcionaba al máximo de su potencia para decidir si Michael era un psicópata, un alcohólico, o un pobre desgraciado que había tenido muy mala suerte en esta vida. En todo caso, su función como padre debía haber sido estar con su hijo, apoyarle y entender qué le estaba sucediendo, y en lugar de eso había entrado en una espiral autocompasiva que duró hasta el nacimiento de Harry. Sarah no había contribuido, pero el principal culpable de que su “pequeño” Mickey tuviera el aspecto de un yonki en fase de desintoxicación era únicamente suya. Él fue quien decidió que Michael no podía seguir viviendo con ellos, y también el que lo envió a una clínica sin preocuparse de si llegaba a ingresar o no; un par de llamadas, un sobre con dinero y, un problema menos.

El “chip” de su cerebro lo llevó directamente a casa, pero estaba tan agotado que no se preocupó en saber como había sucedido. El olor de una deliciosa cena flotaba en el ambiente, y Tom se quedó perplejo cuando vio aparecer a su mujer con un delantal y unas manoplas para el horno.

—¡Hola, cariño!—saludó, plantándole un ligero beso en los labios—. Anda, sube a pegarte una ducha que ésta noche tenemos visita.

—¿Visita?—respondió extrañado. No habían vuelto a recibir a nadie desde el funeral de Harry—. ¿Quién va a venir?

—Oh, ¿no te lo había dicho?; va a venir a cenar el señor Corben, el nuevo dueño de la librería de la colina.

Tom sintió que el alma se le caía a los pies. Michael le había advertido que no se acercasen a ese hombre, ni siquiera a su tienda, pero no le había proporcionado más explicaciones. Solo le había dicho: *“Papá, aún no sé por qué, pero ese tipo no me da buena espina; por favor, no os acerquéis a él”*.

—Sarah, yo no me encuentro demasiado bien—en realidad, no estaba mintiendo—. Prefiero dejar la cena para otro día.

—¡Tonterías!—canturreó su mujer sujetando una enorme bandeja entre las manoplas—. Ya tengo el asado medio listo. Anda, sube a cambiarte mientras te preparo un té caliente y una tableta de Advil; seguro que solo es un dolor de cabeza.

Tom así lo hizo; no se encontraba con fuerzas para discutir con su mujer.

SEGUNDA PARTE

VERBUM MALUM

*En el corazón de todo
hombre*

*habita el Diablo, pero no
conocemos*

*la maldad del hombre hasta
que*

el Diablo es despertado.

James Oliver Curwood.

A mediados de esa semana, Maple Hill ya se encontraba sumido en el caos más absoluto. Al llamado “Espacio Rojo” —nombre que recibían algunos lugares emblemáticos de Vermont en otoño—, se le había sumado el inicio de la temporada de esquí. Las pistas de Killington y Stowe trabajaban ya a pleno rendimiento, y la avalancha de turistas no paraba de crecer a medida que se acercaba la festividad de Acción de Gracias. La mayoría de los estadounidenses empleaban esos días para cenar en familia y gastarse una suma indecente de dinero en el Black Friday, pero otros muchos buscaban escapar de sus rutinas, al menos durante un par de días; uno de los destinos preferidos era el estado de *Las Montañas Verdes* y el sirope de arce.

Por ese motivo, el primer asesinato que se producía en Maple Hill en una década conmocionó al pueblo. Cuando se filtraron los detalles de la brutalidad y la saña con que se había cometido, se pasó del abatimiento a la indignación y, de esta, a una impotente rabia que amenazaba con desbordarse en cualquier instante. Se percibía en el ambiente una latente sensación de agitación efervescente, como si alguien sostuviera una cerilla suspendida sobre un polvorín, amenazando con dejarla caer de un momento a otro.

James Harden, el trooper estatal, daba vueltas a un lado y otro del viejo edificio municipal, retorciendo entre sus manos de uñas manicuradas el sombrero reglamentario. Aunque ya llevaba dos años en la Patrulla de Carreteras de Vermont —y había visto algún que otro cadáver—, sentía el estómago revuelto y una íntima esperanza de que llegase el Sheriff cuanto antes, y lo mandase de nuevo a recorrer la I-95. No quería estar allí —nunca había tenido suerte para esas cosas; de hecho, ni siquiera estaba en su turno, sino supliendo a un compañero—, cuando el forense necesitase a un agente de la ley para levantar el acta de la autopsia. Su trabajo era recorrer las carreteras y meter miedo a los adolescentes que se pasaban de listos con la bebida o los coches de sus papaitos; tal vez, incluso retirar los restos destrozados de alguna ardilla o zarigüeya, o sacar de la calzada la banda de un neumático reventado, pero aquello... no, estar allí no era parte de su trabajo. Ese gordo cabrón del sheriff Vaughn se estaba escaqueando, y le había cargado el muerto a él; nunca mejor dicho.

La puerta metálica se abrió sin emitir sonido alguno, y por ella apareció el forense de la judicial, un tipo que se parecía más a un topo que a un ser humano. Harden notó como se le soltaba la vejiga, y necesitó de toda su fuerza de voluntad para no mearse en los pantalones del uniforme. “*Menudo cachondeo hubieran tenido en comisaría si llego a mojarme los pantalones en mitad de una autopsia*”, pensó; seguro que ese *mierda seca* de Jimmy Toole me hubiera martirizado durante años.

—¿Cómo dice?

Harden se volvió, y vio al forense mirándolo con cara de pocos amigos.

—¿Eh?, nada.

—¿Dónde está el sheriff Vaughn?

—Le han llamado—confirmó Harden—. Ha tenido que salir para atender una urgencia.

El forense esbozó una media sonrisa burlona, y le hizo señas de que lo

acompañase dentro.

—Emmm... ¿Por qué mejor no esperamos a que llegue el sheriff?

—Joven, mucho me temo que la urgencia a la que se ha marchado Thomas tiene mucho que ver con bollería industrial y café aguado, así que no me haga perder más el tiempo, levante el acta y, tal vez, solo tal vez, pueda llegar a tiempo para ver *The Tonight Show*.

Harden estudió el rostro serio del hombre, y se dio cuenta de que no se iba a librar de aquella, así que, como decía su madre: “*si tienes que quitarte la tirita, hazlo de golpe y punto*”. Entró esperando lo peor y, durante unos agónicos instantes, eso fue lo que encontró; una masa informe de vísceras reposaba sobre el plato de una balanza, mientras algo teñido de rojo — James decidió que no quería saber qué era—, se balanceaba con unos repugnantes sonidos acuosos en el otro extremo. La horrible visión duró solo unos segundos, pues el forense extendió una sábana con la presteza de un mago ocultando su truco.

—Usted está aquí únicamente para rellenar el informe, así que proceda y déjese de fisgonear.

Harden se lo agradeció en silencio con toda la fuerza de su alma y, sin perder más tiempo, sacó su bloc de notas y una hoja de atestados. Para gran satisfacción del agente, Troy Fugus (que así se llama el hombre-topo) acabó en menos de cinco minutos. Tras dictar los datos personales de la víctima —y los suyos propios como practicante de la autopsia—, Fugus detalló de forma escueta y precisa los resultados de la misma. Veinte minutos después, Harden había entregado la copia en la comisaría de Vaughn para que los familiares pudieran reclamar el cuerpo —en el caso de que los hubiese—, y ya conducía su Crown Victoria de nuevo hacia la I-95. Allí donde solo tiene que ocuparse de ardillas y adolescentes borrachos; *de las autopsias que se ocupe otro*, piensa mientras acelera.

Michael Halley se frotó los ojos con el dorso de la mano, y notó el escozor que provocaban las continuadas noches de insomnio. El Pontiac olía a vertedero debido a los restos de comida basura que se amontonaban en el asiento trasero, y el propio Michael no desprendía un aroma más agradable. Se había visto obligado a dejar su habitación en el Green Lake por culpa de la intensa masificación de clientes que habían llegado para las vacaciones de otoño —y que estaban dispuestos a pagar una cantidad indecente por ese infecto cuchitril, que no disponía ni de mueble-bar—, así que no había visto nada parecido a una ducha en varios días. Seguía aparcado enfrente de la casa, en el acceso abandonado y cubierto de malas hierbas que conducía al viejo pabellón de deportes —ahora en desuso—, en detrimento del nuevo y mejorado Palacio de los Deportes Kim Fesser, en honor a la atleta integrante del equipo olímpico estadounidense y, única celebridad de Maple Hill.

Estiró las piernas en el reducido espacio que ofrecía el coche entre los pedales y el salpicadero, y bostezó sonoramente. Aquel coche era una verdadera joya de coleccionista, pero un pésimo puesto de vigilancia. De cualquier manera, Michael pensaba que, por mucho que se escondiese entre matorrales y restos de basura, se trataba, en parte, de una medida destinada más a la discreción que al hecho de no ser descubierto. Él *sabía* que Michael estaba allí, así que ocultarse serviría de poco.

En aquel instante se abrió la puerta principal, y un individuo envuelto en una femenina bata de franela estampada se asomó al camino, olisqueó el aire con la cara vuelta hacia el sol matutino, y recogió el periódico —que el repartidor había lanzado por encima de la cerca con la eficacia de un lanzador de baseball profesional—, desenrollándolo y echándole un ligero vistazo al titular de la portada. Luego, como si estuviera saludando a un viejo amigo, levantó el brazo y agitó los dedos en dirección al callejón. Desde aquella distancia era imposible que pudiera ver el gesto obsceno que le devolvió, pero Michael se lo dedicó igualmente; Corben arrugó el ceño en una mueca de desagrado, como si hubiese olido algo en mal estado, y se metió en la vivienda. La ira le encendió el rostro, despejándole la mente y arrinconando las vacilaciones en una caja al fondo de un sótano emocional. Había vuelto a

Maple Hill por un motivo, y hasta aquel momento no había hecho más que emborracharse y lamentarse por su mala suerte; ya era hora de que cambiase la situación y se hiciera cargo de un papel que debía haber interpretado más de una década antes, si hubiera tenido el valor necesario para hacerlo.

Bajó del Pontiac y se ajustó la cazadora de cuero —algo escasa para el frío de Vermont por las mañanas—, y se encaminó con paso firme hasta la vivienda del otro lado de la calle. Tuvo la extraña impresión de que lo observaban desde distintos ángulos, pero decidió olvidarse de todas esas cosas y centrarse en su objetivo. *¿Y cuál era ese objetivo en concreto?; de momento, llegar al otro lado de la avenida sin desmayarme, se dijo, luego ya veremos.*

Golpeó la puerta con los nudillos —no era capaz de recordar en qué momento había cruzado el jardín— y, sin esperar respuesta, pulsó el timbre con impaciencia repetidas veces. Escuchó pasos que se acercaban, y el corazón se le disparó en el pecho, dispuesto a salir de allí por patas. Cuando Michael estaba a punto de seguir su instinto y huir como alma que lleva el Diablo, una mujer abrió la puerta.

—Buenos días, ¿Qué desea?

Michael no contestó.

—Señor—repitió—, ¿qué desea?

Se dio cuenta de que arrastraba mucho las erres, con toda seguridad por haber crecido en algún lugar como Oklahoma o Rhode Island.

—Quiero hablar con Harold Corben.

—El señor Corben no se encuentra en casa.

—Acabo de verlo.

—No, quizá no me haya explicado bien—aquel titán con delantal puso los brazos en jarras, y Michael supo con total certeza que si la obligaba a ello, esa mujer podría partirlo en dos con un solo brazo—. Lo que quería decir, es que el señor Corben no se encuentra disponible para *gente* como usted.

La mujer intentaba ser educada, pero dijo esto último escupiendo las palabras, con un evidente desprecio imposible de disimular; aquello, por algún depravado motivo que no supo explicar, le produjo al joven un hormigueo de satisfacción.

—Señora, ¿Por qué no hace usted su trabajo y le dice al señor Corben que estoy aquí?

La asistente bufó dos veces, y se cuadró en mitad de la puerta. Le recordó a Ladón, el dragón guardián de El Jardín de las Hespérides que custodiaba las manzanas de oro de Hera; a Michael le encantaba ese cuento cuando era pequeño.

—Por favor, perdone a Berta—escuchó decir desde algún punto por detrás de la amurallada espalda de la asistente—. Es excelente con la distribución de las tareas del hogar, pero le falta un poco de mano izquierda con las personas.

La mujer se apartó de la puerta —solo un poco—, dejando paso a un hombre de mediana edad, con una melena negra impecablemente domada con cera y peinada hacia atrás. Vestía un traje negro de corte refinado, y lucía una sonrisa que debía de haberle costado varios miles de dólares. Su piel, tersa y resplandeciente, enmarcaba unos ojos de un vívido color azul, encajados entre unos pómulos levemente pronunciados. Cuando al fin le ganó la batalla al “dragón” y consiguió ponerse delante de Michael, extendió una mano perfectamente cuidada.

—Encantado, me llamo Jerome Wallace—se presentó—. Soy el administrador del señor Corben.

Michael se quedó más tiempo del necesario mirando la mano, sin hacer gesto alguno de corresponder al saludo, lo que generó que la inmutable sonrisa del hombre se torciese de manera imperceptible.

—Perdone—se la estrechó por fin, y sintió una descarga estática—. No entiendo muy bien el término de “administrador”.

La sonrisa se ensanchó de nuevo. Michael reconoció para sí mismo que aquel hombre poseía un magnetismo que debía de conseguirle abrir muchas puertas.

—Simplemente significa lo que aparenta. Administro los bienes del señor Corben—el apretón de manos se eternizó, y Michael vio como la sonrisa se le torcía un poco y se convertía en una mueca—; velo por sus..., intereses.

Michael se soltó de la presión que ejercía la mano del señor Wallace, aunque le costó más de lo esperado.

—Quiero ver a Corben—exigió.

—¿Y el motivo es?—un brillo acerado le cruzó las pupilas—. Si puede saberse.

Muy buena pregunta; ¿para qué demonios he venido a esta maldita casa? Ya lo sabes, necesitas ver si realmente es quién crees que es.

—Quiero proponerle un negocio.

—Ah, excelente. Ese es mi punto fuerte.

—Me gustaría tratarlo directamente con él.

—Me temo que eso va a ser imposible—replicó—; como le he dicho, yo me encargo de esos temas.

—Este es un negocio diferente.

Wallace se adelantó un paso, y se situó a veinte centímetros escasos de Michael. Su semblante había cambiado de forma radical; ya no había rastro de la sonrisa del millón de dólares en su rostro.

—Me encantan los negocios..., diferentes.

Se pasó la punta de la lengua por el labio superior, y Michael comenzó a temblar como si le hubiesen arrojado un cubo de agua helada por la espalda; sabía lo que iba a suceder a continuación. Buscó con la mirada a la asistente, pero no había ni rastro de ella.

—Pues, en ese caso..., creo que debo..., volveré más tarde—masculló.

Wallace lo agarró del antebrazo cuando el joven hizo ademán de marcharse. Michael sintió aquella garra de acero clavarse en la parte blanda de su carne mientras las facciones del administrador empezaban a cambiar, a “desdibujarse”.

—Le ruego que no se marche todavía—sugirió, salivando las palabras—. Me apetece hablar con usted sobre ese negocio.

Por norma general, Michael no estaba presente cuando sucedía el cambio, sino que aparecían ante él ya “transformados”. En realidad, sabía que no cambiaban como tal, pero Michael siempre le había llamado de esa manera y, no pensaba cambiar ahora.

Las pupilas de Wallace habían desaparecido, y en su lugar solo se veía la esclerótica, blanca y reluciente. El saludable color rosado del rostro del

administrador había mutado a un gris ceroso, enfermizo, remarcado por unos capilares negros tan finos como hilo de coser. Michael intentó no gritar, sosegar como había hecho tantas veces antes de marcharse, pero no pudo contenerse cuando el hombre abrió la boca para volver a hablar, y unos dientes negros y podridos soltaron una bocanada de aliento fétido. Se liberó de la presa de aquella mano putrefacta que le sujetaba por el codo de un manotazo, y trastabilló hacia atrás, braceando como un molino de viento. Salvó la caída en el primer escalón, pero no tuvo tanta suerte con el segundo y, cayó de espaldas sobre el césped bien recortado sin parar de lanzar gritos intermitentes. Cuando notó el contacto de una mano sobre su hombro golpeó con fuerza, pero solo consiguió batir el aire a su alrededor.

—Señor Halley, cálmese, señor.

Michael afianzó las manos en la hierba húmeda, y trató de respirar por la nariz. Cuando abrió los ojos, un chico con cara de preocupación trataba de ayudarlo a levantarse.

—Señor Halley, ¿se encuentra bien?—ante el gesto de perplejidad de Michael, el joven aclaró—. Soy Blake, del aparcamiento del Walmart, ¿se acuerda?

Michael se acordaba, claro que se acordaba, pero su atención estaba puesta en el hombre que le observaba a unos metros de distancia desde el porche de la casa. Su rostro era la misma fachada acicalada de antes, pero se advertía en ella un mohín de turbación que parecía verdaderamente genuino.

—¿Eh?, sí, sí, solo ha sido un..., he tenido un pequeño mareo—aceptó la mano del joven y se incorporó—. Lo siento, señor Wallace. Comuníqueme al señor Corben que volveré más tarde, cuando me encuentre mejor.

Se alejó por el camino adoquinado sin mirar atrás, seguido de cerca por Blake, que no dejaba de interesarse por su estado.

Hicieron todo el camino de vuelta en silencio —a pesar de que el chico intentó entablar conversación varias veces—, hasta que llegaron al aparcamiento del Jay Store, donde un letrero de pizarra aseguraba que disponían de cualquier cosa necesaria.

—No creo que sea lo más aconsejado que...—replicó Blake.

—Solo quiero comprar cigarrillos—atajó Michael—. Y quizás alguno de esos cafés fríos que se agitan.

Gina salió a su encuentro nada más verlos, frunciendo el labio superior con una mueca de disgusto que Blake encontró deliciosa.

—Pero bueno, ¿tú no tenías que estar cortando el césped del señor Malakian?—recriminó.

—Ha surgido alguna..., complicación—respondió inclinando la cabeza hacia su acompañante.

Gina dedicó una somera ojeada a Michael y volvió a la carga.

—Deberías tomarte más en serio lo de...

—Gina—cortó, exasperado—. Creo que no has entendido...

—Oh, sí que lo he entendido. Entiendo perfectamente que aquí, al señor “Chupa de Cuero” le ha dado otro soponcio por culpa de un tipo llamado Jack Daniel's, y que tú, en tu infinita bondad, has corrido a vestirte de buen samaritano. Blake, no deberías abandonar así a la gente que te paga por hacerle un trabajo.

—Señorita... —comenzó Michael.

—Tú calla, “Señor Perfecto”—aludió en relación al modelo de cazadora que llevaba Michael—. Luego volveré contigo.

—Me parece que aún no te has dado cuenta que estás eligiendo el camino...

—Gina, no es lo que crees—se defendió el chico intentando detener el

torbellino de palabras de su amiga—. Mike se ha desmayado en la casa del señor Corben. Yo estaba rastrillando las hojas del doctor Malakian cuando...

—¿Dónde?—la muchacha había perdido el color de las mejillas.

—En la casa del señor Corben, ¿Qué ocurre?

—Vamos—urgió ella agarrando del brazo a su amigo, y encaminándose hacia la salida.

—¡Espera, el café!

—Os invito a los dos en la cafetería de Rossie.

Gina se movía inquieta, y Michael pensó para sí mismo que aquella chica era lo más parecido a un ratoncito inflado a pastillas que había visto jamás. La cafetería Paradise estaba de bote en bote, y ellos se encontraban en una diminuta mesa redonda en una esquina en la que apenas cabían los tres. Rossie —la dueña; una mujer que a pesar de contar con cincuenta años ya cumplidos, derrochaba energía y belleza—, les sirvió los tres cafés grandes en vasos de cartón. Antes de marcharse, dirigió una sonrisa a Michael que hizo que algo *allí abajo* se despertase levemente.

—A ese hombre le ocurre algo—afirmó la chica cuando Rossie se alejó—. Ayer estuvo en la tienda, y no me gusta.

—¿Qué quieres decir con eso de que no te gusta?—inquirió Blake.

—Pues eso, que no me gusta.

Michael parecía desorientado, observando de forma inquieta el bullicioso salón de la cafetería, ajeno a la conversación de los dos chicos.

—Gina, no es momento para tus historias *conspiranóicas* en las que...

—La señorita tiene razón—intervino Michael, aunque seguía sin mirarles, con los ojos perdidos en la muchedumbre del salón—. Ese hombre no es lo que aparenta, así que os conviene no acercaos a él.

Dejó de buscar entre el gentío, y centro sus ojos enrojecidos en los dos muchachos por primera vez.

—Escuchadme con atención; evitad cualquier acercamiento con Harold Corben—dio un sorbo del café, y lo dejó de nuevo con una mueca de repulsión—. Y con eso me refiero a cualquier cosa. No os acerquéis a su casa, no habléis con él, no pronunciéis su nombre, ni siquiera penséis en...

—Joder, parece que estás hablando de *Lord Voldemort* —apuntó con sorna Blake.

Michael lo miró con expresión severa.

—Ya sabes, Voldemort, el de: “el que no debe ser nombrado” y todo eso.

Gina se sumó a la mirada reprobadora de Michael.

—Vale, vale—aceptó, levantando las palmas de las manos—. Cuando no hay sentido del humor...

Michael se inclinó sobre la mesa en el extremo opuesto al que estaban sentados los chicos, como si fuera a revelarles un secreto de suma importancia.

—Mirad, no puedo deciros como lo sé, o por qué lo sé, pero debéis hacerme caso; ese hombre no es bueno, así que alejaos de él.

Dicho esto, se puso en pie y avanzó con paso decidido hasta la zona donde la barra de madera se curvaba para dejar paso a una mesa de billar. Más allá, un grupo de adolescentes lanzaba dardos contra una diana entre gritos y vítores. Un tipo grande con una camisa de franela y una gorra de béisbol fanfarroneaba a gritos sobre su última pieza de caza en la parte más concurrida del local. Tenía la camisa arremangada, y los gruesos antebrazos peludos parecían postes de la luz a los que le habían brotado tatuajes mal coloreados. Michael se acercó hasta él, y esquivó al numeroso público que se arremolinaba en torno al titán mientras hacían bromas y se daban palmadas en la espalda. Cuando estuvo a su altura, le propinó un puñetazo con toda la fuerza de la que era capaz, pero el gigante ni se movió. En los ojos del tipo se dibujó una expresión de absoluta perplejidad, mientras el murmullo y las voces a su alrededor se silenciaron por completo; solo duró un instante. En ese momento se desató una de las peleas más cortas en la historia de la cafetería Paradise. Lo que duró exactamente Michael en desmayarse cuando aquel coloso le devolvió el golpe.

Thomas Vaughn notaba como la punzada de su estómago iba creciendo hasta convertirse en todo un fastidio. “*No debería haberme comido el ultimo taco*”, se dijo mientras caminaba en dirección a la comisaría, pero el mundo se regía por cosas como “no debería haber hecho esto” o, “si hubiera sabido lo otro”, siempre cuando no había remedio; *a buenas horas mangas verdes*, habría dicho su madre.

El edificio, achaparrado y feo como un cubo de basura cuadrado, parecía un centro comercial en día de rebajas, y Vaughn deseó marcharse nada más entrar.

—Sheriff Vaughn, señor—gritó Vince Chapman desde el otro lado del vestíbulo—. ¿Puede venir un momento, señor?

Thomas lo odió más de lo que ya lo odiaba antes.

—¿Qué quieres Vince?

—Necesito que se ocupe de algo, señor.

Naturalmente que lo necesitaba, ¡siempre se tenía que ocupar de *algo!*

—¿Qué es lo que ocurre ahora?

—Es por la pelea en el Paradise—aclaró Chapman, esgrimiendo unos papeles delante de Vaughn para leer el nombre—. Ese tipo, un tal Michael Halley dice que...

—Espera un momento, ¿has dicho Michael Halley?

—Sí—Chapman pestañeó confundido, y Vaughn deseó darle un puñetazo en esa nariz suya de pelicano idiota—. Al menos ese es el nombre que figura en su carnet de conducir.

—¿Dónde está?

—Abajo, en la sala de espera.

La “Sala de Espera” era el nombre que, en tono de broma, habían asignado los empleados de la comisaría a la celda de la planta baja. Maple Hill

disponía de un juzgado, aunque no de un juez; los casos menores los trataba el magistrado Yeats los martes y los jueves, que era cuando viajaba desde Maine para ocuparse de ellos, y los que se catalogaban como “significativos”, eran trasladados a Montpelier.

—¿Y por qué cojones está encerrado ahí abajo?—rugió—. ¿Por una puta pelea?

—Señor, según Alan Chipper, ese hombre le agredió en el Paradise delante de...

—Según Alan, eh—cruzó a grandes zancadas el atestado vestíbulo, y se adentró por el pasillo que conducía a las oficinas—. ¿Así que ese es el criterio que seguimos por aquí ahora, verdad? Si un imbécil con el cerebro lleno de mierda asegura que, *según él*, le han agredido, encerramos al pobre diablo, ¿es eso?

—No..., sí..., quiero decir...

—Lo que quieres decir, pedazo de alcornoque, es que no has tenido en cuenta que Chipper pesa más de ciento veinte kilos y que siempre está como una cuba—empujó la doble puerta batiente y, bajó hasta la planta baja, que consistía en una celda de dos metros y una mesa de aluminio con dos sillas; una máquina de escribir que había vivido tiempos mejores reposaba apartada a un lado, como un animal muerto en una cuneta. Michael aguardaba sentado en una banqueta en el cubículo al que llamaban Sala de Espera. Vaughn lo señaló con el índice.

—Y ese tío, míralo bien Vince, ese hombre que apenas se tiene en pie y debe pesar menos de setenta kilos—se encaró con su ayudante; su rostro era la escenificación pura del abatimiento—, es el que crees que ha agredido al animal de Alan Chipper.

—No, señor.

—¡Pues entonces deja de hacer el idiota y ve a hacer tu trabajo!

Vince Chapman salió como alma que lleva el diablo y, desapareció escaleras arriba.

—¿Has sido un poco duro con el chaval, no crees?—terció Michael desde la celda.

—No me toques los cojones que no tengo el alma para fiestas—sacó un aro

que contenía solo dos llaves—. ¿Se puede saber por qué demonios has vuelto?

Michael vio lo que se disponía a hacer el sheriff, y se agarró con fuerza a los barrotes.

—Te lo explico si me dejas aquí.

—¿Qué?—introdujo la llave en la cerradura—. Venga Mike, no me compliques la vida, que ya es bastante jodida, ¿quieres?

—Tom, por favor, hazme caso—Vaughn vio el temor en la cara del chico, y se guardó la llave de nuevo en el bolsillo de los pantalones del uniforme—. Esta noche van a suceder cosas; si estoy aquí dentro, nadie podrá incriminarme como...

—La otra vez—acabó Vaughn.

—Así es.

El sheriff se pasó una mano ancha como la hoja de una pala por el rostro, y resopló con fuerza. Se le veía realmente agotado.

—Mike, chaval, llevo un día de mierda—se frotó los ojos—. Supongo que te habrás enterado de lo ocurrido con la señora Freis, ¡cincuenta años, Mike, cincuenta años llevaban casados!, y va la tía, con su artritis y sus huesos de cristal, y apuñala a su marido de tal forma que casi le ha decapitado.

Se alejó y, se dejó caer en la silla de aluminio, que se quejó sonoramente por el peso.

—No entiendo nada, de verdad que no—esta vez se masajeó ambas sienes—. Esas cosas no pasan en este pueblo. Quizá en New York, o Los Ángeles, o en el jodido México D.F, pero no aquí, en Maple Hill.

—Ya ocurrió una vez—afirmó Michael con acritud—. Y tú estabas aquí.

—¡Tu también!—se puso en pie y lo desafió con el dedo—. ¡Y ahora apareces de nuevo, quince años después, y vuelve a pasar!

—Doce.

—¿Qué?

—Que han pasado doce años, no quince.

Vaughn lo miró desconcertado, y se fue hacia las escaleras taconeando con

las botas reglamentarias sobre el cemento resquebrajado. Se giró sobre el primer escalón, y en su rostro ya no había ni una pizca de esa confianza bravucona que le había llevado a ser un hombre respetado en Maple Hill.

—Mike, si ocurre lo de hace doce años—las palabras se le atragantaron, pero al final consiguió sacarlas—, creo que no podré con ello.

—Yo tampoco, y por ese motivo he vuelto—admitió—. Porque ya no puedo soportar la carga.

El sheriff Vaughn negó, descorazonado, y desapareció por la escalera haciendo resonar los tacones de forma apática.

El segundo crimen que se cometía en Maple Hill en menos de una semana no se citó como un caso aislado, sino que aglutinó a varios miembros. Tampoco se describió como una pelea que había acabado mal —¡qué más quisiera Vaughn!— ya que, según las declaraciones de los testigos presentes, la palabra correcta era: linchamiento. Para cuando llegó el sheriff, la escena ya estaba totalmente controlada, pero el escenario le hizo temer lo peor. Había cierta similitud que nadie de los presentes advertía, pero que Thomas Vaughn (muy a su pesar), ya había experimentado.

—Ponme en antecedentes—exigió de malos modos. El ayudante, apenas un chaval, se apresuró a informarle.

—La víctima se llamaba Dolores Hernández—consultó un pequeño bloc de notas—. Trabajaba en...

—Sé quién era Dolores, dónde trabajaba y qué tipo de barra de labios le gustaba—espetó malhumorado mientras atravesaba el parapeto de coches que servía de cordón policial—. Lo que necesito saber es qué demonios ha pasado aquí.

El chico volvió a consultar el bloc; *¿por Dios, de dónde sacaban los de Montpelier a tanto niñato?*, y lo más importante: *¿Por qué se los enviaban todos a él para que se pasara el día cambiándoles los pañales?* Él también había sido una vez un novato recién salido de la academia, pero no recordaba que nadie jamás hubiera tenido que limpiarle los mocos continuamente.

—Al parecer—continuó el agente, siempre con el bloc entre las manos—, Dolores y una amiga, emmm... sí, aquí está, Henrietta Farris se enzarzaron en una fuerte discusión acerca de algo que habían comprado a medias, pero que Dolores no quería prestarle a su amiga. El problema llegó cuando Henrietta golpeó a la víctima...

—¿Henrietta mató a Dolores?

—No, al menos no en ese momento; solo le causó un par de arañazos y un moretón en la cadera—pasó otra hoja—. Pero eso no le gustó nada a Hugo,

su hijo, que cruzó la calle y fue hasta la casa de Henrietta.

Habían llegado hasta el lugar donde el forense y los equipos llegados de Montpelier trabajaban para el levantamiento del cadáver. Thomas se detuvo y, se llevó al agente a un aparte. Necesitaba saber todo lo ocurrido antes de enfrascarse en liturgias estatales y papeleos de jurisdicciones.

—Continua.

—Hugo y Clarence, que es el hijo de...

—Sé quién es Clarence, continua.

—El caso es que los dos jóvenes se enzarzaron en una fuerte discusión, a la que se unió parte de la familia de Henrietta, que estaban en la casa por una comida familiar, y Hugo resultó...

—¡Abrevia, hostia!—Vaughn vio con ansiedad que los equipos habían acabado con el cuerpo. Si no llegaba antes del levantamiento tendría problemas—. Discutieron las dos familias, ¿y qué?.

—Pues que Henrietta cruzó la calle con la Remington 870 calibre doce de su difunto marido, y le voló parte de la cabeza a Dolores; y casi consigue lo mismo con su hijo Hugo—el chico cerró el bloc por fin—. El chaval tuvo la “suerte” de que se trataba del modelo Wingmaster de 3 cartuchos, y Henrietta ya había gastado dos en partir a su amiga por la mitad. El chico reaccionó abriéndole la cabeza con un bate de béisbol a la mujer, y en ese momento llegó la familia de Henrietta...

—¿Dónde está Hugo?

—La familia casi acaba el trabajo—sentenció el agente—. Clarence y varios de sus primos por poco lo matan a golpes junto al cuerpo de su madre muerta. Hugo se encuentra en estado crítico en el San Jones, pero no creo que pase de esta mañana.

Thomas meneó la cabeza en señal de negación y, se acercó con premura al lugar donde los equipos recogían el instrumental. No podía creer nada de todo aquello. Henrietta Farris conocía a Dolores desde que eran niñas, y se mantenían poco menos que inseparables. Vaughn había asistido a barbacoas que ambas familias habían organizado, y no exageraba ni un suspiro al asegurar que, tanto las dos mujeres como sus hijos e hijas, parecían ser miembros de la misma estirpe.

—Buenos días, Thomas—murmuró Fugus—. Te veo bien.

El sheriff se tocó el ala del sombrero a modo de saludo. La mala relación que le unía con Troy Fugus se trataba de algo más visceral que laboral. Odiaba a ese hombre de una forma irracional; y el sentimiento era mutuo.

—Tú tampoco estás nada mal—contestó—. Supongo que los gimnasios caros de Montpellier al final van a servir para algo.

Fugus se puso en pie; no le llegaba a Vaughn ni siquiera a la altura de la barbilla.

—Quizá te pueda pasar el número de uno de ellos—desvió la mirada sin disimulo alguno hacia la prominente barriga del sheriff—. Son mano de santo.

—Me lo pensaré—se apartó de la mirada irónica de Fugus, y se puso en cuclillas junto al cadáver—. Es..., no me lo puedo creer.

—No es tan extraño—repuso Fugus—. El rencor y el resentimiento entre familias vecinas a veces estalla y, esto es lo que queda.

Thomas sabía que eso no era cierto, pero no tenía la más mínima intención de hacérselo ver a ese tipejo de Troy Fugus. Asintió y, guardó silencio.

—¿Habéis terminado?

—Sí. Por suerte, los equipos de la ciudad son más... “expeditivos”, de lo que suelen ser las patrullas locales.

Vaughn eludió la pulla. No se sentía con ánimo de enzarzarse con aquel capullo engominado y presuntuoso.

—Supongo que sí—se dio media vuelta y se alejó—. Entonces me marchó. Tengo un asunto que resolver.

—Espero que ese “asunto” no contenga aceite de palma—increpó en voz alta—. Ya sabes que no es nada buena para un hombre de tu edad.

Thomas tragó saliva y se alejó con más rapidez. Contaba ya con sesenta y dos años y estaba al borde de una jubilación anticipada, pero en su fuero interno sabía que esa pensión soñada no llegaría si se daba la vuelta y le arrancaba la cabeza de los hombros al desgraciado de Fugus; así que apretó el paso, y se marchó taconeando y rumiando. Allí había muchas cosas que rumiar.

Thomas Vaughn apagó la radio policial en el mismo momento en que enfilaba por York Avenue; ya tenía suficientes cosas en las que pensar y, necesitaba despejar un poco la mente. Llevaba doce años intentando aceptar alguna de las explicaciones que su cerebro le brindaba con respecto a lo que había visto, pero ninguna de ellas era lo suficientemente satisfactoria como para enterrar el suceso a dos metros bajo tierra y no volver a pensar en ello jamás. Thomas no sabía con certeza qué diablos ocurrió aquel otoño de 2007, pero tenía la férrea convicción de que por su parte, no pensaba cometer los mismos errores del pasado. Aceleró el Ford hasta rebasar el límite permitido —al fin y al cabo, ¿quién iba a multarle?— y estacionó de mala manera en el lugar reservado para los coches oficiales. En aquel momento el aparcamiento se encontraba vacío, pero Vaughn sabía que en poco tiempo aquello estaría a rebosar de coches de la estatal y de los equipos designados para llevar el caso. Él, por su parte, quedaría reducido a un mero ayudante en su propia comisaría.

Le dedicó un parco gesto a Truman, el oficial de la entrada, y se dirigió a toda velocidad a la *Sala de Espera*. Vince Chapman rondaba por allí con su libretita prendida en uno de los bolsillos del hombro, pero al verlo se escabulló con disimulo hacia la zona de las máquinas expendedoras; “*mejor, así no tendré que volver a mandarlo al carajo*”.

Michael seguía como único “huésped” de la Sala de Espera —aunque ambos sabían que eso cambiaría dentro de poco—, y Thomas echó mano del aro de metal que contenía las dos llaves.

—No puedes sacarme—indicó, cortante.

—Chaval, tú te vienes conmigo.

—Creía que lo habíamos dejado claro.

—Lo único claro en todo este asunto es que no entiendo una mierda de lo que ocurrió hace doce años, y no sé qué diablos estará pasando ahora—el chasquido de la cerradura al abrirse en aquel espacio cerrado sonó como el disparo de un arcabuz—. Pero lo que sí tengo por seguro es que tú lo sabes, y

por eso te quiero a mi lado, no encerrado como una rata cobarde aquí dentro.

—Sheriff Vaughn—suplicó—. He venido al pueblo después de tanto tiempo para evitar esto, pero no es la manera...

—Me la suda, chaval—le indicó con un gesto que saliera de la celda—. Ahora mismo nos vamos los dos a tomar un estupendo desayuno a base de tortitas y gofres, y así vas preparando el desarrollo de la historia que vas a contarme con pelos y señales.

—¿Y si no quiero hacerlo?—desafió Michael.

Vaughn esbozó una sonrisa torcida, y se tocó el ala del sombrero de sheriff.

—Espero que no tengas que averiguarlo—lo condujo hacia las escaleras.

No se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que le pusieron el plato delante. Acabó con su ración de tortitas sin apenas respirar y, ya estaba a la mitad de su segundo plato de gofres.

—Comes como un vagabundo, vistes como un vagabundo—Vaughn se tapó la nariz con dos dedos—, y lo peor, hueles como un vagabundo.

—Blanco y en botella—apuntó Michael con la boca llena.

—¿Pero qué demonios te ha pasado, hijo? Por aquí se rumoreaba que estabas en la cresta de la ola, o algo así.

—Sí, *algo así*.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Pues que si piensas utilizar esa boca tuya para otra cosa que no sea arruinarme comiendo?

—También medito lo de tomarme un batido.

—Haz lo que quieras, pero no vamos a movernos de aquí hasta que me aclares ciertas cosas.

Michael levantó la cabeza del plato, y clavó la mirada en los ojos acuosos de Vaughn.

—Si yo fuese tú, créeme que no querría saberlo, sheriff.

—Si fueses yo, quizá te ducharías más a menudo—bromeó—. Ahora vamos a empezar por el principio; explícame que ocurrió hace doce años.

Michael acabó con la última ración de gofres y suspiró, resignado. Se daba cuenta de que aquel testarudo hombre no iba a dejarlo pasar y, en parte, era lo legítimo. Había participado años atrás en algo que no podía comprender, y lo justo era proporcionarle una explicación; aunque no existiese ninguna racional.

—Bien, todo empezó con Jim Sasketchian—comenzó Michael.

—¿El carnicero?

—Me parece que el bueno de Jim era algo más que carnicero—aventuró Michael—. Yo trabajaba para él los veranos al acabar la secundaria, ya sabe, como ayudante y esas cosas. El último verano que pasé en Maple Hill descubrí algo por accidente en el sótano de Jim. Al principio solo me parecieron trastos viejos, cosas que Jim almacenaba a la espera de mandarlas en un camión al vertedero de Ocean's Valley, pero sentí cierta curiosidad por el hecho de que aquella puerta estuviera sellada con dos candados Albus mas grandes que mi puño. Una tarde que me quedé a solas en la tienda, cogí las llaves del cajón de Jim y bajé allí abajo. Ya sabe, sheriff, yo aún no había cumplido los dieciocho años, y a esa edad se hacen tonterías.

—Husmear un poco no es un delito, hijo—concedió el anciano.

—Eso pensé yo—contestó sombrío—. Pero resulta que sí lo fue. Al bajar a esa bodega noté cierta..., sensación, algo que no me gustó para nada, pero aún así, no me marché; supongo que además de curioso era imbécil. El caso es que esos “objetos”, desde lejos no eran más que lo que parecían, trastos viejos, pero cuando estabas cerca...

—Eh, eh, para, para—atajó Vaughn—. Chaval, ¿no me estarás vacilando?, porque no me gustan las historias de fantasmas, y menos aún los listillos.

Michael cabeceó con amargura.

—Ojalá, sheriff Vaughn, ojalá todo esto se tratase únicamente de historias de fantasmas.

Ambos continuaron en silencio hasta que la camarera terminó de rellenar las tazas de café y se marchó contoneándose hasta otra mesa. A Michael no le apetecía en absoluto hablar de la siguiente parte de la historia, pero Vaughn había hecho presa, y no pensaba dejarlo escapar tan fácil.

—¿Y qué fue lo que viste en ese sótano?

—No se trata de lo que vi, sino de lo que sentí—aclaró, mirando a los ojos del policía—. De entre todos aquellos trastos, destacaba uno que parecía tener

luz propia; uno que me llamó tanto la atención, que los demás objetos dejaron de existir. Se trataba de un estuche de madera del tamaño de una caja de zapatos pero algo más delgado. Llevaba tallado en la superficie un símbolo que reconocí al instante, y que hizo que el pulso se me acelerase. Aquella caja contenía un ejemplar de coleccionista del libro *La Historia Interminable*, de Michael Ende. Yo había visto la película de niño, y estaba realmente enamorado de todo cuanto rodeaba al Reino de Fantasía. Por supuesto, me quedé con el libro y, tal y como le sucedía a Bastian en la historia, me sumergí dentro. No dormía, no comía y apenas abandonaba mi cuarto. Dejé de ir a trabajar a la tienda del señor Ssketchian y, la sola idea de alejarme y dejar el libro “abandonado”, me producía una sensación de angustia tan fuerte que me costaba respirar. Al tercer día de haber encontrado el libro, mi padre entró en mi cuarto para saber qué me ocurría y, cuando cogió el estuche para verlo más de cerca, me abalancé sobre él y le golpeé. Jamás le había levantado siquiera la voz, y él no me devolvió el golpe, únicamente se fue sin decir una sola palabra. Esa misma tarde vino a verme el señor Ssketchian, y le confesé lo que había hecho. Recuerdo que me miró muy serio, y me dijo que a partir de ese momento tenía que prometerle que no faltaría ni un solo día más a trabajar durante todo ese verano.

—Se lo tomó muy bien, el bueno de Jim—adujo Vaughn.

—Yo en aquel momento pensé lo mismo, y sentí una gratitud enorme hacia aquel hombre por no reprocharme mi delito, pero más tarde comprendí que en realidad lo hacía para tenerme vigilado—tragó saliva, y Thomas notó que la siguiente palabra se le quebró en la garganta—. Aquel día, sin saberlo, desperté algo o..., a alguien, que el viejo Jim se había esforzado por esconder.

—Michael, sé lo que vi hace años. Nunca he llegado a comprender qué ocurrió en realidad, pero aunque no puedo explicarlo, también sé que debe existir alguna justificación lógica. Como te he dicho antes, no creo en fantasmas.

—Yo tampoco, sheriff—gimió levemente—. Pero esto no trata de fantasmas, sino del Mal; esta es una historia de la fuerza más cruel y destructiva que puedas imaginar, la maldad humana.

La pesadilla de la noche anterior había sido la peor de todas las que había tenido. En ella, Blake paseaba con Gina por Maple Hill; el cielo estaba de un azul radiante, el sol resplandecía, y una temperatura tibia y agradable invitaba al optimismo. Los dos muchachos se cogieron de la mano, exultantes ante tan bello día, hasta que llegaron a un centro comercial que Blake no había visto nunca. Gina le pedía entrar, y él, gustoso por complacerla, la seguía por la gigantesca puerta giratoria de la entrada. Dentro, el panorama cambiaba radicalmente; el sol no se filtraba por las estrechas claraboyas del techo, semejantes a los ojos de buey de un carguero, y un frío glacial reinaba dentro del recinto. Malas hierbas brotaban de cientos de grietas en el suelo y las paredes, y el enyesado amarilleaba y mostraba desconchones que dejaban al desnudo la pared de ladrillos. Gina daba saltitos de entusiasmo, repitiendo una y otra vez lo bonito que estaba decorado todo, y que le apetecía pasar por la nueva boutique de complementos de señora. La “boutique” resultó ser un cuartucho en el subsuelo plagado de escombros y maleza; parecía el escenario abandonado de una guerra llevada a cabo mucho tiempo atrás. Una muchedumbre de clientes se agolpaba contra percheros clavados a la pared, de los que colgaban jirones de tela sucia y descolorida. Su amiga se acercó con un vestido hecho harapos y se lo puso por encima.

—¿Te gusta?—preguntó ella, sonriente—. ¿Verdad que me queda bien?

Blake se fijó, horrorizado, en un enorme gusano que surgía de uno de los pliegues del tejido, y se encaramaba con presteza sobre la mano izquierda de Gina. Quiso advertirle, gritarle que lanzase aquel trapo lo más lejos posible, pero en ese momento, un torrente de personas acudió a preguntarle de igual modo que había hecho su amiga. De toda aquella ropa andrajosa surgían decenas de gusanos, pero nadie reparaba en ellos. Alguien le posó la mano sobre el hombro, y cuando se dio la vuelta se encontró cara a cara con Michael Halley; solo que aquel engendro no era el señor Halley. Llevaba la ropa de Halley y el mismo corte de pelo a lo Mick Jagger, pero su rostro gris y cerúleo estaba surcado por centenares de capilares negros, y sus ojos eran dos esferas de un blanco perfecto y repulsivo. Esbozó una sonrisa necia, y levantó a la altura del rostro una cazadora “Perfecto” plagada de rasgaduras.

De entre los desgarrones manaban miles de gusanos tan blancos como los ojos de Michael, que se deslizaban por sus manos y muñecas hasta caer al suelo con un sonido acuoso y nauseabundo.

—¿Es perfecta, verdad?—repuso aquella aberración con el rostro de Michael Halley.

Blake gritó, pero como suele suceder en las pesadillas, el alarido no surgió de su garganta. Una muchedumbre le rodeó, y todos ellos le preguntaban a gritos su opinión por la ropa —hinchida de gusanos carnosos que se arqueaban y contorsionaban hasta caer al suelo—, con aquellas expresiones extasiadas y necias. Gina se encontraba entre ellos, y su rostro era la misma efigie pálida y enfermiza, acanalada de capilares negros y ojos vacuos y lechosos. Gritó y, aunque no emitiera sonido alguno, se destrozó los pulmones y la garganta en el intento cuando el pelotón se comprimió a su alrededor, oprimiéndole hasta que le fue imposible respirar.

Curiosamente, no despertó empapado en sudor como las demás veces que había tenido pesadillas, sino que estaba helado y tiritando. Sintió que algo le rozaba la nuca, e imaginó uno de esos gusanos rollizos y traviosos retorciéndose por allí detrás. Esta vez, sí salió el aullido de su garganta.

A lo largo de esa mañana del jueves 15 de octubre, los casos de violencia doméstica y vecinal se incrementaron hasta el punto de que las patrullas llegadas de la capital para investigar el asesinato de Dolores Hernández tuvieron que atender algunos de esos casos. La mayoría se trataban únicamente de riñas o disputas sin importancia, pero dos de ellas acabaron con al menos una persona con partes de lesiones o en el hospital. No hubo ninguna víctima mortal más, pero los ánimos en todo el pueblo parecían encontrarse al borde de una línea muy fina; la saturación de turistas no mejoraba la situación.

Thomas Vaughn contempló durante un segundo la radio policial desconectada y, desvió la mirada de inmediato. Todo aquel asunto podía costarle muy caro estando tan cerca la fecha de su jubilación, pero si no conseguía aclarar esa cuestión cuanto antes, no creía que pudiera pasar ni un minuto del resto de su vida en paz.

—Lo siento chico, pero no consigo entender ni una palabra de lo que me has contado—repitió el sheriff. Michael no había vuelto a hablar desde que abandonaron la cafetería—. Como policía, tiendo a engranar los hechos para que tengan un sentido lógico, pero todo eso que dices que te ocurrió hace doce años no me vale para nada de lo que está pasando ahora.

Michael se removió incómodo en el asiento del Ford, y apoyó la cabeza en la ventanilla del pasajero.

—Chaval, en algún momento vas a tener que contarme algo que me sirva—redujo la velocidad, y tomó el desvío que bordeaba el río.

—Sheriff...

—Llámame Tom.

—Está bien, Tom—aceptó—. Lo único que puedo contarte, por ahora, es que ese hombre, Harold Corben es muy peligroso.

—Eso sigue sin valerme para nada; como se suele decir, tu palabra ahora mismo es papel mojado—le dedicó una breve mirada, y volvió a centrar la

vista en la carretera—. Sin ánimo de ofender.

Michael agitó la mano, restando importancia al comentario.

—Te lo explicaré todo a su debido tiempo, pero antes debemos interrumpir el..., proceso.

—¿Y cómo sugieres que hagamos eso?

—Fácil. Tienes que detener a Corben e incautar toda la mercancía que haya en esa casa.

Vaughn soltó una carcajada hueca y golpeó con desenfado el volante.

—La siguiente parte es un poco más complicada—declaró—. Pero una vez que los *objetos* se encuentren fuera de circulación, será cuestión de estar atentos.

—Ah, que esa era la parte fácil ¿no?—contestó Vaughn con una sonrisa—. O sea que, detener a un ciudadano que no tiene antecedentes sin un motivo específico y sin una orden judicial, y luego llevarnos todas sus cosas y guardarlas bajo llave en un almacén federal es la parte sencilla.

—Sí.

—Pues entonces estamos jodidos.

Dirigió el Ford oficial a través del sendero cubierto de maleza, y el polvo del camino les cegó momentáneamente.

—¿Y cuál es la parte difícil?—adujo el policía—. Si puede saberse.

—Vayamos por fases—zanjó.

Vaughn chasqueó la lengua y, aparcó el vehículo propiedad del estado de Vermont en la rampa de acceso de una finca que parecía abandonada desde hacía mucho tiempo.

—Hemos llegado a su destino, caballero—bromeó el agente—. ¿Desea pagar ahora o dejo el contador en marcha?

—Me parece que esto no va a llevarnos mucho tiempo—confirmó Michael mientras bajaba.

—Como desees, chaval—respondió el policía al coche vacío.

La pequeña propiedad tenía el aspecto de un caserío del siglo XIX, con la salvedad de que ésta poseía una descomunal antena parabólica que abarcaba la mitad del tejado, parcialmente cubierto por la hiedra. Dos construcciones anexas —del mismo estilo arquitectónico, pero algo más pequeñas—, circundaban una estructura en forma de U, rematada por un estanque que tenía pinta de no haberse utilizado en varios lustros.

—¿Me quieres explicar qué carajo hacemos aquí?—interrogó Vaughn cuando llegó al lado de Michael, que se había detenido en el patio delantero—. En este lugar no vive nadie desde hace mucho tiempo, además de...

La puerta principal de la vivienda se abrió lentamente, y un individuo alto y escuálido como un junco de río emergió de las sombras. Entre las manos portaba un rifle de caza —aunque con el cañón apuntando al suelo—, y mordisqueaba con los dientes algo que escupió al piso de madera. Michael dio un paso, pero el hombre lo detuvo con un gesto de la mano.

—Quedamos en que no regresarías nunca—apuntó, con una voz tan profunda que parecía imposible que surgiese de ese cuerpo tan consumido.

—Necesito hablar contigo de...

—Juraste que jamás volverías a poner un pie en Maple Hill—levantó el rifle, solo un poco, pero eso bastó para que Vaughn se llevase la mano a la cartuchera donde reposaba su arma—. Lo prometiste.

El hombre se adelantó, y Vaughn hubiera atestiguado delante de cualquier jurado, que aquel tipo levitaba más que caminaba. Con dos elásticas zancadas salvó los dos escalones del porche, y se plantó en la explanada invadida de desperdicios. Desde esa distancia, Vaughn se fijó en los ojos de aquel tipo, de un verde tan intenso que le crearon la sensación de poder atravesarlo como un laser de alta precisión. No se le distinguían los labios a causa de una espesa barba que le llegaba hasta la mitad del pecho, pero parecía estar sonriendo.

—Debería dejarte seco aquí mismo—desafió, aunque no movió el rifle.

—Podrías hacerlo, pero eso no acabaría con este tema.

—Acabaría contigo.

—¿Crees que es lo que él querría que hicieras?

Ahora si hubo movimiento de rifle. Vaughn tocó la cache de madera de su revólver, pero Michael le hizo un gesto para tranquilizarlo.

—Él está muerto—escupió el hombre.

—Igual que mi hermano pequeño, al que no llegué a conocer por culpa de toda esta historia de mierda—se le quebró la voz, y necesitó tragar saliva para poder seguir hablando—. Pero ahora estoy aquí, porque *ellos* están aquí, y no se van a detener como la última vez.

El tipo delgado lo meditó un segundo y, con dos movimientos rápidos, se plantó delante de ellos. Vaughn se dio cuenta que era más joven de lo que parecía desde la distancia. El hombre escudriñó largo rato a Michael, y después le dedicó una ojeada curiosa al sheriff. Cuando al fin relajó la expresión, Michael habló.

—Sheriff Vaughn, le presento a Robert Sasketchian—el hombre soltó una carcajada ronca al ver la confusión en Thomas—. El hermano de Jim.

A pesar del enorme desorden que reinaba en el exterior de la finca, Vaughn se mostró complacido con el pulcro ambiente que se respiraba dentro de la vivienda. Robert Sasketchian les acompañó hasta un bonito salón colorido y con las formas geométricas del estilo *Art Decó* —que había vuelto a ponerse de moda—, mientras preparaba café para Michael y Vaughn, y té Rooibos rojo para él. El fusil —que Thomas averiguó que se trataba de un Mannlicher del calibre 458, toda una *delicatesen* para los amantes de la caza —, descansaba sobre una repisa de la entrada, libre de sospecha, y el policía decidió guardar su arma bajo la camisa como deferencia al propietario de la vivienda. Cuando volvió Robert con la bandeja, colocó un plato y una taza delante de Michael y Thomas, y dejó el resto —cafetera, azucarillos y leche —, sobre la mesa; nadie dijo ni una palabra hasta que el hombre se sirvió agua caliente de una tetera y, se acomodó en el sofá frente a ellos con las piernas cruzadas.

—¿Y bien?— inquirió.

—Está ocurriendo otra vez—confirmó Michael.

—Eso es imposible—respondió con tranquilidad.

—Robert, ya sé que piensas que todo lo que sucedió fue culpa mía por...

—Es que lo fue.

No lo dijo como un reproche o con cierto rencor, sencillamente constataba un hecho que era indiscutible y categórico.

—Esas “piezas” constituían la vida entera de mi hermano. Jim fue el único de la familia que pasó desde el primer minuto de su nacimiento en Maple Hill y, quizá por eso se le concedió esa *carga*.

—¿Carga?—Thomas removió el café y añadió otro azucarillo—. ¿Qué carga?

Robert lo miró largo rato con esos ojos afilados y brillantes, y después se detuvo en Michael.

—No lo sabe, ¿verdad?

—No.

—Señor Vaughn, ¿usted nació aquí? —dibujó una sonrisa franca e ingenua—. Quiero decir *allí*, en Maple Hill; este sitio en el que nos encontramos es el punto más próximo al término de la comarca, sin llegar a pertenecer a ella.

—No, yo nací en New Jersey; vine aquí cuando salí de la academia, con veinte años.

—Quizá por ese motivo sea usted..., “inmune”, no lo sé, el experto en estos temas era Jim, pero de lo que sí estoy seguro es de que en esa tierra de ahí—extendió la mano, señalando en una dirección—, desde la base de las colinas Underhill hasta el límite de la presa Pensacola, la tierra está corrompida.

—¿Corrompida?—Vaughn ya estaba harto de no enterarse de nada—. No sé qué quiere decir con eso de *corrompida*, pero ya me estoy cansando de gilipollices...

—Sheriff, ¿Por qué está usted aquí?—interrogó Robert—. Porque parece ser un hombre cabal, consumado defensor de lo plausible y lo probable.

—Yo, vi a su hermano...

Robert había pillado totalmente por sorpresa a Thomas, que no encontraba la forma de revelar lo que había visto sin quedar como un absoluto imbécil.

—No se esfuerce sheriff, este lugar es así, y no es fácil explicar lo que ocurre aquí sin arriesgarse a ser desacreditado por chiflado, o algo peor. Jim nació con la peculiaridad que otorga ser “especial” en un lugar maligno, y se desarrolló aun más con el paso de los años. Mi hermano podía ver la maldad en la gente de esta tierra, en los objetos y en las *entidades* originadas por ella, y por eso se dedicó a buscar y preservar esas cosas y ponerlas a buen recaudo.

—Y si tan malignas son esas cosas, ¿Por qué no las destruyó?

Robert soltó una carcajada que rebotó en las paredes estucadas y salió aleteando por las ventanas.

—Thomas, los objetos se pueden destrozar, quemar y golpear hasta reducirlos a astillas, pero el Mal siempre perdura.

—¿Pero de qué coño estáis hablando?—se puso en pie; no aguantaba más aquel despropósito—. ¡Yo lo único que vi hace doce años fue a un tipo con un cuchillo a punto de matar a un adolescente!

Vaughn había llegado hasta el límite de su capacidad para aguantar chorradas. Mientras él estaba allí tomando café y pastitas con un *fumeta* y un alcohólico, en su pueblo estaban sucediendo cosas, cosas reales y peligrosas; y él lo había dejado todo a merced de esos chupatintas de ciudad por andar jugando a Poltergeist o El Resplandor.

—¡Eso fue lo único que vi, a un chiflado a punto de rajarle la tripa a un chico porque otro perturbado le había pintado algo aquí!

Agarró la camiseta de Michael y se la levantó furioso, dejando a la vista una serie de marcas y cicatrices que le llegaban desde el esternón al ombligo. Vaughn se quedó petrificado al verlo.

ἦ

III

ἦ

†

ξ

ϣ

ㄣ

Д

Robert descruzó las piernas y se acercó con paso elástico hasta Michael. Acercó el dedo índice con intención de tocar los trazos irregulares, pero se contuvo en el último instante.

—Oh, ya veo porque *sabes* que la situación se repite—concedió Robert.

—Michael, ¿Qué demonios...?—el policía se retiró, incapaz de seguir sujetando la camiseta ante semejante atrocidad—. ¿Pero qué es eso?

—*Eso*, mi estimado sheriff Vaughn, es el Verbum Malum—reveló Robert Sasketchian.

Era difícil mantener aquellas conversaciones con Gina, simplemente por el hecho de que ella quería saber más, y Blake no deseaba hablar del asunto en absoluto.

—¿Y salía yo?—se sorprendió la muchacha, a la que le brillaban aquellos ojos de ratón astuto—. ¿Y Linda?

—Ella no estaba—masculló.

—No creo que eso le haga mucha gracia.

Blake observó la expresión divertida de su amiga y, eso acabó por crisparle los nervios. Linda era su novia, pero a decir verdad, ya llevaban un tiempo en que esa relación “hacía aguas” por todos lados. Linda y él se lo pasaban bien cuando ambos pertenecían a Maple Hill, pero desde que ella había empezado sus estudios en Trenton, la cosa se había vuelto más..., distante. Linda no siempre veía con buenos ojos los planes de Blake de tomar unas cervezas en el local de Jack Dalton, por no hablar de pasar la tarde del sábado en los recreativos, o de ver una película en el Royal. Para Linda, últimamente todo gravitaba alrededor de Trenton; las fiestas de sus nuevos compañeros, las quedadas para ver tal o cual museo o, las charlas insustanciales en cafeterías de las llamadas “intelectuales”; ¡por Dios, quién querría pasarse una tarde soleada de otoño hablando de Robert Frost y su sencillez filosófica!

—Supongo que el incidente de Proust sí que dejó huella, al fin y al cabo—atacó Gina de nuevo.

Blake recordó el dichoso “incidente”, como lo llamaba Gina, y sintió renacer el fuego de la furia y extenderse por su estómago. Dos semanas atrás, Linda lo había llevado a una de aquellas insufribles charlas-coloquio en el Dijón, uno de esos cafés nuevos de Trenton en el que tomabas té y café en sillones gigantescos, rodeado de estanterías repletas de libros. Blake aguantó nada más y nada menos que una hora de comentarios insípidos y chistes aburridos sobre la novela “En busca del tiempo perdido”, de Marcel Proust, ¡pero eh, es lo que tiene el amor! Todo iba medianamente bien hasta que Martin McCall, un guaperas rubio que parecía haber sido esculpido en

mármol y no expulsado por una vagina, le preguntó su opinión sobre Sodoma y Gomorra.

—¿Eran esas dos ciudades de la Biblia, no?—horrorizado vio como Linda se llevaba la mano a la frente, abochornada, y decidió remediarlo—. Aunque creo que también hay una serie, algo así como una historia sobre la Camorra; ya sabéis, la mafia italiana.

Todos los presentes se esforzaron por reprimir sus reacciones, pero Martin soltó una carcajada que retumbó en las estanterías que les rodeaban.

—Supongo que no has leído la obra de Proust, mi buen amigo Blake—prorrumpió en una risita femenina que hizo que el joven deseara arrancarle aquella cabeza embadurnada de fijador—. Así que supongo que no debemos hablar de “Las uvas de la ira”, no vaya a ser que creas que es una película de Tarantino.

Lo que más dolió a Blake de aquel comentario fue la imitación de carcajada que soltó Linda, que miraba a Martin como si un Dios mitológico hubiera bajado a la Tierra y se dispusiera a servirle una taza de té. Blake pidió disculpas y se marchó, aduciendo un repentino dolor de cabeza; esa fue la última vez que había hablado con Linda.

—Debería haberle arrancado la cabeza a ese gilipollas relamido—siseó con rabia.

—Huyyy, mírate, *relamido*—bromeó Gina—. Al final sí que han servido para algo esas charlas de aristócratas.

Blake se puso en pie, decidido a marcharse, pero Gina lo sujetó por la muñeca.

—Venga, hombre—suplicó, pestañeando como una niña buena—. Si los amigos no sirven para recordar errores y reírse de ellos, ¿para qué están?

—¿Para apoyarles?

—Bah, de eso ya se encargan los padres—atacó el trozo de gofre que aún le quedaba en el plato—. Perdona, quería relajar el ambiente, pero veo que no tengo mucho tacto para eso. Cuéntame, ¿Qué más ocurría en esa pesadilla tuya?

Blake dudó.

—Me pedías que entrásemos en el centro comercial.

—Uhhh, ¿Cómo una parejita?

—O paras o me marchó—amenazó—. Va en serio.

—Vale, vale, lo siento. ¿Y después?

—Todo estaba destrozado, como si estuviera abandonado desde hacía mucho tiempo, pero tú no lo veías de igual manera.

Cuando Blake acabó de narrar la espantosa pesadilla, Gina suspiró; ya no le quedaban ganas de hacer bromas.

—Vaya.

—Sí, y cada día van a peor—se pasó la mano por los ojos—. Ya casi no duermo.

Fue en ese momento cuando entró aquel individuo, se desabrochó el abrigo y, empuñando las dos armas automáticas con los antebrazos extendidos, desató un infierno.

Sasketchian hizo dos intentos más de tocar las incisiones —cicatrizadas mucho tiempo atrás—, pero en ambas acabó retirando la mano.

—¿Y dices que esto te lo hizo mi hermano?

—Sí.

—Muy listo, Jim—murmuró para sí mismo—, pero que muy listo.

—¿Qué?—Vaughn se movía como un tigre en una jaula muy pequeña—. ¿Cómo cojones puede ser listo un tipo que mutila de esas forma a un adolescente?

Robert no hizo caso del sheriff y se acercó nuevamente a Michael, que permanecía sentado en el sofá sin decir ni una palabra.

—¿Estás seguro de que es él?—susurró—. ¿Completamente seguro?

—Sí, lo he..., visto.

Vaughn bufó detrás de ellos, pero no dijo nada.

—Mike, ¿sabes que eso es imposible, verdad?—le puso las manos en las rodillas y acercó el rostro un poco más al del joven—. Sabes que no puede ser él, ¿lo sabes, no?

—Sí, lo sé—titubeó—. Pero es él, lo he visto en sus ojos..., *dentro* de sus ojos.

Robert dio una palmada tan fuerte que sobresaltó al sheriff. Se dirigió con vivacidad hasta una alacena que estaba situada encima de una chimenea de piedra, y extrajo un estuche de madera del tamaño de un adoquín.

—¡Pues vamos, que los demonios no se cazan solos!

Michael se puso en pie de un salto y lo siguió. Thomas dudó un poco, pero al fin fue tras ellos.

—Espera un momento, ¿has dicho demonios?—preguntó el sheriff ajustándose el cinturón de seguridad. Robert iba detrás, como si fuese un delincuente.

—Es una forma de hablar—agitó la mano para restarle importancia—. En realidad quería decir *un* demonio.

Ninguno de los tres pronunció una sola palabra en los veinte minutos que duró el trayecto desde la finca de Robert Sasketchian hasta que rebasaron el cartel de entrada a Maple Hill.

—Es la primera vez que pongo un pie en este pueblo en más de veinte años—reveló Robert. En su tono no se adivinaba miedo, sino más bien nostalgia.

—Técnicamente, todavía no has puesto un pie en Maple Hill—rectificó Vaughn, que se alegró de que alguien abriera la boca por fin.

—*Touché.*

El Ford Taurus traqueteó levemente al cruzar el puente de madera que conectaba el paraje de la presa con el pueblo, y ronroneó como un gatito cuando Vaughn exprimió el motor en V de seis cilindros.

—¿Dónde se supone que vamos?

—A matar al dragón—indicó Michael.

—¡Quieto, Sir Lancelot!—Robert había recuperado la vivacidad que parecía haber perdido en los últimos minutos—. No somos más que dos viejos y un tipo con un tatuaje carcelario.

—Pero, ¿y todo eso del Verbum Malum?—replicó Michael.

—¿De qué te ha servido hasta ahora? No te confundas, chaval, esa marca que te hizo mi hermano solo sirve para dos cosas; para joderte la vida y para salvártela, espera, eso viene a ser lo mismo; rectifico, solo sirve para una cosa.

—Pero..., *puedo* verlo.

—Los soldados del Álamo también veían a los mexicanos y no por ello ganaron la batalla.

—¿Y qué sugieres que hagamos?—intervino Vaughn.

—Lo más considerado en estos casos suele ser pasarnos a presentar nuestros respetos.

—¿Pero qué...?

—Mi madre me enseñó a ser una persona educada, así que vamos a comportarnos como tal.

Para Jerome Zachary Wallace la mañana no había hecho más que comenzar. A pesar de no haber pegado ojo en... —ya había perdido la cuenta de los días que llevaba sin dormir—, se encontraba mejor que nunca. Sentía la energía inundándole los sentidos, embargándole por completo y sumergiéndolo en un estado de éxtasis que jamás había sentido; ni siquiera con aquellas pastillitas de colores que probó en el concierto de Black Sabbath en una ocasión.

Canturreó alegremente mientras anotaba en su cuaderno los objetos que aún conservaban en el sótano. Necesitaba hacer un inventario detallado para saber qué artículos se habían vendido en la presentación del pasado domingo. Su equipo había realizado un tremendo trabajo con la temática inaugural, pero una verdadera chapuza en la materia de ventas. La mayoría de piezas que el señor Corben había puesto a la venta aquella mañana estaban inventariadas, pero no así la lista de adquisiciones. Únicamente existía un libro de operaciones con una escueta anotación en los márgenes, que englobaba el precio final de la entrega, y una breve descripción del artículo y el comprador en cuestión. Aunque el señor Corben estaba ansioso por aumentar las ventas, lo que más le preocupaba era que cada objeto vendido llevase prendido una etiqueta con una breve descripción personal del comprador. Y eso es lo que iba a hacer Jerome, cumplir los deseos del hombre que lo había contratado.

Comprobó el número de cada uno de los volúmenes de una colección de Julio Verne, y puso una nota adhesiva que contenía la descripción, el precio de venta y el número correspondiente de inventariado. Estaba decidido a hacer aquello bien hecho. Anotó y colocó la etiqueta en un cartapacio que contenía mapas de navegación, un memorándum del siglo XVIII, una colección de cromos de fútbol, varios tebeos antiguos, y un sinfín de ejemplares de bolsillo de segunda mano. La verdad es que le sorprendió que se hubiesen vendido tantas cosas en un solo día de exposición, pero Harold Corben había insistido en realizar una nueva feria del libro para terminar de vender los efectos sobrantes. En ese momento se fijó en algo que aguardaba en una de las esquinas de la bodega, parte de la mercancía que Corben había

guardado y tapado con una sábana, y que tenía prendida una cuartilla con las palabras: NO VENDER. Se acercó sigilosamente, picado por la curiosidad, pero temeroso de una reprimenda por parte de su jefe. Decidió dejarlo estar, seguir con su tarea y salir de allí, pero había algo bajo aquella tela que parecía estar llamándolo.

“Debes estar de broma; acaba con la catalogación y sal por piernas, hijo”. El hecho de que la voz de su conciencia, la del ángel bueno que susurra al oído fuese la de su padre, tenía cierta dosis de ironía; el hombre que le había partido la cabeza a su madre y le había destrozado la vida, aconsejándole sobre cómo hacer lo correcto.

Seguía con el cuaderno entre las manos y mirando hacia la esquina cuando vio la tela moverse. Estaba seguro de que se había movido, como si una ráfaga de aire la hubiese agitado. Inquieto, pensó que quizá alguna alimaña se podía haber colado por los conductos de ventilación y haber anidado allí, al calor y la humedad del sótano. Se imaginó toda aquella mercancía valiosa mordisqueada y se mareó un poco. Debía hacer algo; era su obligación. Otro nuevo movimiento de la lona, como si algo allí abajo respirase, un ser que estaba cobijado y a la espera, sin duda esperando para lanzarse contra su cuello en cuanto se acerara. Un sudor frío le bañó la espalda, y sintió el martilleo de su corazón en la nuca, golpeando con una fuerza prodigiosa. Una nueva palpitación. Dilatación, contracción, dilatación, contracción; una pulsación que impulsaba la funda de tela como un sudario sobre un animal agonizante; o que comenzara a despertar de un largo sueño.

Con la garganta obstruida y sin apenas poder respirar a causa del miedo, Jerome se acercó a la sábana tanto como le permitieron sus piernas, que parecían estar fundiéndose con cada paso. Por fin hizo acopio de valor, y con un grito gutural, agarró uno de los extremos de la tela y la retiró con fuerza. El alarido se le murió en la garganta al darse cuenta de que allí no había nada más que objetos viejos. Ni monstruos, ni animales, ni seres malignos que amenazaban con destrozarle la garganta a dentelladas. Esbozó una sonrisa nerviosa, sintiéndose como un estúpido, cuando una luz centelleó en mitad de la negrura acuosa de aquella parte de la bodega. Se acercó intrigado, y el corazón se le detuvo durante un segundo. Allí estaba, impecable y como nuevo, el libro de “Resuelve el misterio” de M. Masters; Lince Collins y Amy Adams le sonreían desde la portada, invitándole a jugar.

—¿Pero qué demonios...?

Una súbita ráfaga de aire agitó las hojas del cuento, que terminó en el suelo, abierto por la mitad. Jerome se acercó, y el nuevo mapa ya no reflejaba el pueblo ficticio de Lakewood, sino el de Long Wharf, en New Haven. En mitad del plano se encontraba el Shell & Bones Oyster Grill, el lugar donde comió almejas fritas con su padre una vez y, más allá, el muelle donde estaba el memorial a los veteranos de Vietnam, y donde su padre le compró un delicioso helado mientras ambos contemplaban la gigantesca V rodeada de ramos de flores. La escena cobró vida dentro de las páginas, y Jerome pudo oler el olor a salitre de la bahía de New Haven. La condenada Amy Adams asomó su cara pecosa hasta el margen del libro, y le hizo un gesto para que la siguiese.

—Vamos, Jerome—susurró la muchacha desde dentro de ese mundo animado—. Un nuevo misterio nos espera; no querrás ser otra vez picha que...

—¡No lo digas!—rugió Jerome—. Nunca más volveré a serlo.

Y Jerome Wallace siguió a Amy Adams hasta un lugar donde las almejas fritas y los padres asesinos no congeniaban.

Robert sintió una punzada de añoranza por su hermano Jim cuando vio la casa despuntar en lo alto de la pequeña colina, al final de Hill Avenue; se le pasó enseguida. El sheriff Vaughn comprobó que llevaba su placa prendida en la solapa antes de salir del coche, y Sasketchian lo siguió caminando alegremente cuando el policía se adelantó por el sendero de entrada. Ambos se volvieron y comprobaron que Michael no había abandonado el vehículo policial.

—Dejémosle descansar—sugirió el sheriff.

Robert miró a Vaughn durante un par de segundos y, volvió sobre sus pasos.

—Vamos—ordenó, abriendo la puerta del Ford.

—No me encuentro muy bien.

El hombre esbozó una sonrisa glacial, que a Michael le recorrió la columna vertebral como unos dedos helados.

—Venga—lo agarró por el codo con firmeza y le obligó a salir—. Necesitas que te dé el aire.

Vaughn esperaba al final del camino, siguiendo con interés el avance de sus compañeros. Robert empujaba suavemente a Michael por la espalda como si se tratase de un niño pequeño que no quiere ir al colegio.

—No creo que sea buena idea—adujo Michael.

—Tampoco lo fue coger ese libro hace doce años y, aquí estamos.

Michael abrió la boca para protestar, pero la cerró de inmediato. Cuando el sheriff pulsó el timbre, Robert esbozó la sonrisa de oreja a oreja más falsa que Vaughn había visto en su vida; y había visto muchas. Como si hubiesen estado esperando detrás de la puerta, el cerrojo chasqueó y, una mujer que podría detener con su cuerpo a un camión de dieciséis ruedas bloqueó la entrada.

—¿Qué desean?—interpeló, brusca como un bocadillo de clavos.

—Buenos días, soy el sheriff Thomas Vaughn—se presentó, quitándose el gorro—. Me gustaría ver al señor Corben.

La mujer titubeó al ver la placa en su solapa, y su ruda expresión se transformó en desconcierto.

—El señor Wallace no está, que es quien...

—No quiero ver a Jerome, señora, sino a Harold Corben, si es tan amable.

—Señorita.

—¿Cómo?

—Que soy señorita, no señora.

—Estoy seguro de que su madre estará orgullosa por eso—intervino Robert adelantándose—. Pero ahora, si es tan amable de mover ese cuerpo *serrano* que Dios le ha dado, y buscar al señor Corben...

La mujer se llevó una regordeta mano a la boca, y emitió tres grititos cortos y rápidos.

—Dígale que somos..., la autoridad—puntualizó Robert.

La mujer cerró la puerta y escucharon sus pasos alejándose. Vaughn se giró y miró de hito en hito el rostro sonriente de Robert.

—Pues sí que tiene usted tacto.

—Es lo que siempre decía mi madre—exclamó—. ¡Robert, tu pillarás a una buena esposa, porque se te da muy bien hablar con ellas!

—Pues lo clavó, la buena mujer.

—Sí, era toda una visionaria.

Poco después, escucharon unos pasos apresurados y, el pasador de la puerta volvió a restallar. Ante ellos apareció un hombre de mediana edad, con el pelo ralo y unos profundos ojos azules, enmarcados por unas gafas de montura al aire; Michael dio un respingo cuando fijó su mirada en él.

—Hola, buenos días. Soy Harold Corben—se presentó en tono cordial—. Mi..., asistenta me ha dicho que desean hablar conmigo.

Aunque hablaba con Vaughn, tenía la mirada clavada en Michael, que

parecía encogerse a cada segundo. El sheriff vaciló, porque en realidad no tenía claro a qué habían ido allí.

—Verá, señor Corben...

—Por favor, llámeme Harold.

—Está bien, Harold—repuso Vaughn—. Yo soy el sheriff Thomas...

—Hemos venido a saludarle—se adelantó Robert, con la mano extendida. Corben se la estrechó con recelo y, aunque Robert se colocó en la línea visual de Corben, éste no perdía detalle de Michael—. Somos unos solícitos vecinos, muy concienciados con la integración vecinal, ya sabe, la unión es la seña de identidad de una buena comunidad.

Corben desvió la mirada por primera vez y, la concentró en Robert. A pesar de que Saketchian debía de rondar el metro noventa de estatura, y Corben no debía de pasar del metro sesenta y cinco, ambos parecían amenazadores. A Michael le vino a la cabeza la imagen de una enorme mantis contra un diminuto y peligroso escorpión de Corteza de Arizona.

—Le habríamos traído pastel de carne o empanada de pollo, pero aquí mi amigo el sheriff no es muy bueno con las sartenes y los cazos; es más de bollería industrial, usted ya me entiende—se hizo a un lado y agarró por los hombros a Michael, hasta que consiguió situarlo justo enfrente de Corben, a tan solo unos centímetros de distancia—. Pero mi colega Mickey, ¡ah que tartas de manzana prepara el muy bribón! Prometemos traerle un trozo la próxima vez.

Michael se estremeció ante los llameantes ojos de Corben, que fulguraban como un par de faros en mitad de la noche. Curiosamente, el hombre también pareció sentir una ráfaga de frío helado, y se sacudió sensiblemente, como un perro de aguas secándose al sol.

—Bueno, pues ya está, presentaciones hechas—resolvió Sasketchian, que volvió a desplazar a Michael a su espalda, y se adelantó de nuevo con la mano extendida. Corben no reaccionó de inmediato al saludo—. Nosotros nos marchamos, que tenemos que acudir a un evento de comer perritos calientes en una feria del condado, ya sabe, esas cosas que hacemos los habitantes de las zonas rurales.

Sin dar tiempo a la réplica, sujetó a Michael por el codo derecho y se

encaminó de vuelta hacia el Ford Taurus; tras una breve vacilación, Vaughn se despidió de un atónito Harold Corben, y siguió a la “extraña pareja”.

Una vez dejaron atrás Hill Avenue, Robert se volvió, agitado, y clavó sus centelleantes ojos verdes en los del joven.

—¿Qué, lo has visto?

Michael asintió.

—¿Pero, era él?

Michael volvió a asentir.

—¡Por Dios hijo, que soso eres!

—¿A qué demonios ha venido eso?—riñó Vaughn.

—Nada sheriff, una simple declaración de intenciones.

—Me dan ganas de meterte en una celda, a ver si así se te pasan las ganas de tonterías.

—En lugar de eso, ¿podrías llevarme a un sitio donde pueda comer algo? —se giró en el asiento del pasajero, y dedicó a Thomas una sonrisa de niño bueno más falsa que las anteriores—. Me muero de hambre, y tanto hablar de pasteles de carne y empanadas me ha abierto el apetito.

Blake estaba a punto de marcharse cuando vio llegar el coche patrulla del sheriff Vaughn. Habían cortado el tráfico en toda la calle con barreras de plástico de color amarillo y, la gente —Blake entre ellos—, se agolpaba en la acera de enfrente combatiendo a codazos para coger las primeras filas. El chico sintió que el corazón se le aceleraba cuando vio bajar del coche policial a Michael Halley junto a un hombre larguirucho como un esparrago y con una barba prominente. Thomas Vaughn se abrió paso como una centella entre los hombre uniformados, y desapareció por la puerta del Paradise. Un par de minutos después, volvió a salir, dijo algo tanto a Michael como al viejo con barba, y se dirigió hasta el lugar donde Rossie, la dueña del local, estaba siendo consolada por una oficial con el uniforme de la Patrulla de Carreteras.

—¿Qué ha pasado, Rossie?—se interesó Thomas, fundiéndose en un cálido abrazo con la mujer—. ¿Qué dicen esos imbéciles de que Doug McDougal ha entrado a tiros en tu local?

La mujer sollozó, y frotó la cara empapada de lágrimas contra el pecho de Thomas. Vaughn y ella habían sido novios en la prehistoria, cuando cursaban el último curso de instituto, y aunque eso fueron tonterías de chavales, siempre habían conservado aquella buena relación.

—¡Oh Dios, Thomas, ha sido horrible!

Un murmullo se extendió al otro lado de la calle, donde se congregaban ya más de cincuenta o sesenta personas. Vaughn siguió con la mirada el motivo de la fascinación, y vio al equipo médico forense sacando una camilla con ruedas y metiéndola en la unidad móvil de cuidados intensivos; una sábana cubría el cuerpo, así que la UCI poco tenía que hacer allí ya. La imagen dio rienda suelta a un nuevo acceso de llanto por parte de Rossie, que gemía entrecortadamente como si le faltase el aire.

—Rossie, Ross—la sujetó por la barbilla con delicadeza y, la amó de nuevo con todo su corazón—. Por favor, necesito que me cuentes lo que ha pasado aquí.

Ella gimió una vez más, se sorbió los mocos —en un gesto que partió el

corazón del policía— y, pareció serenarse un poco.

—Estaba..., estaba lleno—comenzó—. Tenía el local lleno y, entonces...

—Tranquila, tómate el tiempo que necesites.

—Ha sido Dougi, Thomas—reveló, hipando—. Doug ha entrado en la cafetería con dos armas, creo que eran de esas que llevan los militares, y entonces todo el mundo se ha puesto a gritar y a correr. Han tirado las mesas al suelo, y también la comida; todo estaba lleno de comida por todas partes.

Vaughn la estrechó un poco más fuerte, y sintió el temblor en los hombros delgados de la mujer.

—Se..., se empujaban entre ellos, ¡oh Dios, han pisoteado a ese chiquillo!

El murmullo de la gente aumentó cuando algún idiota del equipo llegado de la ciudad sacó las armas sin cubrir; ¡al menos podían meterlas en bolsas para pruebas que no fuesen transparentes!

—Todos han enloquecido, pero yo traté..., traté de calmarlos; te lo juro Tom, ¡TRATÉ DE CALMARLOS!

Vaughn se dio cuenta de que su amiga se encontraba en estado de shock y, en aquellas circunstancias, no podía pretender conseguir algo de información útil de ella. Llamó con la mano a la mujer del uniforme caqui que antes estaba ocupándose de su amiga, y ella se acercó solícita.

—Ross, cariño, ahora tengo que marcharme, pero te dejo en buenas manos. Ella le miró a los ojos, con una dosis de calma que asustó a Vaughn.

—No hizo nada, Tom—declaró—. Dougi no hizo nada malo.

—Rossie, entró a un local lleno de gente con dos armas semi automáticas.

—Dougi *siempre* llevaba armas—argumentó la mujer—. ¡Pero solo son juguetes! Eran como una especie de fetiche para él, pero se tratan de maquetas.

—Ese no es el tema.

—Tom, Dougi me estaba buscando a mi—los ojos se le empañaron de nuevo y, Thomas presintió otra crisis inminente—. Había venido al Paradise como tantas otras veces, porque necesitaba que yo le ayudase.

—¿Para qué necesitaba tu ayuda, Rossie?

—Doug era..., especial—confió—. Era un apasionado de las armas, pero también un hombre de buen corazón, y muy trabajador; además, sufría episodios de amnesia temporal. Se estaba tratando, pero a veces olvidaba cosas y entonces venía al Paradise, desorientado. Yo soy su única vecina en dos kilómetros a la redonda, así que si le asaltaba alguno de esos “episodios” difíciles, acudía a mí.

Thomas asintió.

—¿Y qué ocurrió después?

—En el local había gente del pueblo, esos ni se inmutaron, pues ya conocían a Dougi, pero la mayoría eran turistas—explicó—. Al ver las armas de juguete y el nerviosismo de Doug, se pusieron histéricos.

—Comprensible, ¿no crees?

La mujer asintió, abatida.

—Alguien llamó a la policía, y llegaron esos chicos nuevos.

—La Patrulla de la ciudad.

—Supongo. Estaban muy nerviosos, y cuando Doug..., bueno, cuando él se dio la vuelta...

—Le dispararon—acabó el policía.

—Sí.

—Rossie, ¿por qué estaba Doug tan nervioso?

—No lo sé, no era habitual verlo así. Por norma general, cuando sufría las crisis esperaba en casa hasta que se calmaba; si no podía aguantar, venía aquí y me esperaba en la cocina hasta que acabase el turno de comidas.

—¿Y qué cambió esta vez?

—Llevaba varios días sin verlo—admitió ella—. Me dijo que no estaba durmiendo muy bien, y que quería enseñarme algo que había comprado y que lo tenía muy ocupado.

—¿Sabes qué era ese “algo”?

—Sí. Dos réplicas de unas ametralladoras de la guerra de Secesión. Eran de uno de esos fascículos que se compran por entregas en las librerías, ya sabes. Estaba montándolas él mismo, como un puzle.

—Ajá, entiendo.

—Tom, eso era lo que buscaba cuando vino aquí—afirmó—. Estaba buscando sus armas. Gritaba que alguien se las había robado.

—Ross, ¿por casualidad no sabrás dónde compró esas réplicas?

—¡Claro! Estaba como un niño pequeño cuando volvió con ellas—manifestó—. Las encontró por casualidad el domingo, en esa feria del libro de Hill Avenue que montó el vecino nuevo.

—Corben.

—¡Eso es! Un buen tipo, estuvo aquí esta mañana, un poco antes de..., esto, y dejó propina.

—No me cabe duda—concedió, con la mente trabajando a toda máquina—. Ross, cariño, tengo que marcharme, de verdad,

Ella le dio un beso en los labios, fugaz, apenas un roce, pero fue lo más cálido que Thomas había sentido en más de veinte años, desde que su esposa murió arrollada por el cáncer.

Michael y Robert le esperaban sentados en la parte de tras del Taurus, como un par de buenos delincuentes esperando para ser llevados a comisaría. Cuando Thomas se puso al volante y esquivó con pericia las barreras policiales, ambos se inclinaron hacia adelante para preguntarle, pero él los acalló con un gesto de la mano.

—Vamos a comer al Dinner—comunicó—. Tenemos que hablar.

Ninguno de ellos replicó. Tampoco se dieron cuenta del joven que los seguía en su bicicleta, pedaleando con furia.

El ambiente en el Dinner no era ni mucho menos tranquilo, pero al menos se encontraban alejados del bullicio reinante del local, en una mesa situada en la esquina opuesta a la barra. Robert había devorado con ansia un plato con huevos, tortitas y un filete de ternera; ya había iniciado el ataque al monstruoso trozo de tarta de queso que le había pedido a la camarera.

—Eran de juguete—murmuró Vaughn, que no había tocado su plato—. Solo se trataba de unas réplicas de juguete.

—Ya ha empezado—corroboró Robert con la boca llena—. Y parece que va viento en popa.

—¿A qué te refieres?—gruñó Vaughn.

—Hace doce años, la “acción” se desarrolló de manera diferente por culpa de la agudeza de mi hermano Jim, pero ahora —señaló a Michael, que tenía realmente un aspecto espantoso—, dependemos de..., *esto*.

Vaughn le dedicó una ojeada al joven, y chasqueó la lengua.

—Pues estamos apañados.

—Puedes jurarlo, vaquero—indicó Robert señalándole con el dedo y metiéndose en la boca un trozo de tarta.

—¿Y qué sugieres?

—De momento, pedir otro trozo de esto—señaló el plato, en el que solo quedaban unas migajas—. ¡Está delicioso!

—¿Y después?

—El “juego” siempre es el mismo. El Mal lleva instalado en estas tierras desde hace milenios; es una tierra maldita, pero no es más que eso, tierra. No tiene poder por sí sola, así que requiere de alguien que ejerza como marioneta. Hace muchos años (según me contó Jim), un fraile ermitaño llegó al pueblo, le gustó el poder que emanaba el terreno y, se afincó aquí. El religioso llevaba consigo el “Verbum Malum”, que significa literalmente: La Escritura del Mal; todo ese poder que Maple Hill albergaba en sus entrañas

fue liberado por ese hombre, pero no puede perdurar si no se..., alimenta.

—Como un parásito.

—¡Exacto!—le apuntó con el tenedor—. Un huésped que extrae su fuerza de la maldad humana.

—Dios, Robert—arguyó Vaughn—. ¡Estás como una puta cabra!

—Puede ser, pero lo que es una verdadera locura es esta tarta—llamó a la camarera y pidió otra ración—. El caso, distinguido sheriff de este pueblo de mierda, es que el Verbum Malum funciona creando una ansiedad, vulnerando los valores de la gente hasta que la tensión de poseer algo deseado se transforma en codicia, y ésta deriva en crueldad.

—Y entonces la gente se mata.

—Es usted una lumbrera—llegó la tarta, y la atacó con brío—. Hace doce años mi hermano interrumpió el ciclo y, por ese motivo, está sucediendo ahora.

—¿Y cómo lo detenemos?

—Necesitamos una brújula.

—¿Una..., brújula?

—Sí, o mejor dicho, necesitamos que nuestra brújula duerma un poco.

Vaughn arrugó la frente, sin llegar a comprender qué estaba intentando decirle aquel hombre, hasta que señaló a Michael, que dormitaba de forma precaria sobre su plato.

—Mi hermano convirtió a este joven en una brújula—explicó—. Le grabó “La Palabra del Mal” en el pecho al causante del *despertar* de esa cosa, así que, nuestro amigo Mickey, aquí presente, es capaz de equilibrar la balanza.

—Así que...

—Así que le dejamos dormir, le usamos para encontrar los objetos que llevan grabado el Verbum Malum, luego buscamos al nuevo “Portador”, lo matamos, le arrancamos la cabeza y nos comemos el corazón de ese tal Corben; después volvemos aquí, felices como perdices a comer más tarta.

—¿Pero qué demonios...?

—Bueno, lo de arrancarle la cabeza y comernos el corazón de Corben era

una pequeña licencia poética que me he permitido, pero sí, básicamente nos llevamos por delante a todo aquel que se ponga por medio, y enterramos esa mierda de alfabeto maldito bajo tres metros de tierra y hormigón.

—Lo dicho, como una condenada cabra.

Blake estaba agotado de seguir al Taurus con su bicicleta pasada de moda, pero ahora que se encontraba allí fuera, viéndolos comer, sentía como su anterior determinación se esfumaba como un Diente de León impulsado por el viento. Había querido contarle a Halley lo de sus pesadillas, básicamente porque siempre aparecía él; por no mencionar que en varias de ellas acababa matándolo de una forma horrible. Pero ahora opinaba que todo aquello se trataba de una estupidez y que, era más que probable que se desternillaran de risa por ser un niño asustado y cobarde. Se dio la vuelta y agarró el manillar desgastado de su bici con la intención de marcharse de allí, pero entonces escuchó su nombre.

—¿Blake?—Michael estaba en la puerta del Dinner, haciéndole señas—. ¡Eh, Blake, ven aquí, chaval!

Comprimido entre el sheriff y el hombre de la barba, se sentía un condenado siendo escoltado hasta la prisión. Michael estaba sentado a su lado y, aunque Blake no lo había sugerido, le estaba pidiendo una ración de gofres a la camarera para él. El chico centró una vez más la mirada huidiza en los dos hombres que tenía enfrente y, el estómago se le aflojó de nuevo; el sheriff Vaughn no pestañeaba, con el ceño fruncido y una expresión de suspicacia en su rostro circunspecto. En contrapunto a Vaughn se encontraba el tipo de la barba, que estudiaba a Blake con una sensible mueca de diversión en aquellos ojos de pantera salvaje.

—Y bien, ¿Qué estabas haciendo aquí?—interrogó Vaughn, interpretando su papel de sheriff.

Blake tragó saliva como un pecador siendo examinado por San Pedro, hasta que se dio cuenta de una cosa; él no había cometido delito alguno.

—He venido a comer ¿y usted?—respondió, desafiante.

El sheriff compuso un mohín de sorpresa, y el tipo de la barba soltó una carcajada que retumbó en todos y cada uno de los rincones del restaurante mientras aplaudía con entusiasmo.

—¡Te ha pillado, sheriff!

—Mira, chaval...

Los gofres llegaron y, la reprimenda se aplazó; momentáneamente.

—¿Cómo vas?—se interesó Michael—. ¿Has vuelto a cruzarte con Harold Corben?

—No.

—¿Y tu novia?

—Ella no es... —se sonrojó, y se dio cuenta de que esa era la impresión que podían causar Gina y él—. No, ella tampoco.

—Bien—pareció sopesar lo que estaba a punto de decir y, al final lo soltó

—. No quiero que os acerquéis a él; ya os lo dije, pero quiero que quede claro.

Blake asintió, y entonces fue él quien sintió que debía hacer algunas preguntas. Aquellos tipos lo estaban tratando como un criminal solo por estar en el mismo restaurante que ellos.

—¿Qué hacías tú en el Paradise?

Los tres miraron a Blake perplejos.

—¿Cómo sabes que fuimos a la cafetería?

—Porque yo estaba allí. Quiero decir, cuando entró Doug McDougal; también estaba Gina, pero ella se tuvo que marchar porque empezaba su turno en la tienda.

—Blake, ¿Por qué nos has seguido?—Michael adoptó un tono tranquilizador para que supiera que no le estaba reprochando nada—. Te he visto antes, con tu bicicleta.

—Yo..., no, bueno, yo quería hablar contigo—dedicó una mirada desconfiada a los dos hombres sentados enfrente—. A solas.

—¿Ha ocurrido algo?

—No—otra ojeada furtiva a Vaughn y Robert—. Solo es...

El joven destinó una fugaz mirada a su plato sin tocar, y lo desplazó hasta el centro de la mesa. Apoyó las manos en el exiguo espacio entre su asiento y el alfeizar de la ventana, y se puso de pie, negando con la cabeza.

—Esto no ha sido buena idea.

Michael lo imitó, poniéndose en pie y quitándose la cazadora de cuero. Con un rápido gesto, Robert entendió lo que intentaba decirle.

—Querido Tom, ¿me ayudas en el baño? Necesito mear, y el médico me ha dicho que no cargue peso—comunicó, muy serio. Ante el desconcierto de Vaughn, volvió a sonreír—. ¡Venga sheriff, un poco de humor!; en serio, necesito tu ayuda en el mostrador, me temo que no llevo más que un par de dólares, y la cuenta no se va a pagar sola.

Vaughn se puso en pie —con su eterno entrecejo arrugado—, y se alejó con Robert en dirección a la caja que dominaba el final del mostrador del

restaurante.

—¿Qué pasa, Blake?—preguntó en tono íntimo.

El joven miró a un lado y otro, asegurándose de que no había nadie alrededor que pudiera escucharlo, y después clavó la mirada en Michael.

—Llevo un tiempo sufriendo, esto..., pesadillas—explicó—. Cada vez van a peor, pero antes no me preocupaban, total, todo el mundo tiene malos sueños. Lo que me asusta es que en las dos últimas noches vi...

—Puedes contármelo, te aseguro que no hay nadie en el mundo que te entienda como yo.

—No lo creo.

—Estás viendo tu muerte, ¿verdad?

Blake dio un respingo, asustado y sorprendido a partes iguales.

—¿Cómo...?

—Yo también pasé por eso—se frotó los ojos de forma inconsciente—. Mejor dicho, sigo pasando por ello.

—¡No jodas tío!

—Sí, jodo. Así que no te sientas un estúpido o un majadero por hablar de todo esto. Te aseguro que es muy importante.

—Antes solo soñaba con mi muerte; miles de formas horribles de *palmarla*, pero ahora..., no sé, han cambiado.

—¿De qué forma?

—Ahora veo la muerte de otros—agachó la cabeza—. Anoche vi como Doug McDougal moría, solo que no de la misma forma que ha muerto hoy.

—¡Estupendo!—aulló Robert alegremente a escasos centímetros de su oído. Blake lo vio dando palmadas y saltitos infantiles a su lado—. Yo, que nunca he tenido suerte, ¡voy y me encuentro al viejo “Portador” y al nuevo en la misma mesa!

Vaughn se acercó, guardando la nota de la comida en su cartera, y miró a Robert sin comprender su alegría; se encogió de hombros y volvió a sentarse.

Michael sintió un escalofrío cuando se acercó a la caja registradora, y necesitó que Thomas le sujetase por el codo. Robert no se dio cuenta — enfascado como estaba con la joven dependienta, que intentaba cobrarle el envase de la tarta que había decidido comprar para llevar—, del episodio, pero Blake sí. Michael comenzó a temblar, y boqueaba como un pez fuera del agua cuando el hombre volvió a preguntarle.

—¿Acaso tengo monos en la cara?—repitió enojado.

El Dinner disponía de dos cajas registradoras al final de la prolongada barra que cruzaba el local casi por completo. Un travesaño metálico dividía el pasillo en dos carriles, que discurrían paralelos al mostrador. Uno estaba destinado a los clientes que aguardaban para pagar las comidas consumidas en el local, y el otro pasillo —el que estaba pegado a la gente que comía o bebía en la barra—, servía para comprar los productos que el Dinner ofrecía para llevar. Michael se había detenido junto a un tipo que devoraba unos huevos rancheros y un filete como si se tratase de su última comida.

—¿Qué si tengo monos, cretino?—el hombre se puso en pie; un armario de dos por dos.

Vaughn se adelantó, y se interpuso en mitad de ambos.

—Eh, vigila la lengua, amigo.

—No me toque los huevos, abuelo.

Blake vio subir el color a la cara del sheriff, que de forma inconsciente se llevó la mano a la cintura, donde reposaban bajo la chaqueta su arma y las esposas. Michael dio un respingo cuando los capilares negros como la noche de aquel hombre se sacudieron y surcaron las mejillas cenicientas. Sin poder remediarlo, se acercó un poco más al rostro monstruoso del tipo, que no cesaba de fluctuar y cambiar. Cuando estaba a pocos centímetros, vio con claridad el interior del paladar, oscuro y oleoso; los dientes también eran negros, como si hubiese masticado una fruta podrida.

—¿Qué ves, que ves?—aplaudió Robert, que había dejado su discusión con la camarera y daba palmadas junto a Michael.

—¿Acaso estáis tarados o qué?—rugió el hombre, acercándose de forma amenazadora a Michael y Robert.

Michael, aturdido y asustado, vio como desaparecía la retina y, en su lugar, no quedaba nada más que un blanco nuclear que invadía por completo el globo ocular. El tipo hizo crujir los nudillos delante del rostro embobado del joven, y los labios se tornaron del agradable color rosado, al morado más absoluto. Michael gritó. No fue un alarido intenso sino más bien un lamento apagado. Robert aplaudió con más entusiasmo.

—Tíos, os voy a crujir a los dos—sentenció.

Vaughn se despojó del abrigo y mostró su placa. El ánimo del hombre cambió de inmediato.

—Eh, vaya, lo siento agente—se disculpó, desconcertado—. Solo soy un camionero en ruta; he parado a comer y me marchó, no quiero jaleos.

Vaughn había mediado en suficientes disputas como para saber que no les convenía armar un escándalo, tal y como estaban las cosas.

—No se preocupe.

El hombre dirigió su atención hacia Michael, que seguía absorto sin dejar de mirarle fijamente, y en Robert, que saltaba y aplaudía junto a él.

—¿Les pasa algo?

—Sí—admitió el sheriff—. Son dos pacientes del hospital psiquiátrico de Trenton. Blake es su enfermero, y los sacamos de paseo una vez a la semana.

El hombre —todo músculo—, dio un pequeño salto hacia atrás.

—Oh, no se preocupe, son inofensivos—explicó—. Eso sí, más tontos que una piedra de río.

Ya en el aparcamiento, Michael recuperó el control de sí mismo y, Vaughn lo empujó dentro del Taurus.

—Blake, chaval—llamó el agente—. Mete tu bicicleta en el maletero y siéntate detrás con Mike, ¿quieres?

—¿En algún momento me van a explicar de qué va todo esto?

—Ojalá no tuvieras que saberlo.

—Ese hombre había hecho algo malo—aseguró Michael.

—¿Asesinato?—inquirió animado Robert.

—No conozco los detalles, no soy un polígrafo—contestó de mal humor—. Solo sé que algunas personas, cuando han cometido algún acto terrible tienen... un rostro diferente.

—Verbum Malum significa literalmente: La Palabra del Mal—explicó Robert—. Eso representa que la persona que está tocada por ella tiene el alma corrompida y, en ocasiones, no necesariamente han cometido delito alguno; simplemente tienen la intención o la predisposición para hacerlo.

—Sabes más que yo—respondió Michael—. No sé para qué preguntas.

—Yo solo poseo teorías narradas por mi familia; tú conoces los hechos en primera persona.

—Lo dices como si fuera una bendición—repuso—. Eso tiene fácil arreglo; esterilizamos un cuchillo, y te hacemos uno de estos.

Se subió la camiseta y mostró los trazos gruesos y blanquecinos de las cicatrices.

—Así puedes *vivirlo* en primera persona.

—Me temo que no funcionaría. Jim te lo hizo por un motivo muy específico: para salvarte de Corben, o de quien fuese el anterior “emisario”, pero la fuerza de la Palabra es independiente e inherente a cada persona; tu llevas esas palabras que te definen a ti y a lo que eres capaz de hacer. Me temo que a mi esas letras solo me causarían una infección y, bueno, tal vez un aspecto de Ángel del Infierno desnutrido.

Vaughn tomó un desvío y, el Taurus traqueteó durante unos segundos hasta que volvieron al asfalto.

—Estoy hasta los huevos de ir dando tumbos como un maldito balón de playa—comunicó el sheriff—. Esto se acaba aquí; no dudo de todas esas... patrañas sobre demonios, palabras malditas y gente que se convierte en

zombis violadores y asesinos de viejas delante de todo el mundo, pero la verdad de todo esto es que en mi pueblo están ocurriendo cosas *reales*. Ningún fantasma se ha comido el corazón de nadie, ni se ha sacrificado a ninguna virgen embadurnada de sangre; un chiflado ha muerto por error en una cafetería y una disputa familiar que ha terminado de mala manera, nada que no pase en las grandes ciudades cada media hora.

—Siempre tienes que ser tan mal hablado—se quejó Robert—. Porque he contado los tacos que has soltado en...

—¡Cállate!—rugió Vaughn—. Me importa una mierda toda esa tontería de la Palabra Mala que...

—La Palabra del Mal—corrigió Robert.

Vaughn dejó de mirar la carretera en un claro gesto de imprudencia, y dedicó una mirada a Sasketchian que, sin duda podría haberlo dejado seco de haber tenido el sheriff láser en los ojos.

—El caso es que he tratado de ser considerado con toda esta historia—un nuevo giro de volante, y ante ellos apareció la ancha avenida Castle—. Os he seguido la corriente por deferencia a una cosa extraña que presencié hace unos años, y a la estima que le tenía a Jim, a ver en qué terminaba todo esto, pero tengo mejores cosas que hacer que andar por ahí metiéndome en peleas de bar con camioneros poseídos por Belcebú.

—Huy, que moderno, Belcebú—Robert se inclinó hacia adelante—. Por casualidad esas cosas tan importantes que tienes que hacer no estarán relacionadas con alguna pastelería y la bollería industrial; esos gofres de antes no me han dejado del todo satisfecho, y...

—Lo que sí puedo prometerte, Robert, es que antes de que termine el día quizá estés en mi confortable comisaría, en lo que nosotros llamamos La Sala de Espera—señaló a Michael—. Él la conoce; no es el Hilton, pero no te va a faltar un trozo de pan que llevarte a la boca.

—Suena apetecible.

—Tú sigue haciendo meritos.

El Taurus se detuvo en uno de los tres semáforos de los que gozaba Maple Hill, y reanudó su marcha en dirección al centro.

—Ahora voy a dejaros donde me digáis, podemos considerarlo mi último

servicio de taxi, y espero no volver a veros a ninguno en una situación que me sea difícil de explicar.

—Puntualiza—insistió Robert—. ¿Qué defines como “difícil de explicar”?

Michael le dio un codazo en las costillas, y Sasketchian cerró el grifo inagotable que era su boca. Vaughn dejó a ambos cerca del Walmart, donde Michael había aparcado su extravagante vehículo.

—¿Dónde te dejo a ti, chaval?—se interesó el sheriff.

—No se preocupe, me quedo también aquí.

Tras sacar su bicicleta del maletero y reunirse con Michael y Robert, Vaughn sacó la cabeza por la ventanilla.

—No os metáis en ningún lío.

Los tres le hicieron un gesto afirmativo, y se despidieron con la mano cuando el Taurus aceleró y se perdió por la avenida Castle.

Blake se había quedado paralizado, a la espera de que alguno de los dos hombres propusiese el siguiente movimiento a seguir. Ambos comenzaron a caminar sin decir ni una palabra, y el muchacho los siguió empujando la bicicleta. Cuando llegaron al atestado aparcamiento del supermercado, Michael buscó la llave de su coche en los bolsillos de sus tejanos, y abrió con un giro muchas veces realizado. Los dos hombres continuaban sin hablar, por lo que Blake decidió romper el hielo.

—¿Adónde vamos ahora?

Ambos lo miraron, y asintieron en silencio, como si poseyeran algún tipo de comunicación telepática que a Blake se le escapaba.

—Chaval, ahora mismo eres la persona de este pueblo que corre más peligro—informó Robert con semblante serio—. Así que, yo que tú me escondería bien.

—Muy sutil—reprendió Michael—. Lo que trata de decir Robert es que creemos que estás relacionado con todo este asunto de alguna manera, así que mientras nosotros tanteamos el terreno, lo mejor sería que te mantuvieses alejado.

—Sí, esa es mejor manera de darle la patada al chaval—corroboró Sasketchian mesándose la barba—. Definitivamente tienes el don de gentes más desarrollado que yo.

Michael lo fulminó con la mirada.

—Te prometo que en cuanto este asunto este zanjado, te buscaré para explicártelo todo mejor y tomarnos unas cervezas.

—Tengo otra propuesta—planteó el joven—. Me explicas de qué va todo esto aquí mismo, y quizá te haga caso y me marche a mi casa a esconderme bajo las sábanas; o puedes dejarme aquí tirado, en cuyo caso, me iré pedaleando hasta la comisaría y contaré como me has presionado para montarme en este reluciente y pervertido coche tuyo, y como he tenido que escapar corriendo.

—¡Toma ya!—vitoreó Robert—. Me cambio de bando, prefiero buscar a los malos con este chaval.

Media hora (y un pack de seis cervezas) después, Michael y Robert se despedían de Blake con la mano, que se alejaba pedaleando con el ímpetu de la adolescencia en dirección a la gran Avenida de los Tilos, el centro neurálgico de Maple Hill.

A la sombra de uno de los aparcamientos techados del Walmart, Michael despachaba la última de las cervezas que habían comprado, mientras que Robert vaciaba en dos largos tragos una botella de agua pequeña Montblanc.

—¿Crees que ha sido buena idea despacharlo?

—Mike, yo ya soy un viejo que no valgo para nada—aseguró Robert—, y tú, mírate, estás hecho polvo, en serio, yo no apostaría por ti si me jugase mi dinero. No sé hasta dónde llegará todo este asunto y lo peligroso que puede resultar, pero por lo poco que conozco de todo esto, ese chico puede ser el peso que desequilibre la balanza hacia uno u otro lado.

Michael asintió y estudió la espalda de Blake mientras desaparecía calle abajo.

—Supongo que tienes razón.

—¡Pues claro que la tengo, soy un pozo de sabiduría!—se removió sobre la tapicería de cuero rojo, y suspiró de placer—. Por cierto, ¿Qué coche es este?

—Un Pontiac Banshee del 64.

—Muy apropiado, sí señor.

Michael exprimió los seis cilindros de aquella joya de coleccionista, y abandonaron el aparcamiento.

La comisaría era un caos como jamás había visto. Vaughn casi deseó no haber aparecido en el momento en que un enjambre de agentes se le echó encima nada más verlo entrar. Jóvenes uniformados con la indumentaria estatal que ni siquiera conocía lo abordaron llamándolo por su nombre, enarbolando carpetas y fajos de papeles delante de él. Huyó a toda velocidad de toda aquella marabunta y se encerró en su oficina; empezaba a sentirse como un famoso escapando de los paparazzi y, no le gustaba en absoluto. Sobre su mesa —siempre despejada y ordenada con neurótica pulcritud—, reposaba una torre de carpetas de color marrón y beige en precario equilibrio, y sintió como el calor le ascendía a las mejillas. Alguien se había atrevido a entrar en su despacho, y eso significaba que la única llave de aquella puerta que no llevaba en su llavero, la habían utilizado sin su permiso; tomó nota de buscar al responsable cuando unos golpes apresurados lo devolvieron a la triste realidad.

—Pase.

Flint Buchanan, el oficial de mayor antigüedad y rango después del sheriff entró como una bala y cerró a su espalda.

—¡Joder!—resopló apoyando la espalda contra la hoja lacada—. ¡Juro que me voy a cargar a alguno de estos jodidos pollos!

Vaughn esbozó, quizá, la primera sonrisa auténtica y sincera del día. Flint solía conseguirlo a menudo.

—¿Qué pasa aquí?—terció—. Parece que están organizando la Tercera Guerra Mundial.

—Pues casi—Buchanan se acercó hasta la mesa de Vaughn, y se dejó caer pesadamente en la silla libre—. En serio Thomas, no sé qué cojones le está ocurriendo a este pueblo.

—¿Qué quieres decir?

Buchanan compuso un gesto de perplejidad, como si alguien que estaba al cargo de aquella oficina no tuviera derecho a hacer esa pregunta, pero se

acordó de que Thomas Vaughn llevaba al frente de la jefatura de Maple Hill más de tres décadas; le debía al menos el beneficio de la duda.

—Hemos registrado cuatro casos de asesinatos en las últimas dos horas—informó—. Por cierto, ¿dónde te habías metido?

El sheriff tardó unos segundos más de la cuenta en contestar, intentando procesar lo que le acababa de revelar su ayudante.

—Tenía..., tenía un asunto en el condado de Duton—meneó la cabeza de forma enérgica, como un perro de aguas al salir de una piscina—. ¿Qué casos, de qué me estás hablando, Flint?

—Sin contar a la señora Hernández—enumeró, levantando los dedos de la mano derecha—. Andrew y Vernon Tyler, Rush Lafayette, y esa vieja, la señora Walt.

—Brienne—apostilló Vaughn, abatido.

—Esa misma. La tía se cargó a Rush antes de *palmarla*—resopló—. ¡Menuda fiera!

—Todo esto no tiene sentido Flint, esa gente se conocía de toda la vida—se masajeó las sienes—. ¡Asistían a la misma iglesia, por Dios!

—No sé Thomas, quizá sea la inminente llegada del invierno, una remesa en mal estado del sirope, o a lo mejor el agua está contaminada—expresó, poniéndose de pie—. Lo único que tengo claro es que las cosas se están desmadrando; por no decir lo que está causando la llegada de tantas patrullas de policía diferentes a una localidad tan pequeña como Maple Hill. ¿Sabes lo de Dougi?

—Sí.

—Pues eso es obra de los capullos de la estatal. El bueno de Doug jamás habría hecho daño a nadie, y ahora está en la maldita mesa de ese imbécil de Fugus, abierto en canal como una trucha de río.

Vaughn escuchaba el murmullo creciente fuera de su despacho, intentando recordar cómo era aquel sitio solo un par de días antes, cuando solo dos o tres personas pululaban por allí medio sonámbulas. El resultado de manifestarse crímenes violentos siempre acarrearía una corriente de turbación, tanto en la comunidad como en los servicios destinados a investigarlos; en el caso de Maple Hill era un tanto más complicado. Vaughn estaba autorizado para

cerrar o abrir cualquier altercado o desavenencia en los límites de su pueblo, siempre y cuando no se cometiesen delitos de sangre. Al pertenecer Maple Hill al estado de Vermont, y ser parte del condado de Connecticut, esos delitos eran estrictamente derivados a la policía estatal y a la del condado, con las consabidas disputas que eso conllevaba; el típico “¿quién la tiene más larga?”. Thomas sintió que le faltaba el aire.

—Vamos Flint—ordenó, cogiendo su chaqueta del respaldo.

—¿Dónde vamos, jefe?

—A cualquier lugar, lejos de aquí.

Como si le hubiese estado esperando tras la puerta, un chaval que no debía de haber experimentado todavía su primera borrachera le plantó una hoja de papel amarillo en la cara. Vaughn estuvo a punto de noquearlo.

—Sheriff, tenemos aviso de un altercado en McIntire Street—escupió a toda velocidad—. En la factoría de conservas Ray Brey.

—¿Qué ha pasado?

—La fábrica debería estar cerrada a causa del inventariado anual, pero los vecinos de la urbanización adyacente han llamado diciendo que han escuchado gritos.

Vaughn le arrebató la nota de un tirón, y salió de la comisaría intentando bloquear las voces que gritaban su nombre una y otra vez; que se las arreglaran solos por una vez.

Nunca había luchado en ninguna guerra —como se congratulaban en señalar las personas de su edad con orgullo—, ni había trabajado en grandes ciudades conflictivas como Detroit o Baltimore, donde el crimen era el pan de cada día, y ver a miembros de bandas rivales abatidos a tiros en mitad de la calle se liquidaba con un informe y un par de copas en el bar donde iban a beber los polis. Vaughn —criado y educado en New Jersey, con excepción de su etapa en la academia de policía de Burlington, hasta su llegada a Maple Hill—, no estaba acostumbrado a escuchar el sonido de un tiroteo en mitad de la calle y, mucho menos, el de los gritos de agonía de un moribundo desangrándose sobre la acera mientras los paramédicos intentaban ayudarlo. A su lado, Flint parloteaba incesantemente, aunque Vaughn no escuchaba ni una sola palabra de lo que estaba diciendo su compañero. Su mente funcionaba a un nivel más intrínseco, centrándose únicamente en lo primordial de un plano intangible que comenzaba a tomar forma en su cabeza. Thomas Vaughn siempre había sido un hombre racional, con decisiones basadas en lo plausible y lo probable, por tanto, en su vida y en la percepción de las cosas que asumía, no había cabida para lo incongruente; al menos, hasta que doce años atrás había visto a un hombre intentando abrir en canal a un chico, y desaparecer segundos más tarde en miles de puntitos centelleantes delante de sus ojos.

Flint continuaba con su cháchara inagotable en el asiento de al lado, cuando la imponente silueta de la factoría Ray Brey —la más importante en la producción del sirope de arce de la región, y sustento de casi la totalidad de familias del pueblo—, despuntó a lo lejos.

—¿Qué crees que ha pasado ahí?—preguntó Flint.

—Ahora lo averiguaremos.

En el amplio aparcamiento solo había nueve coches, y a Thomas le dio un palpito horrible aquella manifestación de abandono. Aparcaron junto a un Porsche Panamera, propiedad de Ray Sullivan, el hijo del fundador de la empresa y, ahora nuevo director. Vaughn inspeccionó los otros vehículos de una pasada, y el palpito de mal augurio aumentó. Conocía a los dueños de

todos aquellos lujosos coches, y jamás habrían estado en la fábrica en un día libre; sus empleados sí, pero ellos no era probable.

Franquearon las verjas de entrada, que se encontraban abiertas y sin nadie a cargo de su vigilancia.

—Ten a mano la radio—aconsejó Vaughn a su compañero—. Aquí ocurre algo muy extraño.

Los dos agentes avanzaron a merced de un silencio tan sobrecogedor que ponía los pelos de punta. Las veces que Thomas había estado en aquella fábrica apenas se podía escuchar a nadie si no era a gritos.

—¿Vinnie?

Vinnie era el guardia de seguridad, y Vaughn sabía que si alguien estaba en el edificio, Vinnie aguardaría en su puesto en la garita de entrada; allí no había nadie.

El extenso almacén donde se guardaban las cajas de producto ya acabado estaba desierto, y en las cadenas de fabricación y preparación no había más que polvo.

—¿Dónde diablos se han metido?

Vaughn percibió el estado de nerviosismo de su ayudante, pero le indicó que guardase silencio. Avanzaron en dirección a la escalera que subía al primer piso, donde estaban ubicadas las oficinas, y entonces lo oyeron. El rugido del arma restalló en aquel lugar cerrado como si fuese un trueno enviado por el mismísimo Zeus. El sheriff echó a correr en dirección al sonido, pero el eco del disparo ya se estaba disipando, y la fábrica era demasiado grande.

—Flint, tu vete por la izquierda, por la parte de las oficinas de los empleados. Yo iré por la zona de los despachos ejecutivos; nos vemos aquí mismo al completar la vuelta.

Buchanan arrugó el rostro en señal de que aquello no le gustaba, pero era un buen agente y no puso ninguna objeción. Vaughn se alejó, y cuando Flint ya no podía verlo, sacó el arma de su funda; sabía que el disparo provenía de aquella zona, lo que no sabía era de cual de aquellos despachos en penumbra había sido. A medida que revisaba los cubículos y se internaba cada vez más en los pasillos angostos de contabilidad, la sensación de angustia que anidaba

en su estómago ascendió hasta la garganta, impidiéndole respirar con normalidad. Escuchó un grito, un insulto velado por las gruesas paredes de hormigón, y siguió su dirección corriendo para que no se esfumase el rastro. Antes de llegar a la sala de juntas supo que, hiciera lo que hiciera, ya había llegado tarde. El olor de la sangre nunca anuncia situaciones benignas.

—Por Dios, Chris—suplicó llorando—. ¡Podemos arreglarlo!

Vaughn asomó la cabeza con cuidado, y sintió una bocanada de vomito ascender por su garganta. Había sangre por todas partes, y el olor, ese olor horrible a matadero, inundaba la sala.

—¿Ahora quieres arreglarlo, ahora que no hay vuelta atrás?

Chris Sparkles, un vecino de Maple Hill con el que Thomas había coincidido unas cuantas veces en el bar de Dalton, empuñaba un revolver con una mano, mientras que en la otra sostenía un machete descomunal, como los que se utilizaban para extraer la corteza del arce; Vaughn supuso que en aquella fábrica debía de haber cientos de esos cuchillos.

—No, Ray, ya no hay marcha atrás—aseguró, con el arma levantada—. Me jodiste mi sueño, ¡mi vida!. Yo quería ser guionista ¿sabes?, pero este empleo de mierda, sufriendo a tipos como tú, pavoneándose todo el rato con sus trajes caros y sus coches de lujo me lo arrebató todo.

—Yo..., yo solo te di trabajo—se echó a llorar—. Escucha, escucha Chris, conozco a gente en el mundo del cine...

—¡Cállate!—se adelantó unos pasos, y se situó frente al director de la empresa—. ¡No haces más que mentir!

Vaughn aprovechó el momento y se metió detrás de los cajones de una mesa, desde la que tenía una perspectiva más amplia de toda la sala. Alrededor del centro de la habitación se encontraban varios cuerpos en posiciones antinaturales, la mayoría de ellos decapitados. Dentro del foco de cadáveres y sangre, Ray Sullivan estaba de rodillas y Chris Sparkles frente a él.

—Lucy dice que la culpa de que yo no sea un gran escritor es tuya y de Linda—reveló el asesino con el arma apuntando a la cabeza del que fuera su jefe—. Pero que cuando acabe con esto, ya no habrá nadie en mi camino que me impida triunfar.

—No sé quien es Lucy, pero escucha, puedo ayudarte.

Chris realizó un veloz movimiento, y asestó un tajo limpio en el brazo de Ray que le cercenó la mano. El alarido puso la piel de gallina a Vaughn, y le produjo una nueva arcada.

—Puedes elegir la forma en que vas a morir hoy—aseguró el homicida—. Dolorosamente y como un cobarde, o como lo hizo Linda, sin dolor y como una valiente.

El hombre del traje se retorció, aullando de dolor e intentando contener la hemorragia del muñón. Vaughn sabía que debía actuar o Ray moriría desangrado, pero una mala decisión podía acabar con todos los presentes de aquella sala en bolsas fúnebres. Avanzó en cuclillas por la extensión del escritorio circular, hasta situarse de espaldas al agresor.

—Muy bien, como un cobarde entonces.

Cuando el sheriff vio que Chris volvía a esgrimir el machete, supo que era el momento.

—¡Chris!—gritó, poniéndose en pie con el arma preparada—. ¡Suelta la pistola!

El asesino no dudó. Parecía estar esperando aquel momento, como si toda aquella masacre fuera parte de otro plan. Se colocó detrás del hombre al que había cortado una mano, lo sujetó como escudo, y le rajó el cuello mientras miraba a los ojos del sheriff. En cuanto el primer chorro de sangre le salpicó la mano, dejó caer el cadáver y huyó por el pasillo situado a su espalda. Vaughn se llevó la mano al transmisor prendido de su camisa.

—Flint, llama a la central—gritó mientras salía en persecución del asesino—. Varios muertos en la sala de juntas.

Desconectó el aparato, pues no quería que la voz de su ayudante delatara su posición, y se internó en la oscuridad de los corredores de la fábrica de sirope, a la caza de un tipo que una vez le invitó a una copa de bourbon.

Harold Corben acomodó la almohada de su esposa con ternura, y le dio un cariñoso beso en la frente. Las máquinas emitían su inagotable sinfonía de pitidos a la cabecera del lecho, pero Corben ni siquiera las escuchaba ya.

—Ya está, cariño—susurró—. Está en marcha.

Ella giró el cuello con una lentitud exasperante, y clavó sus ojos somnolientos en los de su marido. Sus labios estaban resquebrajados y resecos, y la sonrisa que surgió de ellos no fue más que una mueca.

—No hables, descansa—aconsejó Corben, dejando caer unas gotas de agua con una esponja sobre la boca de su esposa—. Recupérate.

Ella asintió, y se quedó dormida. Corben la arropó delicadamente y salió de la alcoba en la que su mujer agonizaba. Se apoyó contra la puerta, y su rostro se convirtió en una máscara de odio y rabia.

—Es hora de pasar al siguiente nivel.

Se alejó en dirección al sótano con enérgicos pasos.

Jerome estaba ardiendo; estaba seguro de que tenía fiebre, pero su cuerpo no daba muestras de debilidad alguna. Al contrario, se encontraba eufórico. Un frente de nubes bajas avanzaba por el sureste, cubriendo la cima del monte Underhill. El cielo, plumizo y gris, auguraba una tormenta de nieve cercana, y Jerome intuyó que sería potente dado el aspecto preñado e hinchado de la masa informe de nubarrones oscuros. El otoño en Vermont era así, cálido y soleado un día, ventoso y glacial al otro. Se subió las solapas del cuello de su abrigo, y avanzó con determinación contra el viento gélido que comenzaba a soplar con más fuerza; todavía no se trataba de una ventisca, pero no tardaría en llegar. La llamada de Corben no le había sorprendido, pero sí su petición.

Seguía pensando en el mapa de Long Wharf mientras salvaba la pequeña cerca de madera y se escabullía hasta la parte trasera de la vivienda. El silencio que rodeaba la propiedad le hizo pensar que no había nadie dentro y, aunque no había reparado en ello antes, se alegró de que fuese de aquella forma. Se daba cuenta de que últimamente no pensaba con mucha claridad, pero invadir una casa ajena de forma subrepticia siempre era mejor si no tenías que encontrarte dentro a los inquilinos.

Probó con la puerta trasera y, para su sorpresa, el pomo giró sin dificultad alguna. *“Merecen que les roben, ¿Qué clase de personas se dejan la puerta de su casa abierta cuando se marchan?”*. Una vez dentro, sintió el calor ascender hasta sus mejillas como si le hubiesen llenado el cuerpo de plomo fundido, y se despojó del gorro y la bufanda; se dejó puesto el abrigo, por si necesitaba huir de forma apresurada. No entendía muy bien el motivo de su “misión” allí, pero en los últimos días había tratado de no analizar las cosas, de limitarse a seguir lo que le dictaba el instinto y, para ser justos, se encontraba mejor que nunca desde que mantenía aquella filosofía.

Atravesó la cocina —en la que seguían dispuestos dos platos con los restos del desayuno, y dos tazas vacías—, y se deslizó sin hacer el menor ruido hasta el pasillo que comunicaba con el salón. Según las instrucciones, lo que buscaba se hallaba en el piso superior, así que se aventuró escaleras arriba sin

encontrar indicios de que la vivienda estuviese ocupada. Creyó escuchar el sonido amortiguado de una música moderna, pero se fue atenuando poco a poco hasta que dejó de oírla; *“seguramente se trate del estéreo de un coche que pasaba por la calle. Deja de pensar y acaba lo que has venido a hacer”*. El piso superior estaba compuesto de un pasillo con tres puertas laterales, y el termostato allí parecía estar al máximo, pues Jerome comenzó a sudar copiosamente. Gruesas gotas se le metieron en los ojos, y se las enjugó con el dorso de la mano. La primera puerta estaba entreabierta, y pudo ver que se trataba de la habitación de matrimonio. La alcoba se encontraba perfectamente ordenada, como si no se hubiera utilizado en varios días, y Jerome sintió un estremecimiento de excitación al ver el conjunto de ropa interior extendido sobre la colcha, preparado para ser utilizado. Siguió adelante y, como la siguiente puerta estaba cerrada, agarró el pomo con sutileza y lo giró lentamente. Se trataba de un cuarto pequeño, con la persiana bajada y la cortina echada. La luz del pasillo se abrió paso entre la penumbra dominante, y Jerome distinguió las pertenencias de un niño. La repisa sobre la cama estaba a rebosar de figuritas de acción de Los Vengadores, donde un Thor amenazante aullaba en silencio con el martillo alzado, y Hulk tensaba los descomunales pectorales en espera de la siguiente batalla. La colcha de la cama era de esa película de dibujos que Jerome reconocía por haberse inspirado en la Ruta 66; esa en la que el protagonista tenía nombre de trueno o relámpago. Sobre el pequeño escritorio de la esquina reposaban unos libros de texto abiertos y, junto a ellos, un cuaderno con las hojas repletas de caligrafía infantil y dos o tres lápices de varios tamaños. Jerome sabía de quien era aquella habitación, y supuso que ese pupitre debía de tratarse de algo así como un altar al hijo muerto. Cerró la puerta con suavidad, y avanzó a grandes zancadas hasta la última —y, supuestamente, la que buscaba— habitación. La música que había escuchado antes volvió a sonar, y esta vez incluso sintió la vibración de las notas graves en los listones de madera del suelo; subió de intensidad y, descendió de forma gradual a medida que se alejaba por la calle. Con el corazón golpeándole en las sienes al son de la melodía, se metió en el cuarto y cerró tras de sí. Cuando se giró, se encontró de frente con un hombre sentado en el borde de la cama. Ambos se miraron, perplejos, y el mundo pareció detenerse. Jerome percibió el aullido de la ventisca que arreciaba fuera, golpeando los cristales, los pósters de grupos musicales que habían pasado de moda una década atrás, y la respiración agitada del hombre que lo miraba desde la corta distancia que les separaba;

distinguió incluso —a pesar de la penumbra—, los surcos húmedos que habían dejado las lagrimas en sus mejillas.

—¿Quién..., quién demonios eres tú?—dejó un portarretratos de marco rojo sobre la colcha, y se puso en pie—. ¿Y qué haces en mi casa?

Dio un paso en dirección al extraño, y se detuvo cuando uno de los débiles rayos de luz que se filtraban por el resquicio de la ventana iluminó al intruso.

—¿Jerome?—preguntó extrañado Tom Halley—. ¿Eres tú?

Jerome y Tom habían coincidido en multitud de sitios cuando el asesor aun vivía en Maple Hill, sobre todo en la secundaria, donde Tom cursaba el último curso cuando Jerome empezó.

—¿Eres Jerome pich... Wallace?—Tom se dio cuenta de que había estado a punto de llamarlo por el apodo de su juventud—. ¿Qué haces aquí?

—Tom... —el calor se volvió insoportable, y sintió que ardía de dentro a fuera—. He llamado, pero no contestaba nadie, y la puerta estaba...

—¿Qué haces en la habitación de mi hijo?

El avance de Tom se había vuelto más resuelto, y un matiz hosco asomó a su voz. Jerome apoyó la espalda en la puerta, intentando poner distancia inútilmente.

—Necesito una cosa y... he llamado, pero...

—Sal de mi casa.

—Pero necesito...

—¡He dicho que salgas de mi casa!—rugió Tom.

Jerome se dio la vuelta de forma apresurada y golpeó algo con el codo, que cayó y fue a estrellarse con estrepito contra el suelo. Con el pomo ya sujeto, se fijó en los restos de cristales y el agua que se desparramaba sobre el linóleo.

—Esa bola de nieve me la regaló Mike en cuarto grado—articuló Tom, con los labios apretados—. Fue un regalo por el día del padre.

—Lo... lo siento, yo no quería...

Al aullido desgarrador que salió de la garganta de Tom no parecía humano. Se abalanzó sobre Jerome, y lo sujetó por el pelo mientras que trataba de

golpearle la cabeza contra la puerta.

—Entras en mi casa, te cueles en el cuarto de mi hijo... —gruñía, impulsando su peso contra el cuerpo de Jerome—, y rompes la bola de nieve; ¡la que me regaló el día del padre!

Jerome trató de liberarse de la presa de su atacante, pero a pesar de su capacidad física —era varios años más joven y pesaba casi quince kilos más que Tom—, le fue imposible. La furia con la que el padre desconsolado actuaba era feroz. Con un veloz movimiento, Tom apoyó su mano rugosa contra la nuca esbelta de Jerome, y le golpeó la frente contra la puerta en repetidas ocasiones. Con cada empujón, la superficie de madera se astillaba un poco, hasta que al final apareció una brecha salpicada de sangre y pelo oscuro en mitad de la hoja de madera. Tom se apartó, horrorizado; no podía apartar la mirada de la fisura sanguinolenta de la plancha azul claro de la puerta.

—Yo..., Jerome... —se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos—. Dios, lo siento, lo siento tanto.

Su cuerpo era presa de terribles convulsiones a causa del sollozo que lo dominaba. Se dejó caer en la cama —curiosamente, al lado del marco de madera rojo, justo donde Jerome lo había encontrado—, y rompió a llorar de forma desconsolada.

—No..., no pasa nada—balbuceó Jerome, mientras trataba de ponerse en pie torpemente—. Entiendo que...

Se detuvo al ver los trozos de cristal de la bola de nieve que sin querer había destrozado. Uno de ellos parecía una cimitarra en miniatura, curvado y rematado con una afilada punta vuelta hacia el techo. El agente inmobiliario resbaló —supuso que a causa del agua del suelo y sus inapropiados mocasines italianos—, y se apoyó en el borde de una mesa para recuperar el equilibrio. Tom continuaba con las manos sobre los ojos, llorando sin compasión alguna cuando Jerome le clavó el cristal en la garganta. El hombre apartó las manos de su rostro, y en sus ojos enrojecidos apareció una mueca de asombro mezclada con un miedo cerval, que le confirió el aspecto de un dibujo animado. Jerome giró el fragmento de vidrio, que se partió contra la tráquea cuando intentó agrandar la incisión. Durante unos segundos eternos, Tom trató de decir algo, pero solo surgieron de él borbotones de sangre carmesí que salpicaron la colcha, el suelo, y los puños y la camisa de Jerome.

Cuando el cuerpo de Tom Halley se desplomó sin vida contra el pecho del asesor, éste sacó el pedazo de cristal que todavía sujetaba entre los nudillos, y lo lanzó con rabia contra la pared; una muesca sangrienta quedó allí donde golpeó.

—¿Ahora quien es *picha quemada*, eh?—farfulló en dirección al cadáver.

Se apresuró a examinar el resto de la habitación en busca del objeto por el que estaba allí. Las manos le temblaban, y resbaló en varias ocasiones a causa de la sangre que lo empapaba todo; y también debido a su excitación. Cuando encontró lo que buscaba salió corriendo —no sin antes dedicarle un último vistazo al hombre al que acababa de matar—, y dejó marcas de sangre en las paredes del pasillo y el suelo; no le importó. Lo único que importaba en ese momento era lo bien que se sentía. El calor abrasador —que se había vuelto insoportable y amenazaba con asfixiarlo—, había desaparecido, y notaba la mente más despejada que nunca. No pudo reprimir una carcajada, que enlazó con otra y, con otra más. Seguía riendo como un loco cuando se encontró con Sarah Halley al pie de las escaleras. La mujer se quedó petrificada al ver a ese extraño empapado de sangre, riendo como un loco, con los ojos desorbitados y el libro de *La Historia Interminable* de su hijo Mike entre los brazos, como si acunase a un bebe recién nacido. Solo le dio tiempo a exhalar un gritito corto antes de que Jerome se abalanzase sobre ella.

Gina Burton vio llegar a Blake pedaleando justo en el momento en que Jay perdió la cabeza, y se abalanzó contra la señora Streatman. El gritito de sorpresa de ésta, además del sombrerito ridículo que coronaba una cabeza de pelo ralo y canoso, fue lo último que la chica vio antes de que ambos — dependiente y clienta—, desaparecieran por el borde del mostrador de cristal de la caja registradora.

Aquella mañana era la primera que Jay aparecía por la tienda desde hacía una semana. La muchacha sabía de la afición de Jay a “pegarse la fiesta” una vez al año, así que esperó que su jefe apareciese hecho polvo tras la resaca del Día de los Veteranos. Durante toda esa semana, el dueño de la tienda Jay Store había telefoneado sin falta a Gina para comunicarle que se encontraba mal y no iría a trabajar. Gina le propuso llevarle comida o analgésicos, pero Jay le dijo de malos modos que: *“se dedícase a trabajar y no a preocuparse de un hombre que sabía cuidarse solo”*. Después de eso, la muchacha no volvió a ofrecerse para nada, solo esperaba la llamada, se ocupaba del negocio, y se marchaba a casa tras su jornada laboral. Después de cinco días sin aparecer, Gina se había encontrado el negocio abierto aquella mañana. Al principio pensó lo peor, pero al ver a Jay detrás del puesto de la fruta se tranquilizó. Su jefe tenía todo el aspecto de llevar una semana —o un mes—, inmerso en la mayor juerga de la historia.

—Por Dios, Jay—bromeó Gina—. Parece que te ha cagado alguien después de haberte masticado.

El hombre se volvió de medio lado, y la examinó durante tanto tiempo que Gina se sintió incómoda con él por primera vez en su vida. Unas profundas ojeras bajo los ojos enrojecidos y acuosos denotaban exceso de bebida o falta de sueño, pero la muchacha se fijó en que el color verde esmeralda tan brillante que caracterizaba a su jefe había desaparecido; en su lugar, dos sombras aceitunadas y opacas la vigilaban con un anhelo que la hizo sentir desconfianza. La señora Streatman era la primera clienta que atendía Jay en toda la mañana.

—Por el amor de Dios Jay, cada vez traes peor género de fruta—apuntó

Virginia Sreatman, cogiendo una de las naranjas con su regordeta mano—. Al final me voy a tener que ir a comprar al Walmart.

Jay la observó desde detrás del mostrador, con la cabeza ladeada a medias, como un depredador que observa a su presa, pero seguidamente, aplicó un poco más de limpiacristales a la plancha de vidrio y, frotó con energía.

—Mira esto—insistió, colocando una pera delante de las narices del dueño—. De verdad, ¡míralo!

Gina —a pesar de encontrarse al menos a cinco o seis metros de la situación—, vio la expresión de su jefe y, se temió lo peor. Jay tenía la boca entreabierta, los ojos extraviados en algún lugar entre el cuello y la barbilla de la mujer, y un ligero temblor en el labio superior, que comenzaba a llenársele de saliva.

—Jay, ¡por Dios, Jay!—apremió la mujer; Gina ya estaba rodeando la isla de los congelados—. ¿Es que te has quedado tonto hoy o qué?

Los músculos tensos de los antebrazos, la barbilla adelantada. Jay Jones era la viva estampa de un animal a punto de saltar; y eso hizo.

—¡A mí no me mires de esa manera, que yo...!

Para cuando Gina llegó, su jefe ya se encontraba encima de la gruesa mujer, golpeándole el rostro rechoncho con la base de la botella de limpiacristales. El ruido sordo del recipiente de aluminio sobre el cráneo horrorizó a la chica, que fue incapaz de reaccionar. Jay se detuvo un instante para girarse y escrutar a Gina, que se había situado detrás de él. Olisqueó el aire, clavó sus ojos verde oliváceos en ella, y volvió de nuevo a emplearse con el limpiacristales y la señora Sreatman, que ya no sollozaba. La muchacha sintió el contacto de unas manos sobre sus hombros y estuvo a punto de gritar, hasta que se dio cuenta de que era Blake quien la sujetaba.

—Por..., por favor, ayúdala—le pidió a su amigo.

Blake vio el rostro ensangrentado de la mujer, además de la furia asesina con la que Jay se estaba empleando contra la nariz destrozada de ella, y negó con la cabeza al tiempo que sujetaba a su amiga y la empujaba con firmeza hacia la salida.

—Ya no podemos hacer nada por ella.

La muchacha gimió, y comenzó a llorar silenciosamente.

—Pero..., Jay, él no...

Blake asintió, demostrándole que comprendía lo que quería decir, y se la llevó por fin de la tienda donde Gina no volvería a trabajar nunca más.

El muchacho se sintió el ser más despreciable que existía sobre la faz de la Tierra, pero no pudo evitarlo. Ver a Gina delante de él, con las mejillas humedecidas a causa de las lágrimas y esa actitud indefensa, le proporcionó un ínfimo momento de excitación. Se dio cuenta de que era horrible, perverso quizá, pero jamás había visto a su amiga de aquella forma tan... humana. La coraza de chica dura de la que siempre se había revestido cumplía demasiado bien su cometido, pero en ese momento en concreto y, a pesar de lo espantoso de la situación, la encontraba adorable.

—¿Qué está pasando, Blake?—se sorbió la nariz—. Ese, ese no..., no era Jay.

El joven le contó todo lo que había averiguado en compañía de Michael y los demás, y con cada palabra que salía de su boca, esperaba que su amiga se levantase de la mesa y huyera de allí, mirándolo como si se hubiese escapado de un manicomio de locos peligrosos. Sin embargo, para su sorpresa, se le iluminó el rostro y esbozó una tímida sonrisa.

—Ya me parecía a mí que estaba sucediendo algo extraño en este pueblo—le guiñó un ojo, y Blake sintió que el deseo lo consumía—. Y también sabía que tú tenías que estar relacionado.

—¿Y eso por qué?

—Todas esas pesadillas...

—¡Todo el mundo tiene pesadillas!

—Pero las tuyas..., no sé, llámalo instinto femenino.

—Claro, el instinto funciona muy bien ahora que te lo he contado todo.

La muchacha le hizo el gesto de dispararle con un dedo.

—Pero ya me olía yo algo antes.

Blake sintió que el momento delicioso de vulnerabilidad de su amiga ya había pasado; se había esfumado tan rápido como había aparecido.

—Tía, eres una fantasma.

—Y tú estás maldito—se puso en pie y dejó cinco dólares en la bandeja de la cuenta—. Así que, ahora que estamos en paz, vamos a intentar solucionar toda esta mierda de una vez.

Definitivamente, el momento de lasitud de Gina había pasado, y Blake se sintió un poco desencantado; aunque también le maravillaba tener de vuelta otra vez a su compañera.

Vaughn recorrió los pasillos de hormigón con la espalda pegada a la pared, presa de una inquietud que le atenazaba el corazón. A medida que avanzaba, sentía con más certeza que estaba ocurriendo algo extraño —aparte de todo el tema de los cuerpos decapitados y todo eso—, y sus sospechas se confirmaron al ver lo que había en la siguiente pared. En el muro que dividía la zona de oficinas con la escalera que descendía hasta el almacén, habían dibujado con sangre algo que Vaughn reconoció de inmediato:

ἦ

III

ἦ

†

ξ

κ

λ

Δ

Con el pulso bombeándole en el cuello, descendió las escaleras metálicas envuelto en una oscuridad obscena, escuchando únicamente el sonido de sus botas en los escalones de metal. Resbaló en dos ocasiones con un líquido viscoso, y obligó a su mente a pensar que se trataba de aceite para las máquinas. Prestó atención a los sonidos, atento a cualquier señal que delatase la posición del asesino, pero lo único que se escuchaba en aquella enorme extensión repleta de cajas selladas de botellas de sirope era su propia respiración. Sintió alivio —no mucho, pero algo era algo—, cuando dejó

atrás la escalera y afianzó sus pies sobre el firme suelo de cemento. La diminuta linterna que llevaba en uno de los bolsillos de su uniforme prácticamente era inservible entre la opaca negrura del almacén, por lo que decidió prendérsela a la muñeca izquierda con el velcro para disponer de las dos manos, en caso de necesitarlas.

—¿Cómo está, sheriff?

El eco de la voz llegó amplificado y retumbó en sus oídos, por lo que le fue inútil buscar su paradero.

—Vaya circo se ha montado allí arriba ¿no?

—Chris, chico, no sé qué te ha ocurrido, pero es el momento de salir y explicarlo.

—No, sheriff, mi momento aún no ha llegado.

—¿Qué quieres decir?

Pero no hubo contestación. Vaughn sintió el pánico en sus testículos y la base del estómago, de la misma forma que cuando bajas la pendiente más inclinada de la montaña rusa de un parque de atracciones; no recordaba haber tenido tanto miedo jamás. Escuchó un imperceptible movimiento a su espalda, y se giró con el arma adelantada; nada, solo oscuridad. De repente, el aire se agitó a su derecha, y sintió un dolor que le atravesaba desde el hombro hasta la punta de sus dedos. Se movió y, disparó, pero la bala atravesó una montaña de cajas, emitiendo un sonido apagado. Una respiración junto a él, se preparó y, advirtió la embestida con la suficiente antelación como para defenderse. Cayó enredado con su atacante al suelo polvoriento, pero el empuje de su agresor consiguió mantenerlo con la espalda apoyada contra el suelo; estaba perdiendo la batalla.

—Escucha eso, sheriff—susurró el asesino a su oído—. Son las campanas de la muerte.

Vaughn notó la presión de la hoja del cuchillo contra su cuello, el dolor, y luego la sangre caliente manándole por el cuello.

—Lo voy a degollar como a un cerdo—masculló, jadeante—. Y entonces, ÉL me dejará en paz.

Vaughn intentó decir algo, pero el aire no llegaba a sus pulmones. Levantó la pierna cuanto pudo, y clavó la rodilla en el estómago del asesino,

permitiéndole ejercer la presión necesaria para voltear el cuerpo que le aplastaba el pecho. Cuando notó que estaba libre, agarró su pistola y disparó gritando a ciegas hasta que vació el cargador. El dolor y la adrenalina inundaron su cuerpo, y comenzó a golpear al aire, lanzando puñetazos y patadas a las tinieblas sin dejar de aullar, hasta que su pie derecho impactó contra algo. Como un loco, pateó la cosa que yacía en el suelo hasta que las fuerzas le abandonaron, y solo entonces, recuperó la linterna que estaba tirada junto a unas cajas, todavía encendida. La estrecha franja de luz iluminó el cuerpo sin vida de Chris Sparkles, al que le faltaba la mitad del cráneo.

Se estremeció de los pies a la cabeza, pero no por el frío que imperaba en la húmeda bodega, sino por el placer de encontrarse allí a solas. Necesitaba concentrarse para no repetir errores del pasado. Ese viejo idiota de Jim Sasketchian estaba muerto y, su hermano Robert no representaba un problema de ninguna manera. El único cabo que necesitaba atar cuanto antes era el de Halley; ese hombre *usaba* de algún modo La Palabra, y no podía permitirse descuidos a esas alturas de la partida. Esperaba que Jerome hubiera cumplido su misión, pero no podía confiar únicamente en el solícito agente inmobiliario; necesitaba aumentar la apuesta.

Corben retiró la plancha de madera del compartimento oculto, que había detrás de una estantería repleta de botellas de vino, y extrajo con reverencial cautela un cofre del tamaño de una caja de zapatos grande. Revisar el contenido del arca le ayudaba a serenarse invariablemente, fuese cual fuese el problema que se le plantease. Todo estaba saliendo perfectamente y de acuerdo a sus planes, pero la confrontación con ese hombre, Michael Halley, había contribuido a inquietarle de una forma que no conseguía explicar. Él poseía todas las cartas, tenía la mano ganadora y, aun así, experimentaba cierta sensación de irritabilidad y ansiedad.

Abrió la tapa del cofre, y los objetos guardados lo saludaron con un fulgor apagado, que destelló en la velada oscuridad de la bodega. Hasta ese momento, Corben solo había lanzado el sedal, marcando unas cuantas piezas “especiales” con La Palabra y dejando que los apetitos de las personas hiciesen el resto, pero ni siquiera había empezado a jugar todavía. Si surgía cualquier problema, si lo convencional no creaba el efecto deseado, sacaría la artillería pesada; y la artillería se encontraba dentro de ese baúl. Cerró de nuevo la tapa —mucho más reconfortado—, y se preparó para el siguiente paso.

Jerome no se preocupó por haber manchado de sangre la tapicería del Tahoe. Las cosas materiales habían perdido para él su atractivo en los últimos días; esos propósitos por los que tanto había luchado ya no le parecían logros en absoluto, sino ambiciones irreales y absurdas. Llevaba toda su vida equivocando el concepto de jerarquía, pero ahora lo entendía; en realidad, percibía los fundamentos *reales* con muchísima más claridad.

Aceleró un poco más y, un escalofrío de placer le recorrió la espina dorsal cuando rebasó el disco de velocidad permitida en más del doble. Se sentía poderoso, intocable, y eso no lo había conseguido amasando una fortuna vendiendo propiedades inmobiliarias. Volvió a desviar la vista de la carretera para asegurarse de que el “objeto” continuase allí donde lo había dejado, en el asiento del copiloto. No entendía por qué el señor Corben ansiaba tanto ese libro en especial, pero no pensaba discutirlo. En realidad, no pensaba discutirle nada, jamás. Cuando prestó atención de nuevo a la carretera, distinguió en el último segundo un reflejo plateado que se le echaba encima con la rapidez de un rayo. Giró el volante lo suficiente para no chocar, pero el Tahoe perdió la adherencia necesaria cuando sus dos ruedas derechas se salieron de la zona asfaltada, levantaron amplias cortinas de gravilla y polvo, y el mojón que indicaba el punto kilométrico partió el eje de la dirección. Jerome solo pudo contra volantar una vez antes de perder potencia y, con ella, el control del vehículo. La colisión con uno de los muchos arcos del camino fue brutal y, de no haber llevado un coche como el todoterreno, las consecuencias para Jerome a buen seguro habrían sido muy diferentes; sin embargo, no sufrió nada más que una pequeña conmoción y una herida leve en la frente. A través de los sistemas de airbags que habían saltado pudo ver el singular automóvil que lo había sacado de la carretera, aproximándose lentamente hasta el lugar del siniestro. Cuando distinguió al conductor la vejiga se le aflojó, y notó el líquido caliente empaparle la pernera del pantalón. No sabía cómo se había enterado, pero bajo ningún concepto podía permitir que ese desgraciado de Michael Halley llegase hasta él, o lo que era peor, hasta el libro que reposaba tranquilamente junto a su asiento; por no hablar del “contenido” del maletero. Comprimió su cuerpo todo lo que pudo,

presionando con las rodillas y las piernas sobre el volante retorcido, hasta que consiguió hacerse un hueco lo suficientemente desahogado para agarrar el tirador de la puerta y salir. El minúsculo coche —semejante a una bala de 9 m.m con ruedas—, se detuvo a menos de cinco o seis metros del Tahoe. Jerome se llevó la mano a la chaqueta del traje pegajoso por la sangre y, comprobó con un horror creciente, que la Glock que siempre llevaba guardada en el bolsillo interior había desaparecido. Escuchó como las puertas del pequeño deportivo plateado se abrían, y que luego alguien que le gritaba algo que le sonó a chino o cantonés. Los sonidos, los olores, e incluso el tiempo, parecían estar esperando a que Jerome Zachary Wallace decidiese cual sería el paso siguiente que elegía tomar. Recordó —con exasperante lentitud—, que había dejado el arma en la guantera del Tahoe después de salir de la casa de los Halley, y se precipitó en una atropellada carrera hacia el coche, cuajada de tropiezos y resbalones. Cuando consiguió hacerse con la pistola, su coraje aumentó hasta enmascarar por completo su angustia anterior. Se aseguró de que el cargador de 17 proyectiles estuviese completo, y de que la corredera no se hubiese quedado trabada; una vez comprobado, se adelantó con ella junto a su pierna derecha, con el dedo haciendo presión sobre el gatillo. Jerome sabía que el sistema de la Glock le exigía unos 2 kilos y medio de presión, por lo que no quería sorpresas de última hora si se daba el caso de ser sometido a una emboscada. Rodeó el Tahoe por la parte delantera, dejando la imponente carrocería del vehículo a modo de muralla improvisada entre los recién llegados y él.

—¡Eh, señor!—escuchó Jerome. Estaban más cerca de lo que había imaginado—, ¿Se encuentra usted bien?

“Vaya, actúan como si todo esto fuese un accidente, como si no estuviese planeado sacarme de la carretera y matarme en mitad de ningún sitio”, se dijo Jerome. “No, no voy a caer en esa trampa de niños; ya no soy ese incauto adolescente capaz de tragarse un cuento que casi lo deja sin pelotas”.

Con la tranquilidad de saberse ganador, buscó la defensa del enorme guardabarros del todoterreno y, se atrincheró con la esmerada meticulosidad de un francotirador profesional. Era capaz de distinguir a uno de los dos hombres, pero seguía sin tener una visión nítida, por lo que decidió aguardar su momento.

—Eh, señor—volvió a gritar uno de ellos; Jerome no sabía si se trataba de Halley, pero le daba igual—. Se nos ha echado encima y...

En aquel justo instante aparecieron los dos hombres. Halley parecía uno de esos músicos pasados de moda, con su cazadora de cuero y el pelo largo y mal cortado. Su acompañante —a pesar de ser bastante más viejo y desgarrado—, infundió a Jerome más respeto.

—Solo queremos saber si se encuentra bien, y si podemos ayudarlo en...

La detonación sonó extrañamente amortiguada, como si llegase desde muy lejos. Michael desvió la mirada al horizonte, donde unos nubarrones negros se acercaban amenazantes. “*No huelo a ozono, así que me extraña que haya sido un trueno*”, pensó justo en el momento en que vio a Robert salir despedido hacia atrás y caer de lado.

—¡Hijo de...! —gruñó antes de golpearse la barbilla contra la hierba aplastada por las rodadas del todoterreno—. ¡Me ha disparado, el muy gilipollas!

En el tono del viejo se advertía cierto tono de confusión. Michael fue incapaz de reaccionar en un primer momento, hasta que una nueva detonación restalló como un cañón de artillería, y arrancó el retrovisor del coche; Michael se dio cuenta —con la inesperada clarividencia que otorgaba la adrenalina—, que si el espejo no hubiera estado en la línea de tiro, en ese mismo instante tendría un agujero del tamaño de una pelota de béisbol en el estómago. Los siguientes dos disparos fueron a parar al lugar donde había estado un segundo antes, levantando estelas de tierra y hierba como diminutos geiseres improvisados. Sin pensar en lo que hacía, agarró a Robert de la pierna y tiró de él con tanta fuerza que pensó que si no acababa muerto por los disparos, tendrían que ponerle una prótesis. Cuando estaban relativamente a cubierto, Michael sujetó al anciano de la cintura y lo lanzó como un muñeco de trapo bajo el eje trasero.

—Tranqui, colega, que me vas a desmembrar antes de que venga el chalado ese a rematar el trabajo—le acometió un acceso de tos que le hizo escupir un hilillo de sangre.

—¿Por qué cojones nos está disparando?

—Quien sabe, cuernos, han perdido los Yankees—otro ataque de tos—. O Hacienda; esos cabrones le joden a uno el día si se lo proponen.

Michael se arrodilló, y vio unos mocasines de aspecto caro rodeando el vehículo hacia su posición.

—¿Cuántas balas le quedaran?

Robert esbozó una sonrisa, y Michael vio con horror que llevaba los dientes manchados de sangre.

—Chaval, esto no es una película—se revisó bajo la chaqueta, y retiró los dedos manchados de un rojo intenso—. Supongo que llevará una 9 m.m, o de lo contrario yo ya estaría “criando malvas”; en todo caso, sea una Ruger, una Glock o algo del tipo Sig Sauer, apenas ha disparado en cinco o seis ocasiones; todavía le quedan balas para matarnos a los dos varias veces.

—¿Y qué demonios hacemos?

—Yo muero aquí—declaró—. Pero tú, espero que no te mees en los pantalones y seas capaz de hacer algo con todo esto.

—Déjate de gilipolleces.

—Pues cuando tengas una idea mejor, cuéntamela—señaló los mocasines, que ya estaban a mitad de recorrido. Les quedaban apenas unos segundos antes de que aquel tipo diese la vuelta y los acribillase allí mismo como ratas—. Pero date prisa, que Clint Eastwood está llegando.

Michael se arrastró a gatas hacia la puerta del copiloto en busca de algo que pudiera utilizar para defenderse, cuando escuchó un alarido espeluznante que le puso la piel de gallina. Robert se había puesto en pie, y se había abalanzado gritando como un loco en dirección a su atacante. Michael vio el reguero de sangre que había dejado sobre la hierba húmeda, y echó a correr en sentido contrario, internándose en el bosque frío y cada vez más oscuro, mientras notaba el contraste caliente de las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Continuaba sentado en el suelo polvoriento del almacén cuando Flint llegó junto a él. Supo que su compañero le hablaba, pero Vaughn no escuchaba ni una sola palabra de lo que decía. Un tiempo después —pudieron ser minutos u horas, el tiempo no le parecía ya una unidad de medida adecuada—, el taller se llenó de focos, y un enjambre de policías inundó la escena. Vaughn siguió sentado en el suelo hasta que uno de sus agentes se acercó.

—Sheriff, un tiroteo en la carretera de Orange County—le dijo el chico levantando la voz—. A la entrada del pueblo. Se trata de un Tahoe accidentado y un... “coche de carreras”, han dicho.

Flint hizo ademán de indicarle que el sheriff no estaba disponible, pero Vaughn reaccionó con una mueca impasible en el rostro.

—Un... ¿coche de carreras?

—Eso han dicho los testigos.

Vaughn se hizo con la hoja que le tendía el agente, y se puso en pie. Se alejó de la escena de aquella matanza sin mirar atrás. Flint lo siguió.

Cuando apareció a lo lejos el descomunal todoterreno, fuera de la carretera e inclinado hacia un lado como un animal herido. Vaughn aceleró, aunque mantuvo el vehículo en unos manejables ochenta kilómetros por hora; no quería perder el control en caso de tener que frenar y emprender una persecución a pie. Lo que vio cuando se encontraba a unos veinte metros del siniestro le heló la sangre en las venas. De forma automática se llevó la mano a la cintura, en busca de su arma —que jamás había disparado en acto de servicio, hasta aquella misma mañana—, y situó el coche policial de lado en mitad de la calzada. Flint reaccionó tarde, lo que le costó muy caro. El grito de Vaughn le obligó a reaccionar, pero cuando lo hizo, Jerome ya se encontraba a unos diez metros del Taurus, ventaja más que suficiente para no

errar el tiro. El sonido de la Glock desgarró la mañana, cada vez más oscura y pastosa, destrozando el cuello del ayudante del sheriff a la altura de la nuez. Un sorprendido Flint Buchanan se llevó ambas manos hasta allí intentando contener la hemorragia, pero antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo, un segundo disparo le voló la parte superior de la cabeza y media cara. Cayó al asfalto como una marioneta a la que acaban de cortar los hilos. Vaughn lo vio todo desde su parapeto al otro lado del vehículo, y cuando el rostro de Flint —o lo que quedaba de él—, golpeó contra el pavimento y se quedó inmóvil, con un único ojo vidrioso mirando hacia ninguna parte, enloqueció. Su raciocinio, su juicio —hasta ese momento intachable—, se esfumó por el sumidero de su cordura. Con la Heckler & Koch USP reglamentaria extendida, vació la mitad del cargador sin apuntar siquiera, aullando como un perturbado mientras avanzaba en dirección a su atacante. Jerome huyó despavorido, buscando refugio tras la rueda delantera de su Tahoe. Vaughn vació el resto de su cargador de ocho balas del 45 en el parabrisas y la rejilla del radiador del todoterreno, que estalló hacia adentro en una lluvia de cristales del tamaño de un guisante. Totalmente frenético, siguió disparando mientras recortaba la distancia hasta el hombre que había asesinado a su compañero, sin darse cuenta de que el sonido del percutor emitía un sonido metálico vacío. Jerome sí fue consciente, por lo que afianzó su Glock sobre la rueda caliente del Tahoe, y acompasó la respiración a su pulso, como había aprendido en la galería de tiro de Green Bay. El sheriff era un blanco en movimiento, pero se acercaba con rapidez y, ya se encontraba a menos de ocho metros; una distancia imposible de desaprovechar. Cogió una última inspiración, contuvo el aliento, midió la distancia y, disparó.

Había esperado el momento oportuno para poder gozar de alguna posibilidad. Le hervía la sangre tener que estar allí escondido, viendo como Robert permanecía inmóvil sobre el asfalto mientras ese loco buscaba algo en el todoterreno. Le consumía haber huido, pero de no hacerlo, ese tipo los habría matado a los dos. Cuando estaba decidido a jugársela y salir, vio llegar el coche a toda velocidad; luego todo se precipitó. Los disparos, la sangre, el sheriff Vaughn...

Vio al asesino apoyarse contra la rueda del todoterreno y apuntar a

Vaughn, que avanzaba en línea recta hacia él, expuesto y rugiendo como un animal. Supo lo que iba a ocurrir si no lo remediaba y, abandonó su escondite. Trató de correr haciendo el menor ruido posible, pero aunque hubiese anunciado su carrera con una trompeta, los gritos salvajes del sheriff lo habrían encubierto. Se lanzó en un placaje perfecto contra el hombre del arma a la vez que escuchaba el disparo, y rezó por no haber llegado tarde. De repente, la ira ciega que llevaba acumulándose en su interior se desbordó, y se subió a horcajadas sobre el pecho de aquel asesino. Le golpeó enloquecido, con una furia delirante, hasta que sintió estallar una llamarada de fuego en su cuerpo, que pronto se convirtió en un tormento de dolor; luego, la oscuridad.

Sintió el martilleo de su corazón en las sienes, totalmente acompasado con su respiración. Ejerció la presión necesaria, apreciando el avance de la corredera a punto de deslizarse para golpear el proyectil. En el momento en que completó el movimiento del gatillo, un dolor intenso le acometió desde las costillas hasta el pecho, y se vio arrojado sobre la hierba marchita. Miles de puntitos aparecieron en su campo de visión, configurando un bonito mosaico para las oscuras nubes que monopolizaban ya el cielo por completo. No podía respirar y, le dolía el cuerpo de una manera que jamás había experimentado. Vio a ese desgraciado de Michael Halley subido sobre su pecho, con gotas de saliva blanca acumulándose en las comisuras de su boca mientras le gritaba sin voz; le pareció sorprendente lo bien definido que ocurría todo en su mente cuando estaba a punto de morir. Olía el aire preñado de humedad, sentía las piedrecitas del suelo clavarse en su espalda, y escuchaba con claridad el zumbido de su corazón en los tímpanos. Halley le golpeó una vez más, pero, paradójicamente, no advirtió daño alguno cuando lo hizo. Un tormento más profundo enmascaraba aquel dolor superfluo. Notó el tacto de la Glock, que todavía tenía aferrada con su mano derecha, pero le pareció un trasto inútil, ajeno. Trató de soltarla, desembarazarse de esa maldita ancla que lo retenía en este mundo y no lo dejaba partir hacia su más que merecido “viaje” a un lugar mejor. Escuchó la detonación, vio el fogonazo y, se preparó para marcharse en paz.

Vaughn vio la parte superior de la cabeza de Flint desaparecer, el ojo vidrioso de su ayudante, recriminándole con un silencio velado que lo hubiese llevado hasta aquella carretera y, ya puestos, que no le hubiese hecho la cobertura como un compañero en condiciones debe hacer en la escena de un tiroteo. Dejó de pensar. Olvidó los fundamentos esenciales de cualquier persona —en especial los de un policía— de protegerse y, avanzó. Avanzó disparando, ciego en su pena por Flint, por su pueblo, por aquella estúpida situación irreal. Vio aparecer a Michael como un rayo, lanzarse a por ese hombre que lo encañonaba con una Glock, y *coserlo* a golpes. Escuchó el disparo, y también el ruido que hizo el todoterreno cuando el asesino se puso al volante y trató de sacarlo de la zanja donde había caído con su potente tracción. Escuchó el metal retorcido del vehículo chirriar contra el asfalto cuando se alejó por la carretera en dirección a Maple Hill. Presenció toda la escena a escasos cinco metros, paralizado ahora por la misma fuerza inamovible que antes le empujaba inexorablemente. Vio desaparecer el todoterreno, distinguió el cuerpo de Robert, tendido a unos diez metros sobre la grava del arcén, y reparó en Michael, echado sobre un costado en el lugar donde segundos antes había estado el pistolero. Como si soltase una mochila cargada de piedras, la parálisis se rompió.

La tercera bofetada consiguió el efecto deseado y, Michael despertó por fin.

—¿Te encuentras bien?—el policía revisó a Michael, que solo presentaba un brecha profunda en el muslo, allí donde la bala de Jerome le había pasado rozando.

—Sí, solo un poco mareado.

Sin esperar más explicaciones, Vaughn se dirigió a toda prisa hacia el lugar donde el cuerpo de Robert yacía tendido boca arriba. Thomas se temió lo peor nada más llegar hasta el viejo; el charco de sangre —que comenzaba a coagularse—, los ojos vidriosos, con la mirada perdida en los negros nubarrones que avanzaban de forma inexorablemente amenazantes. Michael llegó en aquel momento junto a él, blanco como la nata.

—Está...

—No lo sé—afirmó el sheriff—. Ha recibido un disparo en el estómago a corta distancia de una 9 m.m. semiautomática. Debería haberlo partido por la mitad.

—¿Os vais a quedar ahí toda la mañana decidiendo si estoy muerto?—la voz les llegó en apenas un susurro.

Ambos se abalanzaron para prestar ayuda a Robert Sasketchian, que intentó inclinar la cabeza para mirarlos, y un acceso de sangre espesa le brotó por los labios.

—Ese imbécil disparó muy pronto—explicó entre jadeos sanguinolentos—. Tendría que haber esperado a que me encontrase más cerca.

—Shhhh, cállate—exigió Vaughn.

Contrariamente a lo acostumbrado por el viejo, obedeció sin rechistar. Entre Michael y Thomas llevaron en volandas a Robert al coche patrulla del sheriff. Para tumbar al viejo en la parte trasera y tener espacio para ellos, debieron apartar el cuerpo de Flint Buchanan y dejarlo en el arcén cubierto de

maleza quebradiza por el hielo. Vaughn estuvo seriamente cerca de vomitar, cuando parte del contenido de la cabeza de su ayudante que no había volado por los aires se derramó sobre la cuneta con un sonido acuoso.

—Hay que llevarle a un hospital—sentenció Michael. Vaughn le dedicó una de esas miradas de: *¿en serio, lumbrera?*, y arrancó el Taurus.

—Va a caer una nevada importante—indicó, mirando las bestiales masas de nimbos que habían teñido el cielo de un negro ceniciento—. No llegaríamos a Trenton aunque el viejo aguantase el traslado.

Para corroborarlo, Robert gimió en la parte trasera y se desmayó.

—Ni siquiera estoy seguro de que consiga aguantar hasta Maple Hill—aseveró el sheriff.

—Si no hacemos algo se va a morir.

—Se morirá de todas formas si elegimos una mala opción—la mente analítica del policía parecía haber recuperado su pleno control—. Con toda la agitación que está sufriendo Maple Hill en estos momentos, y con esa ventisca prácticamente encima, estoy seguro de que el centro de salud ya se encontrará totalmente abarrotado. Ni con mi placa podría abrirme paso hasta urgencias.

—¿Y qué propones?

El sheriff esbozó una sonrisa sin humor alguno.

—Visitar a un viejo amigo.

Espoleó los caballos del Ford hasta que las ruedas derraparon con la grava suelta del camino, y salió disparado de vuelta al pueblo.

Copos de nieve tan finos como la caspa se fundían contra el suelo, creando un escarchado manto resbaladizo. El esfuerzo de cargar con el peso muerto de Robert producía vaharadas de vapor al exhalar, por lo que parecían un pequeño convoy humano de locomotoras. La vivienda se trataba de uno de los chalets adosados —tan apretados y similares que parecían fichas de dominó—, de la flamante periferia edificada al oeste del lago Castle View. La mayoría de ellas se hallaban deshabitadas debido a la creciente especulación

que había acabado con la empresa constructora; sin embargo, en muchas de ellas, dispersas como luciérnagas en un mar oscuro de ladrillo y cemento, brillaban a través de las ventanas los vestigios de familias refugiándose contra la inminente ventisca. Michael aguardó al principio del diminuto jardín, sujetando con dificultad a Robert mientras Vaughn cruzaba a grandes zancadas el camino de piedra y llamaba repetidas veces al timbre. Después de esperar más de un minuto, el sheriff volvió a intentarlo. Thomas había insistido en el carácter “espinoso” del antiguo doctor de Maple Hill, por lo que prefería estar solo ante la puerta al llamar. Tras varios minutos aguantando el aguanieve helado, se abrió la puerta y por ella asomó un anciano con la forma y el tamaño de un tonel de vino. Se bajó las gafas redondas de montura metálica hasta la punta de la nariz, y alzó las cejas en un cómico gesto de sorpresa. Sin pronunciar una sola palabra, inició el movimiento para volver a cerrar la puerta; Thomas se lo impidió con el pie.

—Winston, por favor—suplicó.

—Agente, o quita el pie de mi puerta, o mañana presentaré una denuncia contra usted por allanamiento.

—¡Joder, Bill, un buen hombre se está muriendo!—explotó Vaughn—. ¿Puedes aparcar durante un momento nuestra “desavenencia” y hacer tu trabajo?

El tipo abrió la puerta del todo, y se encaró con Thomas; era unos treinta o treinta y cinco centímetros más bajo que el sheriff, pero su actitud era tan amenazante que Michael temió que se enzarzasen en una pelea mientras Robert se desangraba en mitad de la acera congelada.

—¿Desavenencias?—vociferó, con un ladrido seco—. Me detuviste por salir con Wendy Chow.

—No fue por...

—¡Me pasé toda la noche del 4 de Julio en esa apestosa celda!

—Bill...

—Vete de mi casa—siseó.

El sheriff intentó replicar de nuevo, pero el viejo doctor lo silenció con su regordeta mano extendida.

—Quiero que te largues—la palma a escasos centímetros de la nariz del

policía, amenazante—. O te juro que...

—Disculpe—Michael se había cansado de asistir a la escena de reproches adolescentes y, se había acercado arrastrando a Robert hasta el porche—. Disculpe, pero este hombre se va a morir aquí fuera mientras ustedes discuten por unas estúpidas rencillas de la Edad de Piedra.

—¿Quién es usted?

—Si eso ocurre, me encargaré personalmente de que...

—No hacen falta amenazas—atájó el médico—. Atenderé a su amigo con gusto, siempre y cuando sea usted quien me lo solicite, no este...

—Se lo solicito.

—¡Pues adelante hombre, que aquí fuera hace mucho frío!

Tenía unas ganas terribles de vomitar, pero no podía parar de reír a carcajadas. Estaba preparado para morir en aquella carretera, pero el destino seguía teniendo un plan configurado para él, y no pensaba dejarlo agonizando en una cuneta mientras tuviera un trabajo que hacer. Tuvo otro acceso de tos después de una carcajada y, necesitó sacar la cabeza por la ventanilla del Tahoe para vomitar; no pensaba detener el vehículo bajo ningún concepto.

Rodeó una tapia que había caído por el fuerte viento que comenzaba a soplar desde la cima de las montañas, y aceleró aún más el potente motor del coche. Quería llegar a su destino antes de que comenzará la nevada —y Jerome estaba seguro de que nevaría bastante—, para no verse atrapado. Deseaba entregar “la mercancía” cuanto antes, y encerrarse en su casa a esperar que pasase la ventisca. Volvió a recordar cómo había escapado, y la sonrisa afloró de nuevo a sus labios manchados de sangre. Estaba seguro de que había acabado con ese viejo barbudo, con el poli al que le había volado los sesos y, casi con toda seguridad, con ese presuntuoso de Thomas Vaughn, el sheriff de Maple Hill. A Halley también le había disparado, pero no estaba seguro del daño que podía haberle causado; estaba ocupado escapando, pero ¡eh, tres de cuatro no estaba nada mal para un agente de bienes raíces! Rió, vomitó de nuevo y, se internó a toda velocidad por las cada vez más desiertas calles de Maple Hill, el pueblo de mierda al que juró no volver jamás.

Harold Corben observó el contenido del maletero del Tahoe con la misma afectación de quien lee un folleto publicitario sacado de su buzón, sin embargo, su expresión cambió radicalmente cuando Jerome le entregó el libro de *La Historia Interminable*.

—Muchas gracias, querido Jerome.

—¿Necesita que haga algo más, señor Corben?—preguntó, ansioso.

—No, gracias—se dio la vuelta con el libro pegado al pecho—. Si te necesito, sé cómo encontrarte.

Jerome se subió al coche en cuanto Corben desapareció por la puerta de su casa. A pesar del intenso dolor que sentía por todos y cada uno de los rincones de su cuerpo, se encontraba más feliz de lo que recordaba haber estado jamás. Seguía con vida —eso era un punto muy importante—, y había entregado con éxito aquel detestable libro que el señor Corben le había pedido. Ahora que se acercaba una nevada que prometía hacer época, podía marcharse a su casa y disfrutar del “paquete” que llevaba en su maletero sin ser molestado. Sintió una nueva náusea, la reprimió con la mano, y trató de poner en marcha el motor del Tahoe. No funcionó. Accionó la llave otra vez, y las luces del salpicadero se apagaron. La batería estaba muerta.

Amanda Bakersfield, cuaderno en mano, se quedó a medias de la frase que estaba anotando. No podía confiar en su vista como antaño, pero era la incontinenencia urinaria por la que no daba un centavo; podía mearse encima sin remedio, pero apostaría su pensión de un mes a que había visto a ese tipo tan extraño del traje acomodar un cuerpo en el maletero de su coche. “*Tranquila Amanda, seguro que es uno de esos señores que tienen una boutique de moda y van con maniquís a todas partes*”; solo que ese tipo no tenía ninguna pinta de costurero.

Observó, pegada a la ventana, como el otro hombre —ese tal Corben— también miraba dentro del maletero sin hacer mucho caso de su contenido. Se tragó dos comprimidos de Tylenol para acallar a la gripe y, los *bajó* con un trago de NyQuil para el condenado catarro. Se encontraba como si la hubiese arrollado un camión, y las gotitas cristalizadas que comenzaban a condensarse en los cristales de las ventanas auguraban que la cosa no iba a mejorar para ella. Con un esfuerzo notable, se aprovisionó de una ingente cantidad de mantas del estante superior del armario de la salita, y subió un punto más el regulador del termostato. Cuando volvió a su puesto junto a la ventana, el corazón se le escarchó de la misma manera que comenzaba a solidificarse en la moldura de fuera. El hombre del traje que había llegado en aquel coche tan pomposo se encontraba de pie junto a la puerta del vehículo, mirando de forma petulante en dirección a la vivienda de Amanda. La mujer atrapó el cuaderno de forma mecánica, como si se tratase de un escudo protector que la volviese invisible ante la mirada penetrante del hombre, y anotó con su apretada caligrafía una frase sin apartar la vista de la ventana. El individuo se ajustó la fina chaqueta destrozada, echó un vistazo a un lado y otro de la desierta avenida y, abrió el maletero. Amanda Bakersfield no había vivido tantos años por ser una persona despreocupada, así que olvidó sus dolencias y corrió a comprobar que los cerrojos de todas las puertas estaban debidamente encajados. No subió a la planta superior, ya que no se encontraba con las suficientes fuerzas para ascender trotando las inclinadas escaleras y, bajarlas después; además, para que alguien pudiese entrar por allí, antes tendría que trepar diez metros de fachada.

Regresó a toda prisa a su lugar junto a la ventana, el único sitio de toda la vivienda desde el que se podía divisar Hill Avenue al completo. El todoterreno seguía allí, cubriéndose de una fina capa de rocío helado, pero no había ni rastro del tipo trajeado. Cuando el fatigado corazón de Amanda comenzaba a recobrar la calma, el estallido de una campana reverberó por el salón hasta perderse redoblando en el piso de arriba. La mujer se quedó paralizada, sin poder siquiera girar el cuello en la dirección desde donde había llegado soniquete melodioso. Ella sabía que se trataba del timbre de su puerta, pero las connotaciones de que estuviera repicando con impaciencia denotaban una urgencia que la aterraba. Otro sonido se unió al estruendo provocado por la dichosa campanilla; el eco del viento, que golpeaba con un estrepitoso chasquido el cristal saturado de vapor gélido. A través del ventanal se podía divisar la oscura sombra de los nubarrones, que ya cubrían por completo el cielo; la ventisca había llegado, y había traído consigo un visitante mucho menos deseado que la nieve. El timbre dejó paso a los golpes —suaves al principio, más violentos después—, sobre el panel de la puerta, que empezó a temblar sobre la jamba. La aldaba con la forma de una pata de león golpeaba contra la base a cada empujón, pero Amanda confiaba en la resistencia de la cerradura, que era de cinco muelles y, —al menos eso le había asegurado el cerrajero—, prácticamente inquebrantable. El mecanismo aguantó, pero tras varios impetuosos golpes, la jamba se desprendió de una de las bisagras, y una ráfaga de viento helado se coló en la vivienda a través del quicio desgajado. Dos brutales puntapiés acabaron de separar el panel del faldón donde engranaba la cerradura y, la puerta se abrió de par en par. En medio de un torbellino de aire glacial y diminutos copos de nieve apareció el hombre del traje, como si se tratase de un demonio surgido de un averno helado. Sobre los hombros cargaba un pesado fardo envuelto en una lona de plástico. Tenía el espeso cabello empapado y, gotitas de agua resbalaban por su frente y sus mejillas para descolgarse después sobre la moqueta. El agresor dejó con cuidado el fardo sobre el suelo —que empezaba a empaparse a causa de las gruesas gotas que chorreaban de los pantalones y los zapatos del hombre—, y cerró la puerta sin desviar la mirada de la mujer. Esbozó una sonrisa que a Amanda le aflojó las piernas y le detuvo la respiración; aquella sonrisa era la representación misma de la enajenación más pura. Una pierna delicada de mujer se había escapado de la mortaja de su funda y, reposaba sobre la alfombra mojada como un testigo mudo de la monstruosa crueldad de aquel sujeto.

—Amanda—susurró—. Es de mala educación no contestar a la puerta cuando alguien necesita tu ayuda.

La mujer gimió, y sintió que un hilillo delgado de orina se le escurría por el muslo.

Apenas llevaban escondidos veinte minutos cuando Corben salió de la vivienda. Al principio les había parecido buena idea vigilar al supuesto “malo” de la historia, pero la rapidez con la que el cielo se había cubierto y, las rachas gélidas que habían empezado a soplar desde las montañas, les hizo ver que tal vez no había sido tan buen plan como pensaban. El supuesto emisario del Mal se detuvo cerca de un descomunal todoterreno abollado, lo inspeccionó brevemente, y siguió su camino alegremente por el borde de su jardín delantero hasta el garaje.

—Gina, me estoy helando—dijo Blake, que tiritaba debido a su fina chaqueta de deporte.

—No seas quejica—reconvino—. Estamos luchando contra un *ente* maligno, no podemos desistir por un poco de viento.

El muchacho ojeó el horizonte, en dirección a las montañas y, vio el denso manto negro que se acercaba.

—Me parece que va a ser algo más que “un poco de viento”.

Gina agitó la mano, sin perder de vista a Corben, que hurgaba alegremente en una estantería repleta de objetos. A través de la puerta abierta del garaje, la muchacha pudo observar la gran cantidad de cajas de cartón apiladas contra una esquina.

—¿Qué crees que guardará ahí?—curioseó—. ¿Algún artilugio demoniaco o instrumentos de tortura?

—¿Artilugio?—repuso Blake—. ¿Has vuelto a leer algo de Neil Gaiman?

—Calla bobo. Me pregunto cómo un tipo que parece tan inofensivo puede ser un mandatario del infierno.

Blake resopló y, se frotó los brazos con brío.

—Definitivamente tengo que hablar con tus padres para que tiren toda esa basura que lees; ¿en serio, mandatario?

Ella le respondió con un pellizco en el antebrazo, que intensificó un poco

más cuando Harold Corben agarró una de las cajas, y se dirigió con ella hacia el cuarto donde había instalado su establecimiento.

—Ahhh, me haces daño.

—Es nuestra oportunidad.

A pesar del plomizo cielo y el ambiente, que se tornaba más desapacible a cada segundo que transcurría, a Gina le brillaban los ojos con una intensidad que Blake hubiera jurado que era capaz de mandar aquellas nubes oscuras de vuelta por donde habían venido.

—¿Oportunidad para qué?

—Para echar un vistazo a esas cajas.

—¿Estás loca?—Blake supo en cuento la miró a la cara que no la haría cambiar de opinión; aun así, lo intentó—. Michael y el sheriff me dijeron que ni se me ocurriera acercarme a ese tipo, ¿y tú quieres que nos metamos en su casa?

—Exacto, sí.

—Paso de ti. Me largo al Dinner, o al local de Dalton antes de que la tormenta, ¡y sí, habrá tormenta!, me obligue a pasar los próximos tres o cuatro días en casa.

—Perfecto, pásalo bien.

La muchacha abandonó su refugio tras el seto recortado con la forma de torreta medieval, y cruzó como una centella Hill Avenue; saltó con la gracilidad propia de un deportista la pequeña cerca de madera y, se metió como una exhalación en el garaje abierto de Corben. Blake asistió al derroche de resolución y dinamismo de su amiga totalmente boquiabierto. Mirando a uno y otro lado para corroborar que nadie estaba llamando a la policía para detenerlos, siguió los pasos de Gina con mucha menos destreza que la chica.

La mayoría de cajas estaban repletas de menaje del hogar tales como vajillas, cucharas y cubiertos. Gina abría una tras otra con una frustración

creciente, hasta el punto de que dejó de hacerlo en silencio.

—Pues parece que nuestro genio del Mal es un gran fan de la Tienda en Casa. ¡Oye, igual su malvado plan consiste en abastecer las cocinas del infierno!

La muchacha ni siquiera le contestó, obstinada en inspeccionar todas aquellas cajas. Ella siempre se había fiado mucho de su intuición, y aquel tipo le había dado mala espina desde el mismo instante en que lo vio. ¡Allí tenía que haber algo!

—Gina, debemos marcharnos, en serio—señaló Blake—. Ese tipo puede volver en cualquier momento y, aunque no sea un “mandatario” demoniaco, seguro que es bastante capaz de marcar el número de la policía.

La muchacha suspiró y asintió, dispuesta a darle la razón a su amigo por una vez. El caso es que lo hizo demasiado tarde.

Bill Winston demostró en tan solo unos segundos, que toda una vida dedicada a un oficio no desaparece por el mero hecho de jubilarse. Aunque Winston había desempeñado durante la mayor parte de vida laboral la función de médico residente para familias, en un sitio como Maple Hill —donde el hospital más cercano se hallaba a más de treinta kilómetros—, el conocer los fundamentos básicos de cirugía se le antojaban esenciales. Al salir de la facultad de medicina —y mientras ya ejercía de facultativo en Maple Hill—, había cursado varios ciclos de cirugía plástica y reparadora en Connecticut, y alguno más sobre cirugía vascular y ortopédica en Montpelier. No eran suficientes como para dedicarse a ello, pero sí para poder ocuparse de una urgencia en una herida abierta hasta que las asistencias trasladasen al enfermo al hospital.

—¿Puedes hacer algo, Bill?

—Te he dejado entrar con la condición de que mantengas esa boquita tuya cerrada—reprendió. Vaughn hizo el gesto de cerrar una cremallera, y se mantuvo convenientemente retirado.

El médico limpió con celeridad la sangre alrededor de la herida, y llamó con la mano a Michael.

—Retira las toallas y coloca unas limpias—ordenó—. Luego trae un cuenco con agua caliente.

Michael se apresuró a cumplir las exigencias del doctor sin abrir la boca. Thomas se adelantó, y Winston lo detuvo con un dedo alzado.

—Ahora voy a extraer la bala—mantuvo el fórceps apretado para abrir la herida, y un nuevo chorro de sangre escapó y resbaló por el vientre de Robert —, pero si este hombre no acude inmediatamente a un hospital, no va a pasar de esta noche.

—Bill, sabes tan bien como yo, que con esta ventisca...

—Tengo claro que si habéis acudido a mi es porque no tenéis intención de llevarlo a un centro médico, no soy tonto—buscó en su maletín, y extrajo

unas tenazas tan largas como el brazo de un bebé—. Solo digo que si este amigo tuyo no recibe una transfusión en cuanto le saque la bala, la va a palmar en mi sofá.

—Puedes hacer la transfusión aquí mismo—el sheriff se arremangó a toda prisa—. Puedes usar mi sangre.

Winston desvió un segundo la mirada de la herida abierta, y cabeceó de la misma forma que cuando escuchas a un niño pequeño decir una barbaridad.

—Aunque me encantaría dejarte seco, créeme, no conozco el grupo sanguíneo de este hombre—sopesó las grandes pinzas, y se decidió a coger otras más cortas y estrechas—. Y para este tipo de intervenciones es imprescindible saberlo. ¿Tú sabes cuál es su grupo?

Vaughn se encogió de hombros, indicando que no tenía ni idea.

—Pues en ese caso, cuando acabe mi trabajo aquí, debéis trasladarlo de inmediato a un hospital.

—Doctor, ¿tiene aquí lo necesario para hacer esa transfusión?—interrumpió Michael, que aguardaba en la puerta de la cocina con una pila de toallas limpias y un cazo con agua humeante.

—Sí. Tan solo hacen falta unas vías y bolsas para los líquidos.

Michael dejó con suavidad las toallas y el recipiente, y se desprendió de su cazadora de cuero. En los brazos escuálidos y pálidos, resaltaba una intrincada red de venas de un color azul muy intenso.

—Adelante, yo soy 0 negativo.

—¿Y eso qué quiere decir?

Winston contestó a la pregunta de Vaughn sin apartar la mirada de Michael.

—Que debido a que carece de factor RH, es un donante universal.

—¡Pues estupendo!—palmeó el policía—. Que comience la sangría.

—No..., no estoy seguro...

—¿Qué ocurre, Bill?—Vaughn comenzaba a impacientarse—. Robert necesita sangre, y aquí tenemos a un tío que puede donar la suya a todo el mundo, así que, ¡vacíalo, sécalo como a un bacalao, cojones!

—Me temo que aunque sea 0 negativo, su sangre no sirve si es portador de... —volvió a dedicarle una mirada al joven—, de alguna enfermedad...

—No padezco ninguna enfermedad—respondió ofendido el joven.

—¿Ah, no?

—No.

—Es que... —se detuvo, y suplicó la ayuda de Vaughn.

—Te aseguro, Bill, que aunque tenga toda la pinta de un yonki portador de todos los males del mundo, no tienes nada que temer—se acercó, y puso una mano en el hombro de su viejo amigo—. Solo está cansado.

—Pues en ese caso, Thomas, acerca hasta aquí ese otro diván y coloca las toallas limpias encima—se volvió hacia Michael, que proseguía con un gesto adusto a causa de las dudas del médico sobre su salud—. Chaval, quítate la camiseta y tiéndete boca arriba.

Se levantó con la excusa de traer el material adecuado para la intervención, y cuando estuvo solo sacó del bolsillo un pequeño móvil.

—Vuelva a explicarme lo que quiere—dijo al escuchar la voz del otro lado—. Sí, en el estómago, pero no entiendo por..., de acuerdo.

Colgó y volvió dentro arremangándose con energía.

Escucharon los pasos tan cerca, que supieron que no tendrían tiempo de buscar un escondite convenientemente aceptable sin ser descubiertos. La urgencia les hizo perder unos segundos preciosos y, para cuando quisieron darse cuenta, Corben ya se encontraba en la entrada del garaje, tratando de que la enorme caja de cartón que transportaba no se le cayese al suelo; escapar por allí quedaba descartado. Gina arrastró a su compañero, presa de la desesperación, hasta el fondo del almacén, donde las cajas se alzaban hasta la altura de una persona.

—Podemos hacernos los despistados—improvisó la muchacha—. Decir que buscábamos la tienda. Él mismo me invitó a venir.

—No. Es posible que me haya visto con Michael o con alguno de los otros.

Percibieron los gruñidos de Corben acarreado su carga y, se dieron cuenta de que en cuanto irrumpiese en el garaje y soltase la caja que obstruía su línea visual, estarían perdidos. De repente, Gina sujetó por la barbilla a Blake y le giró la cabeza suavemente; en un primer momento, el chico no supo lo que su amiga quería decirle hasta que su retina atenuó un poco la penumbra. Oculta entre las sombras, detrás de varios muebles destrozados y abandonados, una diminuta puerta galvanizada quedaba camuflada a medias entre las telas y las sábanas que cubrían los enseres desechados. La muchacha señalaba con insistencia en esa dirección cuando Corben entró en el trastero. Blake sentía una presión palpitante en los oídos, una onda pulsátil que comprimía y relajaba, comprimía y relajaba; se percató de que estaba a punto de vomitar. Gina también debió de darse cuenta, por que le pellizcó el antebrazo y le obligó a recorrer a rastras la corta distancia que les separaba hasta la torre de sillas apiladas que se encontraba más próxima a ellos. Corben gruñía y maldecía a escasos metros de ellos, y le bastaba con adentrarse unos metros más en el garaje para descubrir a los dos chicos con la barriga pegada al suelo de cemento, reptando como unas serpientes furtivas. Blake sintió otro acceso de náuseas, pero se le pasó en cuanto alcanzó la relativa seguridad de los muebles cubiertos con sábanas. Allí era más fácil ocultarse. Gina llegó junto a él, y ambos se cubrieron con una manta raída, acurrucados contra lo que

parecía ser un sofá viejo. Blake sintió que se le aceleraba el pulso, pero esta vez no era por el miedo a ser descubierto; se trataba de la proximidad con Gina. Podía oler el aroma a vainilla de su pelo, apreciar el contacto tibio del dorso de su mano, la cercanía de sus muslos y la piel de su rostro.

A pesar de que bajo las mantas se encontraban más seguros, Gina no quería esperar a que Corben decidiese buscar algo al fondo del trastero y los descubriese, por lo que, amparándose en la exigua protección de los trastos acumulados de esa parte del garaje, se arrastró en dirección a la puerta, hasta que una enorme vitrina de aluminio se interpuso en su camino; desde aquella distancia parecía tratarse de un acceso para la entrada de mercancías. Bill Sasketchian tenía su carnicería al otro lado de ese garaje, en la habitación contigua a esa, así que Gina supuso que utilizaba el sótano como almacén y, accedía a las cámaras directamente desde su local por aquella puerta. Rezó para que estuviese abierta. Y también para que no hiciese ruido. Conteniendo la respiración, agarró el tirador de plástico y accionó la palanca; se abrió sin el más leve susurro. Se giró triunfante para buscar a su amigo, y el aliento se le detuvo en el pecho. Blake yacía a menos de un metro de donde se encontraba ella, boca arriba y con las piernas y los brazos extendidos. A pesar de la penumbra reinante, Gina pudo apreciar que sus ojos se habían quedado de un blanco lechoso, y que de su boca surgía un hilillo de baba espumosa que se le acumulaba en las comisuras contraídas. No sufría espasmos ni temblores, por lo que supuso que no se debía a un ataque epiléptico, pero se abalanzó sobre su amigo y lo cubrió con la manta cuando de su boca comenzaron a surgir susurros que semejaban a palabras veladas. Atenazada por un pánico áspero, más allá del temor a ser descubiertos, Gina sintió que unas lágrimas calientes pugnaban contra sus párpados, buscando escapar.

Se trataba de una clase de oscuridad que no había visto nunca. Desde el primer momento se dio cuenta de que no podía ser natural, que aquella homogeneidad semejante al terciopelo líquido debía de tratarse de un error. No pudo apreciar la diferencia entre arriba o abajo, ni siquiera si caminaba hacia adelante o hacia atrás, pero sí que intuía, con una fuerza devastadora, el vigor de un espíritu vivo. Esa sombra con la textura de la seda mojada

vibraba, hablaba, sentía. Blake no conseguía entender lo que pretendía transmitirle debido a la ambigüedad de emociones combinadas que desprendía, pero percibía la frustración de *Eso* por no ser capaz de comunicarse con él. Blake intentó hablar, pero en aquel universo de neblina opaca las palabras no brotaban; en ese cosmos de infinita incertidumbre, el lenguaje se limitaba a la mente. Cuando el muchacho *habló* desde la percepción, escuchó el suspiro de inmenso alivio de *Eso*.

—*Hola, Blake.*

—¿Dónde estoy?

—*Ya lo sabes.*

—¿Estoy muerto?

Eso emitió algo que pretendía ser una carcajada, pero que no se parecía a nada que el muchacho hubiese escuchado jamás.

—*No, al contrario; no podrías estar más vivo.*

—Pues esto no me parece Disneyland, que digamos.

—*Puede parecerse, si así lo deseas.*

Blake no entendió lo que aquella sombra quería decir, pero no le interesaba alargar más de lo necesario la conversación; necesitaba marcharse de allí o estaba seguro de que moriría asfixiado.

—¿Qué hago aquí?

—*No lo sé, has venido tú.*

Le faltaba el aire, y aquella cosa empezaba a ponerle de los nervios.

—¿Puedo marcharme?

—*Como te he dicho antes, puedes hacer lo que deseas.*

—¿Cómo salgo?

—*Dibuja la puerta.*

—¿Qué?

—*Tú has venido—repitió—. Haz lo mismo para volver.*

Blake hizo lo que la oscuridad le indicaba, y trató de imaginarse una

puerta; abrió los ojos y seguía inmerso en aquella opacidad licuada.

—No funciona.

No hubo respuesta.

—¡No funciona!—intentó gritar, pero la presión que sentía en el pecho no dejaba filtrar el aire—. ¡Quiero salir!

La única respuesta que obtuvo fue un silencio aterrador. Sintió que la oscuridad se solidificaba y, le oprimía, robándole la capacidad para respirar. De repente lo vio claro; lo había tenido delante de él todo el tiempo.

—¿Quieres venir conmigo?

El líquido oscuro que formaba el aire se agitó y se onduló, como las ondas formadas por una piedra al romper el agua inmóvil. De entre la penumbra impenetrable surgió una figura andrógina, compuesta únicamente del fluido más puro que jamás había imaginado. Caminó con la parsimonia de un felino y, se detuvo ante él.

—¿Lo quieres de verdad?

Aunque se trataba de una voz carente de sexo, inflexión o tono, Blake distinguió una nota de entusiasmo y anhelo encubierta.

—¡Pues claro!—exclamó en el lenguaje mental de aquella realidad—. ¡Marchémonos y disfrutemos un poco!

Blake hubiera jurado que vio el contorno licuado de *Eso* vibrar, como si se estremeciese.

—*Debemos marcharnos*—comunicó la sombra líquida.

—Quiero hacerlo, pero no sé cómo.

La figura le cogió la mano, y Blake experimentó el efecto de la paz absoluta. La oscuridad se convirtió en una luz cegadora, primero del tamaño de una cabeza de alfiler, expandiéndose gradualmente hasta velar por completo cualquier vestigio anterior de penumbra. En medio de aquel oasis de claridad, el contorno de una puerta resplandecía con la fuerza de mil soles; Blake tuvo la angustiosa seguridad de que la piel se le cuartearía y se le desprendería de los huesos, y su carne se fundiría como la mantequilla al cruzar el umbral centelleante. Nada de eso ocurrió. Únicamente advirtió que el apretón de manos de la sombra se hacía más intenso, como si ella también

tuviera miedo de cruzar al otro lado.

De nuevo la oscuridad, pero en esta ocasión todo era distinto. Podía oler el polvo de la manta que le cubría el rostro, y escuchar como el viento aullaba fuera y balanceaba las ramas de los arboles; además, volvía a notar la maravillosa tibieza de la piel de Gina sobre su cuerpo. Se incorporó a medias para no sobresaltar a su amiga, y faltó poco para que la muchacha soltase un grito de júbilo. Blake se llevó un dedo a los labios y, ella a su vez le señaló la pequeña puerta. Mientras Harold Corben lanzaba una caja contra el suelo en medio de una larga retahíla de insultos, Blake y Gina se escabulleron del garaje en silencio.

Bill Winston había sido un excelente médico y, visto el trabajo que hizo con Robert, podría haber sido también un magnífico cirujano. Vaughn recogía en silencio la multitud de toallas manchadas de sangre mientras que Winston repasaba que las vías de Sasketchian siguiesen colocadas en su lugar correspondiente. El sheriff se había mantenido en conveniente silencio durante toda la operación, pero en aquel momento, Winston lo llamaba por señas desde el umbral de la puerta de la cocina.

—¿Qué demonios está pasando?—soltó a bocajarro.

—Te agradezco tu ayuda Bill—contestó Vaughn, que parecía encontrarse al borde del desfallecimiento—. Pero sinceramente, no es de tu incumbencia.

—Lo es, si acabo de involucrarme en algo ilegal.

—No lo es, confía en mí.

Winston torció el gesto y se dio la vuelta para coger dos cervezas de la nevera.

—Tom, siempre has sido un capullo integral, pero también un buen poli—admitió el médico—. Si dices que esto no se trata de algo que pueda causarme problemas, por mi parte perfecto.

Ambos bebieron en silencio.

—Pero también debo admitir que siento cierta curiosidad—insistió—. ¿Por qué el sheriff del pueblo aparece en la casa de un doctor retirado que, por cierto le odia a muerte, con un viejo que lleva una bala de 9 m.m. en el intestino y un tío que es una réplica exacta de Jim Morrison?

Vaughn le apoyó una mano en el hombro de forma amigable.

—Bill, solo puedo darte un consejo, y espero que lo sigas—apuntó—. En los próximos días evita salir a la calle; incluso prescinde de la comida a domicilio. Elige un buen libro, enciende la chimenea y espera a que pase la ventisca como un buen doctor jubilado.

—Eso puedo hacerlo.

—Así me gusta—acabaron la cerveza y se dieron la vuelta para volver al salón—. Ah, y de verdad que siento lo de Wendy Chow.

El médico agitó la mano, restando importancia al asunto.

—Ni siquiera me gustaba de verdad—confesó—. Solo salí con ella por fastidiarte.

Vaughn estaba a punto de replicar cuando se detuvo a mitad de camino. Robert estaba de pie, con la mano derecha sobre el vientre y balanceándose sobre los talones como si estuviera a punto de caerse al suelo.

—Bueno, bueno ¡qué bonito!—cacareó con la voz rota—. ¿Para el enfermo no hay cerveza?

A pesar de que Robert juró y perjuró que se encontraba perfectamente, convinieron en quedarse a pasar la noche en casa de Bill Winston. Vaughn alegó lo peligroso que era salir con la nieve —que ya se había convertido definitivamente en ventisca—, con el Taurus, que no poseía tracción; además, estaba el hecho de que Michael continuaba durmiendo, y bien sabían que necesitaba aquel reposo más que el comer.

A causa de la tormenta parecía que ya era noche cerrada —a pesar de que tan solo eran las cuatro de la tarde—, por lo que decidieron hacer una cena temprana. A Bill se le veía encantado de tener compañía, y Robert se estaba recuperando a un ritmo prodigioso. De vez en cuando, Bill le cambiaba el vendaje y le echaba una ojeada a los puntos, y en todas ellas se maravillaba de la evolución del viejo.

—Son los genes—declaró—. Mi abuelo poseía una octava fracción de escandinavo, así que eso me convierte en vikingo, al menos en parte.

—¿Por eso lo de la barba?—señaló Winston.

—No, eso es por mi estilo “hipster”.

—¿Qué cojones es un hipster?

Vaughn le hizo una seña para que desistiera, pero Bill insistió; parecía estar divirtiéndose.

—¿En serio, Bill?—Robert fingió indignarse—. ¿Sabes acaso lo que es internet?

Ambos se enfrascaron en una discusión sobre las nuevas tecnologías, tribus urbanas, y la conveniencia de volver a los años sesenta. Vaughn se alejó un poco para vigilar que Michael se encontrara bien. El joven continuaba durmiendo, y el sheriff volvió a preguntarse como aquel hombre podría salvar a nadie; alejó ese pensamiento, preocupado por lo que estaba a punto de sucederle a su pueblo.

Michael despertó a tiempo para la cena, que Robert había insistido en ayudar a preparar.

—Incluso con una bala en el estómago tengo más talento que este matasanos—expresó, realizando movimientos circulares con una sartén sobre el fuego—. ¡Vaya mano con la sal!

—Pues parece que los puntos te los he puesto perfectamente—se congratuló Bill, observando la mejoría de su invitado.

—Por qué no has tenido que utilizar sal para ello, sino, podría darme por muerto.

Winston explotó en una sonora carcajada, que reverberó por toda la cocina y despabiló al joven. Cuando apareció en la cocina, Vaughn se apresuró para brindarle ayuda.

—¡Hombre, la Bella Durmiente parece haber olido mi famosa salsa ranchera!—gritó Robert desde los fogones.

Michael pensó aturdido que, cómo podía ser posible que el propio Robert, que tenía el doble de su edad y había recibido un disparo unas horas antes, pudiera encontrarse mejor que él mismo, al que solo le habían sacado un poco de sangre.

—En realidad han sido tus gritos, no tu mano con la cocina—aclaró somnoliento.

—No dirás lo mismo cuando pruebes estos huevos rancheros y el *filet*

mignon con salsa de champiñones.

—¿Pero qué demonios haces cocinando? Deberías estar descansando.

—Pues el caso es que aquí, el buen doctor, quería salvarme la vida con la aguja y el hilo, para envenenarme después con la sal y el hinojo—retiró la sartén del fuego y, repartió el contenido en platos—. En serio Bill, ¿cómo se te ocurre, hinojo, en serio?

Winston puso los ojos en blanco y se dedicó a poner la mesa en silencio. Media hora más tarde, se encontraban los cuatro sentados en la mesa del comedor. Las rachas de viento habían amainado, pero a través de los anchos ventanales podían ver la fina cortina de copos que se mecían de forma suave y se acumulaban en el alfeizar.

—Es agradable estar aquí dentro con este tiempo—declaró Michael.

—Lo que es agradable es mi comida..., y la chimenea, si me apuras—respondió ufano Robert.

—Me quedo con la chimenea.

—Eso es porque no has probado bocado.

Tanto Vaughn como Winston miraron el plato de Michael y, comprobaron que efectivamente así era.

—No tengo mucho apetito—se justificó—. Tengo una sensación extraña en el estómago que...

—Se diría que es a ti a quien han disparado en las tripas.

—Se trata de otra cosa.

Ninguno quiso ahondar más en el tema, ni siquiera Robert. Comieron en silencio durante unos minutos, escuchando el sonido de la madre naturaleza en forma de tormenta de nieve.

—Mike ¿me gustaría saber con quién tengo que acostarme para conseguir un coche como el tuyo?—soltó a bocajarro Robert. Vaughn se atragantó, y Winston tuvo que golpearle varias veces en la espalda.

—¡Robert, por Dios!—recriminó el policía.

—Oh, no me malinterpretes, Mickey—se disculpó el viejo—. Quería decir que no pareces el prototipo de hombre que pueda comprarse un coche así.

Vaughn tosió de nuevo, y Robert levantó las manos en señal de disculpa.

—A ver, que estáis muy susceptibles esta noche. Me refiero a que el chico tiene más pinta de beber vino de cartón, que malta escocés.

Vaughn lo fulminó con la mirada, pero Michael les sorprendió soltando una sonora carcajada.

—No te preocupes Robert; sé qué impresión debo de causar, pero el caso es que no siempre fue así.

—¿Qué pasó, drogas?

—Oh no, odio las drogas, al menos algunas. Yo soy más de alcohol, pero ese no fue el motivo.

El viejo apartó el plato y apoyó los codos sobre la mesa.

—Lo siento chaval, nunca se me ha dado bien cerrar esta preciosa boca que tengo.

—No pasa nada—pareció meditarlo un segundo y continuó—. El caso es que el Pontiac fue la única posesión que el Estado no consiguió embargarme. Me marché de Maple Hill con apenas dieciocho años, después de..., bueno, ya sabéis. Me busqué un trabajo en Montpelier fregando platos; no era para tirar cohetes, pero me daba para pagar una habitación y comer caliente. Por aquel entonces estaba bastante tocado por lo sucedido aquí; no podía dormir a causa de las pesadillas, apenas comía, y me era imposible entablar una conversación con un extraño sin ponerme a temblar como un condenado a la silla eléctrica, así que me fui a ver a un terapeuta.

—Un loquero—matizó Robert.

—Sí. Aquel tipo no decía más que chorradas, pero al menos una de las cosas que me recomendó, hicieron que mejorase.

—Pastillas.

—No. Me aconsejó que pusiera por escrito todas esas cosas que mi mente se empeñaba en mostrarme; según él, de esa forma quizá terminasen desapareciendo.

—¿Y lo hicieron?

—De ningún modo—aseveró—. Pero conseguí escribir un libro; El peso

de la maldad.

—Lo he leído—declaró Winston—. No te lo tomes a mal, pero me pareció una basura pretenciosa; todo eso de un tipo que distingue quien ha cometido un delito con solo mirar las caras de la gente me parece una gilipollez.

—¿Sí, verdad?—convino Robert maliciosamente—. ¿Quién se va a creer algo así?

Winston no detectó el tono irónico de Robert, pero sí la mirada reprobadora que le dedicó el sheriff.

—El caso es que se lo mandé a un editor que lo publicó. Contra todo pronóstico, se convirtió en un best-seller, y yo en millonario.

—¡No jodas!—exclamó el viejo—. ¿Entonces que eres, algo así como un rico excéntrico al que le gusta parecerse a estrellas del rock muertas?

—Gasté el dinero en casas, coches de lujo, fiestas... —continuó el joven—, pero seguía teniendo problemas psicológicos graves. Además, yo no era realmente un buen escritor, solo había plasmado en papel las cosas que no andaban bien en mi cabeza, como me había recomendado mi terapeuta y, por algún motivo insólito, a la gente le había gustado. Cuando llegó la hora de cumplir mi contrato con la editorial y de escribir mi segunda novela, me retrasé en los plazos de entrega, mentí en la cantidad de páginas que llevaba terminadas, y me gasté el anticipo de las regalías en una descomunal fiesta en un yate.

—Chico listo.

—Al final acabé “Los sueños de Nuestro Dios”, mi segundo libro; fue un fracaso rotundo, como era de esperar. En pocos meses, mi editorial me demandó por incumplimiento de contrato, debido a la frustración por la enorme cantidad de dinero que les había hecho perder y, poco más tarde, el IRS me embargó todo lo que tenía; con la única excepción del Pontiac, que había pagado con mi primer anticipo como regalo para mi novia de entonces y no figuraba entre mis pertenencias.

—Vaya—Robert parecía haber perdido las ganas de hacer bromas—. Realmente mi hermano te jodió bien la vida.

—Jim me salvó—sentenció el joven—. Sin él, ahora no podría estar aquí contando esta historia.

—¿Pero de qué demonios estáis hablando?—interrogó Winston.

—Tonterías. ¡Al final me ha venido el apetito, creo que probaré esos huevos rancheros!

La cara de Robert volvió a iluminarse, y le sirvió a Michael una generosa ración de la bandeja.

—Ya verás, chaval; mi hermano te quitó las ganas de vivir, pero yo, con estos huevos te las voy a devolver.

La tormenta había llegado tan furtiva como una sombra en un día soleado, y Gina se preguntó qué le daba más miedo: esperar en la casa de Corben a que pasara el temporal, o salir en plena ventisca; definitivamente prefería perder los dedos de los pies antes que pasar la noche en aquel lugar. Había resultado que la estrecha puerta del garaje comunicaba con un corredor de paredes de piedra, que recorría el inmueble de forma subterránea. A izquierda y derecha se habían encontrado con accesos para diversas habitaciones, como la antigua carnicería de Jim Sasketchian —donde ahora estaba el negocio de Corben—, y unos metros más adelante, un lavadero con una lavadora y dos secadoras, un cuarto diminuto donde se acumulaban trastos viejos hasta el techo, y la sala donde una monstruosa caldera reposaba como un dragón dormido. Habían probado a volver a salir por el garaje cuando estuvieron seguros de que Corben se había marchado, pero la puerta estaba cerrada y solo podía abrirse por medio de un mando. Volvieron sobre sus pasos, intentando salir de aquel lugar antes de que se hiciera de noche —aunque la inesperada tormenta ya había revestido de oscuridad todos los rincones sin iluminar—, y tratando de orientarse entre el caótico laberinto de habitaciones y almacenes del subsuelo de la vivienda. Dejaron atrás la lavandería y el trastero, omitiendo la escapada a través de la tienda, pues Corben —a pesar de la ventisca—, continuaba al frente de su negocio. Cuando llegaron hasta el final del largo pasillo —que acababa en una bodega considerable—, decidieron arriesgarse y subir por la escalera que conducía hasta el piso superior. No sabían si Corben vivía con alguien más en la casa, pero debían asumir el riesgo si querían salir de allí. Ascendieron, rodeados de la ilimitada penumbra que parecía habitar en todos y cada uno de los rincones del inmueble, hasta tropezar con otra puerta. Blake no había pronunciado ni una sola palabra desde que sufriese el “ataque” en el garaje, pero su determinación parecía haber cambiado de forma radical; ya no vacilaba ante las puertas cerradas, misteriosas o no. Al traspasar aquella puerta, la situación cambió drásticamente; la penumbra seguía siendo la invitada en aquella fiesta de viento y nieve, pero la tenue claridad de los apliques bien distribuidos cada pocos metros, dotaban a la vivienda de una repentina condición de hogar

de fábula casi mágico. Los tenebrosos recovecos de la profundidad quedaban desterrados bajo la maravillosa ornamentación, bien distribuida y coronada por alfombras de colores cálidos que, junto a espejos de finos marcos, sillones tapizados de color morado y, las paredes forradas de un delicado papel verde ribeteado con cenefas de color oro, provocaban una sensación de armonía y serenidad innegable. Gina se dio cuenta de que se encontraban en la planta principal, en una especie de recibidor de estilo victoriano que daba paso a un salón tan amplio como un campo de fútbol. En el extremo contrario se ubicaba un reducido hall con percheros y un paragüero y, a un par de metros, la puerta de la vivienda. No había nadie a la vista, por lo que intuyó que esa era la oportunidad que estaban esperando; inició la carrera, pero se detuvo al observar que Blake no la seguía. Quiso llamarlo, pero su amigo ya había iniciado el camino en dirección contraria y no quería delatarse. Llegó junto a él y lo sujetó con fuerza —quizá más de la que hubiera deseado—, por el antebrazo.

—¿Qué demonios estás haciendo?—le susurró al oído.

—Hemos venido a por respuestas—contestó, tajante—. Y no pienso marcharme sin conseguir las.

—Pero...

Blake desoyó las quejas de su amiga, y se internó en el corazón de la vivienda, avanzando con pasos lentos pero decididos. Gina se situó a su lado, aterrada pero resuelta a continuar junto a su amigo hasta el final de aquella disparatada aventura.

Una agradable temperatura reinaba en todas las habitaciones de la casa y, a pesar de que no se habían cruzado con nadie, todos los apliques, lámparas y lamparillas se encontraban encendidos. Habían revisado la cocina, el amplio salón y una extensa biblioteca sin encontrar nada reseñable o extraño; por supuesto, nada que pudieran relacionar con el advenimiento del apocalipsis. Gina se encontraba tensa y con una creciente sensación desagradable, pero aguantaba estoicamente junto a Blake en su búsqueda minuciosa.

—¿Qué buscamos?—repitió una vez más la muchacha en susurros.

—No tengo ni idea, pero lo sabremos cuando lo veamos.

—Nunca me ha gustado esa respuesta. Yo prefiero saber lo que busco.

—Lo sabremos—atajó.

Una vez que acabaron el recorrido por la planta principal sin encontrar nada extraño, Blake dejó vagar la mirada por los muebles de forma ausente. Se encontraban en el salón, al principio del itinerario, y Gina observaba con anhelo la puerta situada a menos de diez metros de donde se encontraban. Cuando la muchacha tiró suavemente de su amigo en dirección a la salida, éste se resistió y comenzó a caminar, sin desviar la mirada de la imponente escalera que ascendía formando media espiral hasta el piso superior. Gina gimió, pero fue tras él. Subieron despacio, ascendiendo escalón por escalón y, a cada paso, ambos sintieron que el frío penetraba en sus huesos hasta el tuétano, helándoles el alma. Blake continuaba manteniendo una apariencia firme, pero en su semblante se adivinaba un rictus de inquietud que ahogó a Gina en un mar de incertidumbre. No deberían estar allí, lo sabía; lo *sentía* llegar en intensas oleadas desde ese lugar recóndito donde surgen las corazonadas y los presentimientos vitales. El inconveniente era que ella había iniciado ese juego de espías y detectives, pero conocía sus límites y hasta donde estaba dispuesta a arriesgar, pero Blake era distinto; su amigo había cambiado en aquel garaje, y el problema residía en que ella no era capaz de interpretar si para bien o para mal.

El final del tramo de escaleras enlazaba con un pasillo, más estrecho y corto que el de la planta inferior. Una moqueta de color salmón trataba de mitigar la sensación opresiva del corredor mal iluminado (efecto que a Gina no le tranquilizó) y sin ventilación. Blake no apartaba la mirada de una de las puertas cerradas del final de la galería, como si una fuerza invisible lo arrastrara sin remisión. Gina padecía en aquel momento un ataque de verdadero pavor, pues de algún modo tenía la certeza de que algo muy malo se hallaba escondido tras los muros de esa residencia; en concreto, detrás de alguna de esas cuatro puertas que permanecían cerradas a tan solo unos metros de ellos. Blake no titubeó ante la primera, que se encontraron a su derecha, abriéndola y cerrándola casi con la misma rapidez. Se trataba de una sala de lectura, repleta de estanterías con volúmenes de todo tipo desde el suelo hasta el techo. Una mesa de oficina y un diminuto ordenador completaban todo el mobiliario; no despertó el más mínimo interés en su

amigo, que pasó a la siguiente inmediatamente. Repitió el proceso con las dos siguientes, dedicándoles una breve ojeada, solo para descartarlas un segundo después. Continuaba concentrado en el final del pasillo, como si todo lo demás solo sirviera para retrasar un desenlace del que ya conocía el final. Gina lo seguía como un escalador novato permanece junto al sherpa experimentado en su ascenso al Everest, confiando en que su amigo supiera lo que estaba haciendo; esa confianza se transformó en una severa preocupación cuando llegaron al final. Blake se detuvo frente a la puerta cerrada, con la mano alzada en dirección al picaporte bruñido y murmurando algo ininteligible. La muchacha le sujetó por el codo y susurró su nombre, pero el joven no parecía encontrarse allí totalmente. Gina se acercó todo lo que pudo para intentar escuchar qué estaba diciendo: “¿Estás seguro? No tengo claro qué debo hacer. Creo que sí. ¿Y luego qué? ¡Eso es imposible!”.

Una descarga eléctrica recorrió la columna de la chica con la intensidad de un rayo, que no pudo reprimir un gemido sofocado cuando Blake se volvió hacia ella. Los ojos de su amigo habían desaparecido y, en su lugar solo quedaban dos pozos de oscuridad absoluta. Gina se tapó la boca con la mano, incapaz de contener las lágrimas que se acumularon bajo sus parpados. El rostro de Blake estaba a escasos diez centímetros del suyo, y le sonreía con una expresión estúpida que le recordó a un personaje de dibujos animados. La negrura líquida en la que se habían convertido sus globos oculares bullía de excitación, agitándose y girando como diminutos agujeros negros.

—No te preocupes—graznó su amigo, con una voz que parecía proceder desde otro universo—, está aquí para ayudarnos.

—¿Qui... quién está aquí?—sollozó.

—Soy yo, nosotros; somos *Ella*.

—Dios mío, Blake, por favor, vámonos de aquí. ¡Larguémonos de esta casa ahora mismo!

Obtuvo la misma expresión vacía y frívola de antes por toda respuesta. El joven —o lo que fuese que “pilotaba” dentro de él—, se giró y asió el pomo de la puerta. Con la determinación del valiente o el estúpido, Blake se metió dentro sin pensarlo; Gina fue tras él.

Había esperado encontrarse cara a cara con el horror más espantoso; con un pasadizo de acceso directo al infierno, sellado por el mismísimo Señor Oscuro y listo para ser usado. Sin embargo, lo que encontró al otro lado de la puerta fue lo más parecido a una habitación de hospital que había visto en su vida. A decir verdad, se trataba de la habitación de hospital más agradable en la que había estado jamás. La intensa nevada había oscurecido el mundo fuera, pero en aquel rincón del planeta, dentro de aquella habitación, la penumbra se mantenía a raya gracias a la luz cálida que desprendían los apliques dorados sobre el cabecero de la cama. Un dosel compuesto por la seda más fina que habían visto nunca rodeaba el lecho por completo, excepto en el lugar donde un regimiento de máquinas y monitores silbaban y emitían una serie de chasquidos intermitentes. Blake se acercó lentamente —como si aquella cosa de ojos líquidos y negros como la brea pudiera tener miedo de lo que aguardaba bajo la tela—, y apartó el dosel con delicadeza, casi con ternura. Medio sepultada por una gruesa manta de lana de vicuña, Jenna Corben era apenas el esbozo de un ser humano. Una carcasa frágil y delicada, desde la cual surgían media docena de cánulas y tubitos, que iban a parar al enjambre de máquinas que la velaban como mudos centinelas a su lado. La mujer abrió los ojos y examinó detenidamente a Blake; unos interminables minutos después reparó en Gina, escudriñándola con curiosidad. Cuando volvió a centrar su atención en el muchacho, suavizó su expresión y le cogió la mano.

—Llevo tanto tiempo esperándote— declaró dulcemente.

Gina se adelantó un paso, y necesitó de toda su cordura para no sucumbir y escapar de allí corriendo como una chiflada. El rostro de Blake era la escenificación pura de la satisfacción, y sus ojos, fraguados por una oscuridad licuada infinita, bailaban y hacían cabriolas dentro de las cuencas desprovistas de globos oculares.

La repentina ventisca había pasado, pero según las previsiones, otra más grande se acercaba por el norte desde Canadá, y alcanzaría Las Rocosas a media tarde. En consecuencia con los nuevos informes meteorológicos, los turistas que todavía quedaban en Maple Hill desaparecieron a primera hora de la mañana, formando una caravana de vehículos que provocó varias horas de retenciones en la I-95, en dirección a Montpelier; nadie quería quedarse atrapado en un sitio como Maple Hill si tenían la opción de regresar a sus cómodas vidas en la ciudad. En retrospectiva, se convertiría en la mejor idea que habían tomado en toda su vida.

A las ocho de aquella mañana del 18 de octubre de 2019, la comisaría de Maple Hill se encontraba totalmente desbordada. Las intensas nevadas habían obligado a los patrulleros a volver a sus respectivas zonas de trabajo en las carreteras, mientras que el grueso de la policía del estado había tenido que marcharse para atender las exigencias de ciudades más grandes afectadas por la tormenta, como Burlington o Connecticut. Tras la muerte de Flint Buchanan y la desaparición del sheriff Vaughn, el total de los efectivos de la policía de Maple Hill se reducía al sargento Martin Monaghan, y los alguaciles Gerardo Martínez y Brad Liston, que se encontraban en sus mesas atendiendo a las denuncias, pese a no estar de turno. Con la eliminación de las oficinas del sheriff en Connecticut en 2001 —y en una gran mayoría del estado de Vermont—, la Comisión de Fuerzas del estado exigía que un funcionario representante aguardase con los alguaciles y el sheriff en un “estado de crisis”; aquel marrón se lo había comido entero Larry Truman, que removía papeles de un lado a otro de la mesa que se le había asignado como si la corbata no le llegase al cuello. Monaghan desvió la mirada de la mesa vacía de Buchanan, con un profundo sentimiento de pesar por la desgracia sufrida por el joven policía. Le dolió aún más que no pudiesen celebrar un funeral como Dios manda hasta que la Comisión estatal no diese el visto bueno; pensó en Marla, la afligida esposa, y reprimió el deseo de rechazar la orden y realizar el funeral a pesar de la resolución emitida. Se desabrochó el primer botón de la camisa —que esa mañana parecía apretarle más de lo normal—, y repasó las denuncias que todavía le quedaban encima de la mesa.

“¿Pero qué demonios le está pasando a este pueblo?”, se dijo mientras leía por tercera vez el primer atestado de la carpeta. Liston le dedicó una mirada de reproche desde su mesa, que Monaghan cazó al vuelo —aunque le importaba una mierda lo enfadado que pudiera estar ese imbécil—, y volvió de nuevo a centrar su atención en las denuncias.

“Donde cojones se habría metido el inútil de Vaughn”, se preguntó por quinta o sexta vez en lo que iba de mañana.

Vaughn ya estaba montado en el Taurus cuando Michael apareció. Detrás de él, caminaba parsimoniosamente Robert, que saltó al asiento del acompañante adelantándose al joven.

—¡Me lo pido!

—¿Qué haces aquí fuera?

—Buenos días a ti también, querido sheriff—terció Robert.

—Lárgate de mi coche—masculló—. Habíamos acordado que te quedarías aquí con Bill.

—Eso fue anoche—se puso el cinturón, sonriendo como un niño bueno—. Y porque me pillaste con las defensas bajas; si me llegas a regalar bombones o una botella de vino, me hubiera entregado a ti como una adolescente ingenua.

—¡Te dispararon ayer!

—Por eso lo de las defensas bajas—le señaló el contacto del vehículo—. ¿Nos vamos o esperamos a que llegue Navidad?

Vaughn suspiró y accionó la llave en el contacto. El Taurus reaccionó de inmediato, pese a tener encima una capa de diez centímetros de nieve acumulada. Tanto Robert como Thomas miraron a Michael, que observaba la discusión entre los dos hombres desde fuera.

—¿Vas a entrar al coche o estas esperando una invitación?—gruñó el sheriff.

—Es tan bonito—bromeó—. Es como si llevaseis casados cincuenta años.

Robert esbozó una sonrisa que le ocupaba el rostro por completo, y se giró hacia Vaughn.

—Es el amor de mi vida.

El policía aceleró el motor y metió la marcha, fingiendo no escucharlos, y Michael tuvo que saltar dentro del coche cuando ya estaba en movimiento.

El cielo plomizo no auguraba una tregua cercana, sino más bien una encarnizada batalla de los elementos. Los tres mantenían un silencio tenso desde que abandonaron la residencia de Bill Winston, siendo conscientes de que el desenlace estaba cerca, y debían emprender de una vez por todas la ofensiva final. “*Coger el toro por los cuernos*”, como se solía decir. Michael había permanecido sumido en una especie de trance, inmerso en una fuerte discrepancia interna. Desde que despertó la tarde anterior en el sofá de Bill Winston, las “visiones” habían aumentado considerablemente, hasta el punto de que a veces no distinguía entre realidad o fantasía. Había estado dudando entre contarle o no, pero cuando las alucinaciones se volvieron demasiado personales, decidió callárselo; de nada servía poner nerviosos a los demás por algo que podía tratarse únicamente de invenciones de su mente trastornada. En lo más profundo de su alma sabía que no era así, pues solo había sentido algo parecido en dos ocasiones en su vida, y se habían cumplido punto por punto.

—¿Entonces cual es el nuestra siguiente jugada?—preguntó Robert.

—Parece ser que la ventisca de anoche solo fue un aperitivo—confirmó Vaughn—. La verdadera tormenta llegara a Maple Hill en unas tres o cuatro horas; para cuando eso ocurra, quiero tener a Harold Corben encerrado en la Sala de Espera de mi comisaría. Lo detendré bajo cualquier excusa, pero tendrá que quedarse allí al menos durante doce horas. Para cuando la tormenta se haya marchado, espero tener las respuestas que necesito.

—Eso no servirá de nada—confirmó Robert—. Las cosas que van a suceder..., las que ya están sucediendo, no las está ejecutando el propio

Corben.

—Ya lo sé, pero es el “instigador” ¿verdad? Algo tendrá que decir que nos pueda servir.

—Tom, no pareces comprender el verdadero estado de esta situación— Robert había adoptado un tono lúgubre que no era propio de él—. Corben solo se trata de esa punta del iceberg que todos podemos ver. Trata de imaginar a un loco que vierte veneno en un río; Corben es ese chalado con el botecito de la calavera, pero aunque lo detengas, le des una paliza o le arranques las uñas de los pies, el veneno seguirá estando en las aguas del río, y los peces seguirán muriendo.

Vaughn intentó replicar, pero cerró la boca antes de hablar, y el Taurus volvió a quedar sumergido bajo un opresivo silencio.

—Tenemos que eliminar el veneno—murmuró Michael desde el asiento trasero—. Y matar al loco.

Incluso Vaughn se giró en su asiento —y dejó de mirar la carretera durante un peligroso segundo—, para escudriñar al joven.

—Hasta ahora no hemos hecho más que dar palos de ciego—continuó. Ambos se dieron cuenta de que la apática actitud que el joven había mantenido hasta ese momento había cambiado—. Corben ha vaciado el veneno, y nosotros solo corremos de un lado a otro de la orilla intentando saber si los peces ya se están muriendo.

—Michael...

—Tom, sé que has sido policía la mayor parte de tu vida y, por lo que veo, un tipo honrado—argumentó el joven—. Pero en esta ocasión no sirven de nada los valores morales. Hace doce años, esta locura comenzó mediante unas palabras escritas en un libro y, aunque no entiendo cómo Jim logró sofocar la situación, sí que conozco algunos detalles. Debemos identificar los objetos que Corben ha distribuido, o sea el veneno que ha vertido en el río, erradicarlo y apartar a los afectados de las calles.

—¿Cómo piensas “apartarlos”?

—Haciendo lo que sea necesario—recalcó—. Sé mejor que nadie que esas palabras malditas solo potencian lo peor que cada uno lleva dentro, pero al fin y al cabo, la maldad está presente. Entenderé que no quieras formar parte

de esto, pero estoy dispuesto a terminar con toda esta mierda cueste lo que cueste; o caiga quien caiga.

—¿Estás hablando de matarlos?

—Mi primera opción es que los encierres hasta que acabemos con el veneno, y luego rezar para que recuperen la normalidad de sus vidas; si eso no funciona, sí, haré lo que sea necesario.

—Te detendré si matas a alguien—aseguró el sheriff.

—No lo dudo—afirmó Michael cabizbajo—. Pero es lo que tengo que hacer. Todos estos años he sentido que no debería estar aquí, que mi vida debería haber acabado en ese sótano hace doce años, pero he comprendido que quizá sigo en este mundo precisamente para cerrar el círculo; para acabar con lo que yo mismo inicié.

—Puedes cerrar el maldito círculo sin tener que matar a nadie.

—Esperemos que sea así. Por Dios que lo espero.

Lo peor de todo era que él sabía que no iba a resultar tan fácil. Odiaba aquello en lo que se había convertido, eso en lo que Jim Sasketchian lo había transformado, pero al menos jugaba con una baza que nadie esperaba; podía anticiparse gracias a esas malditas visiones.

Aunque se estaba divirtiendo, necesitaba salir antes de que la nueva tormenta llegase y los dejara atrapados. Jerome había perdido la cuenta de los días que llevaba sin dormir, pero su mente funcionaba mejor que nunca. Corben le había enviado un nuevo encargo, y pensaba aprovechar la misión para realizar sus propias tareas. La vieja apenas guardaba en la despensa otra cosa que no fuesen latas de sopa, judías con tomate, y docenas de envases de salsa ranchera. Necesitaba abastecerse para aguantar los días de aislamiento a los que pudieran verse sometidos cuando arreciase la ventisca, pero también quería salir para recuperar el libro y los mapas de Lakewood; además de unos cuantos suministros que se le habían ocurrido para hacer más..., llevadero el confinamiento.

Abrió unos centímetros la cortina de la sala de estar, y vio los espesos cúmulos de nubes semejantes a ovillos de algodón negro que despuntaban por el horizonte. Se apresuró a recoger las llaves de la vivienda, y un recio abrigo que debía de haber pertenecido al difunto marido de la señora Bakersfield. Aunque había bajado todas las persianas de la casa, únicamente le hacía falta para orientarse la suave luz de una lamparilla de noche, que se encontraba colocada en la entrada y arrojaba una claridad amarillenta más que suficiente. Rodeó las butacas y se acuclilló delante de una de ellas. Sarah Halley dormitaba medio inconsciente, y manchas de sangre reseca recubrían su frente y mejillas como un antifaz macabro. Jerome le retiró la mordaza y le dio un beso ligero en una de las comisuras de los labios.

—Buenos días, cariño.

La mujer emitió un jadeo fugaz por toda respuesta, sumida en un bendito letargo. Le colocó de nuevo el pañuelo sobre la boca, y se volvió hacia Amanda. A Jerome no le despertaban un especial entusiasmo las personas mayores, pero aquella vieja había resultado ser una formidable distracción. Debía reconocer que la anciana tenía agallas.

—¿Cómo se encuentra esta mañana la abuelita?—preguntó Jerome con voz infantil, retirando la banda de gasa de los labios de Amanda.

—Eres un malnacido—siseó la mujer.

—Ese no es un lenguaje apropiado para una ancianita, señora Bakersfield.
Amanda le escupió con rabia.

—Pienso arrancarte el corazón, enfermo de mierda—aseguró con los labios apretados por la indignación.

Jerome negó con el índice, y volvió a colocarle la venda sobre la boca.

—Me estoy planteando no volver a dejarla hablar hasta que no aprenda modales—se acercó y la besó en la frente—. Pero no se preocupe, tendremos tiempo de corregirle su conducta.

Se cercioró de que las ligaduras de ambas continuaban lo suficientemente firmes y, tras lanzarles un beso al aire, se marchó.

Amanda vio salir al degenerado que las tenía secuestradas y, dejó fluir sus lágrimas libremente. No pensaba darle el gusto a aquel hombre de verla llorar, de que pudiera pensar que la había doblegado, pero la realidad es que se encontraba al borde de sus escasas fuerzas. La mujer que estaba cautiva a su lado (Sarah, la había llamado aquel tipo), se estaba llevando la peor parte en las “atenciones” de ese maniático, pero para ser justos, no había estado del todo consciente en ningún momento; ella, por el contrario, estaba muy lúcida. Trató de moverse, de aflojar las ataduras que atenazaban sus muñecas, pero la artritis la estaba matando y, no poseía la fuerza necesaria para poder desatar los nudos. Gimió, presa de una impotencia creciente que le aplastaba el pecho con una sobrecarga monstruosa, dificultándole una tarea tan sencilla como era la de respirar. Al final, se entregó sin remisión al histerismo, dejando atrás tantos años de sensatez y moderación. Gritó hasta que le dolió la garganta. Retorció hasta el último músculo de su cuerpo en un vano intento de liberarse y, pateó el suelo con desesperación hasta que se quedó exhausta. Aquel loco iba a volver, y ya no habría vuelta atrás; tanto la mujer que dormitaba a su lado como ella estarían perdidas.

—No... no te des por... vencida.

Amanda intentó controlar su respiración para prestar atención; no tenía claro si aquellas palabras habían surgido de la mujer que estaba sentada a su lado, o se trataba de alguna deliberación con la parte de su conciencia que ya había perdido la razón.

—Tengo..., tengo un plan.

Hizo todo lo que pudo para mirar en la dirección de la que provenían los mensajes, tan débiles que podían perderse dentro de un suspiro.

—¿Quién eres?

—Me llamo Sarah—contestó, construyendo las palabras con dificultad—. Sarah Halley.

—Oh—Amanda no pudo reprimir el lamento de sorpresa—. Lo siento mucho querida, no sabía...

—Está bien—balbuceó—. Ahora tenemos que centrarnos en salir de aquí.

La anciana admiró la determinación de aquella mujer que, recientemente acababa de sufrir la desgracia por la muerte de un hijo, y que en ese momento se encontraba secuestrada por un hombre que se había pasado la mayor parte de la noche humillándola. Amanda estaba segura de que, al igual que ella, no había sufrido vejaciones físicas —al menos no de tipo sexual—, pero durante muchas horas había escuchado a ese perturbado desatar con aquella joven todas sus frustraciones.

—Escucha, Sarah, no sé si voy a poder...

—Te conozco—afirmó—. Sé que eres una mujer fuerte.

Amanda gimió.

—Ese hombre volverá muy pronto, y esta vez no se limitará a restregarse contra nosotras y observarnos—aseguró.

—¿Y qué sugieres? Yo apenas puedo mover los brazos.

—Debemos estar preparadas para hacer lo que haga falta.

La anciana suspiró, y se aferró con rabia al reposabrazos. Aquella demostración de energía le demostró que aún conservaba fuerzas, y se sintió vigorizada.

—Cuéntame cómo vamos a joder a ese maníaco.

Thomas Vaughn entró solo. El sheriff tenía amigos, y conseguir la orden únicamente le había supuesto comprometerse a una cena pagada, y una mañana de domingo jugando al golf.

—No entiendo muy bien el motivo de esa orden, pero soy un ciudadano que se jacta de cumplir con las normativas establecidas en todo momento.

—Le repito, señor Corben, que no es más que una comprobación.

El anfitrión condujo al sheriff a través de un estrecho pasillo en penumbra, que comunicaba la vivienda con la entrada del negocio. Sin decir ni una sola palabra más, el dueño abrió un pequeño archivador situado detrás del mostrador, y colocó una carpeta de anillas encima de la superficie lustrosa de cristal.

—Aquí lo tiene, sheriff—concluyó apartándose un poco, como si aquella carpeta fuese un artefacto explosivo—. Los libros de contabilidad; todos los artículos vendidos se encuentran reflejados en ellos.

Vaughn se sintió un estúpido cuando Corben se acercó y le indicó donde se hallaban las listas de las ventas. Para él, aquello era un galimatías incomprensible de números, anotaciones y saldos.

—Si necesita ayuda...

—Gracias, pero estoy bien—contestó frustrado.

Ojeó las páginas, y compuso un gesto de interés que para nada era real; solo interpretaba un papel y, no muy bien.

—Bien, necesito llevarme esto—concluyó cerrando la carpeta—. Se lo devolveré en cuanto hagamos unas comprobaciones en la comisaría.

—Por supuesto, lo que necesite.

Vaughn se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo en seco; algo en la pared había llamado su atención. Se acercó lentamente, esquivando un pequeño aparador repleto de libros de bolsillo; Corben lo seguía de cerca por detrás. En el retrato —del tamaño de un azulejo—, una muchacha sonreía a la

cámara mientras que un joven la abrazaba por la espalda. Al fondo, testigo mudo de la felicidad de la pareja, la silueta de una noria que había quedado congelada en el tiempo completaba la imagen. El policía soltó el libro de cuentas y se acercó tanto hasta el cuadro, que la punta de su nariz casi rozó el cristal. Tras estudiar la fotografía durante un eterno minuto, se dio la vuelta y la vio. Donde debía haber estado Harold Corben se encontraba Claire, su esposa.

—Cariño...

Vaughn rompió a llorar y, las palabras se le acumularon en la garganta.

—Cariño..., yo...

Lo que hasta ese momento solo era una silueta abstracta a causa de la media luz que incidía sobre ella, se transformó en una entidad tangible y totalmente corpórea cuando Claire se adelantó un paso.

—Tom—cloqueó con la voz rota—. Mi querido osito grande.

El sheriff rompió a llorar de nuevo, pero aquellas lágrimas eran fruto de la felicidad más completa que había sentido en toda su vida.

—Cariño, creía que te había perdido.

Ella se adelantó y lo abrazó con fuerza.

“No, no es un sueño, puedo sentir su calidez, el olor de su pelo y, ese aroma a castañas que siempre desprende su piel”

—¿Cómo..., cómo es posible?

—No lo sé, querido—Vaughn notó el aliento en su oído—. Había oscuridad, y luego una puerta.

—Pero...

—Eso ya no importa, osito mío, lo importante es que estoy aquí.

Vaughn advirtió que la voz de su esposa se había vuelto más grave.

—Y tengo que regañarte. Has sido un chico malo, ¿verdad que lo has sido, osito grande?

—Pero...

—Has andado jugueteando con esa desvergonzada de Rossie Maxwell,

¿verdad?—su tono seguía teniendo la melodiosa cadencia de Claire, pero su modulación aumentaba con cada palabra—. Os habéis estado revolcando en esa cafetería suya, ¿me equivoco?

Vaughn trató de liberarse del abrazo de su esposa resucitada, pero la compresión aumentó con una fuerza inusitada.

—Follando y jugando a ser poli—la voz de Claire se había convertido en un coro de alaridos chirriantes, semejantes a los ladridos de un perro herido—. ¿Me equivoco, osito mío?

—Claire...

Vaughn efectuó una maniobra que aprendió en la academia para detener a borrachos hostiles sin utilizar la violencia; no quería hacer daño a su esposa, fuese lo que fuese. Con un leve giro y un movimiento con la fuerza apropiada, el sheriff inmovilizó por detrás a Claire, que seguía aullando con la estridencia de mil violines desafinados.

—Debiste guardarte tu “cosita” en los pantalones, gran oso—masculló, con una voz que ya no se parecía en nada a la de su esposa, y que consiguió que a Vaughn se le aflojasen los intestinos—. Y mucho menos andar jodiendo a quien no debías haciendo preguntitas de poli machote.

El cuerpo de Claire comenzó a cambiar y a ensancharse. Su espalda aumentó de tamaño, y Thomas sintió que los antebrazos por donde la mantenía sujeta adquirirían una musculatura notable. Retrocedió asqueado cuando vio la nuca de su mujer abultarse y llenarse de un vello recio y canoso. El orfeón de alaridos que profería la que, hasta unos segundos antes era la mujer de su vida, cambió y se convirtió en un gruñido ronco con el que Vaughn estaba familiarizado. El policía tropezó con algo que había caído al suelo, y se dio cuenta de que era la carpeta de ventas que había ido a buscar. En mitad de la confusión dominante, de la atmosfera de tinieblas y oscurantismo de aquella maldita locura, su mente racional actuó por impulso y gobernó la situación. Recogió la carpeta y huyó a toda velocidad en dirección a la salida, pero todo había cambiado. Las estanterías ya no estaban, el mostrador de la entrada también había desaparecido y, una vasta red de pasillos y corredores se extendían por delante de él hasta perderse en la opacidad de las sombras. No se detuvo a buscar una explicación —nada de todo aquello podría tenerla—, sino que escogió uno de los pasadizos y se internó por allí a la carrera. A medida que iba dejando atrás una serie

interminable de puertas y tomando un nuevo camino, se dio cuenta de donde estaba. Debía de haberlo imaginado cuando vio transformarse esa *cosa* que aparentaba ser su mujer, pero en aquel momento su cabeza se encontraba embotada. Se encontraba en la vieja mansión de sus abuelos, aquella en la que pasaba los veranos cuando era niño; y esa bestia que lo perseguía a poca distancia se trataba de Elijah Vaughn, su abuelo.

Robert y Michael observaron con preocupación el muro oscuro y amenazante de nubes que avanzaba lenta, pero inexorablemente por el norte de las montañas. Ya habían pasado más de veinte minutos desde que Vaughn entrara en la casa de Corben, y comenzaban a intranquilizarse por la falta de noticias. Justo cuando Robert se quitaba el cinturón de seguridad para ir a por Thomas, Michael le palmeó el hombro y le señaló en una dirección. Vieron a Gina y Blake abandonando la antigua residencia de Jim Sashchian por la parte trasera, y escabullirse subrepticamente por uno de los callejones adyacentes a toda prisa.

—¿Pero de dónde se supone que salen esos dos?

—Colega, te aseguro que a ese chaval parece que lo sacaron de la incubadora antes de tiempo—aseguró Robert.

—Tenemos que ver qué estaban haciendo.

—Tom sigue dentro.

—El sheriff sabe cuidarse solo, Robert—concluyó—. Pero esos dos me preocupan.

El viejo asintió, dando a entender que secundaba su juicio. Ambos dejaron el Taurus de Vaughn y fueron tras los dos jóvenes, sin poder imaginar que aquella decisión ocasionaría una de las mayores matanzas en la historia del estado de Vermont.

Dejó a un lado la circunstancia de que todo aquello no podía ser real y, se centró en sobrevivir. Poco importaba el hecho de cómo demonios había ido a parar al rancho de sus abuelos en Nueva Orleans, o, ya puestos, la particularidad de que Claire y Elijah estuvieran vivos y quisieran arrancarle el corazón; debía dejar atrás esas cuestiones y recurrir a sus sentidos. Estaba familiarizado con la propiedad como solo la conoce un niño que solía jugar durante horas a esconderse de su malvado abuelo, y debía sacar partido de ello.

Cuando llegó a la extensa bodega repleta de toneles del tamaño de un chiquillo de ocho años, rodeó a toda prisa la hilera de la pared norte, rezando por que todo aquel escenario de ilusión en el que se hallaba inmerso fuese fiel a la realidad. A pesar de la atmosfera oscura y tenebrosa que le rodeaba — punto imprescindible de una buena pesadilla—, vio con claridad la rejilla que estaba buscando. Debido a que ya no tenía diez años, le costó bastante llegar hasta ella por detrás de la fila de barriles de madera, pero cuando al fin lo consiguió, la sombra imprecisa de un hombre —o eso creía—, se recortó en la entrada de la bóveda. A causa del contraluz, Thomas no pudo apreciar si se trataba o no de su abuelo, pero tampoco pensaba quedarse a averiguarlo. Retiró la rejilla con movimientos lentos, evitando hacer ruido mientras escuchaba la respiración agitada de aquello que suplantaba a sus seres queridos deambular por el sótano, explorando y olisqueando el aire profundamente. Vaughn extendió los brazos por delante y se metió en el conducto, que resultó ser bastante más ancho de lo que recordaba. Se arrastró a lo largo de unos tres metros por el suelo arenoso, mientras continuaba escuchando el bufido de su abuelo a lo lejos, frustrado y furioso por no encontrarlo. Recordó que utilizaba aquel conducto para escapar cuando su abuela lo castigaba, ya que desembocaba en un pajar que siempre estaba lleno de heno y, desde allí, a la parte trasera de la finca; si llegaba hasta allí estaría salvado. Escuchó rugir al *hombre-bestia* con el aspecto de su abuelo ya bastante lejos, y se permitió un instante de optimismo. Unos débiles tentáculos dorados aparecieron a menos de un metro, procedentes de la claridad del sol que inundaba el granero, y Vaughn estiró el brazo para soltar

la celosía del otro lado. En ese momento, sus dedos palparon algo que no poseía la consistencia del armazón metálico del enrejado, y retrocedió asqueado; estaba más que seguro de que lo que había tocado eran unos labios.

—Hola, osito grande—susurró la voz hueca y rota de Claire—. Estás resultando ser un hombre muuuy malo.

Blake sujetó a Gina por la cintura y, ambos cruzaron juntos bajo la arcada de piedra. Michael y Robert los seguían de cerca, pero el viejo se detuvo de golpe a mitad de la carrera, llevándose la mano al pecho como si le estuviera dando un ataque cardíaco.

—Mike, colega, no podemos entrar ahí—dijo con una auténtica expresión de pánico dibujada en el rostro—. Algo no va bien.

El joven retrocedió unos pasos y sujetó a Robert por los brazos.

—¿Qué pasa, te encuentras mal?

—No, simplemente... —clavó la mirada en su compañero—. En ese lugar fue donde murió mi hermano.

Michael observó la construcción colonial, regia y majestuosa a pesar de los estragos causados por el tiempo.

—Solo se trata de un edificio; nada más, solo ladrillos y cemento.

—Escúchame, Mickey—expresó el anciano sujetándolo por el brazo con fuerza—. No puedo explicarlo, pero sé que no debemos entrar en ese lugar.

—Robert, siento lo que le ocurrió a tu hermano, pero Jim sufrió un infarto —afirmó, liberándose de la presa del anciano—. No tiene nada que ver con mansiones embrujadas ni maldiciones ancestrales. Puedes quedarte aquí fuera, si lo deseas, pero tengo que buscar a Blake y saber qué está sucediendo.

Robert observó la determinación en los ojos del joven, y supo que sería inútil intentar disuadirle; asintió y sujetó el rostro de su amigo con ambas manos.

—Está bien, pero quiero que me hagas una promesa—Michael asintió—. Necesito saber que si observo algo, cualquier cosa que me resulte extraña, respetarás la intuición de un viejo y me seguirás sin preguntas.

Michael levantó el pulgar en señal de aceptación y, se dio la vuelta en dirección al pórtico de columnas jónicas que aún conservaba el letrero de

piedra escrito en latín.

“SI HORTUM IN BIBLIOTHECA HABES, DEERIT NIHIL”. CICERÓN

Robert leyó aquellas palabras y recordó las de una escritora que había leído unos meses antes y que le produjeron un terror incontenible: “Las bibliotecas son puertas de entrada al universo”. Sufrió un repentino escalofrío cuando traspasó el acceso de doble hoja a la biblioteca municipal de Maple Hill.

A pesar de ser la única biblioteca del condado que contaba con más de un siglo de antigüedad, su aspecto era formidable. Los vándalos se habían cebado con el estucado de las paredes exteriores, llenándolo con pintadas de mensajes obscenos que el equipo de limpieza municipal se apresuraba a tapar, pero el resto de las instalaciones conservaba ese brillo de esplendor y grandeza de sus años dorados. Robert meneó la cabeza con un gesto melancólico al pasar por la zona de préstamos, totalmente remodelada.

—Justo en ese lugar tuve mis primeras dos erecciones—declaró.

—Encantadora imagen.

—¿Verdad que sí? La *Ilíada* y la señorita Rapaport me proporcionaron muy buenos momentos.

Michael se dirigió al mostrador de la recepción, desde donde se accedía al resto del inmueble.

—Buenos días—saludó. La muchacha levantó la vista de un libro que estaba leyendo, y esbozó una sonrisa cándida—. Estoy buscando a unos amigos; hemos quedado aquí.

La recepcionista encogió los hombros por toda respuesta.

—Claro; quiero decir que si ha visto entrar a un muchacho y a su amiga hace unos minutos—explicó—. Hace mucho que no vengo por aquí, pero recuerdo que esto es bastante grande y no quiero molestar a los demás usuarios.

—¿Es amigo de Blake y Gina?

—Sí, es que no recuerdo donde habíamos quedado.

La joven le dedicó un ligero repaso, y le indicó una de las escaleras que ascendían a la planta superior.

—Han dicho que necesitaban buscar algo en la sección de Crónicas Históricas; me han pedido permiso para utilizar uno de los proyectores de la sala cinco.

—¡Perfecto, muchas gracias!

Se alejó del mostrador y se reunió con Robert junto a los sillones de la sección juvenil. El magnífico edificio, que en otra época fue la residencia de un adinerado administrador de fincas, poseía numerosas salas divididas en dos plantas; Mike recordaba que en la de arriba se encontraba el grueso de las colecciones enumeradas por categorías.

—Están arriba—informó—. Vamos a ver qué hacen.

—No me parece buena idea—indicó el anciano—. Thomas está solo en casa de Corben.

—Ya.

El joven se adelantó hasta la imponente escalera y se volvió sonriendo.

—Puedes esperar aquí, o volver a ver cómo está Vaughn—afirmó—. Te aviso si encuentro algo.

Robert negó, pero Michael lo detuvo con la mano.

—En serio, prefiero que te quedes aquí, por si esos dos aparecen; tranquilo, no me pasará nada.

Asintió y observó con preocupación como el joven subía la escalera y se perdía entre las incontables galerías del piso superior. Se acercó arrastrando los pies hasta el amplio ventanal que ocupaba gran parte de una de las paredes de la recepción, y fijó la mirada pensativo en las hinchadas nubes que ya se encontraban a pocos kilómetros de distancia. Una terrible sensación de pérdida anidó dentro de su pecho, y tuvo la espeluznante certeza de que no saldría vivo de aquel edificio.

Le parecía imposible que aquel fuese el mismo centro donde pasó buena parte de los veranos de su infancia, hasta que cumplió los quince años y las chicas pasaron a ser su prioridad en las épocas estivales. Siempre le había encantado la biblioteca y el aura mística que desprendía, sin embargo, lo que estaba viendo en aquel momento nada tenía que ver con lo que recordaba de aquel lugar. Cuando pensaba en aquel centro, a su mente acudían evocaciones de filas inacabables de estanterías repletas de libros y cómics de todas las variedades inimaginables. En el centro de cada sala, hileras de mesas abarrotadas de ávidos lectores recorrían con los ojos las secciones del género escogido, volviendo a su lugar con las manos llenas, y presa de las miradas curiosas y joviales de sus compañeros. Todo eso había sido sustituido por mostradores que contenían monitores cada dos metros; los usuarios —al menos la mayoría—, estaban provistos de gigantescos auriculares de llamativos colores, y no apartaban la mirada de las pantallas ni un instante.

La orientación de la estructura original permanecía exactamente igual a la que él recordaba, así que fue dejando atrás los corredores y pasillos cercanos a la escalera, y se alejó hasta el final del pabellón; La sala cinco de Crónicas se encontraba la última del ala norte. Necesitaba saber por qué Blake había ido hasta allí y, sobre todo, el motivo por el cual había estado en la casa de Corben.

A medida que dejaba atrás los pasillos en penumbra —únicamente iluminados por el resplandor mortecino de las pantallas de los ordenadores—, y se internaba en las entrañas de un laberinto de galerías, se dijo a sí mismo que todo aquello no tenía sentido. Debería estar buscando los objetos que Corben había distribuido entre los vecinos de Maple Hill y destruyéndolos, no espiando a dos jóvenes que seguramente habían elegido la última —y más escondida—, habitación de la biblioteca pública para darse el lote. Pero esas pesadillas...

Vio el cartel que indicaba que se encontraba a mitad de camino y, de pronto se le nubló la vista. Necesitó apoyarse sobre uno de los aparadores del pasillo para no caer al suelo. Conocía aquella sensación horrible; el vértigo,

las náuseas y ese dolor punzante en el estómago, pero no entendía qué podía estar originándolo. Normalmente le ocurría cuando se encontraba cara a cara con alguno de esos..., “afectados” por el Verbum Malum, pero allí no había nadie. Tambaleándose, se aferró a la pared e intentó leer el letrero de la sala que tenía delante, pero las palabras estaban borrosas y los caracteres parecían danzar unos sobre los otros. Se asomó dentro con la intención de pedir ayuda, pero se detuvo al comprobar que la habitación se encontraba totalmente a oscuras, con la única salvedad de siete monitores instalados sobre unos pupitres de colegio que arrojaban una luz turbia y deslustrada. Delante de cada una de las pantallas se hallaban unos adolescentes totalmente obnubilados que levantaron la mirada al mismo tiempo, como si se tratasen de un mecanismo perfectamente sincronizado. En todos ellos se apreciaba la misma sonrisa vacía y estúpida de dientes ennegrecidos y labios agrietados. Los globos oculares eran totalmente blancos; de un lechoso amarillento que teñía sus rostros en enfermizas máscaras surcadas por capilares tan negros como filamentos de brea.

—Bienvenido, Michael—corearon todas las bocas al mismo tiempo—. Te estábamos esperando.

Intentó gritar, pero una náusea rebelde le obstruyó la garganta, obligándole a doblarse por la mitad y vomitar de forma violenta. El infame coro emitió una única carcajada, suministrada por siete bocas diferentes y que, a Michael le recordó al chasquido estático de una radio estropeada.

—Ahora debes venir con nosotros—exigió aquella voz fragmentada.

Los siete jóvenes se pusieron en pie de forma simultánea, y dejaron sus lugares delante de las pantallas. Michael supo que debía escapar, pero su cuerpo no tenía pensado obedecerle, y sus piernas se negaban a moverse. Gritó con todo su corazón, pero a pesar del dolor que le desgarró por dentro a causa del esfuerzo, solo emitió un ronco gorjeo.

—Eres como nosotros—aullaron conjuntamente.

Michael vio que uno de aquellos miembros del extraño rebaño golpeó con la cadera un monitor, que se dio la vuelta y mostró una página en blanco con una sola palabra escrita:

ἦ

III

ἦ

†

ξ

ϣ

ι

Д

—¿Cómo demonios...?—balbuceó.

El grupo se acercó tanto a Michael que el joven pudo oler el aliento fétido que expulsaba una de aquellas criaturas podridas.

—No puedes escapar, Mickey—susurraron con aquella voz de rasgar de cuerdas metálicas—. Todos somos uno.

Cuando el más cercano del grupo lo agarró por el cuello y le lamió la mejilla, Michael enloqueció. Gritó tan fuerte que tuvo un ataque de tos que hizo que se le nublasen los ojos de lágrimas. Su cuerpo al fin rompió la parálisis, y comenzó a manotear frenéticamente las manos de todos aquellos seres de ojos lechosos y bocas podridas. Sintió como la fuerza conjunta de aquellos brazos unidos le tumbaba sobre la moqueta de la biblioteca, y lo llevaban a rastras hasta sepultarlo entre las oscuras fauces de la habitación. En mitad de su delirante contorsión, tratando de huir de aquellos dedos fríos y viscosos, percibió una lengua que le recorrió la oreja y gimió de placer. *“Por fin estás aquí. Te hemos echado mucho de menos”*.

Robert percibió el cambio en la espina dorsal antes de que apareciese delante de sus ojos. No fue la tradicional ráfaga de aire frío recorriendo la columna, sino más bien una descarga eléctrica que le dobló las piernas y lo dejó sin aire. Cuando recobró la visión, el mundo ya se había transformado. Lo primero en lo que se fijó fue en el cielo; ya no se veían las preñadas nubes oscuras portadoras de una gran ventisca; en su lugar, un ovalo voluminoso y rechoncho aparecía velado por una cortina de bruma, brillando de forma vaporosa en mitad de un azul eléctrico. La biblioteca era una mera parodia de sí misma, cubierta por las malas hierbas y un polvo denso y rojizo. El ventanal por el que segundos antes había estado observando las montañas de Maple Hill, se encontraba sucio y ennegrecido, y gruesas enredaderas se descolgaban desde el marco hasta amontonarse en el suelo, como si fueran algodonosos cobertores de una cama. Inspeccionó la amplia recepción, vacía y cubierta de musgo y desechos orgánicos. Se dirigió hacia la imponente escalera, plagada de cascotes y escombros, como si una parte del artesonado o del techo se hubiera desplomado sobre ella. Llamó a gritos a Michael, pero solo recibió como respuesta su propia voz amplificada por la acústica del edificio desierto. Se consideraba a sí mismo un hombre duro e inquebrantable, pero no pudo —ni quiso—, reprimir las lágrimas que asomaron a sus ojos; sentía una congoja dentro de su alma que necesitaba descargar, y el llanto era la única medicina conocida que resultaba eficaz para ello.

—Cálmate—aconsejó una voz detrás de él—. Este no es un lugar destinado para los lamentos.

Robert se dio la vuelta, sobresaltado; allí, frente a él y sonriéndole afectuosamente se encontraba Jim Sasketchian, su hermano.

—¿Estoy muerto?—preguntó, caminando a su lado.

Jim esbozó una sonrisa taciturna.

—No se trata de eso, Robert.

—¿Acaso eres un fantasma entonces?

—Tampoco es el caso—apartó una lata vacía con la punta del zapato—. Aunque eso podría considerarse un asunto de justicia poética de manual.

Dejaron atrás el extenso recinto que agrupaba la recepción y las secciones infantiles, y se internaron por uno de los corredores de los departamentos de préstamos. Robert sintió cierta desconfianza por el aspecto sombrío y abandonado del pasadizo, pero por nada del mundo se iba a mostrar melindroso delante de su hermano muerto.

—¿Qué mundo es este, Jim?

El hombre se detuvo y, puso ambas manos sobre los hombros de su hermano. Robert sintió el afilado estilete de la desolación hundiéndose en su pecho cuando su hermano le dedicó una de esas deslumbrantes sonrisas suyas. No habían sido los hermanos más unidos del universo, pero lo echaba tanto de menos.

—Me gustaría que intentaras centrarte en lo importante y, no en lo que crees que lo parece.

—¡Oh, perfecto!—manifestó, chasqueando la lengua—. Eres uno de esos espíritus que hablan con acertijos.

Jim soltó una carcajada que retumbó por las numerosas galerías, y Robert experimentó una punzada de satisfacción deliciosa.

—No has cambiado nada.

Caminaron durante unos metros, uno junto al otro sin pronunciar ni una sola palabra, únicamente disfrutando de la compañía mutua. Al llegar a un pórtico que se ensanchaba hasta crear una plaza abovedada, Jim se dirigió hasta uno de los bancos de piedra que en otro tiempo colmaban la glorieta cubierta.

—Tenemos que hablar, Robert—indicó con gesto serio—. Te he traído hasta aquí porque hay cosas que necesitas saber.

—Supongo que no irás a decirme que soy adoptado.

Jim no le rió la gracia.

—El Verbum Malum no se trata solamente de unas pocas palabras garabateadas en ciertos objetos; esos caracteres son una maldición, sí, pero no resultan ser la parte determinante del juego.

—Jim, yo no estoy preparado para esto—por primera vez, Robert sintió verdadero pánico—. Tú eras el miembro de la familia al que instruyeron...

—¡Tonterías! Solo tienes que escucharme. Hace doce años, Michael cayó en la trampa de ese..., *ser*; solo fue un instrumento.

—Pero ahora es el Portador—gimió—. ¡Tú lo convertiste en eso!

Jim esbozó una media sonrisa triste.

—Yo solo lo convertí en mártir. Tienes que prestarme atención, me queda poco tiempo.

Robert miró en todas direcciones, seguro de que alguien había ido hasta ese mundo extraño para buscarlos.

—El tiempo aquí es relativo, pero no puedo perderlo—explicó, para tranquilizar a su hermano—. El caso es que yo, por aquel entonces, poseía los objetos con carga..., maligna, así que los queme, ¡atiende, solo vale el fuego!; luego utilice a Michael como cebo para atraer a ese demonio y, después de enviarlo de nuevo a su *lugar*, me encargué de que Michael quedase estigmatizado en todo el pueblo para que decidiera no volver.

—¿Pero porque hiciste algo así?

—Ahora, Robert, te voy a confiar el secreto que ha guardado nuestra familia durante siglos—bajó la cabeza, avergonzado—. Tal vez después entiendas porque actué de esa manera.

La radiante luz solar mutó al gris plúmbeo y, Robert supo que había vuelto. A través de la ventana distinguió de nuevo las nubes, ahora mucho más cerca, y dejó que su alma llorase las últimas lágrimas que le quedaban en honor a su hermano. Cuando se las enjugó, se fue directo al mostrador de recepción, donde la muchacha había vuelto a la lectura de su novela romántica.

—Perdón, disculpe señorita—la llamó—. ¿Podría hacerme usted un favor?

La joven se puso en pie y se acercó hasta el aparador, y Robert necesitó morderse el interior del labio cuando vio aquellos globos oculares de un blanco pajizo y los labios podridos.

—Naturalmente, señor—contestó de forma cordial—. ¿En qué puedo ayudarle?

Robert se detuvo unos segundos en los dientes negros y desportillados de la joven, y desvió la mirada a uno de los libros de las estanterías.

—Me interesa mucho la historia de Maple Hill—mintió—. Y me preguntaba donde tengo que ir para buscar información sobre la tormenta del año 54.

La muchacha le observó con curiosidad, y Robert vio como unos delgadísimos filamentos aparecían en sus mejillas y le surcaban la frente.

—Oh, pues es curioso que lo pregunte—respondió animosamente—. Precisamente es uno de los sucesos del pueblo que más documentado está.

Robert observó como los finos capilares negros le cubrían por completo el cuello, y una de las aletas de la nariz se le desprendía para caer con un sonido repugnante sobre el mostrador de cristal; la muchacha ni siquiera se inmutó.

—Además, tenemos un ejemplar nuevo que incluye unas fotografías espectaculares.

La joven bibliotecaria sonreía complacida, y Robert se preguntó qué podía haber hecho una chica tan encantadora para adquirir el monstruoso aspecto con el cual la estaba viendo el anciano en aquel momento.

—¡Perfecto!—exclamó—. ¿Podría indicarme como llegar hasta allí?

La muchacha abandonó su lugar en el mostrador y salió. Robert sintió un estremecimiento de repugnancia cuando la joven se acercó y le rozó el hombro al indicarle. Se despidió de ella y fue en busca de Michael. Tenía claro lo que debía hacer, lo que no sabía es si tendría el valor para hacerlo.

TERCERA PARTE

VENTISCA OSCURA

*La primera nevada no
es solo un evento, es
un evento mágico.*

*Usted va a la cama en
una especie de mundo,
y despierta en otro
muy diferente.*

John Boynton
Priestley.

*Agua y nieve excesiva,
no deja criatura viva.*

Refrán popular.

Jerome notó el cambio de presión en los tímpanos, como aquella vez en Los Cayos cuando se apuntó a esa excursión de buceo. El diminuto Datsun traqueteaba y se sacudía con cada ráfaga de viento racheado y, en varias ocasiones estuvo a punto de sacarlo de la carretera.

Había pasado por el Jay's Store con la intención de comprar la comida, pero en vista de que no se encontraban allí ni los dependientes ni el propio Jay, cargó uno de los carritos con todo lo que necesitaba; de aquella forma se ahorra el viaje a la ferretería. Estaba ansioso por acabar con el encargo del señor Corben, para poder recoger por fin su libro y volver a “casa” antes de que aquella dichosa tormenta hiciese su acto de presentación. Aceleró, pero la maldita lata de sardinas que le había robado a ese anciano bufaba como si le fuese a estallar el motor. Recordó el sonido que hizo el cráneo del detestable viejo cuando se lo partió con la culata de la Glock, y una descarga de adrenalina le golpeó el bajo vientre ante la perspectiva de lo que pensaba hacer en los próximos días. Volvió a revisar con la mirada el asiento trasero, para cerciorarse de que no se había olvidado de nada: cuerdas, cinta americana, todo tipo de comida enlatada, analgésicos, cadenas y un sinfín de artículos que consideraba que podrían serle útiles; también le dedicó una mirada tranquilizadora a la Glock del asiento del acompañante.

Empezaron a caer las primeras gotas de agua sobre el parabrisas, y Jerome subió el volumen de la radio, donde las emisoras locales emitían constantes partes meteorológicos. La condenada tormenta avanzaba más rápido de lo que pensaba y, pronto, esas pequeñas gotitas de agua se convertirían en gruesos copos de nieve transportados a gran velocidad por vientos huracanados.

Llegó por fin a la vivienda que estaba buscando, y subió el automóvil hasta la mitad del jardín, destrozando unos parterres de rosas y el césped bien recortado. Salvó la distancia hasta la puerta con tres grandes zancadas, y llamó al timbre tres veces consecutivas muy seguidas. Un hombre de corta estatura le abrió de inmediato.

—¿Quién es usted?

—¿Winston?—interrogó—. ¿Bill Winston?

El hombre lo miró, receloso.

—Sí, soy yo.

Jerome sacó la Glock y le apuntó al rostro.

—¿Siguen vivos?

El médico no necesitó que le explicase a quién se refería. Asintió.

—¿Todos?

Asintió de nuevo.

—Necesito saber si está hecho—inquirió Jerome.

—Hice exactamente lo que Corben me ordenó—bufó el médico con rabia—. La operación fue un éxito, pero no entiendo por...

El disparo desde tan corta distancia casi decapitó al doctor jubilado, salpicando sangre y masa encefálica por las paredes y la alfombra del suelo. Jerome no esperó para comprobar si en la vivienda quedaba alguien más, puesto que Corben le había explicado exactamente cuáles eran los pasos que debía seguir; además, quería acabar cuanto antes. Se subió de nuevo al Datsun y volvió a la carretera.

“Primera parada, solventada; un poco más y sería libre de marcharse para dedicarse a sí mismo de una vez por todas”.

A medida que pasaba por las distintas salas de lectura, los usuarios levantaban la mirada de sus libros o monitores y, lo contemplaban desde aquellos ojos vacíos y enfermizos. Algunos simplemente le sonreían, otros le guiñaban un ojo o le hacían un gesto de camaradería y, unos cuantos, le hablaron; en todos los casos las palabras fueron exactamente las mismas: *“Te estamos esperando; tú también podrás ser igual que nosotros”*.

Robert fingía que no los escuchaba e intentaba mantener la vista al frente, al final del pasillo o en el siguiente tramo de escaleras, pero le estaba costando horrores. La verdad es que no comprendía como Michael había podido convivir con algo como aquello durante tanto tiempo sin volverse loco. La bibliotecaria le había dicho que la sección que buscaba se encontraba al final del pabellón del extremo norte y, por los carteles supo que ya debía de estar cerca. Al girar en uno de los corredores, se encontró con una puerta que daba acceso a una sala de lectura con el techo de cristal abovedado. Robert había oído cosas sobre la controversia que causó construir aquella sala por su elevado coste, pero también por tratarse de un compromiso adquirido con el arquitecto local Owen Grant; en realidad, debía reconocer que era una obra maestra, polémicas aparte. Cruzó la puerta y se encontró con un camino de flamantes baldosas en el centro, flanqueado por unas mesas alargadas que bordeaban el trayecto hasta el lado opuesto, donde se encontraba la puerta de salida. En cada uno de los laterales, seis o siete personas leían o repasaban algún texto con la cabeza inclinada, pero ninguno de ellos le prestó la más mínima atención cuando pasó junto a sus mesas. A la mitad del recorrido, las trece o catorce personas de la sala levantaron la cabeza como un mecanismo de cuerda perfectamente ajustado. En sus rostros lucía una sonrisa resplandeciente, demasiado ostentosa como para ser real; ninguno de ellos pronunció una sola palabra. Robert se detuvo y observó aquellos rostros horribles de ojos blancos y capilares negros, floreciendo y creando racimos de torno a los ojos y al cuello. Se fijó en una anciana que tendría aproximadamente unos ochenta años, y vio anchos ramilletes de aquellos vasos sanguíneos negros agruparse en torno a su cuello arrugado y flácido, y extenderse con rapidez hacia su boca. La sonrisa no menguó ni un ápice, a

pesar de que los labios carcomidos comenzaron a desmigajarse y a caer sobre su regazo con unos repugnantes sonidos acuosos. Giró la cabeza a uno y otro lado, buscando cualquier cosa que le arrancase de la mente la espantosa imagen de la anciana, pero se vino abajo cuando se dio cuenta de que los rostros de los demás miembros también se estaban descomponiendo y, sus ojos vacuos continuaban fijos en él, sin perder ni una pizca de atención. Comenzó a sentir como el pulso se le aceleraba y le faltaba el aire. Puntos oscuros aparecieron en el horizonte, danzando y cada vez más grandes, y comprobó con horror que estaba sufriendo una taquicardia y no tardaría en desmayarse. El pulso se le aceleró aún más pensando que quedaría a merced de aquellos seres putrefactos que no dejaban de sonreír y, por primera vez en muchos años, lloró de angustia.

“Tranquilízate Robert, son solo una distracción”.

La voz de su hermano apareció tan clara y nítida como si surgiera de unos altavoces dentro de su cabeza.

“Solo intenta retrasarte, pero nada de todo esto es real”.

—Pues a mí me parece muy real—gimió.

“Recuerda lo que debes hacer; no te apartes de ese camino”.

—¡Deja ya de hablar como el maldito Joda, joder!

La voz de Jim se silenció de inmediato, y Robert deseó no haberle gritado, pero tenía razón. Cerró los ojos e intentó controlar su respiración, centrándose en los latidos de su corazón. No podía apartar la idea de que alguno de aquellos seres podridos se estuviera acercando hasta él para contagiarle lo que quiera que los hubiera corrompido, pero aún así empezó a sentirse mejor. Cuando volvió a abrir los ojos, todas esas personas continuaban sentadas en sus lugares, pero ya no quedaba nada de toda esa carne en descomposición, ni globos oculares blancos ni sonrisas de peces muertos; simplemente leían libros o tecleaban sobre alguno de los terminales, pendientes del monitor. Suspiró enérgicamente y continuó su camino.

Jerome aparcó el pequeño utilitario lo más cerca que pudo de la entrada y, para ello tuvo que subirse a la acera y derribar uno de los pivotes de plástico que obstruían el acceso. El aire bufaba y le abofeteaba con minúsculas partículas de agua como si fuesen agujas afiladas, y se apresuró a sacar las cosas del maletero. No entendía para nada el motivo por el que Corben le había enviado a ese trabajo, pero se limitaba a obedecer y a pensar en lo poco que le quedaba para quedarse a solas con sus “amigas”. Durante todo el tiempo que durase aquella ventisca pensaba quitarse el apodo de “*picha quemada*” para siempre; después de lo que pensaba hacer, nadie volvería a faltarle al respeto.

Se encaminó hasta el arco apuntado y subió los cuatro escalones con dos ágiles saltitos. La cadena se le clavaba en los hombros, donde la había colocado para poder soportar el peso, y la dejó caer con fuerza sobre la acera de baldosas. Sacó de la bolsa de tela los anchos candados Albus y dos barras de hierro tan gruesas como un puro habano. Situó el barrote haciendo palanca por los dos asideros de la puerta, y pasó la cadena alrededor en varias vueltas. Cuando quedó perfectamente fijada, colocó uno de los candados.

—Eh, ¿Qué cojones haces, tío?

Un guardia de seguridad se acercó a toda prisa, llevándose la mano a un teléfono móvil que llevaba colgado del cinturón. Jerome se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón y sacó la Glock. Disparó sin mirar tres veces consecutivas mientras afianzaba con la otra mano el pasador del candado, destrozándole al joven la mitad de la cara y hundiéndole el pecho en una masa sanguinolenta. Se guardó el arma otra vez en el bolsillo, y recogió la bolsa. Cuando colocase el otro cepo en la puerta trasera, la biblioteca municipal quedaría totalmente sellada. Jerome se fue silbando con la cadena colgándole del hombro, como el encantador de serpientes más extraño y perturbado del mundo.

De vuelta otra vez en el Datsun, canturreaba y tamborileaba con los dedos sobre el volante, alejándose de las abultadas nubes que ya habían tomado la parte norte del pueblo. Calculó que todo Maple Hill se vería inmerso de lleno en la ventisca en menos de una hora, tiempo más que suficiente para llegar hasta la casa de Corben, recuperar su libro y, encerrarse en casa. No le sorprendió ver vehículos policiales y de servicios médicos en varios puntos de la avenida Reston Hill, donde se encontraban la mayoría de negocios del pueblo. Esbozó una sonrisa cuando se encontró con dos agentes de policía intentando disolver un tumulto de unas ocho o diez personas a la entrada del Walmart; había visto al menos media docena de altercados iguales solo desde el corto trayecto desde la biblioteca. Sacó la pistola por la ventanilla y disparó dos veces al cielo cuando pasó junto al grupo, que arremetieron con una saña renovada contra los dos agentes, lanzándolos al suelo y pateándolos salvajemente. La carcajada que soltó mientras guardaba de nuevo la pistola le sentó fenomenalmente. Guió el coche entre una muralla de contenedores volcados y, torció en Corners Avenue cantando, pero de repente hundió el pie en el freno con fuerza. En un lado de la acera, en la puerta de una panadería que ya había bajado las persianas, se encontraba una niña de unos ocho o nueve años. Jerome dirigió el vehículo hasta allí y aparcó pegado al bordillo, junto a ella. La niña observó al hombre acercarse, y se puso rígida.

—¿Qué haces aquí, pequeña?—preguntó, arrodillándose a su lado y hablando con un tono paternal—. Va a llegar una tormenta, no deberías estar aquí fuera.

La niña hizo un puchero, y sus preciosos ojos color índigo brillaron a causa de las lágrimas.

—Mi madre se ha ido—sollozó—. Le ha gritado un hombre y ha salido corriendo tras él.

Jerome observó a la pequeña que, con su impermeable rojo y sus tirabuzones del color del trigo, parecía sacada de un cuento infantil.

—¿Y tu padre?

—Mi padre está muerto—contestó sin el menor atisbo de tristeza.

—Entiendo. Te voy a decir lo que vamos a hacer—la niña se animó—. Te puedo llevar a tu casa, o te puedes quedar en la mía hasta que pase la tormenta y localicemos a tu madre.

—Tengo que estar aquí, por si vuelve a buscarme.

—Me parece muy bien, pero esa tormenta está muy cerca y, aunque tu impermeable es realmente fantástico, no te protegerá del frío.

Un asomo de duda cruzó el rostro de la niña.

—No sé ir a casa yo sola.

—¡Pues no hay más que hablar, te vienes a mi casa!

Mientras le abría la puerta para que subiese, se apresuró a guardar la Glock en la guantera.

Michael Halley despertó a causa del dolor más atroz que había experimentado en toda su vida. Una lengua de fuego le ardía en el estómago, extendiéndose en oleadas intermitentes que le abrasaban el cuerpo por dentro. Intentó moverse, ponerse de pie, pero además de la absoluta oscuridad en la que se encontraba inmerso, se dio cuenta de que lo habían atado de pies y manos. Otra punzada de dolor —tan fuerte que casi le hace vomitar—, le hizo pensar que alguna de esas criaturas espantosas le estaba devorando los intestinos, lenta pero meticulosamente. A pesar del dolor, intentó concentrarse en toda aquella insólita situación y, por más que lo intentó, no consiguió unir las piezas para que encajasen con un sentido lógico. Llevaba más de doce años conviviendo con La Palabra del Mal tatuada en su vientre y, jamás le había pasado nada similar. Como mucho, se había cruzado con gente que actuaba de forma natural, aunque él pudiera ver ciertamente como eran por dentro, pero nunca le habían atacado; más que nada, porque ninguno de esos individuos sabía que Michael podía verlos como eran en realidad. Supuso que debía tratarse de algo que había orquestado Corben, pero, ¿qué tenían que ver Blake o Gina con todo aquello?

Escuchó moverse algo delante de él, a poca distancia, pero apenas pudo apreciar nada dentro de la densa negrura que le rodeaba. El dolor continuaba lanzando dentelladas eléctricas que le agarrotaba los músculos y le tensaba los tendones del cuello a causa del esfuerzo, y notó el sabor metálico de la sangre en la boca.

—Hola, muchacho.

La voz le llegó desde tan cerca que pudo sentir el aliento cálido en su mejilla.

—Parece que por fin hemos llegado a la actuación final de esta obra de teatro.

—Si usted lo dice—contestó, reprimiendo las intensas ganas de gritar que sentía—. Porque no sé quién demonios es, ni lo que quiere de mí.

—Oh, sí que lo sabes

La cadencia de aquella voz poseía algo hipnótico, y Michael comenzó a sentir que se adormecía.

—Me conoces muy bien—susurró—. Posiblemente mejor de lo que me conozca nadie.

Michael se encontraba tan débil y embotado que no le apetecía entrar en una discusión pueril, así que permaneció en silencio.

—La verdad es que, a pesar de todo, debería darte las gracias—volvió a susurrar la voz—. Al fin y al cabo, que yo esté aquí es gracias a ti.

Unos metros más alejado, el joven escuchó un suave sonido de fricción, seguido de unos chispazos que rompieron la compacta opacidad; alguien había encendido una vela.

—También eres la razón de que vayamos a ganar la guerra de una vez por todas.

—No sé de qué estás hablando, pero te equivocas—Michael sentía un dolor inhumano con cada palabra que pronunciaba—. Si eres quién creo que eres, he venido hasta Maple Hill a enterrarte para siempre.

Una carcajada afeminada repercutió en la atmosfera cerrada de la habitación, y Corben apareció a su lado sosteniendo un quinqué que arrojaba una luz amortiguada y amarillenta.

—Muy loable tu determinación pero, por desgracia, el bueno de Jim Sasketchian debería de haberte puesto al corriente de..., “nuestra historia” antes de estigmatizarte para intentar mantenerte alejado.

Con el mortecino resplandor del farolillo, el rostro de Corben adquirió un contorno desigual y enfermizo, y sus ojos brillaban con un sobrenatural color verde que estremeció al joven.

—Pero eso ahora no importa; lo realmente trascendente de todo este embrollo es que se ha terminado.

—Conseguiré salir de aquí—siseó Michael—. Y cuando lo haga, voy a destrozarte.

—Eso espero—confirmó.

Se acercó lentamente y quemó las ataduras del joven, produciéndole severas quemaduras en las muñecas y los tobillos. Después, se alejó y dejó el

farolillo sobre una mesa.

—Que comience el último acto.

Declaró antes de salir y dejar a Michael a solas.

Hacía muchos años que no pisaba aquel edificio, pero lo primero que le vino a la cabeza cuando vio la habitación, fue que había vuelto a “viajar” a uno de esos lugares en los que tu cuerpo se queda, mientras que tu mente se ausenta para realizar el trayecto metafísico. Se acercó hasta la ventana más próxima para cerciorarse que continuaba en Maple Hill y, efectivamente, la terrible masa de nimbos ya se cebaba con saña contra el pequeño pueblo del norte de Vermont. Curiosamente, lo primero que le se vino a la cabeza fue que no recordaba haber puesto los pasadores a los ventanales ni a la puerta del invernadero.

“Vaya cosa; lo que debería preocuparte es de que esa pequeña choza no consiga un billete en primera clase a lomos de un tornado, al estilo del País de Oz”.

En realidad, lo que debería colmar sus inquietudes se trataba de otra cosa bien distinta, pero ocupar su mente con fundamentos estúpidos siempre le había ayudado a dominar aquellas cosas en las que no deseaba pensar.

Volvió a la realidad gracias a los golpes con los que el viento enviaba los delgados copos de nieve contra el cristal y, avanzó a través de la sala vacía, de la que colgaban unos maceteros gigantescos con enredaderas que se deslizaban hasta el suelo; alrededor, las paredes estaban completamente revestidas de estanterías a rebosar de libros de todas las clases y tamaños, pero lo que llamó la atención de Robert no fue la espectacular vista de una sala que se parecía más a un patio español que a una biblioteca, sino la espectacular fuente de agua de piedra que imperaba en el centro. A su lado, frotándose las manos mansamente con el agua prístina, Blake y Gina sonreían embelesados mientras observaban a un par de colorines que revoloteaban alrededor del pináculo superior del caño.

—¿Pero qué diablos estáis haciendo aquí?—vociferó, aunque de su boca solo surgió un horrible chirrido apagado.

Ninguno de los jóvenes pareció haberlo oído.

—Eh, chicos—volvió a intentar, pero aunque su voz sonaba a toda

potencia en su cabeza, por su boca no afloraba de igual modo—. ¡Chicos!

Los adolescentes siguieron lavándose las manos y sonriendo como un par de idiotas lobotomizados mientras que los colorines se posaban en sus manos, alzaban el vuelo y, se volvían a posar. La escena le pareció a Robert digna de una vomitiva película romántica, a no ser por el pequeño detalle de que se encontraban en una biblioteca repleta de zombis autistas y no en el corazón de la Toscana.

—¡Venga hombre, no me jodáis!

El hombre trató de acercarse hasta los jóvenes, pero mover las piernas le costaba un mundo. Ya sabía que en ese edificio estaba pasando algo muy extraño y peligroso, pero aquella escena no se ajustaba a la pesadilla que en realidad tenía lugar allí dentro; ¿o eso tampoco había sido real? Con dificultad se acercó hasta ellos, pero caminar en esa especie de sueño era tan arduo como hacerlo sobre un colchón de gelatina. Cuando al fin llegó hasta ellos, posó una mano sobre el chico y ambos se volvieron como una sola persona. En sus ojos ya no quedaba ningún rastro de humanidad, solo dos pozos de la negrura más profunda que Robert había visto jamás; dos oscuros agujeros de una opacidad líquida que bailaba y se agitaba en ondas concéntricas. Cuando ambos le dedicaron una sonrisa similar a la expresión de un pez muerto, Robert olvidó todo lo que hasta ese momento se había esforzado por contener bajo capas y capas de ironía y negación; aquello era real. De un modo que no podían comprender, sujeto a una compilación realmente espeluznante de fuerzas malignas, lo que estaba ocurriendo en Maple Hill se trataba de una muestra indiscutible de un poder que utilizaba a su antojo la esencia de cada peón manipulado para su propósito. Robert comprendió finalmente las palabras de su hermano muerto; todo aquel subterfugio de escenarios ficticios y engendros podridos solo indicaba una cosa: una terrorífica cortina de humo. En realidad, ese maldito monstruo de Harold Corben los había estado haciendo bailar al estilo del titiritero con sus muñecos. Se habían entretenido con los cebos que Corben les había ido dejando preparados, haciéndoles perder el tiempo mientras que tejía su tela de araña para llegar a ese preciso momento y en aquel preciso lugar. Ahora lo veía con claridad.

El viejo alzó una de sus nudosas manos y, varios pájaros de vivos colores se posaron entre sus dedos; Blake y Gina observaron la escena maravillados,

como dos idiotas ante el péndulo de un hipnotizador. Robert sintió el cosquilleo de las pequeñas garras hundiéndose en la carne de sus pulgares, lo que acrecentó su inquietud ante la confirmación de que, si bien todo aquello era una ilusión elaborada por el Mal, el dolor era simple y llanamente eso: dolor en su forma más básica.

—¿Os gustan?—articuló con la boca seca, señalando a los pájaros que trinaban alegremente—. Sé donde podemos encontrar muchos más, ¡millones de estas preciosidades!

Los dos adolescentes —o aquello que anidaba dentro de ellos—, emitieron un gorjeo de satisfacción similar al arrullo de una paloma, y sus ojos comenzaron a fluctuar como una espiral líquida de brea.

—Venid conmigo—invitó, caminando hacia el otro extremo de la bella habitación; las coloridas aves continuaron posadas sobre su mano, cantando y acicalándose con sus diminutos picos mientras Robert se movía—. Vamos a ver a los condenados pájaros.

Blake y Gina lo siguieron, como la más burda y trastornada imitación de El flautista de Hamelin jamás imaginada.

Thomas Vaughn se preparó para morir. No estaba asustado, pero sí un tanto inquieto por el hecho de que su fe no le había proporcionado el consuelo que tanto le habían predicado de niño. Como profesante de la religión cristiana, la idea de encontrarse con sus seres queridos al dejar atrás este mundo siempre le había reconfortado; volver a reunirse con Claire en un lugar sin dolor y basado en el amor era una concepción idílica que, en ese momento, se tambaleaba como un castillo de naipes en mitad de un vendaval. La aberración que se encontraba a escasos centímetros de él, tumbada sobre el estrecho conducto de ventilación no podía tratarse de su esposa fallecida y, sin embargo, *sentía* que sí lo era; de un modo grotesco y perverso, ese monstruo que le sonreía en la oscuridad se había deshecho de la mortaja que la retenía, para arrebatarle la esencia más profunda de su creencia.

—Vamos, osito Tom—farfulló aquella voz de pesadilla—, compórtate como es debido y ven con tu esposa.

Los dedos fríos y largos (era imposible que pudieran ser tan largos), le recorrieron los labios, las mejillas y, se cerraron en torno a su cuello.

—Déjate llevar—Thomas se imaginó las cuerdas vocales de aquella cosa como ramas secas, crujiendo y partiéndose con cada palabra—. Tú también puedes ser igual que nosotros.

Los interminables tentáculos disfrazados de manos de mujer se cerraron un poco más, intensificando la presión sobre la tráquea del policía.

—Mi querido oso grande—chasqueó—. ¡Cuánto te he echado de menos!

—Y yo a ti..., mi amor—balbuceó, envuelto en lágrimas.

Las terribles tenazas oprimieron con más fuerza, y Vaughn se dejó llevar hasta que escuchó la música.

Jerome volvió a mirar el Datsun por encima del hombro y, se relajó al comprobar que la niña no se había movido. Sin duda aquello era un contratiempo que no podía permitirse, pero no pensaba darle la espalda a un problema de ese calado. Pulsó el timbre una vez más, impaciente por verse liberado de sus obligaciones con Harold Corben de una vez por todas; deseaba recuperar su cuento y volver a la casa de la señora Bakersfield cuanto antes. Cuando estaba a punto de volver a llamar de nuevo, se abrió la puerta y apareció ante él una vieja conocida.

—Berta—saludó, sin el menor ápice de interés o cordialidad—. Necesito ver a Harold.

La mujer le impidió el paso poniéndose en mitad de la entrada.

—¿Qué cojones haces?—bufó—. ¡Aparta de mi camino, gorda de mierda!

La asistenta ni se inmutó.

—Berta, Harold me está esperando—informó, armándose de paciencia.

—El señor Corben no se encuentra en casa, y me dijo que no dejase pasar a nadie, sin excepción, si él no estaba aquí.

—¡Apártate!

La empujó hacia un lado, pero la mujer pesaba al menos veinte kilos más, y aguantó el envite. Jerome, viendo que la asistenta no iba a dar su brazo a torcer, examinó de nuevo el Datsun aparcado en la acera contraria, y el corazón le dio un vuelco al ver que la niña había salido del vehículo y se acercaba caminando tranquilamente por el camino de piedra.

—Berta, tengo que llevar a esa niña con sus padres antes de que llegue la tormenta—suplicó Jerome. La mujer miró de reojo a la joven cubierta con el impermeable—, y no podré hacerlo si no me dejas acabar con lo que tengo que hacer aquí.

La asistenta dudó, pero se mantuvo firme en su posición. Jerome sopesó la idea de marcharse, de olvidar el condenado libro y centrarse en las verdaderas

ocupaciones que tenía por delante, cuando una violenta ráfaga de aire lo empujó contra la que no hacía mucho era su empleada. A causa de una reacción instintiva, Jerome bajó la cabeza y colocó los codos por delante para protegerse, golpeando con fuerza a Berta en mitad del pecho. Ambos perdieron el equilibrio y acabaron por el suelo, enredados en una maraña de piernas y brazos. Jerome sintió un dolor atroz en una de sus orejas, y se dio cuenta con horror de que la asistenta le estaba mordiendo para defenderse.

—¡Suelta, maldita zorra lesbiana!

Berta emitió un ronco gáñido, y cercenó de un bocado el lóbulo derecho de la oreja de su antiguo jefe. Jerome aulló como un loco, presionando frenéticamente el miembro afectado para intentar contener la hemorragia.

—¡Jodida comecoños!—ladró—. ¡Estúpida bola de grasa con ojos!

El agente inmobiliario se giró con rapidez y se sentó sobre el pecho de la mujer, sujetándole los brazos con ambas piernas. El primer puñetazo abrió una brecha en la frente de la asistenta a causa del anillo de Jerome, y el segundo y tercero le rompieron la nariz. Un coro de truenos y rayos silenciaron la escena, impregnando el ambiente con un intenso olor a ozono que, mezclado con la sangre, dejaban en la boca un penetrante sabor metálico.

La niña continuó impassible mientras Jerome se ponía en pie, respirando con grandes bocanadas sin apartar la mirada de ella. Con aquel impermeable rojo y mordisqueando uno de sus tirabuzones rubios, parecía más que nunca una postal de cuento.

—¿Por qué has salido del coche?—inquirió jadeando.

—¿Esa señora está muerta?

Jerome desvió la mirada hacia el cuerpo orondo tendido en el suelo, y volvió a clavar los ojos en los curiosos luceros de la niña.

—¿Por qué has bajado del coche?

La pequeña se encogió de hombros y chupó el mechón de cabello de entre

los labios como si se tratase de un caramelo.

—No has debido...

Un trueno hizo temblar todos los ventanales de la planta baja de la vivienda, y Jerome se dio cuenta de que la tormenta ya se encontraba sobre ellos; debía coger el libro y marcharse.

—Ven conmigo.

Le tendió la mano ensangrentada, y la niña se la cogió tras una leve vacilación.

—¿Dónde vamos?—preguntó—. ¿Es esta su casa?, porque no me gusta mucho.

—No, es la casa de mi vecino—aclaró—. Pero tenemos que coger algo que es mío antes de ir a prepararnos un enorme tazón de chocolate calentito.

La pequeña esbozó una sonrisa que resplandecía a pesar de las tinieblas en las que estaba sumida la vivienda. Un nuevo trueno explotó sobre sus cabezas, y el repiqueteo de la lluvia se hizo notar con fuerza sobre el tejado de pizarra. Jerome agarró con fuerza a la chiquilla y echó a correr escaleras arriba, donde estaba el dormitorio de Corben; no estaba seguro, pero su instinto le decía que el muy cabrón había escondido su cuento allí.

A medida que los puntitos de luz se aclaraban en el horizonte, se dio cuenta de que estaba recuperando la consciencia; el timbre sonó una vez más y, a continuación, el silencio más absoluto. Claire ya no estaba con él, ni se encontraba en Nueva Orleans y, por supuesto, Elijah Vaughn seguía muerto y enterrado bajo aquel sauce en el rancho de la familia. Se palpó el cuello en busca de aquellas garras de acero que unos segundos antes lo estrangulaban sin piedad, pero aparte de un ligero escozor, ya no quedaba nada de todo eso. El sheriff se puso en pie demasiado rápido, ansioso por salir de ese lugar maldito, pero en ocasiones la mente solicitaba un esfuerzo que el cuerpo no era capaz de cumplir. Despacio, siendo consciente de que en cualquier momento podría aparecer de nuevo una de esas aberraciones que pululaban por la mansión, volvió a recorrer el pasillo que conducía al gran salón de la casa. Aunque todo estaba demasiado oscuro y la tormenta fustigaba con violencia los postigos y aleros de la vivienda, Vaughn se alegró inmensamente de encontrarse allí, en la vieja mansión de Jim Sasketchian, y no en el rancho de su abuelo o en cualquier otro detestable escenario de su infancia que ese jodido mal bicho de Harold Corben le hubiese preparado. Intentó orientarse, pero mantener la cabeza fría en aquel instante se le estaba haciendo bastante más difícil de lo que hubiera creído; necesitaba salir de allí pitando, pero también evitar caer de nuevo en otra trampa. Escuchó unas voces, y su cuerpo se tensó hasta el extremo de que un calambre le agarrotó el gemelo de la pierna derecha. La fuerza de la costumbre hizo que se llevase la mano a la cadera en busca de su pistola, pero la cartuchera estaba vacía. Cojeó lo más silenciosamente que pudo a lo largo del pasillo, justo para ver como un hombre y una niña llegaban hasta lo alto de la gran escalera en forma de espiral que ascendía hasta la segunda planta. Fuera, el viento aullaba con una furia desmedida, provocando sonidos aterradores y crujidos en la madera. Vaughn no fue capaz de identificar a la extraña pareja que acababa de perderse en la oscuridad del segundo piso, pero su intuición de policía veterano le dijo que algo andaba mal en todo aquello, y que corrían un peligro que ni siquiera eran capaces de llegar a imaginar.

“Huye, viejo idiota; tienes cosas más importantes que hacer y, además, no

sabes por qué están aquí. Quizá hasta sea otro de los trucos de Corben.”

El sheriff le dio la razón a la voz de su cabeza, pero la de su corazón gritaba más fuerte; así que fue tras los desconocidos.

Martin Monaghan respiraba con dificultad dentro de la cabina de la quitanieves, mientras que Travis Porter cantaba a pleno pulmón “*Snowbird*” de Gene Maclellan.

—¿No le parece una pasada esta canción?—apuntó gritando para hacerse oír por encima del motor—. El tío habla de la esperanza que nace de la nieve, ¡esperanza... ja!

El sargento reprimió una fuerte arcada y señaló hacia adelante, con la intención de que Travis se centrara en su trabajo y aquel demonio con cadenas llegase por fin a su destino. Deseaba bajar de aquel condenado trasto, pero la ventisca había alcanzado visos de convertirse en una de las peores de los últimos años y, era su deber acudir a las llamadas de ayuda junto a Travis. Los alguaciles Gerardo Martínez y Brad Liston —los únicos que aún continuaban de servicio en Maple Hill—, habían dejado de transmitir sus posiciones diez minutos antes, y Monaghan supuso que ya estarían de vuelta en sus casas al abrigo de un buen fuego en sus chimeneas. Martin deseó hacer lo mismo y volver con Helen y los niños, pero en vista de que nadie más en aquel pueblo asumía la responsabilidad de mantener el orden, permaneció fiel a su juramento de proteger y servir.

La monstruosa máquina enfiló por la avenida de los Tilos y desalojó la nieve de la carretera, apilándola a los lados sin esfuerzo alguno. Martin esperaba dejar libre las principales arterias del pueblo para que los rezagados pudiesen llegar a sus casas, atender las llamadas de urgencia del lado más oriental del pueblo y, volver por Ceddar Hill; de esa forma, la quitanieves despejaría los dos tramos necesarios para cruzar Maple Hill de un lado a otro. Travis subió el volumen de la radio a tope cuando Robert Plant comenzó a entonar “*Kashmir*”; nunca le había gustado Led Zeppelin especialmente, pero debía reconocer que era infinitamente mejor que el zumbido del motor diesel.

—¡Travis!—aulló—. ¡Acorta por Staunton hasta Welter Avenue; de esa forma podremos llegar antes a la zona Este!

El conductor levantó el pulgar, y movió los controles para hacer girar el

camión. Justo en ese momento, Monaghan observó el cuerpo medio enterrado por la nieve a unos pocos metros sobre la acera. Golpeó con fuerza el hombro del chofer, y le señaló la dirección. Travis operó con rapidez y pericia cuando entendió lo que trataba de decirle el sargento. Antes de que la máquina llegase al lugar, Monaghan se hizo un hueco y saltó con agilidad por el borde de la baranda de seguridad, reduciendo la distancia a la carrera. Cuando llegó hasta el cadáver, retiró la nieve acumulada con ambas manos hasta que consiguió ver el rostro del difunto; se trataba de Allen Prost, el guardia de seguridad de la biblioteca municipal. Desenfundó la Glock, y le hizo un gesto a un asustado Travis, que silenció la voz de Plant en la radio.

—Travis, escucha—gritó—. Voy a echar un vistazo; espérame aquí y no salgas de la cabina, ¿entendido?

El conductor volvió a levantar el pulgar, pero no apartó la mirada del rostro congelado de Prost. El sargento se alejó, encorvándose para aliviar la tremenda fuerza con la que el viento helado que le golpeaba en la cara, y se perdió en la brumosa oscuridad de la ventisca. Travis Porter — imprudente por naturaleza—, colocó la palanca del motor al ralentí, y saltó limpiamente por encima del pasamanos. La ropa interior Stratermic redujo la sensación de frío, pero la dureza del viento le dificultó la tarea de caminar sobre el resbaladizo suelo congelado. Se arrodilló junto al cuerpo del guardia y un espasmo le recorrió el estómago. Únicamente reconoció a Frost por la cantidad de veces que se habían cruzado en la cafetería de Rossie o en el bar de Dalton, ya que a su rostro le faltaba la mitad del lado izquierdo. El frío había convertido lo que debería haber sido un cráter sanguinolento que abarcaba su mejilla, el ojo, y la mitad de la frente, en una cuenca vacía y aséptica, perfectamente cauterizada. Porter no podía apartar la mirada de ese único ojo intacto, velado por una fina capa lechosa y con expresión de eterna sorpresa, cuando una mano lo sujetó con fuerza por el hombro. El grito levantó ecos que hicieron caer pequeños montones de nieve en polvo sobre sus cabezas. El sargento Monaghan se guardó el arma y reprendió al chofer con una mirada severa.

—Travis, ¿llevas una cizalla en esa bestia tuya?

El conductor tardó un rato en calmarse y comprender qué era lo que el policía le estaba pidiendo, hasta que una sonrisa afloró a su rostro.

—Lo único que no llevo ahí dentro es coca, y eso podría arreglarse con un

par de llamadas.

—De momento me conformo con una cizalla o unas tijeras para cortar metal.

—Hecho.

Mientras que Travis subía de un salto los escalones de su máquina, el sargento Martin Monaghan se consumía en un mar de preguntas. Para empezar, ¿Quién había asesinado al pobre Allen?, y ¿Por qué alguien querría cerrar con cadenas la biblioteca municipal? Estaba claro que allí estaba pasando algo muy extraño, pero tenía la firme intención de llegar al fondo de ello, y volver a casa con su mujer en cuanto lo hiciera; que le diesen a la puñetera nieve.

Vaughn reconoció al tipo que les había disparado en cuanto llegó al final de la escalera. Conocía a Jerome, pero hasta el momento en que mató a Flint desde ese Tahoe suyo, nunca se había parado a pensar en él. Ahora estaba allí, en la réplica de la mansión de Amityville con una niña pequeña, y estaba decidido a saber por qué. Amparándose en las sombras, siguió al hombre y la niña a través de un corredor con varias puertas a los lados y, esperó pacientemente cuando Jerome fue entrando en cada una de ellas con la pequeña agarrada a su mano. Llevaba más o menos la mitad de las habitaciones recorridas cuando al fondo del pasillo ocurrió algo; Vaughn lo vio desde la distancia enmascarada por la oscuridad, pero aún así, se le puso la carne de gallina. Una especie de nube caliginosa apareció en la pared del último tramo, y cuando se despejó, en su lugar había aparecido una puerta que antes no estaba allí. Jerome se detuvo, sujetando a la niña y atrayéndola hacia sí con fuerza. De pronto, algo empezó a golpear la hoja de madera desde el otro lado con una fiereza abrumadora; algo (o alguien) que anhelaba cruzar esa puerta a toda costa. Los golpes se intensificaron hasta convertirse en cañonazos que astillaban la madera con cada empujón, pero Jerome no dio muestras de estar asustado; levantó a la chica y continuó con la inspección de los cuartos. Cada vez que el hombre entraba en una de aquellas habitaciones, lo que quiera que golpeará al otro lado de la puerta del final del pasillo aullaba y arremetía con más fuerza, y Vaughn pensó que aquella delgada plancha no aguantaría mucho tiempo más. El corazón comenzó a bombearle con fuerza, suplicándole que tomase una decisión, que se marchara de allí mientras pudiese, antes de que la bestia que aporreaba la puerta escapase y se lo llevara al infierno entre sus fauces. De repente, una exclamación de júbilo restalló como un látigo entre la algarabía de gritos y gruñidos, y Jerome apareció con un libro entre las manos. La niña seguía agarrada a su cuello, aterrorizada y con los preciosos ojos claros llenos de lágrimas. En aquel instante la puerta cedió; más bien, explotó en una lluvia de astillas que salpicaron la moqueta en todas direcciones. Salvando la espesa bruma que manaba de la entrada, apareció un hombre vestido con un mono vaquero y una camisa roja de franela que respiraba a grandes bocanadas. Vaughn había esperado una bestia con cabeza de animal o algo parecido y,

sin embargo, la visión de aquel granjero salido del averno consiguió que un terror visceral se apoderase de todo su cuerpo de una manera desmedida. Jerome se dio la vuelta y contempló como ese ser se acercaba, lenta, pero inexorablemente. Para sorpresa del policía, bajó a la niña y la puso detrás de él, protegiéndola con su cuerpo.

—Hola, padre—pronunció de forma imperturbable—. Estaba esperándote.

El granjero venido de otra dimensión esbozó la sonrisa más horrible que Vaughn hubiera visto jamás, y sacó algo del bolsillo que llevaba en el peto de su mono de trabajo; el sheriff distinguió lo que parecía ser una barra de hierro.

—Bueno, Jerr—articuló con esa voz de ramas partiéndose—. Ya es hora de que te envíe con tu madre.

—Me gustaría que lo intentases—aceptó Jerome, con otra sonrisa que Vaughn consideró igualmente horrible.

El granjero arremetió con un bramido de furia, y el agente inmobiliario apartó a la niña con una serenidad que no parecía de este mundo, y sacó una pistola. Los dos primeros disparos acertaron al granjero en el pecho, pero no por ello detuvieron su carrera; el tercero le voló parte de la mandíbula, dejando al descubierto una hilera de dientes torcidos y manchados. El engendro con camisa de franela continuó avanzando —aunque con menos determinación—, y asestó un brutal bastonazo con la barra de hierro que alcanzó de pleno en el hombro derecho del agente inmobiliario. La pistola salió despedida por el pasillo, y padre e hijo cayeron enredados en una sangüinaria pelea que lanzó a la niña por el suelo. Vaughn actuó por instinto, como se le suponía a un buen policía, y salió de su escondrijo para lanzarse en una impetuosa y atolondrada carrera a través del oscuro corredor. Antes de llegar a la posición donde la pequeña había caído, recogió el arma y se la guardó en la cintura del pantalón. Cuando Jerome lo vio, la sorpresa recorrió sus ojos primero, para dejar paso a la suplica después.

—Por favor—masculló—. Sácala de aquí.

Vaughn comprendió que se refería a la muchacha, por lo que asintió y estrechó a la niña contra su cuerpo. Un aullido inhumano surgió del pecho del granjero, que arremetió con la barra en alto contra el policía; Vaughn supo que no conseguiría sacar a tiempo el arma, por lo que se lanzó hacia el lado

contrario del pasillo, salvando el ataque. El monstruo atacó de nuevo, abalanzándose contra ellos a la vez que soltaba pequeñas nubes de vapor por las fosas nasales, como una espantosa locomotora humana. Jerome llegó justo a tiempo para evitar que Vaughn y la niña fuesen alcanzados, recibiendo un golpe en mitad de la espalda que lo mandó al suelo. El policía aprovechó la ocasión y se escabulló corriendo, pero se dio cuenta demasiado tarde que no tenía escapatoria; había quedado en el lado opuesto del pasillo. Observó como padre e hijo se enzarzaban de nuevo en una cruenta batalla, y decidió probar suerte con la última de las puertas de aquel corredor de pesadilla.

En cuanto abandonó el extraño recinto abovedado, la preciosa luminosidad y el trinar de los pájaros desapareció; la oscuridad y el frío acudieron en su lugar, para calarle tan hondo que se le estremeció el alma. Blake y Gina seguían detrás de él, como dos cachorros estúpidos detrás de un succulento hueso y, aunque no llegaba a comprender el alcance de su decisión, sabía que había hecho lo correcto.

Por fin alcanzó la última sala del estrecho y largo corredor, la galería donde se suponía que estaba Michael —aunque con toda la extraña concatenación de sucesos ocurridos allí, suponer era mucho—, y se encontró con una escena que arrasó por completo su cordura. El joven estaba atado a un potro de tortura medieval de pies y manos, desnudo y cubierto de sangre desde el pecho hasta el pubis. Debajo de él habían colocado una vasija que recogía el líquido por un canalón y lo conducía hasta el recipiente, ya rebosante. Michael, al ver a Robert, emitió una especie de sollozo que rompió el corazón del anciano.

—¿Pero qué haces ahí?

—Es Corben—musitó—. Esta aquí.

El viejo se apresuró a desatar a su amigo, horrorizado por la brutal mutilación a la que había sido sometido, y se dio cuenta de que el tatuaje que su hermano Jim le había realizado tantos años atrás, estaba borrado a causa de una multitud de cortes y desgarros tan profundos que, con solo presionarlos, segregaban una mezcla entre sangre y un líquido blancuzco repugnante.

—¿Cómo ha conseguido hacerte esto?

Michael no contestó, se había desmayado. Robert se dio cuenta de que si lo movía se desangraría antes de salir de aquel edificio, por lo que decidió dejarlo tendido boca arriba sobre la espantosa mesa para buscar algo con lo que taponar las heridas. Cuando se dio la vuelta, Harold Corben se encontraba delante de él, obstaculizando la salida; a ambos laterales de Corben se encontraban Blake y Gina, como dos Cancerberos bobalicones con

expresión de suficiencia.

—Genial—susurró—. Ya estamos todos.

Jerome estaba perdiendo la batalla; sabía que moriría si no conseguía deshacerse del engendro al que habían camuflado con el aspecto de su padre, así que intentó la única opción que le vino a la cabeza. Sentía el peso de aquella cosa sobre él, lanzándole vaharadas de aliento fétido sobre su rostro, así que encogió las piernas tanto como pudo, y colocó las rodillas sobre el pecho de su atacante. Con toda la fuerza que fue capaz, se sujetó a la balaustrada y lanzó ambas piernas en un movimiento que lanzó a su padre contra la pared contraria. La bestia se rehízo rápidamente, pero Jerome ya había tomado la posición que deseaba. Cuando el ser volvió a la carga con un nuevo envite, Jerome se apartó lo justo para que el peso de su padre atravesase el endeble pasamanos de madera; lo que no había previsto fue la fuerza de voluntad de aquel monstruo, que le sujetó por la pernera del pantalón en el último segundo, arrastrándolo en la caída. Aunque el descomunal cuerpo de su padre amortiguó la caída, el golpe fue tan violento que le partió varias costillas y le fracturó la clavícula. Se puso en pie tambaleándose, dispuesto a morir luchando, pero el feroz aullido de la bestia se había apagado. Jerome se abofeteó con fuerza para no perder la consciencia, y vio a la masa que tenía la forma de su padre tendida en mitad del salón. Del pecho le sobresalía un candelabro de plata que le había atravesado el corazón. Aún así, cuando el agente inmobiliario se acercó, aquel ser le lanzó varias dentelladas antes de quedar totalmente inerte.

Trastabillando a causa de sus heridas, trató de subir la escalera para buscar a la niña, pero enseguida se dio cuenta de que no conseguiría llegar hasta el final; además estaba el maldito policía. Si Jerome aparecía, ese madero entrometido le metería una bala entre ceja y ceja, así que decidió que lo más inteligente sería volver a casa de Amanda para recuperarse. Por lo que escuchaba fuera, la nevada sería aun peor de lo que se preveía, así que disponía de varios días para mejorarse y para cumplir con su plan inicial; Sarah y la vieja lo esperaban. Se relamió, y abandonó la mansión de Harold Corben después de recoger su cuento del suelo, y de pasar por encima del cuerpo sin vida de su padre y de Berta.

“Has visto papáito, eso no lo esperabas del pequeño Jerr”.

La oscuridad era tal, que apenas podía ver la cerca de madera de la residencia de Amanda Bakersfield, y el viento amenazaba con derribarlo en cualquier momento. Buscó en el bolsillo las llaves del Datsun, y abrió el maletero en busca de las bolsas de provisiones que había salido a buscar. Cogió solo el botiquín y unas cuantas latas de sopa, porque sabía que no sería capaz de cargar con nada más pesado; ya volvería a por el resto cuando se ocupara de sus heridas. Las luces en la vivienda continuaban apagadas —tal y como él las había dejado—, pero ahora la penumbra era casi impenetrable a causa de la ventisca.

El dolor se extendía con rapidez, y con cada paso que daba, sentía que las fuerzas se le escapaban. Si no conseguía llegar cuanto antes se desmayaría en mitad de la calle y moriría congelado, por lo que aceleró el paso a pesar de las penetrantes punzadas que ello le provocaba. Cuando logró abrir la puerta y encender las luces, se sintió reconfortado de estar en “casa” y ver que tanto Sarah como Amanda estaban despiertas.

—Papá ya está en casa—canturreó—. ¿Me habéis echado de menos?

Las mujeres permanecieron en silencio, atentas a los movimientos de su secuestrador.

—Permitidme que deje algunas cosas antes de acercarme a saludar.

Cuando Jerome desapareció por la puerta de la cocina, Sarah se movió con rapidez, y Amanda hizo lo propio. La mujer separó la silla con ambos pies para llevarla hasta el lugar donde había estado, y la anciana se guardó el objeto y colocó las manos de nuevo en su lugar, por detrás del respaldo justo cuando su captor aparecía de nuevo.

—He tenido ciertas... dificultades—admitió—. Pero ya no nos molestará nadie más.

Ambas mujeres se fijaron en el deplorable estado que presentaba Jerome, y se dedicaron una fugaz mirada cómplice.

—Ahora necesito subir a darme una ducha y a descansar, pero en cuanto me encuentre un poco mejor estaré a vuestra entera disposición—les sonrió

con lascivia—. Y vosotras a la mía.

Renqueante, se aproximó hasta Sarah —tal y como habían previsto—, y se apoyó en las rodillas de la mujer para incorporarse un darle un ligero beso en la mejilla derecha. Ese fue el momento que aprovechó ella para afianzar los pies en el suelo, y lanzarse con un impetuoso impulso hacia adelante. La silla se balanceó y cayó de frente, lanzando a Jerome al suelo y apresándolo con el peso de Sarah. Amanda se levantó como un rayo, y sacó el objeto que su compañera le había entregado antes. El furioso ataque de la anciana cogió al agente inmobiliario desprevenido, que no tuvo tiempo de quitarse de encima el peso muerto de Sarah antes de que la anciana llegase hasta él y le clavase algo en el cuello. Sorprendido, se palpó la herida sangrante antes de reaccionar y lanzar a Sarah hacia un lado. Se puso de pie, y ambas mujeres vieron el desconcierto en sus ojos cuando un borbotón de sangre se le escapó por la boca.

—Rameras—balbuceó—. Me..., yo solo...

Un aullido de rabia dio paso a un nuevo burbujeo de sangre y saliva, y Jerome se abalanzó sobre Sarah, que yacía de medio lado, todavía atada a la silla. La tremenda patada que le propinó hizo crujir algo en el costado de la mujer, que gruñó de dolor. El segundo golpe fue con el puño, y le partió la nariz. Acto seguido, se encaró con la anciana, que temblaba a menos de un metro.

—Putas desagradecidas—siseó—. Os he dado la oportunidad de pasar unos días agradables conmigo y, a cambio, habéis tratado de asesinarme.

Amanda trató de decir algo, pero Jerome la cogió con fuerza por el pelo y le golpeó la frente contra la superficie de cristal de la mesa del centro. Sin dejar de sujetarla, la arrastró por la mata de pelo ceniciento a través del salón hasta llevarla frente a la chimenea. El fuego se estaba apagando, pero los rescoldos de las brasas continuaban centelleando con brío; Jerome cogió uno de los atizadores que colgaban de los ganchos de la repisa, y removió los carbones hasta que una miríada de chispas iluminó el hogar.

—Ahora vas a saber, vieja maloliente, lo que significa pertenecer a alguien —escupió con rabia.

Amanda gimió de terror, pero no consiguió escabullirse de la férrea presa con la que lo sujetaba su secuestrador. A lo lejos, Sarah farfulló algo

ininteligible. Jerome levantó a la anciana por el pelo y la situó a la altura de sus ojos, mientras balanceaba frente a ella el atizador al rojo vivo. Un reguero de saliva rojiza le bañó los labios al sonreír, y aquel simple gesto espoleó a la anciana hasta el límite de la locura. Amanda golpeó con la palma de la mano el objeto que el secuestrador llevaba todavía clavado en el cuello, hasta hundírsele prácticamente entero. El movimiento seccionó la yugular del agente inmobiliario, que puso los ojos en blanco durante un segundo antes de caer al suelo como un muñeco de trapo. Amanda se golpeó en la cadera al ser arrastrada por Jerome, pero se puso en pie tan rápido que apenas rozó el suelo, donde ya se estaba formando un charco de sangre tan oscura que parecía petróleo. La anciana esperó un minuto entero hasta que Jerome dejó de sacudirse, y estiró la mano para sacar con un desagradable sonido acuoso la Montblanc Meisterstück del cuello del hombre. Se la limpió en la falda, y se acercó cojeando hasta el lugar donde Sarah Halley continuaba tendida de lado atada a la silla.

—Se la devuelvo—susurró Amanda cuando hubo liberado a su compañera—. Pero yo que usted la lanzaría al fondo del río Connect.

Sarah se fijó en que la preciosa pluma estaba totalmente impregnada de sangre seca, a excepción de aquellas palabras doradas grabadas en la capucha, que refulgían con una intensidad sobrenatural. Se la guardó en el bolsillo, y abrazó a la anciana.

—Así lo hare—aseguró—. En la parte más profunda.

Thomas Vaughn apenas fue consciente de lo que había en la habitación hasta que la niña le tiró de la manga para señalarle algo con el dedo. Su atención se centraba íntegramente en lo que estaba ocurriendo fuera de aquella sala y, más concretamente en el pasillo; ante la insistencia de la muchacha, el sheriff decidió darse la vuelta, aunque lamentó haberlo hecho durante el resto de sus días. En mitad de una crisálida, como si se tratase de la oruga más grande del mundo, descansaba con los ojos cerrados una mujer recostada sobre una cama de hospital. De la boca y los orificios de la nariz le brotaban decenas de hebras tan finas como cabellos humanos, que zumbaban y se expandían con cada exhalación, y se contraían y brillaban cuando la mujer inhalaba. Thomas había visto en multitud de ocasiones el proceso de metamorfosis de una larva, esencialmente cuando era niño y criaba gusanos en una caja, pero jamás algo parecido a lo que estaba presenciando. La niña le cogió de la mano tan fuerte que el policía pudo sentir los latidos de su corazón a través de las yemas de sus dedos.

Los ecos de la pelea se podían percibir claramente a través de la puerta a medida que aumentaba de intensidad, y Vaughn se estremeció cuando escuchó el tremendo chasquido de la madera al partirse, y el profundo golpe que lo siguió momentos después. El sheriff se preparó para ver aparecer a ese granjero del infierno de un momento a otro, jadeando y resoplando, preparado para lanzarse sobre ellos con furia, pero lo que sucedió a continuación no podía imaginarlo ni de lejos.

Durante unos segundos imperó en la mansión el silencio más profundo, hasta que un instante después, la mujer del capullo emitió el lamento más agudo y triste que Vaughn había escuchado jamás. Los delgados filamentos que germinaban en su boca se partieron, y de ellos nacieron a toda velocidad otros nuevos que buscaron los orificios de los oídos y penetraron en la piel de los párpados. La mujer abrió los ojos cuando aquellas fibras comenzaron a emitir un suave zumbido rítmico, y observó al policía y a la niña con unos globos oculares tan blancos como la nieve más pura. La pulsación de aquellas extrañas cerdas se convirtió rápidamente en una intrincada red de diminutos pistones que vibraba y palpitaba, excitada y anhelante en busca de un lugar

adecuado donde implantarse. Vaughn hubiera jurado que la mujer envuelta en esa cápsula orgánica se estaba..., deteriorando delante de sus ojos, en una sinfonía vertiginosa de latidos y dilataciones.

—Parece ser que uno de mis..., productos acaba de morir—pronunció con pesar.

La voz llegaba amortiguada a través del lienzo de seda que la recubría, pero Vaughn reconoció el tono chirriante en el que se había convertido la voz de su esposa fallecida cuando se transformó en ese ser horrible escondida en el conducto de aire.

—Acercaos—demandó.

Ni el sheriff ni la niña se movieron del otro extremo de la habitación donde continuaban absortos.

—Vamos—invitó dulcemente—. No os voy a comer.

—No tengo por costumbre relacionarme con personas embutidas en capullos de seda—contestó Vaughn agarrando a la niña por el pecho, en un claro gesto protector.

La mujer-larva emitió un graznido que pretendía ser una carcajada.

—Ah, sheriff, ahora entiendo porque Claire lo amaba tanto.

Vaughn se puso tenso ante la mención de su esposa. Las hebras continuaban su percusión incansable.

—¿Qué demonios eres?—siseó con rabia.

—Yo soy Maple Hill.

En ese momento, los filamentos dejaron de succionar y se quedaron flácidos. La mujer se los apartó de la boca y la nariz como si se estuviera limpiando los restos de una telaraña. Cuando enfocó los ojos —completamente blancos—, hacia ellos con una sonrisa demente pintada en su rostro, fue cuando Thomas Vaughn sintió verdadero pavor.

Robert Sasketchian contempló a Corben y sopesó las posibilidades que tendría en un enfrentamiento violento con aquel hombre. Supuso que podría ganarle en una pelea limpia, pero no tenía claro el papel de Blake y Gina en todo aquello, y no quería dañar a los chicos por error.

—¿Por qué haces esto?—preguntó, intentando ganar tiempo para pensar en una salida.

Corben dio dos pasos laterales, como la fiera que mide la distancia hasta su presa.

—Es muy sencillo. Restablezco lo que tu hermano fragmentó.

Un paso más.

—No te entiendo.

—¿Has escuchado algo sobre la Teoría del Caos?

—Sí, sí, toda esa mierda sobre el aleteo de una mariposa y esas gilipolleces.

Corben esbozó una sonrisa.

—Oh, querido Robert, es mucho más que todo eso. En Maple Hill existe una fuerza que tu hermano decidió no respetar y, con ello provocó una serie de cambios impredecibles por completo.

—Mi hermano lo que hizo fue evitar que asesinaras a un joven inocente hace doce años.

—¿Te refieres a ese joven?—se burló, señalando a Michael—. Más le valía haber muerto cuando era su hora.

De repente, tanto Blake como Gina empezaron a actuar de un modo insólito—más de lo común en toda aquella historia—, y de sus felices y bobalicones rostros brotó la mueca más siniestra que Robert hubiera visto jamás.

—Me parece que mis chicos se han cansado de conversaciones inútiles—

dijo Corben—. Están ansiosos por completar el círculo.

—¿El círculo?—el viejo se puso nervioso ante las bocas chorreantes de los adolescentes—. ¿Qué coño es eso del círculo?

—Se acabaron las explicaciones.

Como si se tratasen de dos Rottweiler que se hubieran mantenido a la espera de la señal de su amo, los dos jóvenes se lanzaron con las bocas desencajadas y esos horribles ojos danzantes, tan negros como la entrada de una cueva.

El sargento Martin Monaghan echó mano de su pistola mientras el corazón se le detenía en el pecho, literalmente. Porter chocó contra su espalda cuando el policía se paralizó de repente, y faltó muy poco para que ambos se pusieran a gritar cuando contemplaron la escena que se desarrollaba en la sala de recepción de la biblioteca municipal.

El silencio era tan denso que casi se podía paladear, quebrantado únicamente por los aullidos del viento y la lluvia que azotaba los cristales sin piedad. Los potentes luminosos que el edificio poseía instalados cada diez o doce metros estaban desconectados, y la penumbra reinaba por completo en la espaciosa sala y los pasillos anexos. Travis le señaló al policía un grupo de estudiantes que caminaban con los hombros hundidos y la cabeza gacha, emitiendo mansos ronroneos como una manada de gatos en celo. Monaghan indicó al conductor de la quitanieves que guardase silencio, pues otro grupo —compuesto por personas de mediana edad con ropa de trabajo—, se acercaba por el lado contrario; ambos rebaños —pues eso era lo que parecían—, estaban a punto de encontrarse en la zona más amplia de la confluencia de las distintas salas de lectura. El silencio más absoluto se convirtió en un coro de gruñidos cuando ambos conjuntos chocaron y, acto seguido, en una cruenta batalla campal digna de figurar en los libros de historia.

El sargento Monaghan soltó un grito horrorizado cuando una adolescente con el pelo teñido de rosa, le arrancó el lóbulo de la oreja de un mordisco a un tipo con pinta de ejecutivo; el hombre reaccionó aplastándole la nariz de un puñetazo. Travis Porter había visto más que suficiente, así que decidió que no pintaba nada allí, y se dio la vuelta para salir huyendo justo en el momento en que un guardia de seguridad con la espalda del tamaño de un portaviones lo agarró por el cuello y le estrelló la cabeza contra la pared. Travis solo emitió un fugaz suspiro antes de caer desmadejado al suelo con una brecha sangrante en mitad de la frente. Martin se encaró con el guardia, pero la firmeza de su mano se transformó en un tembloroso espasmo que apenas le permitía sujetar su arma reglamentaria cuando vio los ojos en blanco del hombre; de la comisura de la boca le brotaba un hilillo de baba que se enjugó con la punta de la lengua. Monaghan siempre se había considerado un

hombre valiente, pero aquello era más de lo que podían soportar la mayoría de las personas, al menos, la mayoría que se encontrasen cuerdas. Sin detenerse a pensar, salió corriendo en dirección contraria, rodeando el centro de la sala donde continuaba la reyerta, y subiendo los peldaños de la escalera de dos en dos. Al llegar arriba, se estrelló de frente con Sonia, la recepcionista de la biblioteca; Martin la conocía desde que era una chiquilla repelente que pasaba los preciosos días de otoño leyendo cuentos bajo la colina de arces del sur de la presa. Sonia le dedicó una enorme sonrisa antes de abalanzarse sobre él y coserlo a dentelladas; Monaghan sintió los colmillos de la mujer en el hombro, la clavícula y la espalda antes de asestarle un golpe tremendo con la culata del arma.

Cuando la joven volvió a la carga entrechocando los dientes, Martin Monaghan, sargento de la policía de Maple Hill con casi veinte años de servicio en el cuerpo, le voló la cabeza de un disparo.

Robert trató de huir, pero los dos adolescentes fueron más rápidos. Lo sujetaron por ambos brazos, olisqueando la piel del anciano con apetito, y lo llevaron a rastras hasta el potro donde Michael seguía inconsciente.

—No sé qué crees que vas a ganar con esto, pero aunque Mike y yo estemos muertos, no conseguirás lo que te propones.

Corben se acercó caminando, tranquilo y sonriente, y sujetó una de las manos de Robert a un travesaño del instrumento de tortura.

—En eso te equivocas; es justo lo que voy a obtener.

El disparo reverberó por la multitud de salas de la planta superior y llegó amortiguado, pero audible. La segunda detonación fue mucho más nítida y cercana, y Corben se puso en guardia por primera vez. Robert le brindó una sonrisa radiante.

—Ahí llega la caballería; mi buen amigo el sheriff te va a meter esa pistola suya por el culo.

Corben lo miró con desprecio, pero se alejó con grandes zancadas y salió de la habitación; Blake y Gina se quedaron a la espera, como dos buenos perritos guardianes.

—Eh, colega—susurró en la oreja de Michael—. Vamos tío, despierta joder.

Blake gruñó, pero Robert no estaba por la labor de perder su última oportunidad.

—Michael—insistió—. ¡Eh, Mickey!

Gina le golpeó con fuerza en la mejilla con un gesto de odio evidente, pero Robert había conseguido lo que buscaba; Michael tenía los ojos abiertos.

—Mike, chaval...

El joven le hizo un gesto para que se callase y le señaló un punto con la cabeza. Cuando Robert comprendió lo que trataba de indicarle, negó con

firmeza, pero se encontró con la mirada de su amigo; el anciano vio algo en aquellos ojos que le infundió la confianza que necesitaba. La “visita” de su hermano muerto le había aclarado muchas cosas, pero el coraje para llevarlo a cabo era otra cosa bien distinta. Con la mano que le quedaba libre, soltó la tira de cuero que apresaba el tobillo derecho de Michael, ante la mirada inexpresiva de los dos adolescentes.

Cuando estuvo preparado comenzó a cantar *Your Song*, de Elton John a pleno pulmón, y Gina volvió a levantar la mano para golpearle de nuevo, dando un paso hacia adelante. En ese instante, Michael impulsó la pierna libre con todas sus fuerzas y le propinó una patada descomunal, que mandó a la chica al otro extremo de la habitación. Blake reaccionó rápido, pero Michael aprovechó el impulso para saltar sobre él y tumbarlo de espaldas.

—¡Vamos, rápido!—bufó—. Encárgate de Gina.

Robert se quitó la cinta de la muñeca y cruzó la sala como una exhalación, justo en el momento en el que la muchacha trataba de ponerse de pie. Sintió un dolor agudo en el estómago cuando la aprisionó con el peso de su cuerpo, y vio que empezaba a sangrar; la maldita herida de bala se había vuelto a abrir.

—¡Robert, tráela aquí!

El anciano se volvió y vio que Michael trataba de inmovilizar a Blake sobre el potro, pero el joven se resistía y Michael parecía estar perdiendo la batalla. Sujetó a Gina por las muñecas y la arrastró para intentar ayudar a su amigo. Robert observó que Michael estaba sangrando abundantemente y, que a sus pies se estaba formando un charco espeso y oscuro; él mismo había dejado un rastro de gotitas escarlatas por el suelo.

“*Chaval, vamos a palmarla aquí más secos que una mojama*” pensó.

Los disparos siguieron retumbando de fondo, cada vez más continuados y cercanos. Michael estalló en una sinfonía de toses que lo doblaron por la mitad, circunstancia que aprovechó Blake para librarse y llegar hasta el cuchillo que Corben había utilizado para mutilar al joven. Robert observó con horror, que la cosa en la que se había convertido el muchacho emitió un gradual canto de euforia, que fue subiendo de tono a medida que se acercaba a Michael con el puñal en alto. El viejo soltó a Gina con la esperanza de llegar antes, pero supo que no lo conseguiría. Desesperado, buscó algo a su

alrededor con la intención de lanzárselo a Blake y poder ganar de este modo el tiempo que necesitaba, pero se encontró con unos ojos de un luminoso color amarillo en una de las esquinas en penumbra de la sala; había alguien allí, observando con atención. Cuando Blake propinó un brutal puñetazo a Michael y lo obligó a tenderse boca arriba, aquella figura salió de entre las sombras. Corben no había salido de la habitación, continuaba allí escondido como un espectador de lujo. El adolescente levantó el cuchillo por encima de su cabeza, y aquellos ojos líquidos comenzaron a trazar ondas concéntricas de puro gozo; Corben se frotó las manos con un frenesí enfermizo, cuando la hoja del puñal atravesó a Michael.

Martin Monaghan había perdido la capacidad para decidir entre el bien o el mal o, al menos, la facultad para decretar quién merecía una bala o no; apuntaba y disparaba, sin más. Su mente ya no funcionaba del mismo modo que unos minutos antes de entrar en aquel condenado edificio, sino que había activado por su propia iniciativa el modo supervivencia.

Soltó el cargador vacío al mismo tiempo que atravesaba a la carrera uno de los lóbregos pasillos en tinieblas, analizando a toda velocidad la escapatoria más factible para salir de allí. La biblioteca había sido fabricada como una vivienda de verano y, reconstruida cuarenta años más tarde a causa de un desbordamiento de la presa. Por lo que Martin sabía, el edificio estaba dotado con dos salidas de emergencias, una en la parte baja y otra en el lado sur de la segunda planta; allí era adonde se dirigía.

Una vez que se aseguró de que el cargador estaba bien colocado, avanzó como le habían enseñado en la academia, pegado a la pared y con el arma sujeta con ambas manos a la altura de la cadera. No sabía qué estaba ocurriendo allí, ni qué demonios eran esas cosas de ojos blancos, capilares negros y dientes podridos, pero no pensaba dejar que ninguna de esos monstruos se le acercara ni de lejos.

Cruzó la sala central de la segunda planta, y siguió de frente sin detenerse a inspeccionar posibles desvíos; tenía muy claro cuál era su destino. En mitad del pasillo siguiente aparecieron dos jóvenes de apenas dieciséis o diecisiete años; Monaghan efectuó cuatro certeros disparos —dos para cada uno—, sin apartarse del camino marcado en su mente. Unos metros más adelante, se hizo visible la puerta metálica con el letrero en letras rojas de la salida y, aceleró el paso; la salvación se encontraba a solo unos metros, y aún le quedaba un cargador en el bolsillo. Al pasar por la penúltima sala del corredor escuchó un grito desgarrador, y a un hombre que parecía estar suplicando. Su sentido del deber se activó de nuevo —aunque el de superviviente clamaba por que se marchase lo más rápido que pudiera—, y decidió ayudar a alguien una última vez antes de salir de allí, y dejar el cuerpo para siempre. Cuando traspasó la puerta, se encontró con la escena

más espantosa que jamás hubiera imaginado, y vació el cargador sumido en la más absoluta enajenación.

Robert vio entrar al tipo con el arma, y aunque no se fijó en su uniforme de policía, su instinto le hizo actuar. Se arrojó al suelo mientras una lluvia de balas cruzaba la habitación y abatía a Blake, que continuaba con la hoja del puñal clavada en el estómago de Michael. Corben aulló de rabia al ver al chico caer de lado, bajo un charco de sangre que se extendía cada vez más. Con un veloz movimiento, agarró a Monaghan y le partió el cuello con una sola mano, para acercarse corriendo hasta Blake y acunarlo en sus brazos como si se tratase de su propio hijo.

—No dejaré que mueras—aseguró, poniendo las manos en la herida de bala del pecho—. Esto no debe pasar.

Introdujo unos dedos alargados como garfios en la hendidura y los hundió hasta la segunda articulación, produciendo un sonido acuoso repulsivo. Tras unos segundos, sacó algo de la herida y lo arrojó con furia al otro lado de la habitación. Acto seguido, sacó un pequeño pañuelo de seda y lo embutió sin miramientos en el agujero.

—Aguanta—suplicó—. Serán solo unos segundos.

—Suelta al chico—ordenó una voz desde atrás.

Corben se dio la vuelta y vio a Robert empuñando el arma del fallecido sargento de la policía.

—Suéltalo y levántate despacio.

Corben lo hizo, pero sin perder esa sonrisa siniestra suya.

—Admiro tu terquedad, como buen Sasketchian, pero no vas a ganar esta batalla.

—De momento el arma la tengo yo.

El hombre le dedicó una mirada de desprecio y, avanzó un paso.

—No puedes hacer nada—aseguró—. Todo esto ya está escrito.

—Sé porque has elegido este lugar—declaró Robert—. Conozco la

historia; sé que mi familia lleva conteniendo al Verbum Malum durante siglos.

—Entonces también sabrás que no hay manera de detener lo que debe ocurrir.

—Sé que te alimentas del mal ajeno, que te haces más fuerte cada vez que alguien comete una atrocidad—continuó, sin bajar el arma—. Eres un carroñero de la maldad humana.

—A eso se le llama equilibrio—informó con brusquedad—. En Maple Hill existe una confluencia de esa armonía universal, el eje de la mítica Teoría del Caos, y tu hermano rompió el pacto.

—Por eso necesitabas que fuese aquí, en el lugar donde murió.

Corben avanzó otro paso, sonriendo pero con un toque de admiración pintado en el rostro.

—Necesito que del Caos surja el Orden. El nuevo Portador debe matar al viejo y asumir su lugar. Michael utilizó La Palabra, adelantando unos acontecimientos que no debían ocurrir. Yo no quería matarlo, quería que él me matase a mí.

Robert tembló al escuchar aquellas palabras, y de repente todo tuvo sentido.

—Tú tenías que convertirte en él.

Otro paso; Corben ya se encontraba a menos de dos metros de Robert.

—Tu hermano lo protegió a la desesperada, grabándole La Palabra y haciéndolo invisible, por lo que aguardé a que se presentase la oportunidad adecuada para resurgir. Cuando Jim se quitó la vida, no me dejó otra opción que matar al pequeño Henry y esperar a que Michael volviese para asistir al entierro de su hermano.

El anciano se tambaleó.

—Jim murió de un infarto.

—No, querido Robert, tu hermano se suicidó para que...

Corben se dio cuenta de que estaba hablando de más, y avanzó otro paso. Robert apretó el gatillo dos veces, asestando dos balazos en el pecho del

hombre. Corben se tambaleó, pero se rehízo de inmediato; de la boca le surgían dos hilillos de sangre y tenía el pecho hecho jirones.

—Aún no lo has entendido—tosió y, un reguero de sangre le salpicó la barbilla—. Yo no soy el Portador.

Vaughn se quedó completamente paralizado cuando la mujer se puso en pie y se acercó caminando hasta él. Intentó sacar la Glock de la parte trasera del pantalón, pero lo único que consiguió fue dejarla caer torpemente al suelo. Jenna Corben levantó ambas manos y lo sujetó de las mejillas, besándolo con pasión en los labios. De inmediato, los filamentos volvieron a cobrar vida y se alzaron como tentáculos delgados, introduciéndose por la piel y los orificios de la nariz del sheriff. Cuando la mujer dejó de besarlo, Thomas se derrumbó en el suelo, y multitud de hebras oscuras comenzaron a rodear su cuerpo. El sheriff intentó hablar, pero un centenar de aquellas fibras se le introdujeron por la boca, provocándole una oleada de arcadas.

—Ahora, querido Tom, tu también serás parte de nosotros.

Jenna había hablado con la voz de Claire; aquella voz que utilizaba para sugerirle que se fuesen a la cama temprano.

A medida que las hebras cubrían cada vez más el rostro y los brazos de Vaughn, Jenna Corben parecía rejuvenecer. Las profundas bolsas bajo los ojos desaparecieron, y los labios agrietados se volvieron tersos y voluminosos. El policía escupió un líquido negro en un violento estertor, y sus ojos se volvieron totalmente blancos mientras los filamentos le envolvían por completo el pecho y la espalda.

—No te resistas—susurró—. Por fin te reunirás con tu esposa. Aquí todos somos uno.

Vaughn giró el cuello con el último gesto de voluntad que le quedaba en el cuerpo, y se encontró con el rostro de Jenna Corben a escasos centímetros del suyo. En sus ojos se agitaba un universo perfecto de oscuridad, en el que Vaughn comenzó a perderse.

—Yo..., yo también seré... uno.

De repente, un rugido atronador retumbó en los oídos de Vaughn, y el pozo oscuro de fluido en el que estaba inmerso comenzó a diluirse. Los ojos de Jenna Corben se aclararon y pasaron por una paleta de colores imposible hasta derivar en el blanco más absoluto. La mujer lo miró con un gesto de

incomprensión y trató de besarlo de nuevo, pero se derrumbó antes de poder conseguirlo. Vaughn notó que la presión de las delgadas hebras se aflojaba gradualmente, hasta que volvió a fluirle la sangre y recuperó la movilidad de los músculos. Cuando fue capaz de darse la vuelta, se encontró a pocos metros de la niña, que todavía sostenía la Glock entre sus pequeñas y delicadas manos.

Robert vislumbró el cambio nada más ocurrir. Corben se detuvo y, las heridas que antes no parecían importarle, se convirtieron en un motivo de sorpresa. El anciano vio como se las palpaba con dolor, tratando de contener la sangre que manaba a borbotones de ellas.

—Pero..., esto no es posible—carraspeó—. No debe suceder así.

—Pues parece que está ocurriendo.

Corben dio otro paso, y Robert le descerrajó otro tiro en el estómago. Esta vez, sí se derrumbó de dolor.

—No lo entiendo—masculló—. Blake debía unirse a mi cuando yo te..., y Gina, la chica debía acoger...

El anciano dejó a Corben y se acercó corriendo hasta Michael, que continuaba inconsciente sobre el potro.

—¿Qué demonios ha pasado?

Robert dio un respingo, asustado, pero Gina le puso una mano tranquilizadora sobre el hombro. En sus ojos ya no quedaba ni rastro de la demencia que la controlaba unos segundos antes.

—¿Puedes hacerme un favor, Gina?

La muchacha asintió.

—Si no me equivoco hay una puerta unos metros más adelante, en el pasillo, que conduce a una salida de emergencia, si tienes teléfono lleva allí a Michael y llama a urgencias.

—Pero, ¿qué ha ocurrido?

—Eso no importa, pero debes darte prisa.

—Yo te ayudaré—aseguró una voz detrás de ellos.

Blake se había puesto en pie y parecía encontrarse bien, salvo por la herida supurante de su estómago.

—Salid los tres y llamad; esperad fuera de este edificio a que lleguen las asistencias.

—¿Qué pasa contigo?

—Tengo algo que hacer aquí.

Cuando los dos jóvenes abandonaron la sala cargando con Michael, Robert sujetó con fuerza la pistola y se acercó hasta Corben, que gimoteaba tendido en el suelo.

—¿Crees que esto se ha acabado, viejo?—escupió con rabia—. Ella volverá. Mientras mantenga un vínculo con Maple Hill, ella seguirá volviendo.

—Lo sé.

Se acuclilló junto al cuerpo agonizante de Corben, y presionó el arma contra el muslo.

—Mi hermano lo entendió demasiado tarde, y no advirtió que todavía quedaba una puerta abierta. Los Sasketchian somos los que unimos el Verbum Malum con Maple Hill; nosotros lo trajimos hasta aquí, y nosotros nos encargamos de que no escape y exista ese equilibrio.

Corben trató de arrebatarle la pistola, pero estaba tan débil que apenas rozó la mano de Robert sin fuerza.

—Intuyo que si te estás muriendo es, por que quién quiera que sea El Portador, o el jefe, o lo que coño mande en toda esta locura, también ha palmado—levantó el arma—. Y dado que tú mismo te has encargado de liberar a Michael, si no muere desangrado, y Blake y Gina eran meros recipientes, tú y yo somos lo único que queda.

Corben lo miró aterrorizado.

—Así que, colorín colorado...

Apoyó la pistola en la sien de Corben, y le volatilizó la cabeza en una masa viscosa de sangre y sesos. Acto seguido, se posó el cañón humeante y aceitoso debajo de la barbilla, y respiró profundamente.

—Aquí se acaba el linaje maldito de los Sasketchian—recitó—. Voy para allá, hermanito.

Blake y Gina escucharon la detonación al mismo tiempo que vieron las sirenas aparecer por el extremo más alejado del parque County.

Epílogo

Michael consiguió llegar con la ayuda de Gina y su madre Sarah; Blake los seguía con dificultad a causa de la muleta. Alrededor de un bonito macizo de violetas ya se encontraban congregadas una buena parte de la gente que asistiría a la ceremonia, pero Michael ni se fijó en ellos. La única persona que ocupaba su pensamiento en aquel momento se encontraba metida en una caja de madera.

—Te veo bien—dijo Vaughn entre susurros.

—Tu tampoco te ves nada mal.

—Es la jubilación, que arregla cualquier cosa.

Detrás de ellos se colocaron los demás, dejándolos al frente del grupo.

—No vas a volver a la comisaría.

—Solo a dejar el arma—confirmó—. Después de todo esto, no sería capaz de volver a llevar una placa, y no digamos de empuñar un arma; Rossie y yo nos marchamos a Maine a vivir.

—Cuanto me alegro de que la cosa vaya bien.

—Yo también.

Se quedaron en silencio cuando el cura comenzó con el sepelio, pero poco después, Michael se alejó hasta colocarse en la última fila; Vaughn lo siguió.

—Yo tampoco soporto estar aquí—dijo el policía—. De hecho, estoy deseando que esto acabe para marcharme del pueblo.

—Nosotros lo metimos en esto.

—No, Michael, él ya estaba metido desde hace mucho tiempo.

El joven lo miró, y sus ojos se empañaron.

—Dime que no va a volver.

—No lo hará—aseguró—. Hemos quemado todos los objetos, papeles, y

cualquier cosa que llevase La Palabra; y Robert se encargó de cortar el hilo.

Michael asintió, pero no pudo contener las lágrimas cuando bajaron el ataúd hasta su morada eterna.

—Hasta siempre, hermano—corearon juntos.

NOTA DEL AUTOR

Antes que nada, darte las gracias, lector, porque supongo que si has llegado hasta aquí, es porque has decidido darle una oportunidad a esta historia. Para los escritores autopublicados como yo, conseguir que alguien compre (y lea) tu libro es una victoria enorme, así que, pecando de atrevido te voy a pedir un esfuerzo extra. La única forma que tenemos los autores de saber si estamos siguiendo el camino correcto es por medio de las reseñas. Si has conseguido aguantarme durante más de trescientas páginas, róbate un minuto más y hazme saber cuánto te ha gustado el libro o, si por el contrario, me odias y exiges que te devuelva esas valiosas horas que has desperdiciado conmigo; vuestras opiniones son el combustible que mueve a un escritor para seguir y tratar de mejorarse cada día, aunque no os lo creáis. Y, una vez más, gracias.

Por otro lado, Maple Hill es ya mi séptima novela, pero la primera en la que he intentado adentrarme un poco en el género que más me apasiona: el de terror. Debo decir que necesité reescribirla un par de veces, porque me emocioné tanto con esta primera incursión en lo sobrenatural que me “cargué” a casi todos mis protagonistas, quedándome sin historia a las primeras de cambio. Me encanta escribir novelas de acción y aventuras, cargadas de acertijos y misterios, pero reconozco que las sensaciones son muy diferentes. El género de aventuras requiere de mucha documentación, de un estado de ánimo atrevido y temerario para poder dotar a tus personajes con esa valentía; por el contrario, el terror exige otras cosas. Siguiendo el consejo de mis hermanos, Juandi y Sergio (grandes amantes del terror, y mis coautores), decidí encerrarme en una casa antigua cerca de una playa, donde las olas rompen con fuerza contra una pared de roca adyacente. Durante tres días bajé las cortinas y alterné la escritura con las películas de miedo que me habían grabado ellos, y realmente conseguí meterme dentro de la historia que quería contar; la experiencia me encantó, de la misma forma que me encanta viajar a los lugares donde transcurren mis novelas de aventuras para documentarme.

Con Maple Hill conseguí disfrutar de la escritura de un modo diferente, sin preocuparme de otra cosa que de intentar plasmar sobre el papel las escenas aterradoras que surgían de mi mente a medida que tecleaba. En este libro no me detenía cada dos o tres párrafos para comprobar si lo que había escrito tenía cierto sentido, porque no necesitaba tener sentido; lo único que me pedía la historia era que la contase con mi particular visión de lo que es el terror y, eso hice.

Ya estoy inmerso en varios proyectos, entre ellos la secuela de El Secreto del Wadi Rum, que me exige casi toda mi atención en este momento, pero que me aporta viajes y misterios que me apasionan. También me he propuesto seguir con la maravillosa experiencia del género de terror, así que otro de esos proyectos tratará sobre una historia que germinó en mi mente cuando era niño, a causa de un episodio un tanto... extraño.

Lo dicho, muchas gracias por estar ahí, y espero que nos volvamos a ver pronto..., y que también te acuerdes de dejar esa reseña.

AGRADECIMIENTOS

Alguna vez he comentado que mi hijo de diez años me ayuda con mis novelas, y siempre observo la misma expresión de incredulidad en los rostros de quién lo escucha..., hasta que lo conocen. Lógicamente, de los temas más escabrosos y la confección del libro me ocupo yo, pero el aire fresco de ideas que me aporta cada día me deja sin palabras; gran parte de los giros sorprendentes de mis historias llevan su sello. Gracias colega.

Como siempre, dar las gracias a Cristina Gutiérrez (Grupo Criser), por hacer portadas que parecen salidas directamente de mi mente; me conoce tan bien, que a veces da hasta miedo.

También agradecer a Diógenes Gómez, que siempre es el primero en leer mis borradores, y suele acertar con sus recomendaciones; aunque a mí no me guste reconocérselo.

Un cariñoso reconocimiento para Raquel Moreno, que siempre está disponible para escucharme y frenarme cuando debe, o apremiarme cuando lo necesito.

Como seguro que me dejo a mucha gente en el tintero, dar las gracias a todos los lectores 0 que han leído gustosamente el borrador, y que me han sido de gran ayuda para corregir ciertas cosas.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

[El Secreto del Wadi Rum](#)

[Huellas de Tinta](#)

[Diario de Sangre](#)

[Relatos de Madrugada](#)

Facebook:
[ref=bookmarks](#)

[https://www.facebook.com/relatosdemadrugada/?](https://www.facebook.com/relatosdemadrugada/)

Table of Contents

PRIMERA PARTE

LOS NUEVOS VECINOS

1

1

2

3

4

5

6

7

8

2

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

3

1

2

3

4

5

6

4

1

2

3

4

SEGUNDA PARTE
VERBUM MALUM

- 1
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 2
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 3
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 4
- 1
- 2
- 3
- 4

5
6
7
8
9
10
11

5
1
2
3
4
5
6
7
8
9

TERCERA PARTE
VENTISCA OSCURA

1
1
2
3
4
5
2
1
2
3
4
5
6
3
1
2
3
4

5

6

7

8

9

Epílogo